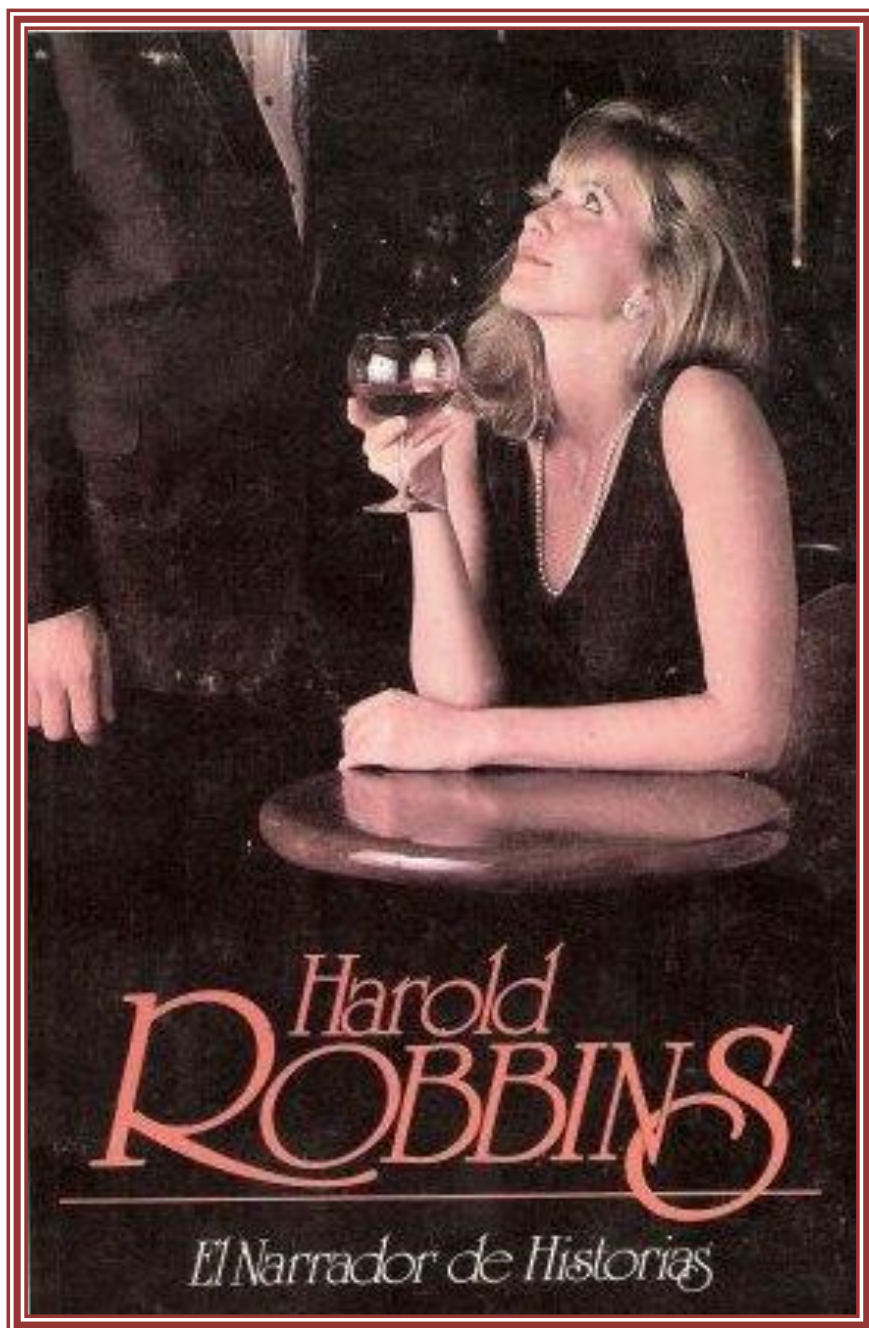


Harold Robbins



El narrador de historias





HAROLD ROBBINS

**EL
NARRADOR DE
HISTORIAS**



Índice

RESUMEN	5
PRÓLOGO.....	7
PRIMERA PARTE.....	17
1.....	18
2.....	28
3.....	37
4.....	47
5.....	57
6.....	65
7.....	75
8.....	82
9.....	89
10.....	96
11.....	104
12.....	111
13.....	119
SEGUNDA PARTE.....	128
14.....	129
15.....	139
16.....	147
17.....	155
18.....	164
19.....	174
20.....	180
21.....	189
22.....	197
23.....	206



24.....	215
25.....	222
26.....	233
27.....	241
TERCERA PARTE.....	253
28.....	254
29.....	265
30.....	271
31.....	279
32.....	288
33.....	293
34.....	300
35.....	310
36.....	316
37.....	322
38.....	330
EPÍLOGO.....	338



RESUMEN

Joe Crown sólo vive para dos cosas: hacer el amor y enriquecerse cuanto antes. Nacido en la miseria de Brooklyn, su ambición es convertirse en escritor, en *narrador de historias*. Su lucha desesperada por alcanzar la riqueza, el amor y la fama no conoce obstáculos y, en su insolencia desvergonzada, se considera a sí mismo un superdotado. Como escritor y como amante. Su carrera literaria está llena de altibajos, pero los fracasos no afectan para nada su ánimo; y siempre encontrará la mujer que le compense de esos sinsabores.

Alcanzar la gloria y la fortuna no es fácil, pero Joe Crown tiene una confianza ciega en sí mismo. El triunfo es una intuición que nunca le ha abandonado. Ni cuando se movía en los bajos fondos neoyorquinos, ni cuando su talento le llevó a alternar en los círculos intelectuales y cinematográficos y en el mundo de la *jet society* internacional, en Hollywood, en Roma o en la Costa Azul.

Harold Robbins



El narrador de historias



PRÓLOGO

El miedo es el sustituto del dolor. Llega primero. Miras hacia afuera por la ventanilla de atrás, luego por la lateral. Viajas a cincuenta kilómetros por hora por el carril adecuado y te diriges a la salida de Wilshire en la autopista de San Diego. Todo está en orden. Entonces te das cuenta de que un camión enorme se te echa encima; se mete delante de ti desde el carril de la izquierda rivalizando contigo para alcanzar la salida.

—¡Estúpido! —le grité al tiempo que pisaba los frenos para dejarle sitio al camión. Fue entonces cuando comencé a sentir miedo. El camión estaba aún muy cerca de mí. Apreté los frenos de nuevo, esta vez con más fuerza. El miedo comenzó a atenazarme las tripas y la garganta. El enorme vehículo arremetía contra mí, se precipitaba encima mío de forma amenazadora, como un monstruo prehistórico. Giré el volante en un intento desesperado por apartarme.

Pareció que caía sobre mí a cámara lenta. Creo que grité de miedo.

—¡Vas a matarme, hijo de perra!

El camión dio un bandazo y encendió los seis faros, deslumbrantes y cegadores. Después el miedo desapareció, remplazado por una agonía de dolor; grité de nuevo mientras un millón de libras de acero me caía encima, y me empujaba hacia la más completa oscuridad.

Abrí los ojos y contemplé las luces fluorescentes que había en el techo de la unidad de cuidados intensivos. Una enfermera me observaba atentamente.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —le pregunté.

—Lo trajo el servicio de ambulancias aéreas —dijo ella—. Su médico de cabecera también está aquí. —Se volvió y llamó a uno de los médicos—. Ya se ha despertado.



Había dos médicos de guardia, un hombre y una mujer. El hombre me echó una ojeada y se apartó dejando sitio para que la mujer se acercara a mí.

—¿Qué me ha hecho ese condenado camión? —fue la próxima pregunta.

—Tiene usted una cadera rota, pero podría haber sido bastante peor —dijo ella en tono consolador—. No le impedirá trabajar, no es la extremidad con la que escribe.

Era una mujer joven y bonita, lo suficientemente bonita como para protagonizar una de esas series de médicos que dan en la Televisión. La miré.

—De acuerdo. Quedamos en que puedo escribir —le dije—. Pero, ¿también podré joder?

La impresión que le produjo la pregunta se le reflejó en la cara; después me contestó con una actitud bastante seria.

—Eso va a ser un problema. Verá, las fracturas están localizadas en un sitio tal que le impiden mover las caderas para realizar una actividad de ese tipo.

La miré sonriendo.

—¿Sexo oral, entonces?

Bajó la mirada hacia mí.

—Está usted enfermo.

—Ya lo sé —le dije—. Pero eso no tiene nada que ver con la cadera.

Me puso en el brazo una mano tranquilizadora.

—Todo irá bien. Estamos haciendo los arreglos necesarios para cambiarle a una habitación privada.

Sentía curiosidad. Me daba la impresión de que sólo había pasado un breve período de tiempo.

—¿Qué hora es?

—Casi las diez de la mañana —me informó ella—. Le trajeron aquí anoche, más o menos a las once.

—¿He estado inconsciente todo ese tiempo? —le pregunté.



—Casi —me aclaró—. Tenía usted muchos dolores. Le inyectamos un tranquilizante a fin de que pudiera soportar mejor los reconocimientos y los rayos X; después le trajimos de nuevo aquí y le conectamos los monitores y demás sistemas.

—¿Es tan grave? —le pregunté.

—En realidad, no —dijo—. Pero tenemos una reputación que proteger. No queremos que ningún paciente, aunque sólo padezca un problema sin importancia, se nos muera.

—Eso es muy tranquilizador —dije con sarcasmo.

—Realmente no está usted en peligro —me informó.

Enrojeció. Levanté la mirada hacia ella.

—¿Qué le hace estar tan segura?

—Poco después de que le inyectáramos «Demerol» tuvo usted una erección y comenzó a decir porquerías.

—¿Qué clase de porquerías?

Ahora se echó a reír.

—Bastante sucias. —Miró a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie cerca—. Igual que en los libros que usted escribe. Quería que yo jugara con usted, que se la chupara, que jodiéramos, y otras muchas cosas que no me atrevo a decir.

—Vaya —dije—. ¿Y qué hizo usted?

—Nada. Me limité a colaborar con el médico para colocarle la pierna en su sitio. Después se despertó y todo acabó.

—No se preocupe —le dije—. Le daré otra oportunidad cuando tenga la habitación privada.

—Trabajo en cuidados intensivos —dijo ella—. Nunca subo a las habitaciones particulares.

—¿Nunca? —le pregunté.

—Muy pocas veces —comentó. Me miró—. Tengo varios ejemplares de libros suyos en casa. ¿Le importaría dedicármelos?



—Con mucho gusto —le contesté—. Pero sólo si me los sube a la habitación.

No dijo nada. La miré darse la vuelta mientras dos asistentes empujaban una camilla hacia mí y se detenían junto a la cama. La mujer se volvió y me habló.

—Ahora vamos a trasladarlo.

Apunté hacia la pierna derecha, que colgaba de una polea sujeta por debajo del tobillo.

—¿Cómo se las van a arreglar con eso?

—Sabemos cómo hacerlo —dijo ella—. Usted quédese tranquilo y déjenos hacer el trabajo a nosotros. Intentaremos no hacerle demasiado daño.

—No hace falta que sea tan sincera —le indiqué—. Preferiría que me mintiera un poco y me inyectara otro tranquilizante.

—No sea niño —dijo la doctora mientras los asistentes me ayudaban a trasladarme a la camilla con la sábana debajo de mí.

Sentí una punzada de dolor que me dejaba sin aliento.

—¡Mierda!

—Ya ha pasado —apuntó ella—. No ha sido para tanto.

—Promesas, promesas —le dije yo.

Se inclinó hacia mí y me pasó una toalla fresca por la cara.

—Ya está usted bien.

—Usted también está muy bien —le dije cuando los asistentes empezaron a empujar la camilla.

Me sentía como un estúpido mientras me llevaban por los pasillos, echado en la camilla; me miré la pierna que colgaba por encima de mí, y más arriba, el techo. Vi por el rabillo del ojo que la gente se apartaba para dejarnos paso. Me sentía violento a pesar de darme cuenta de que la mayoría de las personas no me prestaban atención. Aquello era la vida normal de un hospital. Cerré los ojos. No tenía ganas de toparme con la mirada de nadie. Ya había tenido bastante.

Por extraño que parezca, el traqueteo que producían las ruedas de la camilla al rodar por las baldosas de los pasillos me hizo evocar el sonido del Metro sobre los raíles, al que me había acostumbrado muchos años atrás. No sabía muy bien qué me



pasaba. Quizás estuviese dormitando. Yo siempre dormitaba en el Metro, manteniéndome a duras penas en pie y apoyado de espaldas contra la puerta mientras el gentío me empujaba de un lado a otro. Luego, cuando la gente salía del vagón en la estación de la calle Cuarenta y dos, me despertaba y me iba tras ellos por el andén hasta la calle, donde tomaba la dirección de la oficina en la que trabajaba.

Julio y agosto eran siempre unos meses terribles en el Metro. El calor se mezclaba con el sudor, y los ventiladores lanzaban hacia abajo peculiares remolinos de aire. Yo siempre viajaba en mangas de camisa, con la corbata quitada y la chaqueta colgada de un brazo. En aquella época yo tenía diecisiete años y trabajaba en el *Daily News* en un empleo de verano como escribiente. El día en que trabajamos conocimiento era extremadamente caluroso.

La multitud que ella tenía detrás hacía que se apretara contra mí. Me miró a la cara.

—Si apartara usted el brazo que tiene delante del pecho y lo pusiera a un costado, me quedaría algo más de sitio.

Asentí en silencio y moví cuidadosamente el brazo contra la barra para que no se me cayeran la chaqueta ni la corbata. Me dio las gracias sonriendo y después se dio la vuelta y apoyó la espalda contra mí. El tren salió de la estación y el habitual balanceo de los vagones fue cobrando velocidad. Creo que antes de los treinta segundos yo ya tenía una erección.

Noté que el sudor me resbalaba desde el rostro hasta el cuello de la camisa. Miré fugazmente hacia abajo. Ella tenía las nalgas empotradas en mi ingle. Intenté pensar en otra cosa, pero no funcionó. La erección cada vez me apretaba más los calzoncillos. Procurando que ella no notase el apuro en que me encontraba, conseguí deslizar la mano hasta el bolsillo del pantalón y me coloqué disimuladamente el pene en una posición más cómoda, justo detrás de la bragueta. Le eché otro vistazo y empecé a sentirme mejor. Pensé que ella no había notado nada.

El tren se detuvo en el túnel entre dos estaciones y nos quedamos allí, a oscuras, durante un rato; instantes después se encendían las luces de emergencia, que lanzaron un pequeño destello amarillo. La chica me miró volviéndose por encima del hombro.

—¿Está usted cómodo? —me preguntó.



Asentí. Necesitaba concentrarme, y ello me impedía hablar demasiado.

—De primera —le dije.

Me sonrió bajo las parpadeantes luces.

—He notado perfectamente cómo se apoyaba contra mí.

La miré. No parecía molesta.

—Lo siento —me excusé.

—No se preocupe —me aclaró ella—. No se imagina usted cuántos hombres hacen eso en el Metro. —Esperaba que le diera una respuesta, pero yo no sabía qué decir. Hizo un gesto de asentimiento—. Es usted el cuarto de esta semana. La mayoría de ellos no me gustan, son unos cerdos. Pero usted no me molesta, parece simpático y limpio.

—Gracias —le dije.

Me miró.

—¿Ya se ha corrido?

Moví la cabeza de un lado a otro negativamente.

—¿Le gustaría hacerlo?

Me quedé mirándola, pero antes de que tuviera tiempo de responderle noté que alargaba una mano por detrás de la espalda y me cogía los testículos por encima del pantalón. Aquello era lo único que me faltaba.

Al mismo tiempo los vagones se pusieron en movimiento dando un tirón, y las luces se encendieron mientras el tren entraba en la estación. Las rodillas se me doblaban mientras el orgasmo hacía que el pene me golpease repetidamente contra el vientre. Me sujeté a la barra para no caerme al tiempo que sentía el producto viscoso y caliente de la eyaculación extendiéndose por los calzoncillos.

Las puertas del vagón se abrieron en el lado opuesto al que nos encontrábamos; entonces ella se volvió hacia mí y me miró, sonriente.

—Ha sido muy divertido —dijo. Y pasó a través de las puertas abiertas.

Sin dejar de sujetarme a la barra la observé mientras se alejaba por la estación en medio de la multitud. La habría seguido para intentar concertar una cita con ella,



pero no me sentía capaz de andar. Entonces noté que la humedad me traspasaba los pantalones y me coloqué la chaqueta delante aguantándola con los brazos.

Busqué su mirada mientras el tren se ponía en marcha. Pero desapareció de mi vista mientras las ventanillas pasaban velozmente ante ella.

«¡Mierda!», pensé. Verdaderamente era un estúpido. La había tenido al alcance de la mano y la había dejado escapar. Todo lo que tenía que haber hecho era hablar un poco más en lugar de quedarme callado como un memo. Entorné los ojos y miré hacia atrás, hacia la estación, pero cuando los abrí de nuevo vi la pierna suspendida sobre mí por medio de una polea.

Miré la estancia en torno mío. Era la habitación individual. Las paredes y techos estaban limpios y eran de color azul. Oí pisadas y me volví. Vi que una enfermera se me acercaba con un paño mojado.

Era una mujer de cuarenta y tantos años. Me tendió el paño.

—Lávese las partes íntimas.

—¿Para qué? —le pregunté al tiempo que cogía la toalla.

—Ha tenido un sueño mientras dormía —me dijo—. Pero no se preocupe por eso. Es bastante normal que les sucedan cosas así a las personas a quienes inyectan tranquilizantes.

—Sólo recuerdo que me pusieron en una camilla.

—Estaba dormido mientras lo trasladaban aquí.

—La camilla me hacía recordar el Metro —le contesté—. Es extraño.

—Límpiese y olvídalo —dijo ella—. Ha dormido más de tres horas y el médico va a venir a verle de un momento a otro.

Cinco minutos más tarde Ed entraba en la habitación. Buscó el dispositivo que accionaba la polea y luego acercó una silla y se sentó junto a la cama.

—Has tenido bastante suerte, amigo mío —comenzó.

—Me alegra que pienses eso —le dije con sarcasmo—. Tengo un dolor insoportable.

—Podría haber sido mucho peor. Las fracturas que tienes se curarán con el tiempo, pero has estado a punto de quedarte en una silla de ruedas de por vida.



Lo miré. Por primera vez me fijé en el cansancio que se reflejaba en aquellos ojos azules surcados por líneas rojas a causa de la falta de sueño.

—Lo siento —le dije—. Supongo que te he estropeado la cita que tenías para cenar.

—No importa —repuso—. Vas a estar fuera de circulación durante una temporada, así que puedes enviarme alguna de tus chicas de reserva.

—¿Cuánto tardaré en curarme?

—No es fácil decirlo. Todo va por etapas. La primera etapa consiste en estar en el hospital con esta polea aproximadamente una semana, hasta que estemos seguros de que los huesos están bien colocados en su sitio. Luego puedes irte a casa. Tienes que empezar a caminar a pequeñas dosis y con mucho cuidado. Primero con andaderas, luego con muletas, pero siempre despacio y poco rato cada vez. Descansa todo lo que puedas y quédate en la cama el mayor tiempo posible. Al cabo de un mes te haremos de nuevo radiografías. Si todo va bien, permitiremos entonces que te muevas un poco más, pero siempre con muletas. Después de otro mes, más rayos X para cerciorarnos de que las fracturas están curadas. Tendrás que caminar con bastón unos cuantos meses hasta que estemos completamente seguros de que el cartílago y la articulación de la cadera se han recuperado. Entonces podrás hacer de nuevo vida normal.

Hice el cálculo de todas aquellas etapas.

—¿Seis meses?

—Más o menos —contestó.

—¿Podré trabajar?

—Supongo que sí. Pero el dolor será constante, así que tendrás que tomártelo con calma.

—¿Cuánto tiempo tardará en desaparecer el dolor?

—En una escala de diez a partir del que tienes ahora, en tres meses quizá se habrá reducido a cinco, y cuando esté completamente curado se reducirá a dos o tres; pero eso es algo con lo que aprenderás a vivir. No interferirá con ninguna de tus actividades.



Lo miré. Había una cosa en él que merecía todo mi respeto: decía la verdad. Nada de prometer la luna.

—Realmente esto me jode todos los proyectos —le dije—. Este fin de semana tenía que entregar el guión de una serie de Televisión. Y la semana que viene un artículo para un periódico británico. Además iba a empezar un libro nuevo, cuya primera parte debe estar lista dentro de tres meses.

—No creo que puedas cumplir esos compromisos —me dijo muy serio—. ¿Por qué te preocupas? Tu último libro sigue en la lista de *best sellers* y lleva ahí más de un año.

—También hace más de un año que me gasté el dinero que gané con ese libro. Tengo que mantener en marcha una enorme maquinaria.

—Supongo que es cierto. Vivir siempre al máximo no resulta barato. Sólo para mantener las casas que posees, una aquí, en Beverly Hills, otra en la Riviera francesa, el refugio en Acapulco para pasar el invierno, la villa y un yate, necesitas hacer un gran esfuerzo. ¿Cómo te las arreglas?

—Igual que tú —le contesté—. Sin dejar de trabajar ni un minuto.

—Y también te gastas un montón de dinero en alcohol, en fiestas, en drogas y en mujeres. Reduce un poco los gastos y ahorrarás un montón de dinero.

—Empiezas a hablar como Paul, mi abogado. Lo que ninguno de los dos entendéis es que la alcorza que hay sobre el pastel es lo que evita que se desmorone y hace que la cosa merezca la pena. El mero hecho de meter dinero en el banco no trae consigo ninguna diversión. Al menos yo me gasto todo el dinero a fin de llevar un estilo de vida que me proporcione placer y alegrías.

—Pero sigues teniendo que trabajar —observó.

—¿Y qué? ¿Tú no?

—Sí —dijo él—. Pero la gente tiene una opinión distinta de ti.

Me eché a reír.

—Piensan en lo que escribo, y ello les hace creer que mis libros y yo somos una misma cosa.

—¿Quieres decir que siempre has trabajado de ese modo? ¿Incluso cuando estabas empezando?



—Siempre —le dije—. Entonces seguramente más.



PRIMERA PARTE

1942



1

—¡Joe!

La voz de su madre sonó débilmente a través de la puerta cerrada del dormitorio. Despacio, Joe se dio la vuelta en la cama y escudriñó el despertador que había en la mesita de noche. Eran las once de la mañana. Se acurrucó de nuevo y se cubrió la cabeza con la almohada.

Esta vez la voz de su madre sonó más fuerte. Él se asomó por debajo de la almohada y vio que la puerta del dormitorio estaba abierta y que su prima, Motty, se encontraba de pie en el pasillo. La miró, un poco sorprendido.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí?

—Tu madre te llama —dijo ella.

—Ya la he oído —observó Joe con cierta ironía—. Pero estoy muy cansado.

—Será mejor que te levantes —le aconsejó Motty—. Es importante.

—Sea lo que sea, seguro que puede esperar media hora más —repuso él volviendo a meter la cabeza bajo la almohada.

Poco tiempo después notó que alguien le quitaba las sábanas de encima.

—¿Qué diantres estás haciendo? —gritó al tiempo que se cubría los genitales con las manos.

Motty se echó a reír al verle.

—Ya has estado meneándotela otra vez.

—No —contestó él, enfadado, mientras se sentaba en la cama.



—No mientas —dijo Motty—, Se pueden ver las manchas en las sábanas.

Joe examinó cuidadosamente la ropa de cama.

—Ha sido mientras dormía.

—Ya —observó su prima con sarcasmo—. Siempre dices lo mismo. Pero te conozco bien. Te conozco desde que eras un niño.

—¿Por qué te crees tan experta? —le preguntó—. Sólo eres un poco mayor que yo.

—Tengo veinticinco años —le recordó Motty poniéndose a la defensiva—. Eso es ser bastante mayor. Todavía recuerdo cuando eras un bebé y yo te bañaba.

—Y te pasabas la mayor parte del tiempo jugueteando con mi verga —le indicó él.

—¡Nada de eso! —replicó ella con énfasis.

Joe se apartó las manos de los genitales.

—Ahora mismo tengo una erección —le dijo—. ¿Te gustaría bañarme otra vez?

—¡Cerdo! —le espetó Motty—, Tienes una mente pervertida. He leído todos esos artículos que escribes para las revistas. Historias de amor picantes, historias policíacas picantes, historias de aventuras picantes.

Él la miró.

—No era necesario que las leyeras.

—Tenía curiosidad por saber qué escribías.

—¿Y te excitaron? —preguntó él.

—No, me desagradaron —respondió Motty—, Si lo que quieres es ser escritor, ¿por qué no escribes para alguna revista decente? Para *Saturday Evening Post*, *Collier's* o *Ladies' Home Journal*, por ejemplo.

—Ya lo he intentado —afirmó Joe—. También sé escribir historias de ese tipo. —Se quedó sentado en silencio durante unos segundos—. Pero no me las arreglo tan mal. Saco con facilidad un promedio de quince dólares a la semana.



—No es gran cosa —dijo ella—. Yo gano treinta y cinco a la semana escribiendo anuncios para «A & S».

—Yo a eso no lo llamo escribir —le indicó él—. Además, también trabajas de vendedora en la tienda.

Motty hizo caso omiso del comentario y se encaminó hacia la puerta.

—Será mejor que bajas —le dijo—. Tu madre ya está un poco molesta.

Oyó los pasos de la muchacha al bajar las escaleras que conducían al vestíbulo de la entrada; después saltó de la cama. Se estiró y respiró profundamente ante la ventana abierta de par en par. Corría el mes de octubre, pero el aire era todavía templado y húmedo. Parecía que el verano no se decidiera a marcharse. Se apoyó en el alféizar de la ventana y miró hacia abajo, hacia el pequeño callejón que separaba la casa de la de al lado. Vio salir a Motty por la puerta lateral.

—Vas a llegar tarde al trabajo —le gritó.

—Es jueves. Y los jueves la tienda abre más tarde.

—Ah.

Ella lo miró.

—¿Vas a quedarte a trabajar esta noche?

—No —dijo él.

—A lo mejor te apetece pasar a recogerme por la tienda. No me gusta volver sola a casa. Aquella zona siempre me asusta por la noche.

—Te llamaré —le prometió Joe—, Haré lo posible por pasar a recogerte.

—De acuerdo —le dijo Motty mientras caminaba por el callejón hacia la calle.

Se apartó de la ventana, Motty estaba muy bien, aunque a veces era tan molesta como un grano en el culo. Vivía con ellos desde los diez años. Sus padres habían muerto en un accidente de automóvil, y como la madre de Joe era el único pariente que le quedaba vivo, había hecho lo normal en estos casos: irse a vivir con su tía.

Joe miró el interior de la habitación. La cama de su hermano seguía en un rincón, como si cada noche regresara a casa. Steven era su hermano mayor, siete años mayor para ser exactos, y estudiaba tercer curso en la facultad de Medicina de



Oklahoma. Sólo pasaba en casa un par de semanas al año, durante las vacaciones. A veces se preguntaba si Steven sería realmente su hermano. Era una persona muy seria que se pasaba la vida estudiando y que desde muy niño había decidido que quería ser médico. Él solía tomarle el pelo a Steven diciéndole que el motivo por el que deseaba hacerse médico era para conseguir que Motty se desnudase delante de él y hacerle un reconocimiento. Pero Steven no tenía sentido del humor. No se reía jamás.

Joe cogió un cigarrillo de un paquete que había sobre la cómoda, lo encendió y aspiró profundamente el humo. El sabor no era maravilloso, precisamente. Prefería los «Lucky», pero a pesar de que los «Lucky Green» se habían ido a la guerra —es lo que decía la publicidad— todavía costaban más que los «Twenty Grand», así que eran éstos los que solía fumar. Aplastó el cigarrillo hasta apagarlo por completo y luego lo dejó con cuidado en el cenicero para poder encenderlo de nuevo más tarde. Se puso el albornoz, salió al pasillo y pasó por delante del dormitorio de sus padres, que estaba junto al cuarto de baño.

Su madre se encontraba de espaldas a él cuando Joe entró en la cocina. No se volvió. Sin dejar de raspar y cortar zanahorias sobre el fregadero, la mujer le habló por encima del hombro.

—¿Te apetece desayunar algo?

—No, gracias, mamá —contestó él—. Solamente una taza de café, por favor.

Ella continuaba sin darse la vuelta.

—El café no es bueno con el estómago vacío.

—Es que no tengo hambre —dijo Joe mientras se sentaba ante la mesa de la cocina. Se quedó allí dándole vueltas a la colilla con los dedos hasta que el extremo quemado del cigarrillo se desprendió.

Su madre se quedó mirando el cigarrillo mientras le llevaba la taza de café.

—El tabaco es lo peor de todo —le dijo—. No te dejará crecer.

El se echó a reír.

—Mamá, ya mido un metro setenta y cinco. No creo que vaya a crecer más.

—¿Has visto la carta? —le preguntó ella cambiando de pronto de conversación.



—¿Qué carta?

Se hallaba sobre la mesa de la cocina. La empujó hacia él. Parecía un sobre oficial. Y además la habían abierto. Joe la cogió. En efecto, era una carta oficial. De la oficina de reclutamiento. Se apresuró a sacarla del sobre. Sólo tuvo que leer la primera línea: «Bienvenidos.»

—¡Mierda! —exclamó; después miró a su madre.

Ésta ya se había echado a llorar.

—Ya basta, mamá —le dijo él—. No es el fin del mundo.

—Te han calificado como Uno-A —dijo la madre—. Quieren que te presentes dentro de tres semanas en el «Grand Central» para el examen físico.

—Eso no significa nada —la animó él—. Hace más de un año que soy Uno-A. Y además, he leído en los periódicos que sólo el cuarenta por ciento de los reclutas superan el examen físico. A lo mejor ni siquiera lo paso.

—No creo que tengas tanta suerte —dijo ella sorbiendo por la nariz.

Joe volvió a reírse.

—Seguro que se podrá hacer algo. Papá es muy amigo de Abe Stark. Y también hay más gente con quien podemos hablar.

No quiso decirle que su padre tenía mucha influencia con los muchachos de Brownsville. Ella ya lo sabía, pero no le gustaba mencionarlo. Ni siquiera era capaz de reconocer que su marido fuera prestamista además de dirigir la tienda de pollos cerca de la avenida Pitkin.

—Nadie tiene influencias en la oficina de reclutamiento —le dijo la madre—. Tiene que existir un auténtico motivo para que alguien libre.

—A lo mejor descubren que tengo gonorrea —bromeó Joe.

Ella lo miró con ojos de miope. No sabía muy bien si debía enfadarse o alegrarse.

—¿La tienes?

—No —contestó él.

—¿Ves lo que te pasa por dejar el trabajo en el *Daily News*? A los empleados de los periódicos no los reclutan. No deberías haberlo dejado.



—No lo dejé —le indicó Joe—. Ya te he dicho muchas veces que me despidieron. No deseaban que ningún Uno-A trabajase allí porque no querían arriesgarse a quedarse sin empleados.

—Esa amiga tuya del periódico que es una escritora importante podría haber hecho algo al respecto.

Joe se quedó callado durante un momento. No podía explicarle que lo habían despedido precisamente por joderse a Kitty. Encendió la colilla y exhaló un poco de humo; luego se llevó la taza de café a los labios.

—Al menos no tienes que preocuparte por Steven, mamá —le dijo él—. Está a salvo como mínimo durante los próximos cuatro años.

—Tú también lo estarías si hubieses aceptado el empleo en la tienda de máquinas del tío Izzy.

—Entonces no estábamos en guerra —le indicó Joe—. Además, ya sabes que no soy capaz de hacer esa clase de trabajo. Yo soy escritor.

—Tendrías que haber ido al «City College» —le recriminó la madre—. Así seguramente habrías conseguido alguna prórroga.

—Es muy posible —contestó él—. Pero no pude pasar los exámenes de aptitud.

—El problema fue que nunca te lo tomaste en serio. Siempre andabas por ahí correteando en compañía de esas putillas.

—Venga, mamá —le dijo él—. Sólo te falta decirme que debería haberme casado.

—Con tal de ver que conseguías una prórroga —le dijo su madre—, no me habría quejado aunque te hubieses casado con cualquiera de aquellas putas.

—¿Y qué habría ganado con ello?

—Convertirte en un Tres-A —le contestó la madre—. Y si hubieras tenido un hijo, quizá más.

Joe movió la cabeza de un lado al otro.

—Eso ya es agua pasada. No hice ninguna de esas cosas, así que olvidémoslo.

La madre lo miró y las lágrimas le asomaron de nuevo a los ojos.



—He hablado con tu padre. Quiere que vayas a verle.

—Muy bien —dijo Joe. Luego sonrió—. A lo mejor quiere que duerma tres o cuatro noches en la tienda de pollos antes de ir a «Grand Central». Así quedará tan lleno de piojos que seguro que me echarán a la calle.

—No te burles de tu padre —le recriminó ella.

Joe guardó silencio. Ella había hecho construir una ducha en el garaje para que su padre pudiera dejar allí la ropa y lavarse antes de entrar en casa al volver del trabajo.

La madre se acercó de nuevo al fregadero.

—Sube a vestirte —le dijo—. Te prepararé algo para que desayunes antes de marcharte.

Caminaba lentamente entre la muchedumbre que abarrotaba la avenida Pitkin a la hora de comer. Al mirar por las ventanas del restaurante «Little Oriental» vio que todas las mesas estaban ocupadas y que un grupo de clientes esperaban turno para comer. En la acera de enfrente estaban quitando el cartel del teatro «Loew's Pitkin» que anunciaba la sesión matinal; a partir de ahora, y hasta las seis, la entrada costaría veinticinco centavos. No le interesaba el programa doble que ofrecían aquel día. Le gustaba más cuando presentaban un *show* en directo además de una película en lugar de un programa doble, como ahora. En aquella época existían grandes maestros de ceremonias, como Dick Powell u Ozzie Nelson; todos eran maravillosos. También había otros muchos, pero se habían ido a Hollywood para trabajar en el cine.

Caminó cuatro manzanas más. Las tiendas ya no se veían tan lujosas, eran más sencillas y peor decoradas. Ni siquiera «Rosencrantz», unos almacenes de precio único, tenían el atractivo de «Woolworth», que sólo quedaba cinco calles más atrás. Dobló la esquina de la calle donde se hallaba situada la tienda de pollos de su padre.

Estaba a la altura de la mitad de la calle, en un gran solar cerrado por completo con una valla. En un ángulo del solar había un pequeño edificio de unos cincuenta metros cuadrados y luego la valla continuaba junto al edificio; en el centro se veían dos grandes cancelas de tela metálica para que entraran los camiones de las



granjas cuando traían las aves del campo. En el extremo más alejado del solar había un cobertizo donde los pollos y demás aves de corral se movían de un lado a otro por aquel estrecho espacio, contribuyendo con sus cacareos y graznidos a aumentar el ruido de la calle. Joe se quedó de pie en la acera de enfrente y contempló el cartel que abarcaba toda la parte de la fachada que tenía tela metálica.

PHIL KRONOWITZ - ALBERT PAVONE

POLLOS VIVOS - GALLINE VIVE¹

LOS ANIMALES SE MATAN DE ACUERDO CON LA LEY JUDÍA

BAJO LA SUPERVISIÓN DEL RABINO

SE SIRVE A RESTAURANTES

VENTA AL POR MAYOR Y AL DETALLE

El cartel estaba pintado con atrevidas letras blancas sobre fondo verde brillante. Se quedó allí de pie en la acera mientras se acababa el cigarrillo. A su padre no le gustaba verle fumar.

Tiró la colilla y cruzó la calle dirigiéndose hacia el pequeño edificio. Intentó hacer girar el pomo de la puerta, pero estaba cerrada con llave. Odiaba entrar en la tienda a través del solar al aire libre. Le desagradaban el olor, la sangre y el ruido de las aves que proclamaban a gritos su desgracia.

Pasó por detrás del edificio y caminó junto al largo cobertizo. La primera mitad del mismo estaba dedicada a aquellas aves sacrificadas según la ley judía. Delante de ella había una docena de achicadores triangulares de hierro cuyo fondo estaba sujeto a una tubería que desembocaba en un cubo. Allí era donde el *shochet*² les cortaba el pescuezo a los pollos y les metía la cabeza en el achicador hasta que se desangraban por completo. Después el *shochet* murmuraba una plegaria y le daba el pollo al cliente o, por un cuarto de dólar extra, se lo entregaba a un desplumador de

¹ En italiano en el original. (N. del T.)

² En yiddish en el original. (N. del T.)



pollos que le arrancaba las plumas y lo pasaba rápida y repetidamente por encima del fuego para librarlo de los piojos y de los cañones de las plumas. Esta era la parte del negocio que pertenecía a su padre.

Al, el socio de su padre, era un italiano gordo y sonriente. Vendía muchas más aves que Phil Kronowitz, y no sólo porque las vendiera más baratas, sino porque no tenía que seguir ritual alguno que hiciera más lento el trabajo. Sus empleados se limitaban a cortarles el pescuezo a los pollos y los dejaban correr enloquecidos salpicando de sangre todo el corral; cuando estaban muertos los arrojaban dentro de una tinaja de agua hirviendo a fin de que después resultara más fácil arrancarles las plumas con un gran cepillo de alambre.

No había ningún cliente delante de la parte que pertenecía a su padre. Dos desplumadores y el *shochet* estaban sentados en el suelo apoyados en la pared del edificio en el que se encontraba la oficina. El *shochet* estaba fumando un cigarrillo. Era un hombre alto, con una larga barba negra que le cubría el rostro.

Joe le habló en inglés.

—¿Cómo está usted, rabino?

—¿Cómo quieres que esté? —contestó el *shochet*—. *Ich mach a Peben* —añadió en yiddish a pesar de que hablaba inglés tan bien como Joe.

Éste hizo un gesto de asentimiento.

—¿Dónde está mi padre?

—¿Dónde quieres que esté? —replicó el *shochet*.

—No hay nadie en la oficina —dijo Joe—. ¿Y Josie?

Josie era una mujer corpulenta que hacía de cajera y contable.

—Ha salido a comer —le informó el *shochet*.

—¿Con mi padre? —le preguntó él. Siempre tenía la impresión de que su padre se trajinaba a Josie. Era una mujer tetuda y con el culo grande, como le gustaban a su progenitor.

Al parecer el *shochet* tuvo el mismo pensamiento.

—Yo sólo me ocupo de mis asuntos. No sé lo que hacen los demás a la hora de almorzar.



—Mierda —se dijo Joe mientras caminaba hacia el lugar en donde estaba Al, cerca de las tinajas llenas de agua hirviendo.

—*Buon giorno, tío Alberto*³ —le saludó sonriendo.

—*Vass machst du, yussele?*⁴ —dijo Al riendo—. No está mal para un gentil, ¿verdad?

Joe también se echó a reír.

—Habla usted yiddish mejor que yo, tío Al.

A Al no tuvo necesidad de preguntarle por su padre.

—Tu padre se ha ido a comer al «Little Oriental» —le explicó—. Me ha dicho que fueras allí en cuanto llegaras.

—¿En el «Little Oriental»? —le preguntó Joe, extrañado—. Creí que Jack no le dejaba entrar en el restaurante porque tiene miedo de que mi padre le llene el local de piojos.

—Tu padre se ha bañado y se ha puesto un traje —le dijo Al—, Y además Jack le habría dejado entrar aunque no lo hubiera hecho. Tu padre está comiendo con el señor Buchalter.

—¿Gurrah? —le preguntó Joe. Al no necesitó contestarle. Joe sabía de quiénes se trataba. Lepke y Gurrah eran los propietarios de Brownsville y de todo el este de Nueva York. Ni siquiera la mafia los molestaba.

—Muy bien, tío Al. Iré allí directamente. Gracias.

—Siento lo del Uno-A —le dijo el otro—. Espero que todo se arregle.

—Gracias, tío Al —le contestó—. Se arreglará de un modo u otro.

³ En italiano en el original. (N. del T.)

⁴ En yiddish en el original. (N. del T.)



2

Louis Buchalter medía casi un metro setenta, tenía el rostro mofletado y unos ojos inexpresivos que solía llevar ocultos bajo el ala del sombrero de fieltro que se ajustaba a la cabeza. Había otros dos hombres sentados a su lado ante la mesa redonda cuando Joe se instaló al lado de su padre.

—Así que tú eres el escritor —le dijo a Joe con una voz sorprendentemente aguda.

—Sí, señor —respondió éste.

Buchalter miró al padre de Joe.

—Es un chico con buena presencia, Phil. ¿Cuál es el problema?

—Lo han clasificado como Uno-A y su madre está a punto de volverse loca.

—¿Lo han llamado ya para el reconocimiento médico?

—Sí —dijo Phil—. Lo han citado dentro de tres semanas.

Buchalter se quedó en silencio durante un momento.

—¿En «Grand Central»? —preguntó al fin—. Entonces va a resultar más caro. Habría sido más sencillo si lo hubieran llamado desde una oficina de reclutamiento local.

—¿Pero se puede hacer? —le preguntó Phil con ansiedad.

—Todo se puede hacer —indicó Buchalter—. Pero ya te digo que será bastante caro.

—¿Cómo de caro? —le preguntó el padre de Joe.

—Dos de los grandes al contado y el veinticinco por ciento de los beneficios del Banco en lugar del diez que me venías dando hasta ahora.



Joe miró a su padre.

—No vale la pena, papá. Tengo cuatro posibilidades sobre diez de convertirme en un Cuatro-F.

—*Grosser K'nocker*⁵ —dijo su padre, enfadado—. ¿Qué te hace estar tan seguro?

Joe guardó silencio y entonces Phil se volvió hacia Buchalter.

—¿No hay otra solución, Louis?

Buchalter hizo una pausa y movió la cabeza negativamente de un lado a otro. Miró a Joe, pero cuando habló lo hizo dirigiéndose a Phil.

—¿Tiene algún empleo?

—No —repuso Phil—. Trabaja en casa. Tiene una máquina de escribir en la habitación.

—¿Es capaz de trabajar en un almacén? —le preguntó Buchalter.

—¿Qué clase de almacén? —inquirió Phil a su vez.

—Es un sitio limpio —le aclaró Buchalter—. Todo lo que tiene que hacer es coger los mensajes telefónicos y, de vez en cuando, repartir algún paquete.

Phil permaneció callado.

—Ello hará que nos resulte más fácil cambiarle la clasificación —continuó Buchalter—. El almacén está en Manhattan, y si tu hijo se consigue una habitación por allí podríamos hacer que los papeles de reclutamiento se perdieran y darle otros nuevos bajo algún alias. —Miró a Joe—. ¿Te importaría trabajar con un *shoartzter*⁶?

Joe negó con la cabeza.

—No, no me importa.

—Ganarás veinticinco dólares a la semana.

⁵ En yiddish en el original. (N. del T.)

⁶ En yiddish en el original. (N. del T.)



—Eso lo hace aún más atractivo —comentó Joe—. Pero, ¿me quedará tiempo para escribir?

—Tendrás todo el tiempo que quieras —afirmó Buchalter—. Los clientes no entran nunca en el almacén.

—No quiero que mi chico vaya a terminar en la trena —apuntó el padre.

—Phil, ¿crees que yo te haría una cosa así? —le dijo Buchalter.

—Ya sé que no —respondió Phil—, pero a veces las cosas no salen como uno piensa.

—Te lo garantizo —dijo Buchalter—. Y si confías en mí puedes olvidarte del veinticinco por ciento del Banco; volveremos a la cantidad de antes.

—¿Y los dos grandes? —presionó el padre de Joe.

—Eso tendrás que pagarlo. El dinero no es para mí, sino para los muchachos que se ocupan del papeleo.

Phil se quedó pensando durante un momento y luego le ofreció la mano al otro.

—Trato hecho.

Buchalter se la estrechó; después se volvió hacia Joe.

—¿Tienes aquí la tarjeta de reclutamiento y el aviso para el reconocimiento?

—Sí, señor —dijo Joe.

—Dámelos.

Joe sacó los papeles del bolsillo y se los entregó por encima de la mesa. Buchalter los examinó durante un momento y se los dio a uno de los hombres que estaban sentados a su lado, quien se los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Kronowitz —dijo Buchalter—. Tendremos que cambiarte de nombre. ¿Se te ocurre algún otro?

—Joseph Crown es el seudónimo con el que firmo todo lo que escribo —le indicó Joe.

—Ése servirá —asintió Buchalter. Se volvió hacia el hombre que tenía al lado—. Toma nota.



El hombre hizo lo que el otro le indicaba.

Buchalter se volvió de nuevo hacia Joe.

— Apunta el nombre y la dirección que te voy a dar. Mañana a las diez de la mañana tienes que estar allí. — Aguardó a que Joe sacase una pluma y una pequeña libreta—. «Caribbean Imports», en la esquina de la calle Cincuenta y tres y la Décima Avenida. Pregunta por un hombre que se llama Jamaica. Puedes conseguir el número de teléfono en la guía.

— Sí, señor — dijo Joe.

— ¿Algo más, Phil? — le preguntó Buchalter.

— Nada más. Gracias, Louis — le dijo Phil—. Te estoy muy agradecido.

— Para eso están los amigos — le indicó Buchalter. Se puso en pie y lo mismo hicieron los dos hombres que lo acompañaban—. Saldré por la cocina — dijo; luego se volvió hacia Joe—. Buena suerte, muchacho.

— Gracias, señor Buchalter — repuso éste.

Su padre esperó a que Buchalter y los amigos que lo acompañaban se hubieran marchado, y luego miró a su hijo.

— Si por mí fuera te habría dejado ir al Ejército para que te matasen.

Joe se quedó en silencio.

Phil lo miró y movió tristemente la cabeza de un lado a otro.

— ¿Quieres comer?

— No, gracias. Mamá me obligó a desayunar justo antes de venir aquí.

El padre se puso en pie. Era un hombre alto y corpulento, de casi un metro ochenta de altura.

— Entonces vámonos. Es jueves, y las tardes de los jueves siempre hay mucho trabajo.

Jake se acercó presuroso a la mesa.

— ¿Qué os creéis que es esto? ¿Una sala de reuniones? — se quejó—. Nadie come.



Phil lo miró con desprecio. Luego arrojó un billete de diez dólares sobre la mesa.

—Esto te compensará —dijo. Y salió del local.

Joe se detuvo a la puerta del restaurante y miró a su padre.

—He de irme. Tengo una cita en la revista.

—¿No se te ocurre nada más que decir?

Joe alzó la mirada hacia su padre; luego se puso de puntillas y lo besó en los labios.

—Gracias, papá.

En los ojos de Phil se veía el brillo producido por las lágrimas que pugnaban por salir.

—Hasta la noche, *tateleh*⁷.

Salió de la estación de Metro de la calle Canal. El traqueteo de los camiones que iban y venían por el túnel Holland era ensordecedor. Se detuvo en la esquina y esperó a que cambiaran las luces de semáforo para cruzar a la acera de enfrente. Allí se hallaba el edificio donde estaban emplazadas las oficinas de la revista.

El edificio era un antiguo almacén completamente remozado, aunque el viejo montacargas se utilizaba ahora también para las personas. El ascensorista levantó la verja de tela metálica para permitirle subir. Joe dejó el ascensor en la quinta planta y cruzó las puertas de cristal opaco de las dependencias de la revista. Un sencillo letrero pintado en negro rezaba: *Searchlight Comics*.

Caminó por el largo pasillo. A un lado, junto a las ventanas, se hallaba el departamento artístico. Allí los ilustradores y artistas trabajaban inclinados sobre los tableros de dibujo y los caballetes. A lo largo del pasillo, pero en la parte interior, se hallaban los despachos que ocupaban los empleados de la editorial así como los del

⁷ En yiddish en el original. (*N del T.*)



departamento de administración. Los despachos, sin puerta y con forma de cubo, estaban alineados uno junto al otro como si fueran las celdas de una prisión, pero con paredes de cristal. Se detuvo y miró hacia el interior de uno de los despachos.

El señor Hazle, el redactor jefe del grupo de revistas, estaba casi oculto detrás de una enorme pila de manuscritos y trabajos artísticos que tenía sobre el escritorio. Miró a Joe por encima de ellos y le hizo una seña para que entrase.

—Pasa, Joe —le dijo—. Precisamente estaba pensando en ti.

Joe sonrió.

—Hola, señor Hazle. Supongo que hoy habrá algún cheque para mí.

—Tendrás que esperar un día más —le indicó el señor Hazle mientras le escudriñaba a través de las gafas redondas con aquellos ojos de lechuza que tenía en la parte delantera de la calva cabeza—. La razón por la que deseaba hablar contigo es para decirte que nos ha gustado mucho tu artículo para *Spicy Adventure*⁸.

—Eso está muy bien —dijo Joe, que seguía de pie. En aquella reducida oficina no había sitio más que para una silla.

—He estado hablando con el jefe —continuó Hazle—. A él también le ha gustado, pero dice que mil quinientas palabras son demasiadas para una historia de ese tipo. Con las ilustraciones ocupará diez páginas, y no tenemos espacio para ello. Hemos puesto un límite de cinco páginas por cada artículo.

—¿Y qué vamos a hacer? —le preguntó Joe.

—El jefe dice que le ha gustado tanto que quiere que lo conviertas en un serial; quizá de unos veinte capítulos, uno en cada número.

Joe lo miró.

—Mil doscientas palabras por capítulo a un centavo cada palabra, sólo son doce dólares por historia. Sé que los dibujantes ganan más que eso. Sacan veinticinco dólares por página.

—Así es esta revista —le dijo Hazle—. Nuestros compradores no leen, sólo les apetece mirar esos dibujos a base de culos y tetas.

—Aun así, yo debería ganar más —dijo Joe.

⁸ Spicy Adventure: aventura picante. (N. del T.)



—Tengo una idea. Al jefe le ha gustado la historia, especialmente el personaje femenino, Honey Darling. Quizá pueda convencerle para que lo conviertas en varios artículos largos que salgan sucesivamente uno cada mes, en aventuras diferentes en las que intervenga siempre Honey Darling. De ese modo te pagará a dos centavos por palabra, y las historias largas alcanzan las setecientas cincuenta palabras. Con eso sacarás quince dólares al mes y no te impedirá escribir otras colaboraciones para nosotros.

—¿Cree usted que el jefe estará de acuerdo?

—Iré ahora mismo a preguntárselo —dijo Hazle—. Sólo tienes que darme tu palabra de que estás de acuerdo.

—La tiene —le dijo Joe.

—Espérame en una de esas sillas que hay en el pasillo. Volveré dentro de unos minutos.

Joe se instaló en el pasillo mientras Hazle se encaminaba al extremo del mismo y entraba en el único despacho cerrado que había en toda la planta. Joe sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno. Dio una profunda chupada y observó a la chica que estaba sentada ante una máquina de escribir al lado del corredor.

Ella le dirigió una rápida mirada y luego continuó escribiendo a máquina. Joe siguió mirándola mientras se fumaba el cigarrillo.

Un momento más tarde la muchacha se volvió hacia él y lo llamó.

—¿Es usted Joe Crown?

El asintió.

—Me lo parecía —dijo ella—. He leído la mayor parte del material que nos envía. Es usted bastante bueno, quizás el mejor escritor que ha pasado por aquí. Hasta el mismo Hazle lo reconoce.

—Eso está muy bien —dijo Joe.

—Es usted demasiado bueno para trabajar aquí —continuó la muchacha—. Debería probar suerte en otras revistas de más calidad.

—No tengo las relaciones necesarias. Se necesitan buenos contactos, de otro modo ni siquiera leen los relatos.



—Entonces tendría que buscarse un agente.

—Para eso también se necesitan influencias. Los agentes no quieren desperdiciar el tiempo con principiantes.

Ella lo miró durante un momento.

—Voy a darle el nombre de un agente que conozco —le indicó—. Pero no le diga a Hazle que he sido yo quien se lo ha dado.

—No lo haré, se lo prometo.

La muchacha miró por encima del hombro para asegurarse de que Hazle no se acercaba. Luego mecanografió rápidamente el nombre en una hoja de papel y se la tendió a Joe a través del pasillo.

—Métasela en el bolsillo. ¡Rápido! —dijo evidentemente nerviosa.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Joe al tiempo que se guardaba la hoja de papel.

—También le he apuntado ahí mi nombre y el número de teléfono —dijo ella—. Pero llámeme sólo los domingos. Es el único día de la semana que tengo libre.

—Muy bien, la llamaré. Muchas gracias.

La muchacha volvió a la máquina de escribir al ver que Hazle regresaba por el pasillo. Joe levantó la mirada hacia aquel hombre calvo.

—El señor Kahn quiere verte —le dijo Hazle.

Joe siguió al redactor jefe hasta la única oficina cerrada. No era muy grande, pero en uno de los lados había cuatro ventanas. Las paredes estaban forradas de madera imitando caoba y había una mesa de despacho fabricada con el mismo material. En las paredes se podían ver colgadas algunas ilustraciones que habían sido portadas de la revista.

El señor Kahn era un hombre grande y jovial con la cabeza poblada por una espesa mata de pelo; llevaba unas gafas enormes con montura de carey. Se levantó y le ofreció la mano.

—Joe —dijo con voz de barítono—, me gusta conocer a escritores de talento, y considero que usted es uno de los mejores que tenemos.

—Gracias, señor Kahn —le dijo Joe.



—Le he dicho a Hazle que estoy de acuerdo con ese trato. Tiene usted los dos centavos por palabra. Nos gusta recompensar el talento.

—Gracias, señor Kahn.

—No hay de qué, Joe —dijo el editor—. Venga por aquí siempre que quiera verme. Somos como una gran familia. —Volvió a sentarse detrás del escritorio—. Lástima que no podamos charlar durante más tiempo, pues hay mucho trabajo por hacer.

—Lo entiendo, señor Kahn. Y gracias de nuevo —dijo Joe mientras seguía a Hazle hasta el pasillo.

Hazle entró de nuevo en aquel pequeño despacho semejante a una celda.

—Habría apostado cualquier cosa a que aceptaría —dijo sonriendo.

—¿Por qué estaba tan seguro? —le preguntó Joe.

—¿Recuerdas la escena del relato en que el árabe le corta el sostén a Honey Darling con la cimitarra para que las tetas se le muevan en libertad?

—La recuerdo.

—El señor Kahn me dijo que al imaginarse aquella escena tuvo la erección más grande que había experimentado desde que leyera *Aphrodite*, de Pierre Lovy.

—Entonces quizá debería usted haberle pedido tres centavos por palabra —le comentó Joe riendo.

—Sólo es cuestión de tiempo —le aconsejó Hazle—. Ahora hay que ponerse a trabajar. Primero tienes que dejar a punto para la imprenta las mil quinientas palabras convirtiéndolas en tres relatos de setecientas cincuenta palabras cada uno.



3

Esperó a salir a la calle, y una vez en la puerta del edificio miró la hoja de papel que la mecanógrafa le había entregado.

Laura Shelton

Piersall and Marshall Agency

Calle Treinta y nueve Este, n.º 34

Tel. Lexington 2200

Debajo estaba escrito el nombre de la mecanógrafa y una nota: Kathy Shelton, Tel. Yorkville 9831. P. S. No llame a mi hermana hasta mañana para que yo pueda hablarle de usted esta noche. K. S.

Se sintió bien. Aquello sí que era un golpe de suerte. Ya había oído hablar de la firma. Era una de las mejores agencias literarias de la ciudad. Varias veces había intentado concertar una cita con ellos, pero la telefonista se negaba a concedérsela y la recepcionista nunca había querido dejarle pasar.

Echó a caminar por la calle Canal. El tráfico iba aumentando, pues se acercaba la hora punta. Consultó el reloj; eran casi las cinco. Entró en una pastelería que había en la esquina más próxima y pidió un batido. El hombre del mostrador se quedó mirándole.

—¿Grande o pequeño?

Aún se sentía eufórico y afortunado.

—Grande.



—Son siete centavos —le dijo el camarero mientras colocaba ante él un gran vaso de chocolate líquido coronado de nata blanca.

Dejó una moneda en el mostrador y se dirigió, llevándose consigo el vaso, a un teléfono público que había frente a la barra. Esperó a oír el tintineo de la moneda al caer en el cajetín y luego marcó el número. Era uno de aquellos teléfonos nuevos que funcionaban con monedas y le pareció raro que no le respondiera la voz de la telefonista. Bebió un poco de batido mientras sonaba el timbre del teléfono. Una voz femenina le respondió.

—¿Diga?

—¿Lutetia? —preguntó—. Soy Joe.

La voz sonaba débil y metálica a través del auricular.

—¿Cómo estás, Joe? —Se le notaba por la voz que estaba un poco ausente.

—¿Está Kitty en casa? —le preguntó él.

—Sí. Pero está durmiendo.

—¿No se encuentra bien?

—Está casi inconsciente —le respondió Lutetia.

—Mierda —exclamó él—. Dijo que me daría cinco pavos por el trabajo que hice. Y que me los daría hoy.

—Si te dijo eso, lo más probable es que los tenga preparados —dijo Lutetia. Luego se echó a reír—. Pero tendrás que despertarla primero.

—Es que contaba con ese dinero —le confió Joe.

—Sube de todos modos —le indicó ella—. A lo mejor tienes suerte y se despierta.

Joe se quedó pensando durante un momento. En realidad no tenía nada más que hacer.

—Muy bien —dijo—. Estaré ahí dentro de media hora.

Cuando llegó al final de las escaleras, Lutetia se hallaba en pie en el descansillo ante la puerta abierta. La luz del vestíbulo iluminaba desde atrás la bata de chiffon y ponía de manifiesto que la muchacha no llevaba nada debajo.



—Todavía no ha vuelto en sí —le dijo mientras Joe entraba en el apartamento.

Él se volvió hacia la muchacha mientras ésta cerraba la puerta. Vio que tenía un vaso de vino en la mano. Parecía moverse a cámara lenta; el largo cabello de color marrón claro le caía sobre la espalda y las pupilas negras resaltaban aquellos suaves ojos azules. El aroma de la marihuana flotaba por todo el apartamento.

—Tú también pareces bastante colocada —le dijo Joe.

—No tanto como ella. El vodka y el té no mezclan bien.

Joe siguió a la muchacha hasta el salón—comedor. Lutetia se estiró en el sofá y la bata le resbaló sobre las piernas poniendo al descubierto todo el cuerpo hasta la cintura, donde llevaba un ligero cinturón. Miró a Joe.

—Hay una botella de vino y algunos vasos en la mesa —le indicó.

—No me apetece —dijo él—. He venido caminando desde la calle Canal. El calor y la humedad han podido más que yo. Me gustaría tomar algo fresco.

—Tenemos «Cañada Dry» y «Coca-Cola» en la nevera. Ya sabes dónde está.

Cuando Joe regresó de la cocina con un vaso de *ginger ale*, la muchacha se disponía a encender otro porro. El olor de la marihuana empezó a flotar por la estancia. El pelo de Lutetia cayó hacia delante cuando ella se inclinó sobre la mesita. Ahora la parte superior de la bata también se le había abierto, dejando al descubierto los pechos. Le tendió el porro a Joe.

—¿Quieres una calada?

—Ahora no —repuso él al tiempo que se sentaba en la butaca que había frente a la muchacha y daba un sorbo de la bebida.

Ella aspiró profundamente un par de veces más; luego colocó el porro en el cenicero y levantó el vaso de vino. Se echó hacia atrás en el sofá.

—Estoy aburrida —le dijo.

Joe sonrió.

—¿Y qué más hay de nuevo?

—También estoy salida como una coneja.

—Eso puedes arreglarlo fácilmente.



—He estado masturbándome toda la tarde —continuó ella—, Pero hacerlo sola no es muy divertido.

—La masturbación es un deporte que se practica en solitario.

—No necesariamente —dijo la muchacha.

Joe dio otro sorbo de *ginger ale* y no dijo nada.

La muchacha, todavía recostada contra el respaldo del sillón, separó las rodillas y, formando una V de victoria con los dedos índice y anular, se abrió el sexo poblado de pelo rubio hasta que los labios del mismo, rosados y húmedos, brillaron ante la atenta mirada de Joe. Lutetia percibió la forma en que él la observaba.

—¿Se te está poniendo dura? —bromeó.

—No me siento precisamente como un muerto —repuso él notando que el falo le empezaba a latir con fuerza.

—¿Te gustaría comerte este jugoso coño? —le preguntó Lutetia.

—No me importaría —le indicó él mientras se frotaba por encima del pantalón—. Pero, ¿y yo?

—Te masturbaré —le dijo Lutetia.

—Eso lo hago mejor yo solo —comentó él riendo—, O jodemos, o me la chupas. Cualquiera de las dos cosas me irá bien.

—Sabes perfectamente que no me gustan las vergas —dijo Lutetia—. Son una cosa horrible.

Joe se desabrochó los pantalones y sacó el pene. Notó que ya estaba completamente húmedo. Miró a la muchacha.

—Aquí lo tienes. Sacrificate un poco.

—Eres un capullo —le dijo ella.

—Ése es el trato —le indicó Joe riendo—. Si no me la chupas, no te comeré el coño.

Lutetia se quedó mirándolo fijamente durante un momento. Luego asintió.

—De acuerdo. Acércate.



Él se levantó y dejó que los pantalones le cayeran hasta el suelo; después se aproximó a la muchacha. Le sujetó la cabeza con ambas manos y le acercó el pene a la cara. Lutetia mantuvo los labios apretados.

—¡Abre esa maldita boca, perra! —le ordenó él, enfadado.

La muchacha movió obstinadamente la cara de un lado a otro. Al final Joe pudo mantenerle la cabeza quieta, pero ya era demasiado tarde. El orgasmo lo sacudió y derramó con violencia el semen sobre el cuerpo de ella. Se quedó mirándola.

Lutetia se quedó inmóvil, observándole a su vez.

—Es repugnante —dijo tratando de controlar la voz—. Asqueroso.

—¡No eres más que una perra lesbiana! —le dijo Joe mientras se limpiaba con un extremo de la bata de la muchacha. Luego se puso los pantalones y se volvió hacia ella.

—¿Adónde vas? —le preguntó Lutetia.

—Me marchó.

—No puedes irte ahora. Dijiste que me harías algo con la boca.

—Sólo si también me lo hacías tú —dijo Joe.

—Iba a hacerlo. No es culpa mía si no has podido aguantarte hasta que yo estuviera preparada.

Él la miró fijamente y después se echó a reír.

—De acuerdo, perra —le dijo—, Límpiame el semen y quítate ese estúpido quimono. Voy a comerte el coño hasta que se te caiga el culo.

Dos horas después Kitty seguía dormida. Joe miró a Lutetia.

—Son casi las ocho —dijo—. Imagino que ya no es probable que se levante.

—En efecto —le indicó Lutetia—. ¿Sabes?, para ser un hombre no te las arreglas nada mal con la boca.

—Gracias —repuso él secamente—. ¿Puedo llamar por teléfono?



Lutetia asintió. Le estuvo observando mientras llamaba a su prima y quedaba con ella ante la entrada principal de la tienda, en la calle Fulton. Cuando acabó de hablar, Joe colgó el auricular.

—Tengo que irme ya —le dijo.

—Muy bien —convino la muchacha cogiendo el vaso de vino—. No estás enfadado conmigo, ¿verdad?

Él sonrió.

—No. Pero la próxima vez me gustaría que la cosa fuese igual para los dos.

Cuando se puso a esperar ante la entrada principal de «Abraham and Strans», las agujas del gran reloj que había en la fachada del edificio marcaban las nueve menos cinco. Un guardia de seguridad ocupó su puesto ante las puertas interiores; pocos minutos después un segundo agente comenzó a hacer guardia en las puertas exteriores. En primer lugar salieron los clientes; cuando, a las nueve en punto, los timbres sonaron anunciando el cierre, la mayoría de la gente ya había salido, por lo que los policías cerraron las puertas dejando abierta únicamente la doble hoja del centro. Poco después salieron los clientes rezagados y acto seguido los empleados empezaron a abandonar la tienda.

Motty salió tarde, casi a las nueve y media. Sonrió al ver a Joe.

—Siento haber tardado tanto —le dijo—. Pero el director de publicidad ha querido hacer en el último momento algunos cambios en los anuncios del domingo.

—No importa —le indicó él. La cogió del brazo para cruzar a la acera de enfrente, pasando al hacerlo por delante del restaurante «Gage & Tollner». El restaurante parecía estar lleno.

—Muchos de nuestros ejecutivos cenan aquí los jueves por la noche —le comentó ella.

—¿Es bueno? —le preguntó Joe.

—Es caro —contestó ella.



La llevó por varias calles secundarias en dirección a la estación de Metro de la avenida Atlantic. Era un atajo, casi tres manzanas menos que si hubieran ido por la avenida Fulton. Las calles eran oscuras y tristes, y a ambos lados había edificios de apartamentos llenos de puertorriqueños y gente de color, lo que no era precisamente un alivio. Las personas que vieron no parecían muy amistosas. Al pasar presurosos ante ellos, Motty se aferró inconscientemente al brazo de su primo. Éste la oyó suspirar aliviada al ver las luces de la avenida Atlantic, que brillaban con fuerza. La entrada del Metro estaba justo en la esquina.

Joe llevaba las monedas preparadas, por lo que entraron directamente por uno de los torniquetes. Caminaron a toda prisa hasta la parte delantera del andén. El primer vagón solía ir menos lleno; y además se detenía justo enfrente de la salida en la estación de New Lots, donde iban a apearse.

Tuvieron suerte. El primer tren que entró en la estación era un expreso con dirección a la avenida New Lots, e iba casi vacío. Se sentaron en el largo y duro banco. Él la miró.

—¿Va todo bien?

Motty asintió.

—Gracias por venir a buscarme. La semana pasada violaron a una chica de la tienda en un callejón.

—Lo más probable es que ella lo deseara.

—No es cierto —dijo Motty enfadada—. La conozco bien. Es una chica muy agradable. ¿Por qué los hombres siempre pensáis que a las chicas les gusta que las violen?

—Porque les gusta y lo desean. No hay más que mirar cómo os vestís todas, hasta tú. Ese vestido que llevas tiene el escote tan grande que se te salen las tetas, y te ciñe el culo de una forma que cada movimiento parece una invitación.

—Realmente tienes la mente sucia.

—Es normal —dijo él riendo—. Con tanta teta y tanto culo cualquiera tiene una erección.

—Tú siempre estás dispuesto a tener una erección. Incluso cuando eras niño.

Joe no contestó.



—¿Ya has visto a tu padre? —le preguntó ella.

—Sí.

—¿Y qué ha pasado?

—Nada —repuso él—. Todo va perfectamente.

—¿Estaba enfadado?

—Ya conoces a papá. Pero todo ha salido bien. Tengo un empleo en una compañía de importaciones de Nueva York.

—¿Y qué pasa con la llamada a filas? —le preguntó ella.

Joe pareció un poco molesto.

—Ya te he dicho que está todo arreglado.

Motty se quedó callada durante un momento; luego miró el bolso que llevaba en el regazo.

—He recibido una carta de Stevie —le dijo en voz baja—. Quiere que me case con él cuando vuelva a casa de vacaciones.

La sorpresa se reflejó en la voz de Joe.

—¿Mi hermano?

Ahora era ella la que estaba molesta.

—¿Conoces a algún otro Stevie?

—No lo entiendo. ¿Cómo te las has arreglado para coger la carta antes que mi madre?

Su madre solía abrir la correspondencia de toda la casa antes de entregarla.

—No la ha enviado a casa —le confió Motty—. Me la han dado en la tienda cuando llegué esta mañana.

—¿Os habéis estado escribiendo?

—De vez en cuando.

—¿Te había hablado del asunto antes de ahora?

—No.

—Es un furtivo hijo de puta —dijo él. Luego la miró—. ¿Qué vas a hacer?



—No lo sé. Tengo miedo de lo que pueda decir tu madre. Al fin y al cabo Stevie y yo somos primos carnales.

—Eso no tiene importancia. Es algo muy normal en las familias judías. Ya conoces lo que se suele decir; que la familia cuyos miembros se casan entre sí permanece unida.

—No bromees —le dijo Motty.

Él la miró.

—¿Y a ti qué te parece? ¿Quieres casarte con Stevie?

—Me gusta bastante, pero nunca pensé en casarme con él. En la carta dice que siempre ha pensado en mí como su esposa. Y que si nos casáramos tendríamos una buena vida. Este año está en el último curso de la facultad, y si nos casamos no tendrá que ir al Ejército, entrará directamente de residente en un hospital durante tres años en lugar de ingresar en el cuerpo médico del Ejército. Ya le han ofrecido plaza en ocho hospitales del país. Podríamos vivir donde quisiéramos. Hoy día hay una gran escasez de médicos.

Joe se quedó mirándola.

—Eso suena bastante bien. Ni siquiera mamá tendrá nada que objetar. No creo que debas preocuparte por lo que pueda decir.

Motty se quedó en silencio.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él.

—No sé —respondió la muchacha con voz cercana al llanto—. Me parece que está todo demasiado planeado, ¿sabes? Yo solía soñar con un gran idilio lleno de amor. A lo mejor me estoy portando como una estúpida. Ya tengo veinticinco años. Estamos en guerra y no hay demasiados hombres al alcance de la mano. Dentro de un par de años me habré convertido en una solterona.

Joe le cogió la mano y se la apretó dulcemente.

—No digas eso. Eres una chica maravillosa.

Las lágrimas asomaban por las comisuras de los ojos de Motty.

—En la carta no me dice ni una sola vez que me ama.

—¿Ni una vez?



—Sólo al final. Se despide diciendo: «Te quiere, Stevie.»

—¿Entonces de qué te quejas? Lo dice bien claro. —Sonrió—. Así es Stevie, mi hermano. Es médico, no escritor. A pesar de todo, la muchacha se echó a reír.

—¿Entonces te parece bien?

—¡Fantástico! —respondió Joe—. Y recuerda que si él no te da lo suficiente, siempre puedes acudir a mí. Para eso están los cuñados.



4

Los tenderetes estaban alineados a lo largo de la acera entre la calle Cincuenta y dos y la Cincuenta y cuatro, en el lado oeste de la Décima Avenida. Los vendedores eran en su mayoría italianos, y ése era el idioma que Joe oía mientras caminaba entre ellos. Se detuvo a mirar unos puestos llenos de frutas y verduras; otros exhibían quesos italianos envueltos en gasa o con forma de bola, colgados todos ellos de finos cordeles. Había tenderetes que vendían ropa interior y vestidos baratos, y otros llenos de enseres para la casa, cubiertos, platos y géneros diversos. Las aceras se hallaban abarrotadas de gente y un gran número de mujeres y hombres discutían y regateaban las compras del día. Cuando casi eran las diez, Joe cruzó a la acera de enfrente y se acercó al escaparate del pequeño almacén sobre el que colgaba un letrero que rezaba: «Caribbean Imports.»

El escaparate estaba lleno de polvo; era evidente que nadie lo había limpiado desde hacía meses. No había forma de distinguir el interior de la tienda. Abrió la puerta, tan polvorienta como el resto. Si no hubiera sido por el pequeño letrero que indicaba que estaba abierto, habría pensado que el almacén se encontraba desierto.

En el interior había un mostrador y una única luz que brillaba encima de él. Joe miró a su alrededor. Vio unos estantes sobre los que se veía una gran variedad de cuchillos y tenedores de diversos tamaños sujetos por soportes de madera y acero. En el mostrador había varias muñecas de madera, también de distintos tamaños, vestidas con trajes típicos. De las paredes colgaban pinturas y cuadros, unos ovalados y otros rectangulares, pero todos ellos de colores brillantes; representaban escenas de aldeas caribeñas.

Se quedó allí de pie durante un momento. La tienda parecía vacía, pues no se veía a nadie ni se oía ruido alguno. Golpeó sobre el mostrador con los nudillos y aguardó. No obtuvo respuesta. Luego le echó una ojeada a la parte trasera de la



tienda y distinguió una puerta. Con letras mal escritas habían pintado sobre ella la palabra «Privado». Vaciló un momento y luego llamó suavemente golpeando en el paño.

Segundos después una voz indiscutiblemente negra con un ligero acento británico le llegó a través de la puerta.

—¿Eres el chico nuevo?

—Sí —contestó en voz alta—. Soy Joe Crown.

—Pasa —le dijo la voz—. ¿Ya son las diez?

—Sí, señor —respondió Joe.

Se oyó el típico sonido de las cadenas de seguridad y un hombre negro, muy alto, le escudriñó a través de la rendija de la puerta.

—¿Hay alguien más contigo?

—No. He venido solo.

—Cierra con llave la puerta de la calle y dale la vuelta al cartel. Luego vuelve aquí.

El hombre observó a Joe por la rendija mientras éste hacía lo que le había pedido. Cuando llegó de nuevo ante él, aquel corpulento hombre le abrió la puerta. Completamente desnudo, se quedó de pie junto al marco y le tendió la mano.

—Soy Jamaica —dijo con voz resonante e isleña.

Joe se la estrechó.

—Joe Crown.

—Pasa. Voy a ponerme unos pantalones.

Joe entró tras él en la trastienda. Había una mortecina lámpara encima de un buró. En el ambiente flotaba un tenue aroma de marihuana. Jamaica cogió unos calzoncillos y unos pantalones que estaban en el respaldo de la silla, junto al escritorio, y se los puso. Se oyó un ruido en la pared más distante. Joe miró hacia allí.

Había un sofá cama casi en el centro de la habitación. Se quedó con la boca abierta a causa de la sorpresa. Tres chicas negras, preciosas y completamente desnudas, estaban tumbadas en la cama.



Jamaica lo miró y sonrió, mostrando al hacerlo unos dientes blancos y grandes.

—No les prestes atención —le dijo—. Son mis esposas.

—¿Sus esposas?

Joe se sentía como un estúpido.

—Más o menos —le indicó Jamaica—, Son mis chicas. Trabajan para mí. Tengo seis más. Yo soy su amorcito.

Joe lo miró detenidamente.

—¿Cómo se las arregla para ocuparse de todas?

Jamaica se echó a reír.

—Muy fácil. Nunca me traigo más de tres a la vez.

—¿Y recuerda cómo se llama cada una?

—Eso también es muy sencillo. Se llaman todas igual. Lolita. —Se dirigió a las chicas que estaban en la cama—. Ahora tapaos el culo y disponeos a ir a trabajar —les dijo—. Tengo que hablar de negocios con este hombre.

Cogió la camisa de la silla y metió los brazos por las mangas. Luego miró a Joe.

—Estoy olvidando los buenos modales —se excusó—. ¿Te apetece joder con alguna antes de que se vistan?

—No, gracias —respondió Joe mientras las observaba detenidamente.

—Bueno, cuando gustes no tienes más que decirlo —continuó Jamaica—. Están todas a tu disposición. Y para ti son gratis. Es una de las ventajas que lleva consigo este empleo.

Joe asintió.

—Vamos a la tienda —dijo Jamaica. Se volvió hacia las chicas—. Cualquiera de vosotras, Lolitas, que mueva el culo hasta la cafetería de la esquina y nos traiga un poco de café y unos bollos.

Jamaica se dirigió a la tienda y se sentó tras el mostrador. Miró a Joe, que estaba frente a él.



—Me han dicho que eres escritor.

—En efecto —repuso Joe.

—¿Qué escribes?

—Relatos. Para algunas revistas..., ya sabe.

—No leo demasiado —dijo Jamaica—. Pero siento un gran respeto por la literatura.

—Eso está bien.

Jamaica se quedó mirándolo.

—Las chicas no tienen nada que ver con tu trabajo —le dijo—. Es un negocio aparte.

—Pues no parece estar mal —dijo Joe sonriendo.

—Me dan un poco de faena, pero es un buen asunto.

Joe hizo un gesto de asentimiento.

—Tu trabajo consiste principalmente en estar en la tienda y atender el teléfono, porque yo me paso fuera la mayor parte del tiempo. De vez en cuando tendrás que hacer alguna entrega después de cerrar la tienda. Pero eso lo cobrarás como extra. ¿Te parece bien?

—Estupendo —dijo Joe—. Pero sigo sin saber qué hay que hacer aquí y qué es lo que se vende. No sé nada de todas estas cosas que veo en los estantes y en las paredes.

Jamaica movió la cabeza de un lado a otro.

—¿El señor B. no te ha dicho nada?

Joe hizo un gesto negativo.

Jamaica lo miró a los ojos.

—Bolas de goma, hierba y polvo feliz.

Opio, marihuana y cocaína.

—El señor B. no me habló de ello —le explicó Joe.



—No tienes por qué preocuparte. La clientela que tengo es de gran categoría. Todos son músicos o gente de la alta sociedad. Y el señor B. tiene un acuerdo con el sindicato. De modo que nunca tenemos problemas.

Joe se quedó callado.

—Es un buen empleo —le dijo Jamaica—. La mayor parte del tiempo no hay nada que hacer; podrás escribir todo lo que quieras. Y además de los veinticinco dólares de sueldo, sacarás con facilidad otros veinte o treinta por los repartos.

—Eso está muy bien.

Jamaica le dirigió una mirada llena de perspicacia.

—¿Tienes miedo?

Joe asintió.

—Míralo de este modo —le aconsejó Jamaica—. Es mejor pasar miedo aquí que en el Ejército, donde además existe el peligro de que te vuelen la cabeza de un balazo.

Joe no dijo nada. Era un modo de considerar el asunto. La puerta trasera se abrió y salió por ella una de las chicas. Llevaba puesto un vestido barato, estampado, que le quedaba muy ajustado en los pechos y le resaltaba las grandes y musculosas nalgas. Lo miró llena de curiosidad con aquellos ojos oscuros y luego, moviendo el cabello negro que le caía en suaves rizos alrededor del rostro, se volvió hacia Jamaica.

—¿Puedo traer también café y pastas para nosotras?

El otro la miró.

—¿Habéis colocado las mesas para el trabajo?

—Ya casi hemos terminado —le respondió la muchacha.

Jamaica separó un billete de cinco dólares de un gran fajo que llevaba en el bolsillo.

—Muy bien —le dijo—. Pero date prisa; tenemos mucho trabajo que hacer.

Ella cogió el dinero y miró a Joe.

—¿Quieres crema o azúcar en el café?



—No, gracias. Café solo y bien negro —le indicó Joe.

La muchacha sonrió.

—Si te gusta lo negro, eres mi tipo.

—Lárgate —la interrumpió Jamaica—. Ya coquetearás cuando terminemos el trabajo. —Observó a la muchacha mientras ésta salía de la tienda y luego se volvió hacia Joe—, Estas chicas son muy puñeteras —le dijo—. Hay que estar recordándoles continuamente quién es el que manda.

Joe guardó silencio.

—Tu horario de trabajo será desde el mediodía hasta las siete. Yo estaré ausente de una a seis.

Joe asintió.

—Vamos ahí dentro —dijo Jamaica—. Veamos qué están haciendo las chicas.

Joe lo siguió hasta la trastienda. En un abrir y cerrar de ojos aquella estancia se había convertido en un taller. Dos tubos fluorescentes que colgaban del techo proporcionaban una luz cruda y azulada. La cama estaba plegada, y se había convertido en un sofá de cuero de imitación. Dos mesas, cada una de ellas cubierta con un hule negro, estaban colocadas formando una T. Las dos chicas que quedaban en la habitación llevaban también vestidos estampados y baratos.

Jamaica sacó un llavero del bolsillo. Por primera vez Joe se fijó en que una de las paredes estaba cubierta de armarios metálicos cerrados con llave y que en un extremo de la habitación había dos neveras eléctricas nuevas, también con cerraduras. Jamaica abrió rápidamente los armarios y los frigoríficos.

Con gran pericia él y las muchachas comenzaron a sacar todo el equipo del armario y a instalarlo sobre las mesas. En una de ellas había un molinillo de mano y una mezcladora eléctrica de harina provista de dos hojas giratorias que encajaban en un recipiente apropiado para hacer mezclas; junto a ella se veía un gran cedazo que iba a dar a otro recipiente. En el centro de la mesa instalaron una balanza cuyas pesas iban desde el gramo hasta las dos onzas. En la otra mesa habían dispuesto unas hojitas de papel con un lado encerado y el otro de color rosa o azul. Un poco más allá había unas botellas de vidrio marrón con etiquetas pegadas en ellas. Joe miró una de cerca. Las etiquetas eran falsas: «Merck», y luego: «COCAINA. Nieve cristalina en copos. Siete gramos.»



La larga mesa rectangular estaba dividida en dos secciones, una más pequeña y otra más grande. La menor contenía una pequeña prensa manual que era capaz de fabricar diez píldoras a la vez. En la más grande había un rodillo para la marihuana, con pequeñas púas a modo de dientes que servían para separar las hojas de los tallos y las semillas; después se colocaba todo en una criba que dejaba pasar las hojas, pero no las semillas. También había una máquina para liar cigarrillos.

Jamaica sacó varias cajas de los frigoríficos. Colocó dos de ellas, de color gris, en una de las mesas. Las abrió; cada una de ellas contenía diez botellas marrones. Eran botellas de farmacia llenas de cocaína pura. A su lado situó una gran lata redonda con una etiqueta en la que se leía «Lactosa», y un pequeño frasco que rezaba «Estricnina». Miró a Joe.

—La coca de farmacia es pura en un setenta por ciento. Es capaz de reventarle la cabeza a cualquiera —le dijo—. Ponemos la misma cantidad de coca que de lactosa y le añadimos un pellizco de estricnina para proporcionarle ese sabor amargo que oculta la dulzura de la lactosa. De ese modo todos están contentos.

Joe no hizo comentario alguno. Que aquella fórmula también reportaba mayores ganancias ni siquiera se mencionó. Continuó observando cómo Jamaica sacaba un gran bloque cuadrado de color pardusco. Era goma de opio prensada; la colocó delante de una de las chicas. Frente a la otra situó una gran caja llena de hojas de marihuana.

Jamaica miró de nuevo a Joe.

—¿Acostumbras a usar algo de esto?

El otro negó con la cabeza.

—Sólo me fumo un porro de vez en cuando. Pero no estoy enganchado.

Jamaica sonrió.

—Mejor. Si uno no es capaz de aguantarlo bien, es preferible dejarlo correr.

Se oyeron unos golpes en la puerta; la chica que había salido a buscar el café asomó la cabeza.

—El café está en el mostrador —dijo.

Jamaica sonrió.

—Muy bien. —Miró a las chicas—. Vamos.



La muchacha que estaba de pie detrás de la mesa habló dirigiéndose a Jamaica.

—¿Podemos ponernos un chute? —le preguntó—. Necesitamos espabilarnos. No olvides que esta noche no hemos dormido casi nada. Eran ya las siete cuando llegamos aquí.

Jamaica la miró fijamente durante un momento y luego asintió. Les preparó un pequeño vial y una diminuta cuchara de plata.

—De acuerdo. Pero sólo uno por cabeza —respondió—. No olvidéis que esta mañana tenemos mucho trabajo que hacer. Se acerca el fin de semana.

Las chicas se apiñaron en torno a él como una pequeña bandada de gorriones que mendigaran migajas de pan. Jamaica las miró a ellas y luego a Joe.

—Son todas ellas Lolitas —le dijo otra vez, sonriendo—. Con unos coños muy grandes.

Se levantó de la silla situada detrás del mostrador. Colocó allí la taza de café y miró de nuevo a las chicas.

—Se acabó la fiesta —les indicó—. Vamos a trabajar.

Contempló cómo las chicas entraban en la trastienda y luego se volvió hacia Joe.

—¿Puedes empezar mañana a mediodía?

—Aquí estaré.

—Entonces tendré más tiempo para explicarte con calma lo que tienes que hacer. Ahora no puedo, he de vigilar a esas chicas. Si no estoy delante son capaces de robarme hasta el trasero.

—De acuerdo —dijo Joe.

El teléfono que había debajo del mostrador empezó a sonar. Jamaica lo cogió.

—«Caribbean Imports» —respondió con voz cautelosa. Se quedó escuchando durante un momento—, ¿Lo necesita ahora mismo? —le preguntó al interlocutor—. Bien, me encargaré de ello.

Colgó el auricular y miró a Joe.

—¿Puedes hacerme un favor?



Joe asintió.

Jamaica le indicó por señas que lo siguiera a la trastienda. Las chicas ya se habían puesto a trabajar. Cogió dos bolsas de papel marrón, puso una de ellas dentro de la otra y luego las llenó con rapidez y a continuación las cerró. Se movió tan de prisa que Joe no consiguió averiguar qué había metido en las bolsas.

Jamaica las ató con un cordel marrón y se las entregó. Garabateó una dirección en un pedazo de papel.

Joe miró lo escrito: «25 C.P.W. Ático C. \$ 1,000.»

—¿Te has enterado?

Asintió.

Jamaica le dio un billete de cinco dólares que sacó del fajo que llevaba en el bolsillo.

—Dale esto al portero. Así te dejará pasar. —Regresó a la tienda con Joe—. Se trata de un buen cliente, un compositor de Broadway. Date prisa, dice que a las dos tiene que coger el «Twenty Century» para California.

—¿Le cobro al contado?

—Es la única forma que tenemos aquí de hacer negocios.

Joe tardó menos de diez minutos en llegar al edificio de apartamentos. El portero lo miró con desconfianza, se embolsó el billete de cinco dólares, condujo al visitante hasta un ascensor y lo acompañó al apartamento indicado. Esperó con las puertas del ascensor abiertas y observó cómo intercambiaban el paquete por un sobre. Joe comprobó el contenido y antes de que tuviera tiempo de decir nada le cerraron la puerta del apartamento en las narices. Regresó al ascensor.

Tardó otros diez minutos en volver a la tienda. No había nadie. Llamó a la puerta de atrás. Jamaica salió de la trastienda.

Joe le entregó el sobre y el otro se situó detrás del mostrador para contar los billetes; después se los metió en el bolsillo. Al sacar la mano llevaba en ella un billete de diez dólares que le tendió a Joe.

—El cliente me acaba de llamar para decirme que tenía tanta prisa que se le olvidó darte una propina.



—No importa. Puedo esperar.

Jamaica sonrió.

—Quédatelo —le indicó—. Hasta mañana.

—Gracias —le dijo Joe.

Y no fue hasta que estuvo en la calle que se percató de que acababa de pasar el primer examen.



5

Cerró la puerta de la cabina telefónica para que no le molestara el ruido del exterior.

—¿La señorita Shelton? Soy Joe Crown, el escritor —se presentó a través del hilo—. Su hermana me recomendó que la llamara a usted.

La voz de la señorita Shelton sonaba educada, autosuficiente y fría.

—Sí, señor Crown. Me habló de usted.

El modo de responder no animó en absoluto a Joe.

—¿Podría dedicarme un poco de su tiempo y concederme una entrevista?

—¿Es usted escritor?

—En efecto, señorita Shelton.

—¿Qué tiene usted publicado? —quiso saber ella—. Aparte de los relatos en esas revistas, de los que ya me han llegado noticias.

—Nada. Pero tengo escritas varias novelas y algunos relatos cortos.

—¿Se las ha ofrecido a alguna revista? ¿Cómo han reaccionado?

—Me las han rechazado en todos los sitios a los que las he enviado —repuso Joe con sinceridad—. Normalmente me las devuelven sin abrir con una nota en la que explican que nunca leen originales a menos que se los ofrezca un agente.

—Katty está segura de que usted puede llegar a ser un buen escritor.

—Su hermana es muy amable.

—¿Quiere enviarme alguna de esas historias para que yo pueda formarme una opinión sobre lo que escribe? Haga una selección de aquellas que considere mejores.



—De acuerdo, señorita Shelton. ¿Quiere que se las envíe por correo o prefiere que se las lleve al despacho?

—Mándelas por correo —dijo ella—. Me pondré en contacto con usted en cuanto las haya leído.

—Muchas gracias, señorita Shelton.

—No hay de qué, señor Crown —contestó ella educadamente—. Tengo en un gran concepto la opinión de mi hermana y estoy deseando leer los originales que ha escrito usted. Adiós, señor Crown.

—Adiós, señorita Shelton.

Oyó por el auricular el sonido que indicaba que la mujer había cortado la comunicación. Cuando Joe colgó a su vez, la moneda cayó en el cajetín produciendo un leve tintineo. Automáticamente metió el dedo en la ranura de devolución. Aquél era un día de suerte. Se miró la palma de la mano. Había cuatro monedas en ella.

Utilizó una de las monedas para llamar a su prima. Motty se puso al teléfono.

—¿Qué ha dicho mi madre? —le preguntó Joe.

—Aún no he hablado con ella. Se marchó de casa antes de que yo me despertase.

Joe asintió. Había olvidado que los viernes por la mañana era el día de más trabajo en la tienda de pollos; tanto era así que su madre solía ir allí para ayudar en la caja. Era el único día en que se necesitaban dos cajeras para atender a la numerosa clientela.

—¿Cuándo vas a decírselo?

—Creo que el mejor momento será el domingo. El sábado es un día demasiado ajetreado. Por la mañana se va a la sinagoga y luego hay que volver corriendo a casa para preparar la cena.

—De acuerdo —dijo él—. Si necesitas ayuda, llámame.

Colgó el teléfono, colocó una de las monedas en la ranura y marcó otro número. Fue Lutetia la que contestó.

—¿Está Kitty? —le preguntó Joe.

—Espera un momento. Ahora se pone.



Poco después la voz de Kitty le llegó a través del auricular.

—Joe?

—Sí —contestó éste—. Ayer por la tarde pasé por tu casa, pero estabas durmiendo.

—Ya lo sé. Me agarré una de mucho cuidado.

—¿Ya te encuentras bien?

—Perfectamente. Tengo el dinero preparado, así que pasa cuando quieras.

—Ahora mismo voy —le indicó él.

Esperó para ver si el teléfono le devolvía la moneda, pero esta vez no hubo suerte.

Marta se dio la vuelta y miró por la ventanilla del habitáculo del cajero por la que se podía ver la tienda de pollos. Phil estaba cerrando con llave un cajón del escritorio. Observó cómo se colgaba la pistolera del hombro y revisaba el revólver, un «Colt Pólce Positive» calibre 38. Miró a su marido. Le hizo la misma observación que le hacía cada viernes cuando le veía ajustarse la pistolera.

—¿Por qué necesitas llevar pistola? Sólo llevas unos cuantos piojosos billetes de cinco dólares.

—No te creas —respondió él como cada viernes—. Por la tarde la cifra asciende a mil o dos mil dólares. Y hay muchos mangantes que desearían echarles mano.

—¿Y por eso vas a matarlos?

—¿Prefieres que se escapen con el dinero?

—Pero pueden matarte ellos a ti primero. ¿O acaso disparas más rápido y tienes más puntería que nadie?

—No lo entenderás nunca. No llevo la pistola porque piense utilizarla. Lo hago porque si saben que la llevo, hay menos posibilidades de que me molesten.



Ella dejó correr el tema mientras atendía a un cliente a través de la ventanilla. Luego observó cómo su marido llenaba la cartera con billetes de cinco dólares.

—¿Dónde está la cajera? —le preguntó Marta—. Siempre se retrasa después de comer.

—Son las doce y media —dijo Phil—. Sólo hace media hora que ha salido. Y dispone de una hora para comer.

—Pero sabe perfectamente que el viernes es el día en que hay más jaleo. Debería mostrarse más considerada y tomarse sólo media hora para comer. Pero, ¿qué se puede esperar de esa mujer?

—Tiene que hacerles la comida a los dos niños cuando vienen de la escuela —le recordó Phil.

—Pues tendría que arreglarse de otra forma.

Su marido no le contestó. Josie ya sabía muy bien cómo arreglárselas. Se dispuso a marcharse.

—Volveré hacia las cuatro.

—¡Ten cuidado! —le gritó Marta cuando él ya salía por la puerta. Se volvió hacia la ventanilla donde varios clientes empezaban a formar cola.

El apartamento de Josie se hallaba sólo a dos manzanas de la tienda. La puerta estaba abierta. Él entró en la sala de estar y entonces Josie salió de la cocina.

—¿Cómo es que has tardado tanto?

—Había mucho trabajo —dijo él mientras se quitaba la chaqueta y la colocaba en el respaldo de una silla.

—Querrás decir que tu mujer ha estado poniéndome verde y te ha entretenido —dijo ella evidentemente molesta.

Phil no respondió. Se quitó la pistolera y empezó a desabrocharse la camisa; entonces se dio cuenta de que ella estaba completamente vestida.

—¿Qué te pasa?

—A tu mujer no le gusto —dijo ella.

—¿Y qué?



—Lo sabe todo.

—Y una mierda —dijo él. Dejó caer al suelo los pantalones y se abrió la bragueta de los calzoncillos. Sacó el falo, ya erecto, y se lo acercó a Josie—. Toca bien estas puñeteras pelotas —le dijo—. Están duras como rocas.

—Sólo tenemos veinte minutos —observó ella—. Llegaré tarde. Tu mujer se enfadará conmigo y me hará pasar un mal rato el resto del día.

—El único mal rato que vas a pasar hoy es cuando te meta la verga en ese precioso coño que tienes, siempre tan húmedo y dispuesto —le indicó Phil, enfadado.

—Entre desnudarme, quitarme la faja y volver a vestirme, habré perdido más de una hora —le dijo Josie.

—Pues no te desnudes. Inclínate sobre el borde del sofá y te la meteré por detrás.

Ella se quedó mirándolo durante un momento.

—¿Tienes preparada la goma?

—¿Qué cojones intentas hacer? —le dijo Phil a punto de gritar—, ¿Acaso pretendes que me cabree?

Sin decir palabra ella se dio la vuelta y se reclinó sobre el brazo del sofá, tal como el hombre le había dicho. Se subió hacia arriba la parte de atrás de la falda y se la colocó sobre la espalda. Entonces tiró del borde de la faja hasta que la situó en la parte de arriba de las nalgas. Phil no le dio tiempo a que se quitara las bragas, sólo le permitió bajarlas hasta la altura de las ligas. Josie notó que las manos de él la sujetaban por las caderas y que la penetraba con fuerza.

—¡Oh, Jesús! —dijo a punto de gritar—. ¡Me la has metido casi hasta la garganta!

Sentía que él la golpeaba en su interior como un martillo pilón. Un gruñido animal salió de la boca de Phil. Ella se volvió para mirarle. Aquel hombre tenía la cara encendida y la sangre se le agolpaba en las venas.

Josie metió una mano por debajo y le sopesó los testículos apretándolos con suavidad.



—Me encantan tus huevos, Phil —le dijo conteniendo la respiración—. Tienes las pelotas más grandes que he visto nunca. —Empezó a apretarlas con más fuerza—. ¡Oh, Dios! ¿Por qué tenemos que hacerlo siempre tan de prisa, Phil? ¿Por qué no podemos pasar más tiempo juntos?

—¡No hables ahora, coño! —la interrumpió él bruscamente. Luego contuvo la respiración—. ¡Mierda! ¡Ya me viene!

Ella le cogió el falo.

—¿Te has puesto la goma? —le preguntó asustada.

—¡A hacer puñetas con la goma! —gritó Phil.

Enfadada, le obligó a salir de ella con el codo y se dio la vuelta para mirarlo.

—¡Dios mío! —dijo—. Eres un hijo de puta. Estás poniendo perdido el sofá con el esperma.

Él la miró fijamente sin hablar hasta que recuperó el aliento.

—Dame algo para limpiarme —dijo al fin.

—Límpiate como puedas —le indicó ella—. ¡Mira cómo has puesto el sofá! ¡Lo has echado a perder!

De pronto Phil se sintió agotado.

—Te compraré otro puñetero sofá —le dijo—. Tráeme un trapo y vístete. Vas a llegar tarde al trabajo.

Josie lo miró y luego esbozó una sonrisa.

—Ven conmigo al cuarto de baño —le dijo—. Yo te lavaré. Tardo poco en llegar hasta la tienda.

Él la siguió hasta el cuarto de baño y se quedó allí de pie. Josie se arrodilló ante él para limpiarlo. Después levantó la mirada.

—¿No puedes venir esta noche en vez de ir a la sinagoga? —le preguntó.

—Ojalá pudiera. Pero hoy me toca officiar como uno de los diez hombres que sacan la Torá. A lo mejor puedo escaparme el próximo viernes por la noche.

Ella se puso en pie y lo contempló mientras Phil se ponía la ropa.

—De acuerdo —dijo.



—Tengo que irme —le indicó Phil.

—Ya —convino Josie con tristeza. Acercó el rostro al de él y lo besó—. ¿Sabes, Phil? Yo te quiero de verdad.

La voz de él también tenía un matiz de tristeza.

—Ya lo sé, Josie. Ya lo sé.

Eran casi las cinco cuando volvió al despacho de la tienda. Desde la ventana exterior pudo ver que ya estaba limpia y cerrada.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Marta.

—¿Cómo quieres que me haya ido? Como siempre. —No miró a Josie, que estaba sentada ante la ventanilla de la caja contando el dinero. La cajera tampoco se volvió hacia él.

—Josie terminará de hacer caja en un momento —le indicó Marta.

Sin mirarla, Phil habló dirigiéndose a la cajera.

—¿Cuánto? —le preguntó.

—Ciento quince dólares, señor Kronowitz —repuso ella.

Marta la miró.

—¿No puedes hacerlo un poco más aprisa? —le dijo con suavidad—. El señor Kronowitz va a llegar tarde a la sinagoga.

—Será mejor que vaya a buscar el coche —decidió Phil—. Tengo que esconderlo a dos manzanas de la sinagoga para que no lo vea el rabino.

Cuando ya estaba casi en la puerta, Josie se decidió a mirarlo.

—Que pase un buen fin de semana, señor Kronowitz —se atrevió a decir.

—Igualmente, Josie —le deseó Phil al tiempo que se daba la vuelta para mirarla a su vez—. Buen fin de semana.

Marta se acomodó a su lado en el coche.

—¿No trabaja el fin de semana? —le preguntó.

—El sábado sí. Al le paga horas extras para que le ayude.

—¿Entonces por qué no trabaja el domingo? —insistió ella.



—Todo el mundo tiene derecho a descansar, Marta.



6

Kitty Branch estaba sentada ante la máquina de escribir con una taza de café a un lado y un cenicero lleno de colillas al otro, como era habitual en ella. El pelo corto y rizado, junto con las gafas de montura negra, le proporcionaban un aspecto bastante atractivo. A pesar del calor que hacía en el apartamento llevaba puestas una falda gris de lino y una camisa de algodón de manga larga. Levantó la vista del escritorio cuando Joe entró en la habitación. Tenía la voz cascada a causa del whisky y el cansancio.

—¿Prefieres un café o un refresco, Joe?

—Una «Coca-Cola» me irá muy bien —le respondió él. Luego se fijó en el aspecto de la muchacha—. Pareces cansada.

A pesar de su apariencia delicada, Kitty hablaba como un camionero.

—Estoy jodida. Tengo que dejar de beber como sea. Tantas borracheras acabarán matándome.

Joe se dejó caer en un sillón situado frente a ella.

—Tú sabrás mejor que nadie lo que te conviene.

—Claro que lo sé —afirmó la joven—. Pero no tengo fuerza de voluntad para hacerlo.

Joe no dijo nada.

Kitty habló levantando la voz para que se le oyera desde la otra habitación.

—Lutetia, tráele una «Coca-Cola» a Joe. —Se volvió hacia éste, sacó un billete de cinco dólares de un cajón del escritorio y se lo tendió—. Me hiciste un gran favor. Gracias —le dijo.

—De nada —contestó Joe—. Me alegro de haberte sido de utilidad.



Lutetia le trajo una botella de «Coca-Cola» y un vaso con varios cubitos de hielo.

—¿Quieres algo más? —le preguntó a Kitty con evidente mal humor.

La otra muchacha la miró fijamente. Lutetia llevaba la misma bata de chiffon que el día anterior.

—¡Por el amor de Cristo! —le dijo Kitty—. ¿Es que nunca piensas ponerte alguna ropa decente?

—¿Y para qué demonios voy a ponérmela? —replicó Lutetia—, Ya no salimos nunca. Lo único que has hecho durante la última semana ha sido beber y beber hasta quedarte completamente inconsciente. Ya empiezo a cansarme de esto.

—¿Por qué no te buscas un puñetero empleo de una vez? —le espetó Kitty.

—¿Haciendo qué? —le preguntó la otra, enojada—. El único trabajo que da dinero es posar en la «New School», y a ti no te gusta que me exhiba desnuda.

—Antes eras una buena secretaria.

—¡Seguro! Y ganaba veinte dólares a la semana. Haciendo de modelo puedo sacar quince dólares al día, veinticinco si hago además alguna sesión privada. Y por lo menos puedo hablar con la gente. —Le dirigió una rápida mirada a Joe y luego volvió de nuevo los ojos hacia Kitty—. A la única persona que vi ayer fue a este amigo tuyo que tiene cara de culo y que se cree que el sol le sale de la polla.

Salió muy enfadada de la habitación caminando a grandes zancadas.

—¿Qué mosca le ha picado? —le preguntó Joe a la otra muchacha.

Kitty lo miró.

—Creo que se dispone a abandonarme.

Joe se llenó el vaso.

—Pues no te preocupes. Déjala que se vaya.

—No lo entiendes —le dijo Kitty a punto de romper a llorar—. Yo la quiero.

El dio un sorbo de la bebida y no dijo nada.

La muchacha lo observó de nuevo.

—Me dijo que intentaste violarla.



Joe la miró a los ojos.

—¿Y tú te lo crees?

Kitty vaciló durante un momento; luego movió la cabeza en sentido negativo.

—No. La conozco bien. Se molesta mucho sólo porque de vez en cuando me gusta sentir una polla dentro de mí.

Joe guardó silencio de nuevo.

—¿Qué pasó ayer? —le preguntó Kitty.

—Se empeñó en que le comiera el coño —respondió él.

—¿Y lo hiciste?

—Sí.

—¿Qué te hizo ella a ti?

—Engañarme. Me prometió que me la chuparía, pero se hizo la tonta hasta que consiguió hacerme eyacular en sus manos.

Kitty se echó a reír.

—Es una verdadera perra.

—Sí —dijo Joe con cierto sarcasmo.

—Pero tiene el coño más dulce que he catado jamás —continuó ella.

—No basta con un coño dulce. Hay otras muchas cosas en esta vida.

—Todavía no es más que una cría —le indicó la muchacha—. Y no conoce nada mejor.

—De acuerdo —dijo él—. Pero estoy seguro de que acabará haciéndote pedazos.

Kitty lo miró durante un momento; luego alargó la mano y cogió un cigarrillo.

—Ya lo sé —dijo apenada—. Pero, ¿qué puedo hacer? La quiero de verdad.

—Lo siento —se excusó Joe.

La muchacha se encogió de hombros.

—Ya me las arreglaré —añadió—. He pasado por esto otras veces. —Levantó la mirada hacia él—. Me han dicho en la oficina que quieren una historia en cinco



capítulos sobre la familia Gould. Ya sabes, sobre la construcción del centro de Nueva York, con los Astor y todo eso. Si la cosa va adelante calculo que podré darte trabajo para veinte horas más o menos.

—Sería estupendo —dijo él—. Mientras tanto he encontrado trabajo por las tardes en una tienda; y también he llegado a un acuerdo con la revista para escribir varias historias cortas.

Ella sonrió.

—Ojalá pudieras publicar algo en una revista decente.

—Puede que alguna vez tenga suerte —dijo Joe—. Pero no me quejo. No es que me den mucho, pero me pagan por escribir.

—Eso es —le animó Kitty—. Es la forma de jugar. —Aplastó el cigarrillo en el cenicero—. ¿Me dirás en qué acaba todo? ¿Me llamarás una noche para cenar juntos?

—De acuerdo —convino mientras se levantaba para marcharse—. Espero que todo te salga bien.

Kitty lo acompañó hasta la puerta.

—Yo también —le dijo.

Motty cruzó el callejón existente entre las dos casas. El garaje estaba abierto. Abrió la puerta lateral de la casa y entró en la cocina. Al parecer no había nadie. Era lo normal en viernes. El reloj de pared marcaba las seis. Salía temprano del trabajo y sus tíos pasaban la velada en la sinagoga. Generalmente no llegaban a casa hasta tarde, cuando ya eran las diez o las once de la noche.

Se acercó a las cazuelas que había en los fogones de gas y miró el interior. En la olla más grande había asado y patatas redondas, y *tsimmes* —zanahorias y guisantes cocinados con miel o azúcar negro— en la pequeña. Lo único que tenía que hacer era calentar aquellas cosas a fuego lento. Vaciló durante un momento. En realidad no tenía hambre, así que decidió subir a la habitación y ducharse antes de cenar.



Cuando empezó a subir las escaleras oyó el sonido de la máquina de escribir de Joe. Se detuvo delante de la puerta de la habitación de su primo, que escribía a toda velocidad. Llamó con suavidad.

—Soy yo —le dijo.

—Estoy trabajando —le gritó él a través de la puerta cerrada.

—Ya lo sé. Voy a ducharme antes de cenar. Avísame cuando acabes y— calentaré la cena para los dos.

—Muy bien —respondió Joe.

El sonido de la máquina de escribir se dejó oír de nuevo y Motty entró lentamente en su dormitorio y cerró la puerta. De pronto se sintió cansada. Se quitó el vestido y se tumbó en combinación sobre la cama. Cerró los ojos y se puso a dormir. Poco después comenzó a soñar.

En realidad no fue un sueño, sino una pesadilla. Su tía Marta le estaba gritando.

—¡Ni hablar! ¡Para casarte con Stevie tendrás que pasar antes por encima de mi cadáver! ¡Debes de haberte vuelto loca! ¿Acaso tienes dinero para ayudarlo? ¿Cómo quieres que se las arregle para abrir una consulta? No podréis ni alquilar un apartamento, y mucho menos comprar los muebles para vivir en él. Mi Stevie va a ser médico, una profesión honorable. Tiene que casarse con una chica de buena familia, alguien con dinero. ¡No con una chica a la que hemos tenido que criar nosotros, una niña a quien nos vimos obligados a recoger para evitar que creciera en medio de la calle!

Notó que las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Pero tía, es que nos queremos. Siempre nos hemos querido, desde que éramos niños.

—¡Amor, amor! ¡Paparruchas! —le gritó la tía Marta—. ¡Fuera! ¡Fuera de mi casa! ¡Putas, Jezabel! ¡Fuera!

Motty se volvió hacia Stevie sin dejar de llorar.

—Stevie, díselo tú. ¡Dile que nos queremos!

Su primo la observó fijamente a través de las gafas de concha con aquella mirada solemne tan típica de él.



—Puede que sea mejor pensarlo con más detenimiento —le dijo nervioso—. Cabe la posibilidad de que estemos actuando con demasiada precipitación. Estoy seguro de que mamá sólo desea lo mejor para nosotros.

Lo único que Motty consiguió hacer fue llorar hasta que se le empañaron tanto los ojos que apenas le era posible ver. Luego notó que unas manos fuertes la sujetaban con fuerza por los brazos.

—¡Stevie! —gritó. Las lágrimas seguían cayéndole por las mejillas. Entonces miró hacia arriba—. ¡Joe!

—Estabas llorando en alto —le dijo él—. Te he oído desde mi cuarto.

Motty se sentó en la cama.

—Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo —la consoló—. Todos tenemos pesadillas de vez en cuando.

—Esta era una tontería —le explicó ella. Alzó los ojos hacia su primo—. Creo que realmente le tengo miedo a tu madre. Ya sabes lo que siente por Stevie.

Joe se echó a reír.

—Sí, ya lo sé. Cree que ninguna chica es lo bastante buena para él. Su hijo es médico, nada menos.

—Pero contigo no le sucede lo mismo.

—Yo no soy más que un inútil. ¿Qué otra cosa puede ser un escritor que no trabaja?

—El tuyo es un trabajo diferente.

—Ya lo sé. Y tú también. Pero ella no lo comprenderá nunca —dijo Joe tristemente.

—Deja que me vista —le pidió Motty—. Tengo que calentar la cena.

—No hay ninguna prisa. Voy a seguir trabajando un rato. Avísame cuando estés lista.

Motty se sentó en el borde de la cama hasta que volvió a oír el sonido de la máquina de escribir. Se quitó lentamente la combinación y se miró en el espejo que había encima del tocador. Vio en él que tenía ojeras. Encendió la lamparita de la



mesilla de noche y volvió a mirarse en el espejo. Ahora las ojeras parecían aún más pronunciadas. Se quitó con parsimonia el sujetador y la faja. Examinó las líneas rojas que se le habían formado en la carne allí donde las prendas interiores le habían estado oprimiendo. Se frotó los muslos y las caderas y luego se sopesó los pechos. Los sintió pesados y se preguntó si se le estarían haciendo más grandes todavía. Confió en que no fuera así. Un sujetador de copa de la talla treinta y seis ya era más que suficiente. Siempre le había dado un poco de vergüenza el tamaño de aquellos pechos. En el trabajo las miradas de los hombres siempre iban a parar al mismo sitio. Y con frecuencia intentaban tocárselos o hablar de ellos. Ahora los notaba doloridos.

Comprobó la fecha rápidamente. Sólo le faltaban unos días para tener el período. A lo mejor era por eso que se sentía tan pesada. Tenía tendencia a engordar antes de la regla, y quizá fuera también por ese motivo que se sentía tan triste y deprimida. Inconscientemente se tocó el pubis. También estaba hinchado y pesado. Se palpó el clítoris con los dedos, pero en el momento en que se dio cuenta del placer y la excitación que le producía aquel contacto, se detuvo. Siempre se sentía muy excitada justo antes del período, pero no estaba bien que las chicas como Dios manda hicieran las cosas que a ella le apetecía hacer. Se dirigió al cuarto de baño. Seguro que una ducha la haría sentirse mejor.

La puerta de la habitación de Joe estaba abierta cuando ella pasó por el pasillo en dirección a la cocina. El ruido de la máquina de escribir se dejaba oír cada vez con más fuerza y rapidez.

—Me voy a la cocina —le dijo.

La máquina siguió sonando. Al parecer su primo ni siquiera la había oído. Se quedó dudando durante un momento, y finalmente decidió entrar en la habitación. Se quedó de pie a espaldas de Joe y miró la hoja de papel que había puesta en el carro de la máquina de escribir.

La cimitarra, afilada como una navaja de afeitar, cortó en dos el sostén, y al instante los pechos desnudos de la muchacha saltaron hacia afuera. (Motty iba leyendo las líneas escritas en la hoja.) A toda prisa, ella intentó ocultar aquellas



hermosas glándulas con las manos, pero fue en vano. Tenía los pechos demasiado grandes y se le desbordaban por entre los diminutos y gráciles dedos. Luego notó el aliento que salía de los cálidos labios del árabe mientras le recorría con ellos la garganta y la nuca, aventurándose cada vez un poco más abajo; notaba que el calor se le hacía más intenso a medida que él se acercaba a los pechos. Honey deseaba gritar para pedir ayuda, pero era inútil. No había nadie cerca. Estaba a merced de aquel salvaje y nadie podría salvarla. Trató de apartarlo con una mano, pero sólo consiguió que aquel hombre se echara a reír y que le enganchara con la cimitarra la banda de tela que le sujetaba los pantalones de odalisca y empezara a cortarla lentamente; la prenda se fue desprendiendo poco a poco y dejó al descubierto las preciosas y sugestivas curvas de las caderas y piernas de la muchacha.

—¡No! —gritó Honey—. ¡No, por favor! ¡Todavía soy virgen!

Haroun Raschid esbozó una amplia sonrisa llena de lascivia.

—Naturalmente —dijo con voz fascinante y sexual—. Sólo la sangre de una virgen es lo suficientemente buena como para merecer el amor de un jeque.

La cimitarra centelleó de nuevo. La muchacha, moviéndose con rapidez, echó a correr hacia la puerta de la tienda sin percatarse de que estaba totalmente desnuda. Las cortinas de la tienda se abrieron y dos gigantescos eunucos nubios la apresaron por los brazos.

—¡Traedla aquí! —les ordenó el jeque.

La condujeron hasta el centro de la tienda mientras ella se debatía en un intento desesperado por escapar.

—¡Atadle los brazos y las piernas a los dos mástiles del centro!

Los esclavos obedecieron al instante y después se retiraron en silencio. Honey intentó moverse, pero le resultó imposible hacerlo. La habían atado demasiado fuerte. Sacudió los cabellos rubios, que le cayeron alborotados sobre el rostro. Miró fijamente al jeque mientras éste daba vueltas a su alrededor y se regodeaba en la contemplación de los más íntimos rincones del cuerpo desnudo de Honey. No podía verle, pues aquel hombre se había situado justo detrás de ella. Sintió unas manos que le tocaban la espalda y le acariciaban las suaves curvas de las nalgas.



—*Qué va a hacerme?* —le preguntó ella gritando llena de desesperación.

— *Ya lo verás* —repuso el jeque suavemente. Se colocó ante ella y se quedó allí de pie, inmóvil. Luego alzó la mano derecha y le mostró las suaves tiras de seda de un látigo de nueve colas.

Honey abrió los ojos de par en par a causa del espanto que le produjo aquella visión.

—*¡No me haga daño, por favor!* —gritó.

—*No, amor mío* —le dijo él con dulzura—. *Créeme, no sentirás dolor, sólo placer. Un placer que te excitará de tal modo que sólo la magia de nuestro amor será capaz de satisfacerte.*

Medio hipnotizada, Honey no conseguía apartar la vista mientras el jeque levantaba ante la muchacha la mano con la que sujetaba el látigo. Al ver que empezaba a caer sobre ella, Honey contuvo la respiración...

La máquina de escribir se quedó en silencio de pronto. Joe levantó la vista hacia la joven, que estaba muy cerca, y la miró con ojos vidriosos, como si estuviera ausente.

Motty notó que un extraño ardor se posesionaba de ella mientras bajaba los ojos hacia los de su primo.

—*¡Jesús!* —exclamó de pronto al darse cuenta de que él no llevaba puesto nada más que los calzoncillos—. *¡Tienes una erección!*

Joe parpadeó y se miró las partes; luego levantó de nuevo los ojos hacia ella.

—Es verdad.

—*¿Cómo puedes escribir mientras tienes una erección?* —le preguntó Motty.

—*Cuando escribo estas cosas siempre me excito* —le confió Joe—. *Siento todo lo que escribo como si lo estuviese viviendo. Si escribo sobre lágrimas, lloro; si escribo sobre el miedo, me asusto. Siento realmente cualquier cosa que escriba. Hasta puedo percibir los sentimientos de aquellas personas sobre las que escribo.*

—*¿Y cuando se trata de gente real?* —inquirió ella con curiosidad.



— Aunque se trate de ti, de mamá, de papá o de Stevie. De cualquier persona.

— ¿Sientes lo que escribes o escribes aquello que sientes?

— No lo sé — repuso Joe—. A veces una cosa viene primero, a veces la otra.

Ella lo miró.

— Veo que todavía sigues con la erección.

Él se abrió la bragueta y sacó el pene sujetándolo con la mano.

— Sí.

— ¿Qué haces para remediarlo?

— O me doy una ducha o me masturbo, ya sabes..., y además siempre queda lo auténtico, lo verdadero; acostarme con alguien. — Levantó la mirada hacia ella—. Has estado leyendo por encima de mi hombro, ¿verdad? ¿No te has excitado?

Motty no respondió de momento. Lo cierto era que sí. Notaba que las ingles le ardían.

— No — dijo al fin con voz ronca.

— Tócalo un poco — la animó él. Recordó una frase de la infancia—. Dale un besito para que se cure.

La muchacha pareció escandalizada.

— Voy a casarme con tu hermano.

— Sí, pero todavía no lo has hecho — le dijo Joe.

Ella dejó escapar un profundo suspiro.

— ¡No eres más que un mierda!

— Es verdad — aceptó él.

Motty permaneció junto a él durante un momento; luego sonrió.

— Creo que no eres tan malo como te gusta hacer creer a la gente.

— Todavía me dura la erección.

— Eso es un problema tuyo. Me voy abajo a preparar la cena.



7

La campanilla que pendía sobre la puerta de la tienda sonó por primera vez en las dos semanas que llevaba trabajando allí. Se levantó desde la parte interior de la barra, un estrecho pasillo en el que había instalado una mesa con la máquina de escribir a fin de poder trabajar. Una bonita muchacha negra, vestida de forma ostentosa, se le acercó.

—Hola, Joe —le saludó con voz que denotaba un suave acento sureño.

Él la miró con rostro inexpresivo.

La chica sonrió.

—¿No me recuerdas? Soy Lolita.

Joe seguía con la mente en blanco. Aunque aún recordaba que había tres chicas el primer día que se había presentado en la tienda.

—Ah, sí, ya me acuerdo —dijo—. Pero..., ¿cuál de las tres Lolitas eres tú?

Ella se echó a reír.

—Soy la que fue a buscar el café.

Joe asintió, aunque la verdad era que no recordaba a la muchacha.

—¿Lolita? —inquirió.

—Bueno, en realidad no me llamo así. Pero a Jamaica le gusta llamarnos Lolita a todas. Me llamo Charlotte. Charlie para los amigos.

—Encantado de conocerte, Charlie —dijo él al tiempo que le tendía la mano. Notó que la de ella, pequeña y cálida, le sujetaba la suya—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada. Sólo pasaba por aquí —le comentó la muchacha. Le mantenía apretada la mano a Joe—, ¿Qué haces?



—Trabajar —contestó él señalando hacia la máquina de escribir que había detrás del mostrador.

La joven echó una rápida mirada.

—¿Escribiendo?

—Eso intento.

Charlie le soltó la mano.

—¿Está Jamaica por aquí?

—No vendrá hasta las seis —le indicó él. Le echó un vistazo rápido al reloj de pulsera. Eran sólo las cuatro menos cuarto.

—Esperaba encontrarlo. Deseaba hacerle un pequeño pedido.

—Lo siento —respondió Joe—. Nunca deja nada por aquí. De esos asuntos se ocupa él personalmente. Yo sólo atiendo los mensajes telefónicos.

—A lo mejor encuentro algo en la trastienda.

—Está cerrada y bien cerrada. Y siempre se lleva la llave consigo.

—¡Mierda! —dijo ella—. Realmente me hace falta. —Levantó la vista hacia Joe—. No sabes lo mal que se pasa ahí afuera, en la calle. Me he recorrido Broadway de un lado a otro desde Columbus Circus hasta Times Square por lo menos tres veces; y no he marcado ni un solo gol.

Joe sintió pena por la muchacha. Entonces se acordó.

—Tengo medio porro. No sé si estará bueno, porque hace mucho tiempo que lo guardo.

—Siempre será una ayuda.

Él sacó el paquete de «Twenty Grand» y lo golpeó ligeramente en el fondo a fin de que cayera un trozo pequeño de cigarrillo liado. Charlie lo cogió con los dedos y se lo puso debajo de la nariz.

—No está malo —dijo. Abrió el bolso y sacó un alfiler. Con cuidado enganchó con él el porro y encendió una cerilla. Inhaló el humo lenta y profundamente. Miró a Joe a través de las volutas de humo—. ¡Esto ha sido mi salvación!



Él encendió un «Twenty Grand» y se quedó de pie sin hablar. El olor acre de la marihuana era más fuerte que el aroma del cigarrillo. Empezó a sentirlo dentro de la cabeza. Clavó la vista en los hinchidos pechos de la muchacha, que sobresalían por el escote cuadrado de la blusa.

Charlie le sonrió.

—¿Te gustan las bellezas negras?

—Lo tuyo es algo increíble.

La muchacha se bajó el escote de la blusa con el dedo.

—¿Has visto alguna vez unos pezones que tengan este color púrpura? —le preguntó—. Sobresalen como si fueran pequeños penes negros.

Joe la miró fijamente en silencio. Notaba una evidente agitación en la ingle. Todavía con la sonrisa en los labios, ella le puso una mano en la bragueta. Luego se echó a reír.

—Realmente lo que tienes aquí es una cosa seria —le dijo.

—Será mejor que lo dejemos —le aconsejó él—. La puerta de la calle está abierta.

—Me importa un carajo. Nadie entra nunca aquí. ¿Te gusta que te hagan un francés?

—No es que me vuelva loco.

—Yo hago el mejor francés del mundo. Vamos a ese rincón que hay detrás del mostrador. Allí no nos verá nadie.

La muchacha fue tras él hasta la parte interior del mostrador. Apagó el porro con cuidado, se arrodilló ante Joe y le abrió la bragueta del pantalón. Con indiscutible pericia le sopesó los testículos con una mano y, apoyando el pene en la otra, comenzó a pasarle suavemente la lengua por el glande en un movimiento giratorio; al mismo tiempo, y de vez en cuando, le daba con los dientes minúsculos e inesperados mordisquitos.

Joe notó que se le aflojaban las piernas; una agradable sensación le corría por debajo de la ingle hasta el ano. Precisamente entonces comenzó a sonar el teléfono.



—¡Cristo! —exclamó. Levantó el auricular y habló por él—. «Caribbean Imports.»

Una voz femenina y muy formal preguntó por él.

—¿El señor Crown?

Apenas podía responder.

—Sí.

Miró a la chica negra, que seguía aplicada a la faena; ella levantó la mirada, le sonrió con los ojos y continuó pellizcándole con aquellos dientes grandes y blancos.

—Soy Laura Shelton —dijo la voz al teléfono—. Tengo buenas noticias para usted.

Joe se apoyó en un brazo para no caer del mostrador.

—Diga, señorita Shelton —consiguió decir a duras penas.

—Siento no haberle llamado antes, pero es que he tenido mucho trabajo. Sin embargo, no me he olvidado de usted. ¿Recuerda ese relato que me envió titulado «La ladrona y el detective»?

—Sí —dijo él jadeante.

—Acabo de vendérselo a la revista *Collier's* por ciento cincuenta dólares.

—¡Oh, Dios mío! —gritó él incapaz de controlarse por más tiempo. El orgasmo le sacudió todo el cuerpo. Miró hacia abajo, hacia la muchacha negra, a quien el semen le resbalaba por las comisuras de la boca y le caía sobre las mejillas y la barbilla—. ¡Oh, Dios mío! —repitió a gritos.

A la agente aquella reacción debió de parecerle bastante rara.

—¿Señor Crown? —se apresuró a decir—. Señor Crown, ¿se encuentra bien?

—Sí —repuso él, aún jadeante—. Es que me siento loco de alegría.

—Se ve que ha recibido usted una fuerte impresión —le indicó ella con voz que a todas luces denotaba satisfacción—. Sobre todo teniendo en cuenta que nunca nos hemos visto en persona.

El miró a Charlie, que seguía arrodillada ante él sujetándole con la mano el falo aún erecto; lo lamía como si fuera un pirulí.



—En efecto —dijo él ya más calmado—. Nunca había sentido nada parecido.

—Hay algunos detalles que tenemos que discutir —continuó la muchacha—. ¿Podría venir por aquí mañana por la mañana? Le tendré preparado el contrato entre usted y la agencia, y también el cheque de la revista.

—¿Le parece bien a las diez y media?

—Muy bien —dijo ella.

—Muchas gracias, señorita Shelton. Y dele también las gracias a su hermana por habernos puesto en contacto.

—Así lo haré, señor Crown. Estoy deseando conocerle. Adiós, señor Crown.

—Adiós, señorita Shelton —se despidió él a su vez. Dejó el teléfono sobre el mostrador y miró a Charlie, cuya mano seguía sujetándole el pene—. ¿Qué demonios intentas hacer? —le preguntó Joe—. ¿Arrancármelo?

—Un buen orgasmo siempre se merece otro —dijo ella sonriendo—. Todavía te queda mucho jugo en los huevos.

Joe la miró mientras la muchacha volvía a meterse el pene en la boca. Las negras mejillas de Charlie se humedecieron al empezar a absorber con fuerza. Luego sintió un cortante y agudo dolor cuando ella le metió dos dedos de largas uñas en el ano. Joe estuvo a punto de caerse cuando el dolor le llegó hasta la ingle. Gritó y, casi sin darse cuenta, le cruzó la cara a la muchacha de una bofetada con la mano abierta y la envió al suelo a resultas del golpe.

—¡Perra! —le insultó lleno de ira.

Charlie se llevó la mano a la mejilla y lo miró con una extraña expresión.

—Sólo pretendía darte más placer —le dijo.

La puerta trasera que se hallaba a espaldas de la muchacha se abrió en aquel momento. Joe había olvidado por completo la puerta del callejón que Jamaica solía utilizar para entrar en la trastienda. El antillano lo miró fijamente, y luego dirigió la vista hacia la muchacha que yacía en el suelo. Habló con voz fría.

—¿Acaso pretendes hacerle daño a este chico, Lolita?

La voz de ella estaba rebosante de miedo mientras se arrastraba hacia él.

—No, cariño. Sólo estábamos jugando.



—¡Perra! —dijo Jamaica en un gruñido, le dio una patada en las costillas con la pesada bota y la muchacha rodó por el suelo de la tienda—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no vengas por aquí a menos que yo te lo pida?

Charlie se enroscó sobre sí misma formando un ovillo; estaba llorando.

—No lo hacía con mala intención —dijo—. Es que tenía muchas ganas de verte.

—¡Eres una perra mentirosa! —dijo el otro con frialdad al tiempo que se quitaba el cinturón—. Lo que buscabas era un poco de droga. —Comenzó a azotarla en la espalda y en las nalgas con el cinturón hasta que ella se derrumbó medio inconsciente sobre el suelo. Luego la levantó sujetándola por las axilas y la arrastró hasta la trastienda. Cerró la puerta tras ella y se volvió hacia Joe al tiempo que volvía a ponerse el cinturón en los pantalones.

—Perdone, Jamaica —dijo Joe.

—No es culpa tuya. Esta perra siempre es una complicación. A pesar de que conoce perfectamente las reglas.

—Yo no pretendía que recibiera una paliza —dijo Joe.

Jamaica lo miró como si el otro fuera estúpido.

—Le diste una bofetada, ¿no es así?

Joe no respondió.

—¿No te has dado cuenta de que era eso precisamente lo que ella buscaba? —le dijo Jamaica sonriendo—. Así es como obtiene placer. Ahora está satisfecha. Sabe lo que es ser amada de verdad.

—No lo entiendo.

—Todavía eres joven —dijo Jamaica—. Ya aprenderás. —Miró el teléfono, que seguía sobre el mostrador. Normalmente estaba en un estante que había debajo—. ¿Quién ha llamado?

—Mi agente —le explicó Joe. Luego, de repente, lo vio todo con claridad. Ya era un escritor de verdad—. ¡La revista *Collier's* acaba de comprarme un relato!

—¿Es la primera vez? —le preguntó Jamaica con curiosidad.

—Es la primera vez que le vendo algo a una revista de categoría —dijo Joe.



—Es estupendo. Felicidades.

—Gracias. Aún no acabo de creérmelo. Apuesto a que la agente pensó que yo estaba loco. Lolita me estaba haciendo un francés mientras yo hablaba por teléfono.

Jamaica se echó a reír.

—No está mal. De ese modo disfrutabas con las dos cosas.

Joe movió la cabeza de un lado a otro.

—Sigo sin creérmelo.

Jamaica olisqueó la atmósfera.

—Noté el olor a hierba al entrar.

—Sí —dijo Joe—. Yo tenía medio porro. Se lo di a Charlie.

—Nada de mierda para esas chicas si yo no lo apruebo antes. ¿Entendido? —
La voz de Jamaica era enfática.

—Entendido —dijo Joe—. Lo siento.

—Ahora que ya lo sabes, olvídate de ello. —Jamaica abrió un pequeño cuaderno—. Tengo que hacer varias entregas. ¿Tienes tiempo para ocuparte de ello?

—Ése es mi trabajo —le contestó Joe.



8

La agencia «Piersall y Marshall» estaba situada en un viejo edificio de piedra marrón, ahora restaurado, entre la Quinta Avenida y Madison. Una placa cuadrada sujeta con clavos a la verja de hierro indicaba que las oficinas en cuestión se encontraban en el cuarto piso. Bajó los peldaños hasta la entrada, que estaba a la altura del sótano, y fue a parar a un angosto portal con un anticuado ascensor semejante a una jaula. Joe penetró en él, cerró la cancela y apretó el botón. El ascensor lo llevó hasta el cuarto piso.

Al salir de él se encontró en un pequeño vestíbulo. La recepcionista, que se ocupaba también de la centralita telefónica, estaba sentada tras un escritorio. Levantó la mirada al oírle entrar.

—Vengo a ver a la señorita Shelton —le dijo él.

—¿Me dice el nombre? —le preguntó la muchacha de forma automática.

—Joe Crown.

—¿Está usted citado con ella?

—Sí.

La recepcionista conectó una clavija de la centralita.

—Está aquí el señor Crown; pregunta por la señorita Shelton —dijo. Permaneció un momento escuchando y luego colgó el teléfono—. Tome asiento, por favor. La señorita Shelton está con una visita, pero le recibirá dentro de unos minutos.

Había en la estancia un sofá de dos plazas y un par de sillones, todos ellos tapizados en cuero viejo, alrededor de una mesita llena de revistas. Joe miró en torno suyo. Las paredes estaban pintadas de color marrón y muy deterioradas —la pintura



era vieja y llena de desconchones—, y de ellas colgaban algunos grabados igualmente estropeados. Le dirigió una rápida mirada a la recepcionista, que lo ignoró por completo.

Sonó un zumbido en la centralita.

—Agencia «Piersall y Marshall» —canturreó la muchacha. Un matiz de nerviosismo se le reflejó después en la voz—. Sí, señor Steinbeck, ahora mismo le pongo con el señor Marshall. —Manipuló las clavijas de la centralita y se volvió hacia Joe—. Era John Steinbeck, el escritor —le anunció dándose importancia.

Joe hizo un gesto de asentimiento.

—Estoy segura de que tiene que haber oído hablar de él —continuó ella—. Es uno de nuestros clientes.

—Yo también soy cliente de ustedes.

La muchacha lo miró levantando la nariz.

—Nunca he oído hablar de usted.

—Tiempo habrá —dijo él levantándose del sillón—. ¿Dónde está el servicio de caballeros?

—Abajo, en el piso principal; justo detrás del ascensor. Pero la señorita Shelton le recibirá de un momento a otro.

—Pues tendrá que esperarse —dijo él mientras se dirigía al ascensor—, A no ser que prefiera usted que eche una meada en esa maceta que hay en el rincón con una planta de plástico.

Luego, antes de que ella pudiera replicar, apretó el botón del piso principal y el ascensor comenzó a bajar.

—El segundo despacho de la izquierda después de pasar la puerta de cristal —gruñó la recepcionista cuando Joe volvió a subir.

—Gracias.

Franqueó la puerta de cristal. El despacho de la señorita Shelton tenía el nombre escrito en un rótulo. Joe llamó dando unos suaves golpes con los nudillos.

—Pase —dijo una voz femenina.



Entró. Era un despacho pequeño; el escritorio estaba lleno de manuscritos, pero se veía todo pulcramente ordenado. La señorita Shelton era una mujer joven, de veinticinco años más o menos. Llevaba el pelo, de color castaño claro, recogido en un moño y la piel le brillaba ligeramente a causa del calor reinante en la habitación. Los ojos azules lo escrutaban desde detrás de las gafas. Se levantó y le tendió la mano.

—¿Cómo está, señor Crown? —dijo complacida.

—Es un placer, señorita Shelton —la saludó él.

La muchacha le indicó un sillón que estaba situado ante el escritorio.

—¿Le sorprendió que le llamara? —preguntó sonriendo.

—Más que eso —replicó Joe—. No acababa de creérmelo.

—Se lo noté en la voz. —Le miró a los ojos—. Tengo listos los documentos para que los firme.

—Muy bien.

—Sólo tenemos que dejar claras tres cosas —dijo ella—. La primera es que este contrato nos autoriza a representarlo durante un período de un año después de cada venta que hagamos en su nombre. No es acumulativo. El período sólo empieza a contar a partir de la última venta.

Joe asintió.

—La segunda es que necesitamos una pequeña biografía suya a fin de poder utilizarla en la publicidad y proporcionar información a los editores y críticos que puedan tener interés en usted y en su trabajo. Para este propósito también nos serían de gran utilidad algunas instantáneas.

—¿Qué clase de biografía?

—Edad, lugar de nacimiento, estudios. Cosas así.

—Eso es muy fácil —dijo él riendo—. Nunca he hecho gran cosa. Nací en Brooklyn, tengo veinticinco años (mentía, sólo tenía veintidós), y estudié en la «Townsend Harris High School» en mil novecientos treinta y ocho (también era mentira). Cursé la especialidad de Literatura y Periodismo, pero no llegué a graduarme porque abandoné en el tercer curso a fin de ayudar en la economía familiar.



Mentiras y más mentiras.

Ella lo miró.

—¿Aficiones? ¿Algún deporte, juegos, ajedrez?

—No, nada —replicó Joe.

—¿Pero tiene usted interés en algo?

—Sí. Pero no creo que merezca la pena mencionarlo.

—Deje que sea yo quien lo juzgue —le indicó la joven.

Joe vaciló y luego se encogió de hombros.

—Me interesa el sexo —respondió.

La señorita Shelton se echó a reír, sonrojándose ligeramente.

—Tiene un delicioso sentido del humor, señor Crown.

—Llámeme Joe —dijo éste sonriendo—. Me habló usted de tres puntos.

Ella pareció un poco confundida.

—Ah, sí. Tengo aquí el cheque del relato que le hemos vendido a la revista *Collier's*. Recordará usted que el trato era de ciento cincuenta dólares. De esa cantidad hay que deducir nuestro diez por ciento habitual y los gastos —llamadas telefónicas, correspondencia, etc. —. El resto asciende a ciento veintiocho dólares.

Joe bajó los ojos hacia el cheque y luego miró a la muchacha.

—Señorita Shelton, la besaría si pudiera.

Ella se echó a reír.

—Todavía no —dijo—. Espere a que tengamos unos cuantos contratos más. Lo que me interesa ahora es asegurarme de que usted me enviará todo el material para que podamos empezar a colocarlo en el mercado. Es usted un buen escritor, señor Crown. Presiento que le irá muy bien.

Jamaica estaba de pie tras el mostrador cuando Joe entró en la tienda.

—Tengo buenas noticias para ti —le dijo sonriendo.

Joe se quedó perplejo.

—¿Buenas noticias?



Jamaica asintió.

—Te trasladas a la parte alta de la ciudad, a un empleo mejor.

—No lo entiendo —insistió—. Yo estaba contento con éste.

El otro lo miró.

—No tienes elección —le dijo llanamente—. Ni yo. La cosa viene del señor B.

Joe se quedó callado durante un momento.

—¿De qué se trata?

—Te lo explicaré en el coche.

Joe lo siguió hasta la trastienda. Estaba vacía. Habían guardado las mesas de trabajo y las chicas ya se habían ido. Jamaica aseguró con llave rápidamente los armarios y los frigoríficos.

—Cierra la puerta de la calle —le pidió—. Y reúnete conmigo en el callejón.

Poco después Jamaica se sentaba tras el volante del reluciente «Packard 12» de su propiedad; era un coche negro, modelo mil novecientos cuarenta. Le hizo una seña a Joe para que subiera al asiento de atrás.

—¿Y quién va a ocuparse de la tienda mientras estamos fuera? —le preguntó éste.

—Nadie. Esto es más importante. —Giró hacia arriba por la Octava Avenida, dio la vuelta en Columbus Circle y se dirigió a la parte alta de la ciudad por el oeste de Central Park sin pronunciar palabra. Al cabo de un rato le dirigió una mirada a Joe—. ¿Sabes esas Lolitas de las que me ocupo?

—Sí.

—Pues llevo también otro grupo. Éstas son chicas de la parte alta, chicas blancas, auténticas mujeres de sociedad. Es una gran organización. El señor B. y los italianos se reparten los beneficios al cincuenta por ciento.

Joe lo observó mientras el otro maniobraba expertamente con el gran «Packard» a través del tráfico.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —le preguntó al fin.



—Poseo cuatro edificios en la calle Noventa y dos, junto a Central Park West. Los he unido todos para convertirlos en una casa de apartamentos amueblados. En total hay setenta apartamentos, y casi la mitad de ellos están alquilados a esas chicas. Nosotros les proporcionamos las señoras de la limpieza, el conserje y un hombre que se ocupe de las reparaciones. Las chicas nos pagan entre doscientos y cuatrocientos dólares a la semana, depende de cómo les vaya el negocio. El director que se ocupaba de esto hasta ahora intentó quedarse con un pedazo del pastel.

—¿Lo despidieron? —le preguntó Joe.

—En cierto modo. Pero eso no es asunto de mi incumbencia; ni siquiera les he preguntado a mis socios qué pasó con él. Esta mañana el señor B. me ha llamado y me ha dicho que te pusiera a ti en el empleo.

—¿Y si no lo quiero?

Jamaica le lanzó una rápida mirada.

—Eso no sería muy inteligente de tu parte. El señor B. os está haciendo un gran favor a ti y a tu padre. Y si te hacen un favor, lo normal es que correspondas.

Joe se quedó en silencio.

—No durará siempre —continuó Jamaica con suavidad—. Dos o tres meses, hasta que consigan un profesional. Saben que eres escritor y que no tienes estómago para esa clase de cosas. Pero el señor B. ha pensado que tú podrías encargarte de esto durante algún tiempo y de ese modo saldar la deuda.

Jamaica aminoró la velocidad del coche y se metió en medio del tráfico de la calle Noventa y dos. Frenó junto al bordillo delante de una casa cuya entrada tenía un toldo amarillo. Apagó el motor.

Joe miró hacia el edificio. Las letras blancas pintadas en los laterales del toldo decían: «UPTOWN HOUSE, APARTAMENTOS AMUEBLADOS.» A la entrada había una amplia puerta de cristal de doble hoja.

—¿Dispongo de algún despacho para mí? —le preguntó a Jamaica.

—Si quieres puedes llamarlo así —le contestó el otro—. Pero en realidad es un apartamento.

—¿Por qué un apartamento?



—Tendrás que vivir aquí. Forma parte del trato. El señor B. ya se lo ha dicho a tu padre. Opina que es mejor que permanezcas lejos de tu casa. Si te ven por allí, los vecinos podrían ir con el cuento a la oficina de reclutamiento.

—No hay ningún motivo. Ni siquiera tengo todavía la tarjeta de reclutamiento nueva.

Jamaica sacó un sobre pequeño del bolsillo y se lo entregó. Observó a Joe mientras éste lo abría y leía la tarjeta.

JOE CROWN.

Clasificación: Cuatro-F.

Fecha el veintidós de octubre de mil novecientos cuarenta y dos.

—Ahora te toca a ti —dijo Jamaica con voz inexpresiva.

Joe se quedó mirándole fijamente.

Jamaica le observó y le dedicó una sonrisa.

—Realmente no es el fin del mundo —le dijo—. Si te gustan tanto las tías como dices, te va a parecer que estás en el mismísimo cielo.



9

Su madre lo miró con desconfianza.

—¿Qué clase de empleo es ése? ¿Cómo le van a pagar a un conserje cien dólares a la semana y además dejarle un apartamento de tres habitaciones? Los conserjes tienen suerte si les dan gratis una habitación en el sótano, no digamos si además les dan algo de dinero. Esto no me gusta nada; lo más probable es que acabes en la cárcel o de algún modo todavía peor.

—¡Jesús, mamá! —dijo Joe—. En primer lugar, no trabajo de conserje. Soy el encargado. Me ocupo de setenta apartamentos que producen de siete a diez mil dólares a la semana. Y además me queda tiempo para escribir, que es lo más importante. Este cheque de ciento cincuenta dólares por el relato de la revista *Collier's* es sólo el comienzo.

—Sí, pero no te han dado ciento cincuenta dólares, sino ciento veintiocho. Y además, ¿cómo sabes que vas a poder vender más historias? ¿Tienes alguna garantía?

—¡Mierda! —exclamó Joe. Se levantó de la mesa y miró a su padre, que estaba callado en contra de lo que era su costumbre—. Papá, ¿quieres explicarle tú por qué tengo que aceptar el trabajo?

El padre miró fijamente a Joe durante un momento y luego se volvió hacia su esposa.

—Es un buen empleo, Marta —dijo cargado de paciencia—. Créeme, mi amigo no meterá a Joe en problemas.

—¡Tu amigo no es más que un gángster de baja estofa! —estalló la madre.

La cara de Phil se puso roja de ira.



—¿Un gángster? —gritó—. Fuiste tú la que se empeñó en sacar a tu niño de la caja de reclutas, no mi amigo. Pero él ha tenido que encargarse de conseguir lo que tú querías. Ahora Joe tiene una tarjeta en la que consta la clasificación Cuatro-F. ¡Y está obligado a pagar el favor, igual que yo! ¡Te guste o no!

—¡De modo que mi hijo tiene que arriesgarse a que lo manden a la cárcel! ¡O a que lo maten! —le dijo ella a gritos.

—¡Tu bebé sólo irá a la cárcel si alguien descubre lo de la maldita tarjeta de reclutamiento! —Phil estaba fuera de sí—, ¡Cállate de una vez o al final sufriré otro ataque de corazón!

Marta pareció asustada.

—Cálmate, Phil. Tranquilo, te traeré una píldora. —Volvió la vista hacia Joe—, ¿Ves lo que le has hecho a tu padre?

—Ya estoy bien —dijo Phil—. Procuremos tener la fiesta en paz.

—Me gustaría ver el apartamento antes de que se vaya a vivir allí. Ya sabes cómo es la gente. Podría estar lleno de cucarachas y ratones. Quién sabe si las sábanas estarán limpias.

Phil habló con calma.

—De acuerdo. Puedes ir a verlo. Pero no ahora. Espera a que se haya instalado.

—Muy bien —dijo Marta finalmente—, ¿Y qué les digo a los vecinos cuando no lo vean por aquí?

El padre sacudió la cabeza de un lado a otro lleno de asombro.

—Todo el vecindario sabe que iba a hacer el examen físico. Diles que le dieron apto para el servicio.

—¿Y qué hay de la boda de Stevie y Motty? ¿Qué dirán los vecinos cuando vean que no viene a la boda de su hermano?

Joe miró a su prima, que también estaba sentada a la mesa. No le había mencionado que hubiera hablado con sus padres de la relación entre ella y Steven. Motty evitó mirarlo. Él se volvió hacia su madre.

—Es posible que pueda venir a casa para la ocasión.



—No —dijo Phil con énfasis—. Se casarán en vacaciones y se supone que entonces tú estarás en el entrenamiento básico, y todo el mundo sabe que durante ese período no conceden permisos bajo ningún concepto.

—Será mejor que suba a mi cuarto y empiece a hacer la maleta —dijo Joe.

Su padre se levantó de la mesa.

—Tengo que salir durante un par de horas. Volveré a las diez y media más o menos.

—Los lunes y miércoles siempre te vas un par de horas a hacer algunos cobros —se quejó Marta—. ¿Por qué no te pagan el viernes por la noche, como han hecho siempre?

—El negocio va mejor ahora —respondió Phil—. Pero es difícil conseguir cobrar. —Se encaminó hacia la puerta—. Volveré a las diez y media —repitió.

—No te olvides de llevar las píldoras en el bolsillo —le recordó Marta.

Phil sacó un frasquito y se lo enseñó.

—Ya las llevo, mujer, ya las llevo.

Joe estaba acabando de hacer la maleta cuando oyó que el coche entraba en el callejón. Poco después escuchó el sonido de la puerta de atrás y los pasos de su padre, que subía por las escaleras y entraba en el dormitorio. Al cabo de un rato percibió algunos ruidos en el cuarto de baño de sus padres. Finalmente los sonidos se apagaron y Joe observó que la luz que salía por debajo de la puerta de la habitación paterna ya no se reflejaba en el pasillo. La habían apagado.

Quitó de encima de la cama algunos manuscritos. Era una historia que había escrito a lápiz, en papel rayado de color amarillo, cinco años antes. La había hecho para impresionar a la profesora de inglés de la escuela secundaria, la primera persona que le había dicho que tenía talento y que le convenía dedicarse a escribir.

El hecho de que el escote de aquella mujer le proporcionase la excitante visión de dos abundantes pechos adornados con sonrosados pezones, no había tenido nada que ver con la decisión de Joe de hacerse escritor. Pero había contribuido a ello. Y de eso básicamente trataba aquella historia. Un joven estudiante de escuela secundaria



se enamoraba de la profesora de inglés porque creía que aquella exhibición de escote iba dirigida especialmente a él. Los sueños del protagonista se venían cuesta abajo cuando, al llevarle a ella un ramo de flores a su casa, le abría la puerta el marido. Durante todo un curso aquella mujer había sido la musa inspiradora de sus sueños, hasta el punto de que había gastado casi diez tarros de vaselina para aliviarse el pene, pues lo tenía escocido e irritado. Y siempre manchaba las sábanas. Ahora, al releer la historia, se daba cuenta de que solamente reflejaba su propia frustración. Arrojó el manuscrito al suelo, se desnudó y se metió en la cama. Pensó en que debía lavarse los dientes, pero se encontraba demasiado cansado; así que decidió apagar de una vez la lámpara de la mesita de noche. Escrutó la oscuridad y contempló los extraños dibujos y formas que el farol del callejón producía con sus reflejos en el techo de la habitación. Las sombras empezaban a difuminarse cuando oyó unos golpecitos inhabituales.

Se sentó en la cama. El sonido era muy raro. No provenía de la puerta ni del pasillo. Escuchó de nuevo los golpecitos. La voz de Motty le habló muy bajo a través de la pared contra la que se hallaba la cama de Stevie, al otro extremo de la habitación.

De rodillas en la cama, apoyó la oreja contra la pared.

—¿Motty?

—Sí —contestó ella en un susurro—. Abre los cerrojos de las puertas correderas que separan estas dos habitaciones.

Joe cayó entonces en la cuenta. Las puertas correderas las habían cerrado al decidir cederle a Motty la habitación de Stevie. Apartó la cama, que estaba delante de las puertas, e intentó abrir los cerrojos. No fue fácil. Habían estado cerrados durante muchos años. Al final cedieron con un crujido y consiguió entreabrir las puertas.

Su prima asomó la cabeza.

—¿Estás despierto? —le preguntó.

—Claro que no —contestó Joe con sarcasmo—. Estas cosas siempre las hago dormido.

—No seas tonto. Quiero hablar contigo.

Joe seguía arrodillado en la cama. Tenía la cara a la misma altura que la de la muchacha.



—¿Y por qué no has entrado por la otra puerta?

—No quiero que tus padres me vean rondando por el pasillo. Ya sabes cómo son. Sobre todo tu madre.

Joe asintió.

—Ya lo sé. Pasa —la invitó al tiempo que apartaba un poco la cama.

—No, mejor entra tú aquí. Tu habitación está al lado de la de ellos.

Joe saltó por encima de la cama y se deslizó a través de la estrecha abertura hasta la habitación de su prima. Fue a parar justo detrás de una cómoda. Al intentar salir de allí se arañó un hombro.

—¡Mierda! —exclamó mientras se lo frotaba.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó Motty.

—No es nada —dijo él—. ¿Qué es eso tan importante que quieres decirme?

La muchacha lo miró, sorprendida.

—¡Estás desnudo!

—Es que estaba jodiendo mientras dormía —repuso Joe brevemente—. No tenía pensado ir de visita.

—Voy a buscarte una toalla.

Miró a su prima mientras ésta atravesaba la habitación y sacaba una toalla del armario. Motty llevaba un camisón de algodón debajo de la bata. Le tendió la toalla con la vista vuelta hacia otro lado. Joe se la ajustó a la cintura.

—Ya está —dijo.

La muchacha se atrevió entonces a mirarlo.

—Aún no te he felicitado por haberle vendido un relato al *Collier's*.

—Gracias —dijo él. Después sonrió—. En realidad soy yo quien debería felicitarte a ti. ¿Recuerdas aquella historia que me contaste del detective que sorprendía a una chica robando en una tienda y la llevaba a un vestuario, donde la desnudaba y la violaba?

—¿Es ése el relato que te ha comprado el *Collier's* —quiso saber Motty al tiempo que abría los ojos de par en par.



—La cambié ligeramente. Lo justo para convertirla en una historia de amor. En mi historia el detective decide proteger a la muchacha y acaba por perder el empleo.

—Es muy bonito. Realmente hermoso.

Se quedó callada durante un momento y luego se le escaparon las lágrimas.

—¿Qué demonios te pasa ahora? —inquirió él con curiosidad.

—Tengo miedo.

—¿De qué? Todo va sobre ruedas. Stevie y tú os vais a casar. Mamá está contenta por ti y porque yo haya conseguido un Cuatro-F. ¿De qué tienes miedo?

—Todo está cambiando. Tú te marchas. Ya no te tendré más en la habitación de al lado.

—Eso no quiere decir nada. Podemos vernos en Nueva York. Sólo hay que cruzar el río, no ir al otro lado del mundo.

—Pero ya no tendré con quien hablar aquí, en casa.

Joe le pasó un brazo tranquilizador por los hombros y la atrajo hacia sí.

—No seas llorona —le dijo con dulzura—. Podemos hablar por teléfono.

—No es lo mismo —insistió ella entre sollozos.

—Pero pronto te casarás, y entonces las cosas irán mejor. —Le acarició los cabellos y notó el estremecimiento que recorría el cuerpo de su prima—. Ya verás cómo todo sale bien.

—No —le contradijo Motty llorando y levantando el rostro hacia él—. No será lo mismo.

Él la escudriñó y la miró profundamente a los ojos. Acercó despacio los labios a la frente de su prima, luego a una mejilla, y finalmente la besó en la boca. Percibió el calor que emanaba del cuerpo de la muchacha mientras se apretaba contra el suyo. Notó que el falo se le erguía con fuerza. Intentó apartarla de sí.

—Esto es una locura —dijo Joe con voz ronca.

Motty no se movió, sino que se estrechó más fuerte contra él al mismo tiempo que movía la ingle para situarla frente al sexo de su primo. Se acercaron en silencio hacia la cama mientras la toalla que Joe llevaba a la cintura caía al suelo. Rápidamente le quitó el camisón y la bata a la muchacha y se inclinó sobre ella.



—¡Motty! —exclamó.

—¡No hables! —le pidió ella—. Lo único que necesito es joder hasta quedar destrozada.



10

El ruido del motor le llegó claramente desde el callejón cuando el tío Phil sacó marcha atrás el coche del garaje. Motty bajó de un salto de la cama y se acercó a la ventana. A la débil y grisácea luz matinal, vio cómo el coche daba la vuelta y se alejaba. Volvió a la cama sin hacer ruido.

Joe, tumbado encima de las mantas, dormía a pierna suelta. Lo miró detenidamente. Era extraño. Le daba la impresión de que aquel hombre hubiera estado allí siempre, en la misma cama que ella. En varias ocasiones la muchacha había pensado que si alguna vez se decidía a hacerlo después experimentaría un sentimiento de culpabilidad y arrepentimiento. Pero no era así. En vez de eso se sentía disgustada consigo misma por lo estúpida que había sido. ¿Por qué se habría estado negando durante tantos y tan largos años lo que más anhelaba? Tocó levemente con la mano el hombro de su primo.

Éste se dio la vuelta despacio sin despertarse. Motty notó que la excitación se apoderaba otra vez de ella al ver la fuerte erección matutina que tenía su primo. Le cogió suavemente el falo con la mano. Joe abrió los ojos mientras el sueño le desaparecía de aquellas oscuras pupilas. Observó la mano de ella y luego la miró a la cara. No dijo nada.

Una suave y tranquila sonrisa afloró al rostro de la muchacha.

— Es precioso — dijo.

Él continuó en silencio.

— ¿Por qué hemos esperado tanto tiempo para hacerlo? — le susurró Motty.

Su primo movió la cabeza de un lado a otro.

— Yo ya quería, pero eras tú la que...



—Me porté como una estúpida —le interrumpió ella—. Pero tenía miedo.

—Ahora que lo hemos hecho una vez, ya encontraremos la manera de arreglarnos.

Motty negó con la cabeza.

—No —dijo suavemente—. Ha sido precioso, pero es mejor dejarlo así. Si nos empeñamos en seguir adelante, acabará convirtiéndose en algo sórdido que nos destruirá a todos. A la familia entera.

Joe notó que el pulso le latía con fuerza.

—Estoy empezando a excitarme.

—Yo también estoy húmeda —dijo Motty. Luego miró hacia abajo—. ¡Maldita sea! —exclamó, sorprendida—. ¡Las sábanas están manchadas de sangre!

—¿Qué ha pasado? —le preguntó él evidentemente nervioso—. ¿Te ha venido el período?

Motty bajó de la cama.

—No, cretino. Es que era virgen.

Joe la miró con la boca abierta.

—Tengo que quitar las sábanas de la cama ahora mismo —le indicó ella rápidamente—. ¡Si tu madre lo descubre y averigua lo que ha pasado, me matará!

A su pesar, Joe sintió cierta sensación de orgullo. Ni siquiera cuando estaba en la escuela secundaria había desvirgado a una chica.

—Mi madre no tiene por qué enterarse. Dile que se te ha adelantado la regla.

—A tu madre no la puedo engañar —susurró Motty—, Lleva la cuenta mejor que yo misma.

Cuando Joe llegó al apartamento, Jamaica ya le había llevado allí la máquina de escribir, el papel y varias cajas de manuscritos que estaban en la tienda. Se puso rápidamente a deshacer los bultos.



El apartamento no estaba mal. Los muebles se veían un poco desvencijados, pero aún servían. En el cuarto de estar había un sofá de tres plazas, de cuero sintético, con una butaca a juego colocada junto a una mesita. Había además otras dos mesas con lámparas a cada lado del sofá. En un rincón de la habitación habían puesto una mesa pequeña de comedor con dos sillas; se hallaba situada delante de una de las ventanas que daban a la calle. La cocina estaba disimulada en un armario cerca de la mesa. Las paredes del dormitorio tenían una pintura de color verde oscuro; la cama de matrimonio —en tonos verdes también, pero más claros—, hacía juego con la cómoda y el tocador. Una colcha de tela amarilla que imitaba el satén cubría las sábanas y las almohadas. El cuarto de baño estaba equipado con los típicos sanitarios blancos, y disponía de una cortina amarilla en la ducha y de otra a juego para tapar la ventana. Había dos luces, una en el techo y la otra adosada al armario—botiquín que se hallaba encima del lavabo.

En menos de dos horas Joe había terminado de guardar toda la ropa. Colocó las dos maletas en el estante de arriba del armario y, con mucho cuidado, dispuso la máquina de escribir sobre la mesa del comedor de manera que la luz de la ventana cayera sobre ella. Colocó el papel en blanco y los manuscritos a uno y otro lado de la máquina. Aún estaba calibrando el resultado cuando llamaron al timbre. Atravesó la habitación y fue a abrir la puerta.

Jamaica, muy sonriente, se encontraba en el corredor.

—¿Qué tal?

—Ya he acabado de deshacer las maletas.

El antillano entró en el apartamento.

—Traigo unas cuantas cosas más para ti. Fred las está subiendo.

Fred era uno de los hombres para todo que trabajaban en los apartamentos.

—¿Qué es?

—Te traemos un frigorífico nuevo y una cocina portátil. La que hay aquí está estropeada. Esta tarde te instalarán el teléfono. Hay centralita abajo. Todas las llamadas pasan por allí.

—¿Incluidas las de las chicas?



—Especialmente las de las chicas —respondió Jamaica—. La centralita monitoriza cualquier conversación y todas las mañanas te traerán una lista de las citas.

Joe asintió.

—Ya lo entiendo. ¿Quién se encarga de recoger el dinero?

—Tú. Las chicas deben entregarte el dinero por la mañana —le explicó Jamaica—. La centralita te permitirá saber cuánto dinero ha recaudado cada una.

—Un poco complicado —dijo Joe.

—No mucho. Acostumbran a sacar un promedio de quinientos dólares por noche, lo que quiere decir cinco clientes a cien dólares la visita. Los servicios especiales, como fiestas en grupo, transformismo o sadomasoquismo se cobran aparte, según el criterio de las chicas.

Joe miró al antillano.

—¿Cómo son estas muchachas?

Jamaica se echó a reír.

—Las más guapas del mundo. Cualquiera pensaría que proceden del «Diamond Horseshoe» de Billy Rose. Estas niñas no son como las Lolitas. Son blancas y de la alta sociedad. Probablemente en una semana joderás tanto que te quedarás agotado, a las mismas puertas de la muerte.

—No —dijo Joe sonriendo—. Tengo que trabajar. Escribir y joder al mismo tiempo no son una buena combinación. Las dos cosas ocupan demasiado tiempo.

—Puede ser —comentó Jamaica—. Pero eso es un problema tuyo, no mío. —Llamaron de nuevo a la puerta—. Seguramente será Fred con los muebles.

Pero Jamaica se equivocó. Una joven se hallaba de pie ante la puerta abierta. Tenía el cabello castaño, largo y liso; llevaba gafas con montura de asta, un amplio jersey marrón y una falda del mismo color. Parecía más una estudiante universitaria que una buscona. Miró a Jamaica y comenzó a hablar con voz suave y culta.

—Decidí bajar para conocer al nuevo encargado y ofrecerle mi ayuda en todo lo que sea necesario.

Jamaica hizo un gesto de asentimiento.



—Joe Crown, Allison Falwell.

Allison le tendió la mano.

—Encantada, Joe.

Jamaica impidió que Joe se la estrechara.

—Señor Crown —le indicó a la chica con desaprobación.

Allison miró fijamente a Jamaica.

—Pero si parece muy joven.

La voz del antillano se tornó fría.

—Llámalo señor Crown —repitió.

La muchacha se volvió hacia Joe.

—Encantada de conocerle, señor Crown. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No, gracias —repuso Joe con voz fría pero educada, según la pauta que había marcado Jamaica—. Pero si necesito algo, la llamaré.

Jamaica cerró la puerta ante la muchacha.

—¡Perra! —dijo—. Ya verás cómo a no tardar intenta aprovecharse de ti.

—¿Y qué debo hacer?

—Impedírselo. Si quieres ser un buen chulo trátalas a todas de la misma forma. Y si no te gusta lo que hacen, las sacudes con el cinturón.

—No sé si podré hacerlo —dijo Joe.

Jamaica clavó la mirada en el otro.

—Sólo tienes que pensar que quieren rasgarte el culo con esas puñeteras uñas, como hizo Lolita. Entonces te resultará más sencillo azotarlas. —Hizo una pausa antes de seguir—. Recuerda, no importa lo buenas que parezcan. No son más que putas.

Fue Marta, su madre, la que respondió al teléfono.

—Ya son las ocho —le dijo al reconocerle la voz—. ¿Has cenado?



—Todavía no, mamá. He estado deshaciendo la maleta y ordenando las cosas. Y he tenido que aprender un poco en qué consiste el empleo.

—¿Hay cerca algún restaurante que sirva comida permitida por las leyes hebreas?

—Hay dos que se encuentran bastante cerca de aquí —respondió Joe.

—¿Está limpio el apartamento? ¿Es buena la cama?

—Todo está muy bien, mamá —dijo Joe para tranquilizarla—. No te preocupes, ya sé arreglármelas solo. —Cambió de tema—. ¿Ha llegado ya papá?

—No —respondió su madre—. Hoy es una de esas noches en las que tiene que salir a efectuar cobros.

—¿Y Motty? ¿Está?

—Sí. ¿Le digo que se ponga?

—Sí, mamá, haz el favor.

La voz de su prima le llegó a través del hilo.

—Joe?

—¿Te encuentras bien? —inquirió éste.

—Muy bien. —Bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro—. La casa parece vacía.

—Ya sé lo que quieres decir.

—¿Cómo va el trabajo? —le preguntó Motty.

—Es un empleo como cualquier otro —dijo sin comprometerse—. Jamaica me ha dicho que sólo durará una temporada. Dentro de tres meses o así ya habré acabado.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—No lo sé. Pero con esto habré saldado la deuda y quedaré libre. Seguiré escribiendo y mirando por ahí.

—Tu madre está bastante deprimida. Supongo que lo que le pasa es que te echa de menos.

Joe no dijo nada.



—Y yo también te echo de menos —puntualizó ella.

—Si quieres podemos quedar una noche. Te llevaré a algún restaurante chino.

—No —dijo Motty—. No creo que sea capaz de controlarme si estamos un rato juntos. Es mejor que no nos veamos.

Él se quedó callado un momento. Luego lanzó un suspiro.

—Seguramente tienes razón.

—Pero me llamarás, ¿verdad?

—Claro. Cuídate.

—Tú también —dijo ella; y colgó el teléfono.

Joe se quedó mirando el auricular. No se lo había dicho, pero él también se sentía solo. En realidad era la primera vez que vivía por su cuenta, lejos de casa. En aquel momento llamaron a la puerta y se levantó para abrirla.

Se encontró a Allison en el pasillo.

—He intentado llamarte por teléfono —le indicó ella—. Pero me dijeron en la centralita que la línea estaba ocupada.

Joe asintió.

—Sí, en efecto.

La muchacha le tendió una botella de champán.

—Toma, un cliente me ha regalado esto. Pensé que sería una buena idea que la tomáramos juntos. Una especie de fiesta de bienvenida para ti.

Él se quedó mirándola.

—Aún no he tenido tiempo de comprar copas.

Allison sonrió y le mostró dos copas de champán que llevaba en la otra mano.

—También me he acordado de eso.

Joe vaciló durante un momento; luego se apartó dando un paso hacia atrás.

—Entra.

Cerró la puerta mientras la muchacha se dirigía hacia la mesa.



—Encárgate tú de abrir la botella —le pidió la chica—. Voy al dormitorio a ponerme cómoda.

Era la primera vez en su vida que se veía en la tesitura de tener que abrir una botella de champán. Por fin el corcho salió disparado dando un estampido y Joe vertió rápidamente el líquido en las copas.

—Trae aquí el champán —le dijo la muchacha desde el dormitorio.

Joe cruzó por la puerta. Sólo había encendida una luz, la de la mesita de noche. Allison, desnuda, estaba tendida sobre la colcha. Extendió una mano para coger la copa de champán. Observó que él la miraba.

—¿Te gusta lo que ves?

Joe se echó a reír.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que eres fea?

La muchacha dio un sorbo de la copa y después sonrió.

—Entonces, ¿por qué no te quitas la ropa?

Él permaneció un rato en silencio, de pie. Luego bajó rápidamente una mano y se abrió la bragueta.

—¿Por qué tardas tanto? —le preguntó ella—. Es evidente que ya estás a punto.

—Yo siempre estoy a punto.

—Yo también —dijo ella riendo mientras conducía el falo hasta metérselo en la boca.



11

El día de Acción de Gracias cayó la primera nevada del año. Joe estaba de pie ante la ventana contemplando la ciudad. La nieve caía aún en torbellinos, pero las calles se hallaban ya fangosas y de color marrón a causa del tráfico. Encendió un cigarrillo y miró el reloj. Eran las tres y media de la tarde. Sabía que las oficinas cerrarían más temprano de lo habitual. La fiesta que se celebraba aquel día y la tormenta de nieve formaban una combinación contra la que no se podía hacer nada. Al anochecer, las calles quedarían desiertas.

El teléfono que tenía junto a la máquina de escribir comenzó a sonar. Lo descolgó.

—Crown.

En seguida reconoció la voz.

—Feliz día de Acción de Gracias —le dijo Laura Shelton.

—Igualmente, señorita Shelton —respondió él. Luego, con curiosidad, le preguntó—: ¿Está usted todavía en el despacho?

Ella se echó a reír.

—He estado trabajando hasta ahora y deseaba darle buenas noticias para que la fiesta de Acción de Gracias le resultase realmente feliz.

—¿Acaso ha vendido otro relato? —le preguntó él comenzando a ponerse nervioso.

—Eso también —asintió ella—. Pero tengo algo aún más emocionante.

—Va usted a volverme loco de impaciencia —dijo él echándose a reír a su vez.

—*Collier's* le ha comprado ese relato que se llama *Vacaciones en Coney Island* por doscientos cincuenta dólares.



—¡Es fantástico! ¿Qué puede haber mejor que eso?

—Los de la «Universal Pictures» han leído *La ladrona y el detective* y quieren convertirlo en una película. Con Margaret Sullavan y James Stewart como protagonistas. Recordará usted que tuvieron un gran éxito juntos en la película *El bazar de las sorpresas*.

—¡No me lo puedo creer!

—En serio —dijo ella—. Han ofrecido dos mil quinientos dólares por los derechos y además quieren darle a usted otros cinco mil para que vaya a Hollywood veinte semanas a fin de trabajar en el guión. Están dispuestos a pagarle todos los gastos de estancia.

—Yo no sé hacer guiones de películas. ¿Están al corriente de eso?

—Sí, ya lo saben. Pero ésa es una situación muy frecuente. Por eso desean que un guionista trabaje con usted. Pero esto ha sido sólo la primera oferta. Estoy segura de que se hallan dispuestos a subir un poco esa cantidad. Por lo menos llegarán a tres mil quinientos dólares por los derechos y a siete mil quinientos por el guión.

—No los espante —dijo Joe, nervioso—, A lo mejor piensan que no vale la pena.

—No los asustaré —le indicó ella en tono tranquilizador—. Ya he pasado antes por estas circunstancias. Siempre podemos coger la primera oferta y salir corriendo.

—Usted es la experta. Haré lo que usted diga.

—Gracias —dijo ella—. Aprecio la confianza.

—No, señorita Shelton. Soy yo quien debe darle las gracias a usted.

—No se preocupe. El asunto estará definitivamente resuelto a finales de esta semana. Le llamaré el lunes para comunicarle el resultado.

Joe se quedó mirando el teléfono hasta que acabó de asimilar la noticia.

—¡Albricias! —gritó en medio de la habitación vacía. Cogió el auricular y se apresuró a llamar a su casa. Puede que ahora se creyeran que era un escritor de verdad. Pero nadie contestó al teléfono.

Se sentía a punto de estallar de alegría por la noticia. Necesitaba hablar con alguien. Llamó a su prima al lugar en donde trabajaba.



—En este momento me iba a una reunión —le dijo Motty apresuradamente.

—No tardaré ni un minuto. Tengo que darte una noticia. Acabo de venderle otro relato al *Collier's* y la «Universal» quiere hacer una película basada en la historia de *La ladrona y el detective*.

—Te felicito —dijo ella aunque no parecía muy entusiasmada—. Yo también tengo una noticia que darte.

—¿Qué es? —le preguntó Joe.

—Creo que estoy embarazada —dijo su prima en voz baja—. Tengo ya un retraso de tres semanas.

—¡Mierda! —exclamó él—, ¿Estás segura?

—Tengo miedo de ir al médico para comprobarlo. Stevie llega la semana que viene. ¿Qué voy a decirle?

—No le digas nada. La boda será este fin de semana. Cinco semanas no significan nada. Muchos bebés primerizos nacen antes de tiempo.

—Vete a la mierda —le dijo ella, enfadada—. ¿Es que el hecho no significa nada para ti?

—Claro que sí. Por eso te digo que te calles. Si dices algo todo el mundo resultará afectado. Toda la puñetera familia.

Motty se quedó callada durante un momento.

—¿Crees que funcionará?

—Seguro —dijo Joe con convencimiento—. Ni siquiera se te notará hasta los tres meses.

—Tengo los pechos muy abultados.

—Eso también pasa con frecuencia antes del período. Muchas veces me has contado que se te hinchan las tetas cuando vas a tener la regla.

—Estoy muy nerviosa —continuó ella—. Stevie es médico. ¿Y si se da cuenta?

—Médico o no, Stevie sigue siendo un infeliz. Si haces lo que te digo todo saldrá bien.

—Tengo que irme ahora mismo —le indicó ella—. Ya llego tarde a la reunión.



—Ya hablaremos después —le dijo Joe—. Estate tranquila. —Oyó el sonido del teléfono cuando ella colgó. Miró fijamente el aparato—. ¡Cojones! —se dijo—. ¿Quién inventó eso de que una virgen nunca se queda preñada la primera vez?

Phil cortó una rebanada de *brust flanken*, la puso en el plato y, para suavizarla, le añadió un poco de rábano picante. Miró a Marta y a Motty, que estaban sentadas frente a él, y les habló con la boca llena.

—Hoy hemos vendido ciento veintiún pavos.

—Qué bien —dijo Marta al tiempo que hacía un gesto de aprobación.

—Pero Al ha vendido más de cuatrocientos —gruñó él.

—No te quejes —le dijo su esposa—. Recuerdo que hace cinco años nos considerábamos muy afortunados si vendíamos veinte o treinta. ¿Quién sabía algo de pavos en aquella época? Entendíamos de pollos y de capones, pero no de pavos.

Phil mojó un poco de pan ácimo en la salsa.

—Esto está muy bueno, mamá —comentó saboreándolo.

—Tienes suerte de estar en el negocio —dijo ella—. Si no, a lo mejor estabas comiendo pavo en lugar de *brust flanken*. Hay que ver cómo se están poniendo los cupones para la carne. Por eso nuestra gente compra pavos, porque los pollos y los capones son muy difíciles de conseguir.

—Yo preferiría morirme de hambre antes de llegar a eso —dijo Phil—. La carne de pavo es muy seca y no tiene sabor.

—Deja ya de quejarte —le recriminó Marta—. Los pavos es lo que te deja más dinero.

—Eres una buena vendedora. ¿Por qué no vas a la tienda como antes? No tienes nada que hacer en casa.

—La mujer de Al no va a la tienda —puntualizó ella.

—Jamás lo ha hecho. No ha tenido tiempo, siempre ha estado muy ocupada teniendo un hijo cada año.



—Eso no tiene nada que ver. ¿Qué impresión produciría el que yo fuera a la tienda y ella no? Todo el mundo pensaría que a ti no te iba tan bien como a él.

—A nadie le importa lo que yo haga o deje de hacer —dijo Phil. Cortó otra loncha de carne y se la puso en el plato—. Los judíos siempre se meten en problemas si la gente cree que les va demasiado bien. ¿Por qué crees que esos nazis la han tomado con nosotros? Porque están celosos.

—Esto es América, no Europa —observó ella.

—No seas estúpida. Aquí también hay un montón de nazis, así que más nos vale andar despiertos y callarnos. No le des a nadie motivos de envidia.

—Puede que el tío Phil tenga razón —intervino de pronto Motty.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Marta volviendo la mirada hacia ella.

—No creo que una gran boda en el «Twin Cantors» sea lo más indicado en este momento. Hay una guerra y todo el mundo sabe que el «Twin Cantors» es muy caro.

—¿Quieres decir que no deseas casarte en el «Twin Cantors»? —le preguntó Marta, sorprendida—. A todas las chicas del mundo les gustaría casarse allí.

—Espera un momento —intervino Phil—. Es posible que la chica tenga razón. No se trata sólo del dinero. Recuerda que tenemos dos hijos y ninguno de ellos está en el Ejército. Y a mucha gente eso no le gusta.

—Stevie es médico y es del dominio público que los médicos casados no tienen que ir al Ejército —apuntó Marta.

—Lo saben, y pensarán que ése es el motivo por el que se casa. También hay quien piensa que Joe se las ha arreglado para eludir el reclutamiento. ¿Qué necesidad hay de darles la oportunidad de comprobarlo?

Marta se quedó en silencio durante un momento; luego habló dirigiéndose a su sobrina.

—¿Y qué clase de boda te gustaría?

Motty miró a su tía.

—Una boda íntima. Sólo nosotros, la familia. Y en el juzgado, donde nadie nos conoce.



—¿Sin rabino?

—En el juzgado no hay rabinos. Pero también es legal.

—¿Y si lo hiciéramos aquí, en casa, con un rabino? —preguntó Marta—. En cierto modo, sin rabino parecerá que no te casas.

Motty asintió.

—Si quieres lo haremos aquí, pero recuerda que Joe no podrá venir. Nos exponemos a que alguien lo vea y haga preguntas. En el juzgado nadie sabrá quién es.

Phil miró a su mujer.

—La chica tiene razón. Hay que hacerlo inteligente y prudentemente.

Los ojos de Marta empezaron a llenarse de lágrimas.

—Lo único que deseo para mis hijos es que sean felices y no tengan problemas.

Motty se acercó rápidamente a su tía y la abrazó.

—Por favor, tía Marta —le dijo con dulzura empezando a llorar ella también—. Por favor.

—¿Por qué, oh Dios mío, he tenido que vivir en una época como ésta?

—No culpes a Dios —dijo Phil levantándose de la mesa—. ¡Es ese jodido Adolf Hitler!

El llanto de Marta se transformó en rabia.

—Entonces me importa un comino. Si no hay rabino, no hay boda. ¡No permitiré que mis hijos vivan en pecado!

El teléfono se puso a sonar y Phil lo cogió.

—¿Diga? —Se quedó escuchando un momento y luego las llamó por encima del hombro—. Es Joe. —Se volvió de nuevo hacia el auricular—, ¿Sí, Joe?

La excitada voz de su hijo se dejó oír por el teléfono.

—He vendido otro relato al *Collier's*, y la «Universal Pictures» quiere comprarme los derechos de la primera historia que publiqué para hacer una película en Hollywood. ¡Van a pagarme siete mil quinientos dólares!



—¿Siete mil quinientos? —le preguntó Phil, incrédulo—. ¿Dónde está el truco?

—No hay truco, papá. Esto marcha cada vez mejor. Quieren que vaya a Hollywood para colaborar en el guión.

—¿Cuándo?

—En seguida. Puede que la semana que viene.

—¿Tan pronto?

—No importa, papá —le comunicó Joe—. ¡Es la oportunidad de mi vida!

Phil se volvió hacia su esposa.

—Marta —le dijo con orgullo—. Nuestro Yussele es un escritor de verdad. Se va a Hollywood para hacer una película. Creo que, en resumidas cuentas, eso significa que tendrás una boda con rabino.



12

Jamaica se sentó y puso las largas piernas encima de la mesa. Miró a Joe, que tenía la vista fija en la máquina de escribir.

—No pareces muy contento —observó.

—Estoy jodido —dijo Joe taciturno.

—No lo entiendo.

—Quieren que vaya a Hollywood para colaborar en el guión de una película.

—Eso suena estupendamente —le dijo Jamaica sonriendo—. ¿Te pagan bien?

—Sí —repuso Joe—. Pero hay un problema. Quieren que esté en Hollywood la semana que viene, y el trato con el señor B. fue que trabajaría aquí durante tres meses. Todavía tengo que trabajar seis semanas más.

—Díselo al señor B. —le indicó en seguida Jamaica—. Es un hombre bastante razonable.

Joe miró con escepticismo a su interlocutor. Según los periódicos, el señor B. estaba acusado casi de la mitad de los asesinatos de Brooklyn y se le consideraba el jefe de todos los negocios sucios. Permaneció en silencio.

Jamaica le leyó el pensamiento.

—Puedes hablar tranquilamente con él. No es tan malo como dicen por ahí.

—¿Hablarías tú con él en mi lugar?

Jamaica movió la cabeza negativamente de un lado a otro.

—Yo no soy el que hizo el trato, y he aprendido que no es bueno meterse en los asuntos de los demás. Es la única forma de evitar salir perjudicado.

—Podrías decirle que no sirvo para este trabajo.



—Aun suponiendo que eso sea verdad, el jefe es él. Yo no le diré nada.

Joe lo miró a los ojos.

—¿Le tienes miedo?

—Puedes apostarte el culo a que sí —respondió Jamaica con franqueza—. Yo sólo soy un negrito que intenta abrirse camino en medio de una guerra fría. —Se echó a reír—. Pero no tienes por qué preocuparte. Lo más que puede pasar es que te diga que te quedas aquí hasta que acabes de cumplir tu parte del trato. Y también es posible que esté de acuerdo en que te vayas ahora. Pero si no se lo pides, no conseguirás nada.

Joe lo miró fijamente durante un momento. Después empezó a sentirse herido en el ego.

—¿Realmente hago tan mal este trabajo?

Jamaica sonrió.

—Fatal —dijo sin el menor reproche—. Pero ésta no es tu vocación. Tú eres escritor, no chulo. Un buen chulo nace, no se hace.

—Un buen escritor también nace —dijo Joe poniéndose a la defensiva.

—Yo no sé nada de escritores. Pero el hecho es que el negocio ha bajado un veinte por ciento desde que tú te encargas de él. Las chicas se han tumbado a la bartola, no se aplican en el trabajo. No has pegado a ninguna de ellas ni tan sólo una vez. Y recuerda que te dije que lo hicieras. Es la única forma de hacerse respetar.

—Y yo también te dije que no creía que fuera capaz de hacerlo —apuntó Joe.

—Es cierto —asintió Jamaica y se puso en pie—. Me caes simpático, muchacho, y espero que el señor B. te deje marchar. De ese modo todos nos quedaremos contentos. Tú tendrás lo que deseas y nosotros podremos volver a hacer dinero.

Joe miró al negro.

—Jamaica, eres algo especial —dijo con respeto en la voz—. Gracias.

El antillano asintió.

—¿Entonces vas a preguntárselo?



—Sí —dijo Joe—. Pero tendré que ver a mi padre antes de visitar al señor B. Fue él quien nos presentó.

Había transcurrido poco menos de una hora desde que Joe tomara el Metro en la estación situada en la esquina de la calle Cuarenta y dos con Broadway para viajar hasta el final de la línea de New Lots; se dirigía a pie por la avenida Pitkin hacia la tienda de su padre. Los letreros luminosos relucían con fuerza, pero la tienda se hallaba a oscuras.

Sólo una lámpara brillaba a través de la puerta. Joe dio la vuelta por los corrales. El coche de su padre todavía estaba allí. Eran las siete y media pasadas, pero él sabía que su padre acostumbraba a quedarse después de cerrar a las siete para revisar los recibos del día. Giró el pomo de la puerta trasera. Estaba cerrada con llave, como la otra.

Se disponía a llamar con los nudillos cuando oyó un grito de mujer en el interior. Inmediatamente arremetió con el hombro contra la puerta, cuya frágil cerradura saltó rompiendo la madera podrida del marco.

Acababa de pasar a través de la puerta cuando oyó el grito por segunda vez. Procedía del pequeño despacho de su padre. La puerta del mismo se abrió nada más tocarla, pues no se encontraba cerrada con llave. Se quedó petrificado en el umbral, parpadeando a causa de la sorpresa.

Josie tenía la mirada desencajada por el miedo mientras se volvía hacia él.

—¡Tu padre! —le gritó—. ¡Tu padre...!

Phil estaba tendido cuan largo era encima de ella en aquel diminuto sofá; tenía los pantalones bajados hasta la rodilla y las caderas todavía estaban atenazadas por las gruesas piernas de Josie, quien se había arremangado el vestido hasta los pechos. El dolor hacía que Phil casi no pudiese abrir los ojos, y boqueaba en su esfuerzo por respirar. Comenzó a resbalar lentamente hacia el suelo.

Joe se precipitó sobre la chaqueta de su padre, que estaba en la silla del escritorio, y sacó el frasco de píldoras que aquél siempre llevaba en el bolsillo. Se arrodilló en el suelo y levantó la cabeza de Phil.



—¡Trae un poco de agua! —le gritó a Josie.

Temblando, la mujer cogió el vaso de agua que solía haber en el escritorio, Joe le metió a su padre las píldoras en la boca y casi de forma involuntaria, éste se estremeció y se las tragó. Joe miró a Josie, que seguía temblando.

—Llama al doctor Gitlin. ¡Dile que es una urgencia! ¡Y que avise a una ambulancia!

Su padre boqueaba con dificultad y escupía. Cuando Joe le volvió la cara hacia un lado, la baba le salió de la boca. Luego inclinó la cabeza y vomitó.

Josie le habló desde el teléfono.

—Dice el doctor Gitlin que vendrá inmediatamente.

—Trae una toalla húmeda para limpiarle la cara —dijo Joe. La mujer se la dio y él se apresuró a limpiar el sudor de la frente de su padre.

—Lo siento, Joe —dijo Josie llorando—. No ha sido culpa mía. Siempre le advertía que tuviese cuidado. «Joder es demasiado para ti, Phil —solía decirle—. Un francés es lo que más te conviene.» Pero es un hombre anticuado y sólo le gusta hacerlo a la usanza clásica.

—Ya sé que no es culpa tuya, Josie —la consoló Joe. Bajó la mirada hacia el rostro de su padre. El cansancio parecía desaparecer poco a poco e iba recuperando el color mientras la respiración se le hacía más sosegada—. Trae otra toalla para limpiarle las partes y ayúdame a subirle los pantalones. No es necesario que nadie lo vea así.

La mujer continuaba llorando mientras hacía lo que Joe le había pedido.

—Lo siento, lo siento —repetía—. Nunca más le permitiré que vuelva a hacerlo.

—De acuerdo. No te preocupes, se pondrá bien. Ahora vete a casa. Y no le digas nada a nadie. Límitate a volver mañana a trabajar como si no hubiera pasado nada.

—Gracias, Joe —dijo ella agradecida mientras se dirigía hacia la puerta—. Gracias.

Phil movió ligeramente la cabeza. Luego abrió los ojos y vio que Joe se hallaba inclinado sobre él.



—¿Qué..., qué ha pasado? —le preguntó a su hijo con voz débil.

—Nada, papá. Ya estás bien. Descansa.

—Pero..., ¿qué es lo que ha pasado? —insistió su padre con voz ronca.

—Que casi te destrozas por empeñarte en joder —le dijo Joe mientras el miedo se le iba tornando en enfado—. Ahora quédate tumbado y descansa. El doctor Gitlin llegará de un momento a otro.

Phil lanzó un profundo suspiro.

—¿Y Josie?

—Es una buena chica, papá. Nunca ha estado aquí.

Phil miró a su hijo a los ojos.

—Me siento avergonzado —le dijo—. He sido un estúpido. Milton me lo advirtió, pero no le hice caso.

—No eres un estúpido, papá. Sólo eres humano, como todo el mundo.

—Pero yo quiero a tu madre. No debería haberle hecho una cosa así.

—Ahora ya ha pasado todo, así que olvídale.

Se oyó el ruido de un automóvil que se detenía ante la puerta. Poco después entraba el doctor Milton Gitlin con el maletín en la mano.

Los miró a los dos.

—¿Qué ha sucedido?

—Cuando llegué aquí —le explicó Joe— me encontré a mi padre tendido en el suelo, jadeando. Le hice tomarse dos de estas píldoras que usted le recetó.

El doctor Gitlin no era tonto. Reparó en el desorden en que se hallaban las ropas de Phil, pero no hizo comentario alguno. Abrió el maletín, sacó un fonendoscopio y escuchó por él mientras le tomaba el pulso a Phil. Comprobó en un instante la presión sanguínea y le escudriñó las pupilas con una diminuta linterna. Hizo un gesto de asentimiento, preparó una inyección de adrenalina y se la puso a Phil en el brazo.

—Vas a recuperarte —le dijo—. De un momento a otro llegará una ambulancia con oxígeno, así podremos ponértelo ya en el trayecto hacia el hospital.



—No quiero ir al hospital —le indicó Phil poniéndose testarudo.

—Pues vas a ir de todas formas —respondió de forma autoritaria el doctor Gitlin—, Has forzado mucho el corazón y no creas que una angina de pecho no es capaz de acabar contigo. Si todo va bien, podrás salir del hospital mañana por la mañana.

Marta parecía muy enfadada cuando entró en la sala de espera del hospital. Joe se levantó para ir a su encuentro. Vio que Motty venía detrás de ella. Le dio un beso a su madre en la mejilla.

—Hola, mamá.

Ella lo miró echando chispas por los ojos.

—¿Por qué te ha llamado a ti y no a mí? Yo soy su mujer, ¿no? Lo normal es que me avisara a mí primero.

—Tienes razón, mamá. Pero es que yo llegué a la tienda en el momento en que ocurrió. Le di un par de píldoras y llamé al doctor Gitlin.

—Sigo sin saber qué ha sucedido exactamente. Las telefonistas del hospital no han podido informarme de modo convincente.

—Forzó un poco el corazón.

—¿Y qué demonios estaba haciendo? —preguntó Marta llena de desconfianza.

—Levantar veinte jaulas de pollos es algo que puede acabar con cualquiera —dijo Joe improvisando.

—Es un estúpido —estalló ella—. Sabe perfectamente que no le conviene hacer ese tipo de cosas. Pero tu padre siempre se ha creído que es Sansón.

—¿Cómo se encuentra ahora? —preguntó Motty.

Joe le dio un beso en la mejilla.

—Mejor, mucho mejor.

—Subamos a la habitación —les indicó Marta.

—Espera un poco, mamá —la detuvo Joe—. El doctor Gitlin ha dicho que nos dejarán entrar cuando acaben de hacerle todas las pruebas.



—Tu padre es un imbécil —dijo Marta—. A veces me dan ganas de matarlo por lo estúpido que es.

Joe le dirigió una mirada llena de reprobación.

—Pues por poco te ahorra la molestia —se atrevió a observar con sarcasmo.

Marta se quedó mirándole con los ojos abiertos de par en par; luego, de pronto, se echó a llorar.

—¡Phil, mi Phil!

Joe la rodeó con los brazos.

—Se pondrá bien, mamá. Tranquilízate.

—Ha sido una suerte que Joe llegara precisamente en aquel momento, tía —dijo Motty.

—Sí, ya lo sé —asintió Marta. Luego alzó los ojos hacia su hijo—. ¿Qué hacías allí? Creí que no te convenía salir de Brooklyn.

—Tenía que preguntarle una cosa a papá.

—¿Qué era? —insistió ella.

—Si podía pedirle al señor B. que me permitiera dejar el empleo a fin de aceptar el ofrecimiento de Hollywood.

Marta lo miró. Súbitamente se sintió más fuerte. De esto se encargaría ella en persona.

—No te preocupes. ¡Ese villano hará lo que tú quieras o se arrepentirá de haber nacido!

El doctor Gitlin entró en la sala de espera. Sonreía mientras se acercaba a ellos.

—Todo va perfectamente. El electrocardiograma es normal. No se observa ningún deterioro nuevo, ni tampoco fiebre, y la presión sanguínea es de trece y medio y ocho y medio. Una noche de descanso y mañana podrá irse a casa.

—Gracias, doctor —dijo Marta, agradecida—. ¿Puedo subir a verle ya?

—Sí. Pero recuerde que ha de mostrarse muy serena; procure que no se excite y quédese sólo diez minutos. Quiero estar seguro de que descansa todo lo que necesita.



—Nosotros esperaremos aquí, mamá —dijo Joe. Miró a su madre, que seguía al doctor Gitlin al interior del ascensor, y luego se volvió hacia Motty.

—Tienes buen aspecto —le dijo.

—Y un retraso de casi cinco semanas —observó ella con ironía—. Se supone que es cuando las embarazadas tenemos mejor aspecto.

Joe intentó hacerla sonreír.

—Stevie se pondrá contento de verte así.

Motty no sonrió, sino que frunció el ceño.

—Stevie llega pasado mañana. El miércoles. Hemos fijado la boda para el domingo por la tarde. Eso suponiendo que no sospeche nada antes.

—No lo hará —dijo Joe con confianza.

—Yo no estoy tan segura de eso. —Miró a su primo—. ¿Cuándo te vas?

—Me ha dicho mi agente que lo mejor sería que me fuera el sábado en el «Twenty Century» que sale de Grand Central.

—Supongo que debes irte —dijo ella—. Pero eso no me hace sentir mejor precisamente.

—Cuando te cases se te pasará todo.

—No sé. Estoy un poco confundida. Y preocupada. A lo mejor la boda se aplaza por lo de tu padre.

—Mi padre estará en casa mañana por la mañana. Todo irá como habíais pensado. Y deja de preocuparte.

—No puedo.

Joe sonrió.

—Son los nervios propios de cualquier novia.



13

La señorita Shelton le entregó a Joe dos sobres por encima del escritorio.

—El primer sobre contiene el billete de tren, de primera clase, naturalmente. En el segundo hay una carta de presentación para el señor Ray Crosset, que es quien está a cargo del departamento de guiones de los estudios y bajo cuyas órdenes directas trabajará usted. También contiene los cheques; uno de dos mil doscientos cincuenta dólares netos por los derechos de autor, y otro de cien dólares para gastos. Los cheques semanales que corresponden a su salario nos los enviarán aquí, y nosotros se los remitiremos a usted después de deducir la comisión habitual y los gastos.

—No sé cómo agradecersele —dijo Joe mientras miraba someramente el interior de los sobres—. En mi vida había tenido tanto dinero junto.

—No nos dé las gracias a nosotros. Ha sido usted quien ha escrito el relato. Se lo ha ganado a pulso.

—Sigo creyendo que debería hacer algo para demostrarle mi gratitud — insistió Joe mirando a la muchacha—, ¿Qué le parece si salimos a dar una vuelta por la ciudad?

—Me temo que no es una buena idea —dijo ella—. La agencia tiene unas normas muy estrictas. No nos están permitidas las relaciones personales con los clientes.

—¿Qué tiene de personal ir a cenar y a ver un espectáculo juntos?

La muchacha lo miró durante un momento.

—Usted también le propuso eso mismo a mi hermana Katty.

—Pero nunca me dio una respuesta. Supongo que no le interesaba.



—Sí que le interesaba —le indicó Laura—, Pero se trasladó a Los Ángeles. Encontró allí otro empleo mejor... De hecho ahora trabaja en los mismos estudios a los que va usted. Llámela cuando llegue allí; a lo mejor ella le sirve de ayuda.

—Se lo agradezco —dijo Joe—. Pero, ¿y nosotros? Ninguna persona de la agencia tiene por qué enterarse de lo que hacemos en nuestro tiempo libre.

—Me gustaría salir con usted, pero me pasaría el rato preocupada pensando que alguien de la oficina podría vernos, lo que sería un auténtico problema para mí. No quiero pasarme la vida aquí. Trabajo y me esfuerzo para llegar a ser jefe de edición en alguna gran editorial.

—Eso suena muy bien —observó Joe—. Pero tengo entendido que para ser un buen jefe de edición es necesario tener consigo unos cuantos escritores.

La muchacha lo miró fijamente.

—Escriba una novela. Es usted muy bueno y eso me serviría de gran ayuda.

—He pensado varias veces en hacerlo, pero no sé nada sobre ese género —dijo Joe.

—Yo puedo ayudarle —se ofreció ella—. El cincuenta por ciento de mis obligaciones aquí consisten en colaborar con los novelistas. Si usted consigue escribirla..., ambos conseguiremos lo que queremos.

—Lo que yo quiero es dinero —le confesó Joe.

—Venga a verme con una buena novela, y el dinero que obtendrá por ella hará que las cantidades que ha recibido hasta ahora le parezcan una miseria.

—¿Y qué pasa con la agencia?

—A mí no me importa lo más mínimo —afirmó la muchacha—. Aquí sólo gano treinta y cinco dólares a la semana, y un jefe de edición consigue entre cien y ciento veinticinco dólares como mínimo.

—¿Y cuánto se saca por una novela?

—Un *best seller* puede reportar más de veinticinco mil dólares.

Joe se levantó.

—Cada vez me gusta usted más.

Laura se levantó a su vez, rodeó el escritorio y le tendió la mano.



— A mí también me gusta usted.

Joe retuvo la mano de la muchacha en la suya.

— ¿Y entonces podremos cenar juntos?

Ella se echó a reír.

— Haremos todo lo que quiera.

Joe sonrió.

— Ya empiezo a excitarme con la idea.

Laura le soltó la mano y volvió tras el escritorio.

— Que tenga un buen viaje hasta la costa. Y manténgase en contacto conmigo.

— Así lo haré — dijo él mientras caminaba hacia la puerta —. Pero recuerde lo que me ha prometido. Estaremos en contacto. Adiós.

A la hora del almuerzo Joe se abrió camino en el interior del restaurante «Stage Delicatessen». Echó una rápida ojeada por las mesas. Stevie ya estaba sentado en una de ellas y le hacía señas con la mano.

Joe se sentó a la mesa frente a su hermano. Sonrió.

— Empezaba a pensar que no podríamos vernos.

— He estado muy ocupado — dijo Stevie —. He tenido siete entrevistas en otros tantos hospitales. Todos me han ofrecido una plaza de residente.

— Eso es estupendo — se congratuló Joe.

El camarero se acercó. Colocó en la mesa un cuenco de cebolletas agrias, tomates verdes y *sanerkrant*; además puso un cesto de panecillos.

— ¿Qué van a tomar? — les preguntó.

— Un *sándwich* de buey con ensalada y una tónica de apio — dijo Joe.

— Lo mismo para mí — le indicó Stevie. Le dirigió una sonrisa a su hermano —. Los *delicatessen* son una cosa que no existe en Oklahoma.

Joe se echó a reír.



—¿Estás nervioso por la boda?

—Mamá se lo ha tomado a la tremenda, y me temo que Motty también. Creo que las bodas tienen más importancia para las mujeres que para los hombres.

—¿No estás nervioso? —inquirió Joe dejándose llevar por la curiosidad.

El camarero situó los *sándwiches* ante ellos y se alejó, Stevie cogió el suyo y lo probó.

—Está muy bueno —anunció con la boca llena.

Joe mordió un pedazo del suyo.

—¿Cómo van las cosas por casa?

—Papá está bien. Incluso ya ha vuelto a trabajar. Mamá está un poco alborotada por este asunto de la boda. Pero todo marcha bien.

—¿Y Motty? La vi el otro día en el hospital y la encontré estupendamente.

—Está muy bien. Un poco demasiado llenita, pero eso es normal. Las muchachas judías tienen tendencia a estar más gruesas que las demás.

Joe no dijo nada y le dio otro mordisco al *sándwich*. Se preguntó si Stevie sospecharía algo.

Su hermano lo miró.

—De modo que lo has conseguido —le dijo.

—¿Qué he conseguido? —preguntó Joe.

—Dijiste que querías ser escritor y lo has hecho. Ahora te vas a Hollywood. Me ha contado papá que van a pagarte siete mil quinientos dólares por el trabajo.

—Así es —respondió Joe.

—Eso es mucho dinero —le comentó Stevie con un asomo de envidia en la voz—, A mí los hospitales sólo me pagan tres mil quinientos al año por una plaza de residente. Y eso es en Nueva York. Fuera de la ciudad ofrecen todavía menos.

—Eso ya lo sabías antes —le hizo ver Joe.

—Sí. Dentro de un año podré estar en plantilla, y entonces ganaré entre quince y veinte mil.



—Pues no está nada mal —observó Joe—. Yo no sé si podré conseguir otro trabajo como éste. En mi oficio no hay ninguna garantía.

Stevie miró el reloj.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Ya es la una, y tengo una entrevista en el hospital «NYV» a la una y media. —Se terminó el *sándwich* a toda prisa y después se levantó—. Tengo que irme en seguida.

—Lo siento —dijo Joe.

—Yo también. Es una pena que no puedas venir a la boda.

Pero Joe advirtió que su hermano tenía otras cosas en la cabeza. Le estrechó la mano.

—Buena suerte.

—Gracias —repuso Stevie.

—Dale un beso a la novia de mi parte.

—Desde luego —dijo Stevie con aire ausente mientras caminaba apresuradamente hacia la puerta.

Joe se sentó, se terminó el *sándwich* con parsimonia y llamó al camarero para pedir la cuenta. Entonces sonrió para sus adentros. Stevie siempre se las arreglaba para no pagar. Desde pequeño había sido muy tacaño.

Joe subió por las escaleras hasta el apartamento de Kitty. Lutetia le abrió la puerta.

—Pasa. Te está esperando —le dijo.

Entró en el despacho de Kitty. Ésta, que estaba sentada ante la máquina de escribir, se puso en pie, le abrazó y le besó.

—¡De manera que por fin lo has conseguido! —le dijo con entusiasmo.

—Creo que sí.



—Estoy orgullosa de ti —le felicitó Kitty sinceramente. Después cogió una hoja de papel—. Ésta es una lista de varios amigos míos que viven por allí. Llámalos. Se alegrarán de conocerte.

—Gracias —repuso él.

—¿Tienes tiempo de tomar una copa?

—Sí, pero muy de prisa. Todavía tengo que meter muchas cosas en la maleta.

—¡Lutetia! —llamó Kitty.

La muchacha entró en la habitación con una botella de champán y tres copas. Descorchó rápidamente la botella y llenó las copas. Kitty alzó la suya.

—Enhorabuena y que tengas un buen viaje.

—Y buena suerte —añadió Lutetia.

—Gracias —dijo Joe sintiéndose extrañamente conmovido—. Muchas gracias.

Eran ya las once de la noche cuando Jamaica entró en el apartamento. Les echó un vistazo a las maletas.

—¿Ya has recogido todo?

—Casi —le indicó Joe.

—Tengo algo para ti —dijo el otro entregándole una cajita de cartón.

Joe la abrió. Unos pequeños viales marrones brillaron ante él.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un seguro —le dijo Jamaica.

—Pero ya sabes que yo no consumo estas cosas.

—Sí, ya lo sé. Eso que tienes ahí son cincuenta gramos, y en el sitio a donde vas te darán de veinticinco a cincuenta dólares por cada gramo. Nunca puedes estar totalmente seguro de que no te quedarás sin blanca. Por eso digo que es un seguro. Es mejor que el dinero.

Joe se echó a reír.



—Gracias. Lo tendré presente.

—¿A qué hora te vas?

—A las diez de la mañana —respondió Joe.

—Entonces ya no te veré antes de que te marches.

—Creo que no.

—¿Nervioso? —inquirió el antillano.

Joe asintió.

—Un poco. Espero desenvolverme bien.

—Lo harás —le dijo Jamaica en tono tranquilizador—. Todas las estrellas están en Hollywood, ¿no?

—Eso es cierto.

—Entonces todo irá perfectamente. Si recuerdas siempre que lo que estás haciendo es lo correcto... podrás tocar las estrellas...

Por la mañana llamó a casa justo antes de salir hacia la estación. Stevie se puso al teléfono.

—¿Están en casa mamá o papá? —le preguntó Joe.

—No. Han ido a la sinagoga.

—¿Y Motty? Me gustaría despedirme de ella.

—Acaba de salir para ir a trabajar —dijo Stevie.

Joe vaciló durante un momento.

—Entonces dales a todos un abrazo y diles que les llamaré tan pronto llegue a California.

—Les daré el recado —le aseguró Stevie—. Buena suerte otra vez.

—Igualmente —dijo Joe. Colgó el teléfono y echó un vistazo por el apartamento para comprobar que no se le olvidara nada. Luego cogió las maletas y tomó un taxi hasta la estación Grand Central.



Un mozo con gorra roja le cogió las maletas en la entrada que daba a la calle Cuarenta y dos.

—¿Adónde va, señor? —le preguntó solícito—. ¿Tiene el billete a mano?

—Aquí lo tengo —dijo Joe mientras seguía al mozo. El gran reloj de la estación marcaba las once y cuarto. La cancela de acceso al «Twenty Century» quedaba al lado izquierdo. Estaba comprobando el billete cuando notó que alguien le tocaba el brazo.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó Motty.

Joe se quedó mirándola, sorprendido.

—Pero si Stevie me acaba de decir que te habías marchado a trabajar.

—Eso es lo que él cree. —Lo miró a los ojos—. Quiero irme contigo.

—¡Estás loca! —exclamó Joe.

—No, no estoy loca. No amo a Stevie. Ahora sé que nunca lo he querido. Y él tampoco me quiere. Lo que pasa es que le conviene casarse conmigo. No me ha besado ni una sola vez desde que ha venido, ni siquiera cuando acudí a recibirle a la estación. Se limitó a darme la mano.

—Stevie nunca ha sido muy cariñoso —dijo Joe.

—Sólo piensa en sí mismo. Cree que es mejor que nadie, incluidos tus padres.

—¡Pero la boda es mañana!

—¡A la mierda con la boda! —exclamó Motty con vehemencia.

—Se van a poner todos como locos.

—Ya se les pasará —observó ella. Se giró hasta situarse por completo frente a él—. Yo te quiero, Joe. Siempre te he querido. Y tú lo sabías, ¿no es cierto?

Joe dio un profundo suspiro y asintió lentamente.

—Entonces, ¿me llevas contigo o no? —le preguntó Motty con voz temblorosa.

Joe se dio cuenta de los esfuerzos que estaba haciendo la muchacha para contener las lágrimas. De repente la estrechó entre los brazos y la besó. Ella se apretó con fuerza contra él.



—Será mejor que se den prisa, señor —dijo el mozo de la gorra roja—. Sólo quedan quince minutos para subir al tren.

—Llévenos primero a la taquilla. Tenemos que comprar otro billete —dijo Joe—. ¡Aquí da comienzo un gran idilio!



SEGUNDA PARTE

1946-1947



14

Estaba recostado de espaldas en la cama, apoyado en las almohadas que tenía detrás. Observó a Motty que estaba allí de pie, desnuda, maquillándose delante del espejo. Vio cómo se perfilaba las cejas con mano experta.

—Tienes un trasero estupendo —le dijo él lleno de admiración.

Ella lo miró por el espejo sin dejar de utilizar el lápiz de cejas.

—Eso se lo dirás a todas —comentó con voz carente de expresión.

—A todas no —puntualizó Joe sonriendo—. Sólo a las que realmente tienen un trasero estupendo.

—Eres terrible. Y cambiando de tema, ¿no piensas ir a trabajar esta mañana?

—Hoy me esperan en la cola del desempleo.

—¿Te han vuelto a quitar de la nómina?

—Sólo temporalmente. A. J. me ha dicho que dentro de una o dos semanas tendrá otro proyecto para mí.

—La última vez que te dijo eso —le indicó ella con cierto sarcasmo— estuviste esperando dos meses y medio.

—Esta vez lo dice de verdad —afirmó Joe. Luego cambió de tema—. ¿Dónde está la niña?

—¿Carolina? En la cocina con la mexicana. Se está comiendo unos *huevos rancheros*⁹ para desayunar.

⁹ En español en el original. (N. del t.)



Joe movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué clase de desayuno es ése para una criatura judía? *Bagels*, *Iox* y un poco de queso cremoso sería mucho más apropiado para ella.

—Por treinta dólares al mes sólo se consigue una criada mexicana —dijo Motty. Una vez que acabó de maquillarse se volvió hacia Joe—. ¿Me ha quedado bien?

—De primera —le dijo éste—. Como esas magníficas tetas de la talla treinta y cuatro y el jugoso conejito que tienes entre las piernas.

—Es por el ejercicio. Se lo debo todo a la enfermera del tocólogo. Me dijo que si después de tener el bebé no hacía un régimen y mucho ejercicio, me quedaría fofa y con las carnes colgando para siempre.

—Le enviaré una carta de agradecimiento —comentó Joe. Apartó la ropa de la cama—. Mira esto —añadió fingiendo sorpresa—. Tengo una erección.

—¿Y qué tiene eso de particular? —le preguntó ella riendo mientras caminaba hacia el armario.

—¿Te da tiempo de echar un polvo rápido?

La muchacha volvió a reír.

—¿Y estropearme el maquillaje? Ni hablar. Tengo una reunión importante esta mañana.

—¿Qué puede haber más importante que un buen polvo a estas horas de la mañana?

—Un nuevo empleo —repuso Motty—. El señor Marks, el vicepresidente ejecutivo de la sucursal que tienen los almacenes en Beverly Hills, me ha ofrecido el puesto de encargada de compras en el departamento de alta costura.

—Creía que estabas contenta con el empleo de ahora en el departamento de publicidad.

—Lo estaba. Pero en este otro ganaré el doble. Y además, ahora que los veteranos vuelven de la guerra, no sé cuánto tiempo podré continuar en el puesto que ocupo ahora. Antes de la guerra la mayoría de las personas que trabajaban en el departamento eran hombres.



—¿Cuánto ganarás? —le preguntó Joe.

—Puede que llegue a los mil dólares al mes, aunque lo más probable es que sean ochocientos más o menos. Pero ya está bien. Hay muchas otras cosas extras que este nuevo empleo lleva consigo.

Joe guardó silencio; luego miró a su esposa.

—¿Qué quieres decir con eso de los extras? ¿Has de acostarte con él?

—Tienes la mente sucia —dijo Motty, molesta—. Sólo piensas en eso. El señor Marks es un hombre muy conservador. Siempre lleva corbata a rayas y chaleco. Y por si fuera poco, tiene por lo menos cincuenta años.

Joe observó cómo la muchacha se abrochaba el sujetador y se ponía las bragas.

—Los estudios están llenos de hombres cincuentones que son unos magníficos jodedores.

Motty se puso una blusa blanca de seda, de manga larga, y comenzó a abrocharse los botones.

—Ese es otro tipo de negocio. Los estudios también están llenos de putas dispuestas a todo que afirman que quieren ser actrices.

—Cada vez te pareces más a mi madre en lo que dices —observó Joe.

—Es la verdad —dijo Motty llanamente—. Y he visto suficientes manchas de carmín en tus calzoncillos como para poder asegurarlo.

Joe se sentó en silencio mientras ella se abrochaba la falda por la cintura y ponía rectas las costuras de las medias.

—Creí que era Rosa quien lavaba la ropa.

Motty no contestó.

—¿No deseas que te dé una explicación? —inquirió Joe insistiendo en el tema.

—No. No hay nada que explicar. Otra cosa sería si no hubiera sabido cómo eras desde antes de casarnos. Pero yo te conozco de toda la vida.

Joe la miró fijamente.

—¿Y no estás enfadada?

Motty lo miró a los ojos y luego se alejó.



—Tengo que ponerme en marcha —dijo. Se detuvo en la puerta y se volvió para mirarle—. Si lo único que tienes que hacer es ir a la oficina de desempleo, ¿por qué no sigues trabajando en el libro? Puedes avanzar bastante en dos semanas.

Joe no contestó.

—Laura, tu agente, te dijo que cuando le enviaras el manuscrito final corregido podría conseguirte una buena suma de dinero.

—Sí —asintió él sin entusiasmo—. Seguro. Y de paso ella se convierte en jefe de edición, que es lo que realmente le interesa.

—Deséame suerte —le dijo Motty.

Joe salió de la cama y se acercó a la muchacha.

—Buena suerte —le dijo al tiempo que la besaba. Se quedó allí de pie mientras ella salía al corredor y bajaba por las escaleras hasta el salón. Entonces cerró la puerta. Se sentó en el borde de la cama, cogió un cigarrillo y lo encendió.

—Mierda —dijo.

Oyó el golpe de la puerta principal al cerrarse y entonces, con el cigarrillo aún en la mano, salió al corredor.

Llamó a la chica mexicana que se hallaba abajo, en la cocina.

—¡Rosa!

La muchacha salió al salón y levantó la mirada hacia la barandilla en la que él se apoyaba.

—Sí, señor.

—¿Puedes traerme un poco de café?

—*Horita, señor.* —Se echó a reír tontamente sin dejar de mirarle.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó Joe, irritado. La mexicana aquella se pasaba la vida lanzando risitas tontas por cualquier motivo.

—*Nada, señor* —respondió ella.

—Mierda, *nada* —dijo él—. Te estás riendo de algo.

La muchacha soltó una carcajada estúpida y lo miró de forma descarada.

—*Los pantalones del pijama están abiertos.*



Joe miró hacia abajo. En efecto, la bragueta del pijama estaba abierta. Se abrochó el botón.

—Pues no mires —le dijo—. Eres demasiado joven para estas cosas.

—Sí, señor —asintió ella ignorando el comentario—. ¿Toma usted el café en la cámara?

—No —repuso él—. Estaré en el despacho.

Joe la observó mientras la muchacha se dirigía lentamente a la cocina. «Es una calentapollas», pensó al verla echarse hacia atrás con un diestro movimiento de cabeza los largos cabellos negros que le caían hasta las caderas. Rosa se detuvo a la puerta de la cocina y miró hacia arriba, sonriéndole por encima del hombro.

Joe se dio la vuelta y echó a andar por el corredor. Pasó por delante del cuarto de la niña, en el que también dormía Rosa en una cama estrecha, y llegó a la pequeña habitación pensada en un principio para dormitorio de servicio. Se las había arreglado para colocar en ella un pequeño escritorio con la máquina de escribir, una silla, algunos estantes prefabricados y un sillón de cuero de segunda mano.

Se sentó ante el escritorio y contempló la máquina de escribir.

Puesta en el carro había una hoja de papel en blanco. Trató de recordar en qué estaba trabajando cuando la colocó allí. No consiguió acordarse. Enfadado, sacó la hoja de la máquina, la estrujó hasta formar una bola con ella y la arrojó a la papelera. Luego se inclinó hacia delante sin levantarse de la silla y cogió una caja que contenía el manuscrito de la novela. La abrió y se quedó mirando la hoja en la que estaba escrito el título.

NO PERSIGAS LAS ESTRELLAS

UNA NOVELA DE JOSEPH CROWN

Pasó las hojas con rapidez. Había cuarenta y cinco páginas de notas, pero sólo diez formaban la novela propiamente dicha. Las miró con desagrado. Sólo había escrito diez páginas; seguía viéndoselas con el primer capítulo, que transcurría en la tienda de pollos. Desde que comenzara a escribirlo habían pasado más de ocho meses, en los que había estado trabajando en dos guiones de película. Volvió a mirar



el manuscrito. Era una mierda. Por lo menos haciendo los guiones se lo pasaba bien. Trabajaba con otras personas y hacía nuevas amistades. Escribir una novela era un trabajo demasiado solitario. Nadie podía echarle una mano. Estaba sólo ante la máquina de escribir. Y todo lo que sacaba en limpio procedía de las páginas que pudiera escribir por su propia cuenta. Era como una forma de masturbación, pero sin placer. Laura no era más que una molestia con aquella manía por los cambios.

—¿Señor? —La voz de Rosa le llegó desde la puerta.

Joe se volvió y la miró. La mexicana traía una bandeja con la cafetera, el azúcar, una cuchara, la taza y un platillo; en otro plato había un bollo. Le indicó por señas a la muchacha que lo pusiera en la mesa.

—*Muy bien.*

Rosa se inclinó sobre el escritorio y situó allí la bandeja. El escote del suave vestido de algodón cayó hacia delante, de forma que él alcanzó a verle los pechos, pequeños como manzanas, el vientre y el vello del pubis. La muchacha se incorporó hasta que acabó de llenarle la taza. Luego lo miró.

—¿*Está todo bien?*

Joe probó un sorbo de café.

—Sí, está muy bueno. —Rosa se dio la vuelta para retirarse, pero entonces a Joe le asaltó una idea y la llamó—. ¿Le has enseñado tú a la *señora* las manchas de carmín de los calzoncillos?

Joe se dio cuenta de que la muchacha sabía perfectamente a qué se refería.

—*No, señor.*

—¿Entonces cómo es que lo ha descubierto? —le preguntó.

—La *señora* inspecciona la *ropa lavada* cada día.

—¿Todos los días?

—*Todos.*

En silencio dio un sorbo de café. Encendió otro cigarrillo y dejó que el humo le saliera por la nariz formando nubecillas mientras observaba con expresión agria a la mexicana.

—¿Está enfadado conmigo, *señor?* —le preguntó Rosa.



Joe movió negativamente la cabeza.

—Contigo no; conmigo mismo.

Se quedó con la mirada clavada en la máquina de escribir. Nada marchaba como era de desear. Sabía que tenía la novela dentro, pero no era capaz de sacarla al exterior. Quizá todo resultara demasiado fácil allí, en Hollywood. En los tres años y medio transcurridos desde que se trasladaran a aquel lugar, había tenido más dinero y trabajado menos de lo que nunca hubiera soñado en Nueva York. Allí todo era más fácil. Las chicas eran guapas y estaban siempre disponibles. El sexo para ellas era un modo de vida. Sin escándalos. Joder con escritores, productores y directores no era más que un camino para conseguir algún papel en una película. Un papel grande o pequeño, daba igual... Lo importante era salir en la pantalla. Hasta el clima era más llevadero en California. A veces llovía, pero nunca hacía demasiado frío..., el duro frío al que él se había acostumbrado en Nueva York.

Incluso Motty reconocía que allí todo era más fácil. El único problema era que no había nada que hacer. Por eso su esposa había empezado a trabajar seis meses después de que naciera la niña. Poco después ya la habían ascendido a ayudante del jefe de publicidad. Ella le había comentado, riendo, que las chicas californianas nunca serían capaces de salir adelante en Nueva York, pues lo único que aprendían en el colegio era a jugar al tenis.

Joe levantó la vista de la máquina de escribir. La mexicana aún estaba de pie junto a la puerta. Se sorprendió al verla allí. Se le había olvidado por completo. El cuerpo de la muchacha se transparentaba a través del ligero vestido de algodón, pues la luz le daba desde la espalda. Notó que empezaba a tener una erección.

—¿Por qué no llevas ropa interior? —le preguntó Joe un poco irritado.

—Sólo tengo un juego. Como durante el día no suele haber nadie en casa, me la pongo únicamente cuando salgo con la niña. Y cada noche tengo que lavarla.

—¿Cuánto cuesta un conjunto de ropa interior?

—Sujetador, bragas y combinación, *dos dólares* en total —respondió ella.

Joe abrió un cajón del escritorio en el que siempre guardaba un poco de dinero. Había varios billetes, tres de un dólar y uno de cinco. Los sacó y se los tendió a la muchacha.

—Toma —le dijo—. Cómprate varios.



—*Muchas gracias, señor.*

—*De nada* —repuso él.

La mexicana apartó los ojos.

—¿Está usted triste, *señor*? —le preguntó en voz baja—. ¿Acaso Rosa puede ayudarle en algo?

Durante un momento Joe no entendió del todo lo que ella quería decir. Luego se dio cuenta de que había estado mirándole la abultada bragueta del pijama.

—¿Qué sabes tú de esas cosas?

—Tengo padre y cinco hermanos. Y en mi *casa* tengo que ayudarles a todos.

Él se quedó mirándola.

—¿Cuántos años tienes, Rosa?

Ésta seguía evitando mirarle a los ojos.

—*Tengo dieciséis, señor.*

—¡Mierda! —dijo él—. ¿Y jodes con todos ellos?

—No, *señor. Solamente...* —Cerró la mano y la movió arriba y abajo delante de sí misma.

Joe sonrió.

—No hace falta, Rosa —le dijo suavemente—. Pero de todos modos, gracias.

La muchacha asintió muy seria y salió de la habitación. Joe la vio retirarse moviendo las caderas. Para ella aquello no tenía importancia, pensó. Era el ambiente en el que vivía.

Apagó el cigarrillo en el cenicero y mordió un pedazo de bollo. Era muy dulce, no se parecía en nada a los daneses de Nueva York. Aquí estaban cubiertos de una capa de azúcar. Lo mojó en el café.

Volvió a mirar fijamente a la máquina de escribir.

—¿Qué te parece? —se preguntó a sí mismo en voz alta—. ¿Tienes ganas de escribir una novela?

La hoja en blanco parecía ser una respuesta. En aquel momento el teléfono comenzó a sonar y lo cogió.



—¿Diga?

—Buenos días —le dijo Kathy que, tal como le dijera su hermana, trabajaba de secretaria para A. J. — ¿Qué vas a hacer hoy?

—Me han dado la hoja de despido. Tengo que ir a inscribirme en el desempleo.

—Hazlo mañana por la mañana, A. J. quiere verte hoy a las tres.

—¿Tiene algún trabajo para mí?

—No lo sé. Sólo me ha dicho que te llamara para que vinieras. A lo mejor hay suerte.

—Allí estaré. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Nada de particular.

—¿Qué te parece si pasamos una hora feliz?

—¿En mi apartamento o en un bar?

—En tu apartamento.

Kathy dudó unos momentos.

—De acuerdo, pero trae una botella. ¿Te parece bien a las seis?

—Muy bien.

—Y trae también gomas. Ahora estoy en los días más críticos —añadió la muchacha.

—Me encargaré de eso. Hasta luego. Te veré en la oficina a las tres.

Colgó el teléfono y cogió la taza de café.

—Te doy otro día de asueto —le dijo a la máquina de escribir, que no le contestó.

Dio un último sorbo de café. Treinta mil dólares en el banco, un buen apartamento, dos coches, una hija de tres años y una esposa que se ganaba la vida por su cuenta. ¿Qué más podía pedir?

No obtuvo respuesta. Nada había cambiado. En lo único que pensaba era en más coños y más dinero.





15

—Tenemos que darle un aspecto nuevo al piso principal de la tienda de Beverly Hills —le dijo el señor Marks mientras se sentaba tras el escritorio de madera de roble—. Hay que buscar un aire más sofisticado, más neoyorquino. Ahora que la guerra ha terminado tenemos que hacer lo que sea para atraer a los matrimonios jóvenes.

Motty asintió con el semblante muy serio.

—Estoy de acuerdo.

—Usted que ya ha trabajado en almacenes de Nueva York, sabe perfectamente a qué me refiero.

—En efecto —dijo ella—. Algo del estilo de «Saks Fifth Avenue».

—Exacto. Pero también como «Macy's». Hay que tener en cuenta que nuestra clientela no está dispuesta a dar el salto hasta la categoría de precios elevados. Tenemos que dar la impresión de que somos una tienda de categoría, pero manteniendo los precios al alcance de todo el mundo.

—Como «Bloomingdale's» —apuntó Motty.

—Ha dado usted en el clavo —dijo el señor Marks sonriendo. Bajó la mirada hacia los diversos proyectos que tenía extendidos sobre el escritorio—. Tenemos ya algunos bocetos preliminares del piso principal. ¿Le gustaría verlos?

—Muchísimo.

—Obedeciendo a una seña del señor Marks, Motty se situó al otro lado del escritorio y, de pie junto a él, se puso a mirar los proyectos. No eran fáciles de entender, pues consistían en una maraña de líneas blancas.



—Esta es la entrada principal —le explicó él señalándosela con el dedo—. Aquí, a la derecha, pensamos situar el departamento de libros. Eso siempre da un cierto prestigio. A la izquierda creemos que iría bien una tienda de peletería, con el mejor aspecto posible; luego, desde la parte delantera hasta el fondo de la tienda, colocaremos los abrigos y vestidos. Es el mejor sitio. Todos los artículos serán de primera clase.

Levantó la vista hacia la muchacha en espera de algún comentario. Ella permaneció en silencio.

—¿Qué le parece? —le preguntó finalmente.

—No sé —dijo Motty con franqueza—. Usted tiene más experiencia que yo, así que supongo que tiene razón.

El hombre giró el sillón hacia ella; al hacerlo le rozó el pecho con un hombro y percibió el tenue perfume que se había puesto Motty.

—No soy un ejecutivo de los que necesitan un equipo de personas a su alrededor para que le den constantemente la razón. El motivo por el que la he elegido para este trabajo es porque usted suele expresar sus propias opiniones.

Ella lo observó. El señor Marks no la estaba mirando a la cara, sino que tenía los ojos clavados en el escote de la muchacha. Ésta notó que los pezones se le endurecían y enrojeció, turbada. Ahora se sentía enfadada consigo misma por llevar una blusa de seda en lugar de otra que no se le pegara tanto al cuerpo. Sabía que los pezones presionaban con fuerza contra el tejido.

Él levantó la mirada hacia el rostro de Motty con una leve sonrisa dibujada en los labios.

—¿Qué opina? —le preguntó.

La muchacha tomó aliento. Si era sincera corría el riesgo de quedarse sin empleo, pero así y todo no sabía qué otra cosa decir.

—Todo esto demuestra verdaderamente una gran clase —le contestó—, siempre que sea eso lo que deseamos. Pero creía que lo que pretendíamos era atraer a una nueva clientela más joven. Una clientela que compre artículos en vez de limitarse a mirarlos.

Ahora había conseguido por fin que el señor Marks le prestara atención.



—¿Qué quiere decir?

—Usted me acaba de dar la idea —dijo ella con tacto— al mencionar los almacenes «Macy's». He recibido una carta de una amiga mía que trabaja allí. Están trasladando el departamento de libros de la planta baja a la séptima porque no atrae la atención del público.

—¿Y qué piensan poner en su lugar?

—Eso no me lo ha dicho —contestó Motty—. No sé si ya lo han decidido.

—¿Y qué haría usted?

Ella le miró fijamente a los ojos.

—Pondría el departamento de cosmética. Perfumes. Todo tipo de artículos de belleza. En medio de la planta baja, para que el cliente se topara con ello nada más entrar.

—Eso es lo que hace «Woolworth's» —protestó rápidamente el señor Marks.

—Y les supone casi el veinte por ciento de las ventas. No veo que tenga nada de malo.

—Pero ellos trabajan una línea de productos barata.

—Daremos un paso más. Ahora que ha acabado la guerra todas las compañías francesas desean introducirse en el país. Tienen fama de distinción y no son mucho más caras que las nacionales. Podemos instalar un mostrador diferente para cada marca. Eso le haría parecer más importante. Y atraeremos el tipo de clientela que deseamos.

—Resultaría muy caro.

—Ellos desean introducirse en el mercado. Apostaría a que están dispuestos a compartir los gastos con usted.

Él la miró.

—Es usted realmente brillante.

—Gracias.

—¿Tiene alguna otra sugerencia que hacer?



—Todo esto se me acaba de ocurrir. En realidad no lo he considerado detenidamente —contestó la muchacha—. Sé las cosas que compraría en cuanto salieran al mercado: pequeños electrodomésticos. Planchas eléctricas, tostadores, freidoras. Vajillas nuevas, ollas y cazuelas. Prendas de seda, lencería. Realmente tendría que estudiarlo bien.

—Sí, supongo que tendremos que estudiar todo esto con más detalle. —Se dio la vuelta y miró los proyectos de la planta baja—. Hay diez mil metros cuadrados en esta planta. Tenemos que conseguir que cada metro cuadrado sea rentable.

Motty se situó al otro lado del escritorio y le miró a la cara.

—Sí, señor Marks.

—No podemos cometer ningún error.

—Lo comprendo.

—Quiero que nuestros almacenes de Beverly Hills sean los que lleven la voz cantante —le dijo él—. Eso aumentará nuestra reputación o nos hundirá del todo. —La miró por encima del escritorio—. Quizá fuera conveniente que hiciéramos un viaje a Nueva York para ver qué se hace por allí. Sus estudios de mercado van muy por delante de los nuestros.

Motty lo miró directamente a los ojos.

—¿Quiere que vaya a Nueva York con usted?

—Forma parte de su trabajo —repuso él con suavidad—. Y es muy probable que tenga que hacer al menos un viaje a París cada año.

—Nunca he estado en Europa.

—Yo he estado allí muchas veces antes de la guerra. Es muy excitante. Podría enseñarle cosas que usted ni siquiera se imagina que existen.

—Pero soy una mujer casada, y con una hija, señor Marks —dijo ella sin demasiada convicción.

—Yo también soy un hombre casado, señora Crown —le indicó él sin inmutarse—. Pero estamos hablando del trabajo. Nada más.

Motty deseó poder convencerse de aquello, pero ni sus pezones se lo creyeron. Se estremecieron al sentirse acariciados por los ojos de aquel hombre. Evitó mirarlo.



— Antes tendré que hablar de ello con mi marido.

— Hágalo, señora Crown — dijo él, zalamero—. Puede explicarle que precisamente por eso tiene usted un salario de ochocientos cincuenta dólares al mes, que con las primas puede alcanzar la cifra de mil quinientos o dos mil dólares mensuales. Y eso es un sueldo excelente.

— Me doy cuenta de ello, señor Marks — dijo Motty. Le tendió la mano, confiando en que no se le notase el sudor de la palma—. Muchas gracias.

— ¿Papá se va a trabajar? — balbuceó Caroline desde la silla en que estaba sentada cuando él entró en la cocina.

Joe se inclinó hacia la niña y la besó.

— Eso es, cariño.

— ¿Me darás caramelos? — La niña sonrió y los tirabuzones de color castaño claro brillaron bajo la luz.

— Claro.

— Ahora — dijo ella imperiosamente.

Joe miró rápidamente a Rosa, y luego hizo un gesto de derrota. Sacó dos «Tootsie Rolls» del bolsillo de la chaqueta y se los dio a la niña.

— ¿Qué se dice, Caroline?

— Gracias.

Y comenzó a sonreír mientras rompía el envoltorio de uno de los caramelos. Se había concentrado en él, y ya no mostraba interés por su padre.

Se oyó el timbre de la puerta. Joe salió de la cocina, atravesó la sala de estar y fue a abrir. El cartero lo miró.

— Un paquete postal para usted, señor Crown.

Joe cogió la caja rectangular. Las palabras «Manuscrito devuelto» estaban escritas con lápiz rojo varias veces sobre el envoltorio. Le firmó al cartero en el libro de entregas.



—Lo siento, señor Crown —le dijo aquél—. Mala suerte. Éste es el segundo en lo que va de mes.

Joe lo miró. El cartero asentía compasivamente.

—Así es como funciona —le dijo.

—Puede que la próxima vez tenga más suerte —le indicó el cartero—. Que pase usted un buen día.

—Igualmente —le deseó Joe mientras cerraba la puerta.

Se quedó mirando el paquete. Nunca se le hubiera ocurrido pensar que el cartero tuviera tanto interés en aquello que repartía. Rompió rápidamente la cuerda y desgarró la envoltura del paquete. Miró dentro de la caja. No era un manuscrito lo que había en ella. En su lugar aparecían cuarenta sobres de papel cuidadosamente doblados, cada uno de los cuales contenía un cuarto de gramo de cocaína. A veinticinco dólares cada sobre, significaban mil dólares para él. Y a Jamaica sólo le pagaba doscientos cincuenta. Cerró la caja. Esta vez decidió que tenía que alquilar un apartado de correos. Era una suerte que A. J. le hubiese llamado para que acudiera a una entrevista. Una vez en los estudios de grabación de música tardaría menos de una hora en deshacerse de todos aquellos sobres. Los músicos eran la mejor clientela para cualquier clase de droga. Si pudiera contactar con distribuidores de marihuana se haría millonario.

Volvió a la cocaína. Caroline ya tenía toda la cara manchada de chocolate. Rosa estaba ante la pila, haciendo la colada. Se volvió hacia ella.

—Dile a la *señora*¹ que me quedaré en los estudios hasta la tarde —le dijo.

—*Sí, señor* —contestó la muchacha mientras escurría un pañal—. *Tengo pollo a la veracruzana para comer, ¿le parece bien?*

—Muy bien. A las ocho.

—*Sí, señor* —dijo ella.

Eran aproximadamente las diez cuando detuvo el «Chrysler Airflow» de antes de la guerra en la calle, justo enfrente de la Oficina de Empleo del Estado de California, que estaba situada en el centro de la ciudad de Hollywood. El aparcamiento ya se encontraba lleno, y había una fila de automóviles esperando para entrar. En cuanto un coche salía, otro entraba. Echó un rápido vistazo calle abajo.



Aparcó el coche a unas manzanas de Fountain; había limusinas con chófer en las inmediaciones, parecía que se escondieran para que no las viera la gente corriente. Sonrió para sus adentros. «El club de California», llamaban a aquello en los estudios. A veces había tantas estrellas de cine haciendo cola para recibir el cheque semanal del desempleo, que aquel lugar se había convertido en una parada obligada para los autobuses de turistas.

Pasó ante la entrada para el público y se dirigió a la parte posterior del edificio, a la entrada para empleados. Entró por ella saludando con la mano al anciano vigilante vestido de uniforme. Al fondo del pasillo unas letras negras sobre el cristal esmerilado de la ventanilla rezaba simplemente: «Sr. Ross». Llamó ligeramente con los nudillos y abrió la puerta.

Jack Ross, un hombre muy corpulento y con el pelo ralo, levantó la vista del escritorio. Sonrió y le hizo una seña a Joe para que pasase.

—¿Cómo te va, Joe?

Este movió la cabeza de un lado al otro.

—Como siempre, Jack. Me han dado la hoja rosa.

Ross alcanzó un impreso de un montón que tenía al lado.

—Muy bien —dijo—. Nos ocuparemos de ello inmediatamente.

Joe asintió.

—Hay un problema. Las Navidades se nos echan encima. Y se tarda casi seis semanas en cobrar el primer cheque.

Ross lo miró, burlón.

—Así son las normas.

—A lo mejor podemos forzarlas un poco —dijo Joe.

—Realmente en estos días tenemos muchísimo trabajo —le explicó Ross—. Siempre sucede lo mismo cuando se acercan las vacaciones.

—Ya lo sé. Ya he visto las limusinas escondidas a la vuelta de la esquina.

Ross sonrió.

—Hasta las grandes estrellas se están dejando ver por aquí: Fiona Massey, Richard Arlen...



— Es la época más apropiada para ponerse alegre.

Ross observó los impresos.

— Puedo ponerles fecha de hace siete semanas, pero te costará algo. Veinticinco dólares por adelantado y el diez por ciento de cada cheque que cobres.

— Estupendo — dijo Joe poniendo los veinticinco dólares sobre el escritorio.

El dinero desapareció en el bolsillo de Ross. Rellenó los impresos rápidamente y se los tendió a Joe.

— Fírmalos en los tres lugares señalados.

Joe los firmó y se los devolvió.

— ¿Cuándo recibiré el primer cheque?

— Lo tendré aquí mañana por la mañana a las nueve y media. Será lo correspondiente a dos semanas.

— Gracias, Jack — dijo Joe—. Hasta mañana, entonces.

Ross sonrió.

— Te estaré esperando. Ten cuidado, ¿me oyes?

— Lo tendré — repuso Joe—. A ver si comemos juntos un día de éstos.

— Después de las vacaciones. Ahora estoy demasiado ocupado.

— De acuerdo — dijo Joe mientras se dirigía hacia la puerta—. El día que tú quieras. Y gracias otra vez.



16

Los estudios cinematográficos «Triple S» se hallaban situados en el valle. Aunque más pequeños en importancia y extensión que los de la «Universal», o la «Warner Brothers», constaban de cuatro platos de buen tamaño y tres escenarios más pequeños que servían al mismo tiempo para rodajes y para grabaciones musicales. Nada más entrar por las puertas de los estudios, había un edificio de ladrillo de tres plantas, pintado de gris, que albergaba los despachos de los ejecutivos. Más allá se veían otros dos edificios de madera, de dos plantas, pintados igualmente de color gris. En uno de ellos estaban instalados los despachos de los productores, y en la planta baja el otro, de aspecto más desvencijado, estaban situados el restaurante y el economato. El piso superior consistía en una serie de cuchitriles que servía de despacho a los escritores del departamento de guiones. Varios *bungalows* en muy mal estado se encontraban diseminados por los terrenos de los estudios para uso exclusivo de los directores y sus ayudantes, y, en el extremo más distante, también se veían algunas cabañas construidas en tiempo de guerra que acogían el departamento de música. Otros edificios grandes, semejantes a graneros, estaban ocupados por los decorados y el departamento de vestuario. Al no disponer de terrenos suficientes para filmar exteriores, los estudios habían llegado a un acuerdo con la «Warner Brothers», que lindaba con ellos, para utilizar sus instalaciones.

Cuando Joe detuvo el coche, el aburrido guarda de los estudios, un hombre vestido con uniforme gris, estaba apoyado en la pequeña caseta de madera que había junto a la verja. El guardia lo miró, extrañado.

—Tenía entendido que ayer lo habían despedido —le dijo bruscamente.

—Así es —repuso Joe sonriendo—, Pero A. J. me ha convocado para una reunión.



El guarda entró en la caseta y consultó la lista de visitantes. Luego se dirigió a Joe.

—Eso es a las tres —gruñó—. Y sólo es la una.

—Me gusta llegar temprano —dijo Joe—. ¿Dónde quiere que aparque el coche?

—En el mismo sitio de siempre. Aún no se lo hemos asignado a nadie.

—Gracias —dijo Joe. Levantó la vista hacia el guardia—. ¿Anda por aquí Maxie Keyho?

—¿Le han dado a usted el soplo? —le preguntó el guarda lleno de curiosidad. Maxie Keyho era productor musical, pero también hacía las veces de corredor de apuestas dentro de los estudios.

—Hoy no —dijo Joe—. Pero tiene una apuesta mía de cinco dólares.

Joe se despidió con la mano y condujo el coche hacia el aparcamiento que había frente al edificio de los escritores. Cerró el coche con llave y entró en el restaurante. Éste consistía en una gran nave cuyas paredes estaban llenas de fotografías de estrellas y actores distinguidos que habían tomado parte en distintas películas realizadas en los estudios. Se hallaba dividido en dos secciones. La trasera, que estaba reservada para ejecutivos, actores importantes y productores, disponía de mesas y servicio de camareras. La otra sección, que ocupaba la mayor parte de la estancia, tenía un gran mostrador con diferentes clases de alimentos expuestos sobre él, y el servicio era como el de cualquier cafetería; cada cual cogía su comida y se buscaba algún lugar libre donde sentarse en las numerosas mesas. Los primeros en entrar solían guardar sillas para los amigos, lo que no solía dar resultado sobre todo cuando el restaurante estaba concurrido. Pero nadie molestaba jamás a Maxie Keyho, que había ocupado cada día la misma mesa durante cinco años. Se hallaba en un rincón cercano a la entrada, desde donde podía ver a todo el que entrase.

Keyho iba, como siempre, vestido con un traje negro, camisa y corbata. Estaba solo. Nadie se sentaba a su mesa sin una invitación previa. Alzó la mirada hacia Joe, con los ojos azules llenos de curiosidad.

—Creí que te habían despedido ayer —dijo sin siquiera saludarlo.

—A. J. me ha pedido que venga a verle esta tarde —repuso Joe. Los servicios clandestinos de información que había en los estudios siempre se enteraban de todo.



—Siéntate —le invitó Keyho—. ¿Qué hay?

—No sé qué querrá de mí A. J. —respondió Joe acomodándose en una silla—. Pensé que a lo mejor tú sabrías algo.

Keyho se encogió de hombros.

—Lo único que he oído por ahí es que tiene una reunión con un banquero de Nueva York.

—No acabo de entender qué tiene eso que ver conmigo —dijo Joe. Luego bajó la voz—. Hablando de Nueva York, acabo de recibir un paquete y he pensado que a lo mejor te viene bien.

Keyho lo miró fijamente durante un momento.

—El dinero anda un poco escaso en estos días. Están despidiendo a todo el mundo.

Joe no contestó.

—¿Cuánto tienes? —le preguntó Keyho.

—Cuarenta sobres —dijo Joe—. Normalmente cuesta uno de los grandes, pero no sé si esta tarde tendré suerte. Te lo dejo por ochocientos cincuenta.

—Setecientos —le ofreció Keyho.

—Setecientos cincuenta y trato hecho —dijo Joe.

—De acuerdo, trato hecho. ¿Lo tienes aquí?

—En el maletero del coche.

Keyho hizo un gesto de asentimiento.

—Dámelo a las dos y media, después de comer. Me encontrarás a la puerta de los estudios de grabación «C».

Joe se levantó de la silla.

—Allí te veré.

Se acercó al mostrador y cogió una bandeja. Se sentía bien. Setecientos cincuenta dólares era una buena cifra. Un beneficio neto de quinientos dólares, y además no tendría que pasarse una semana por ahí buscando clientes. Se puso a la



cola del autoservicio y miró a la chica que estaba de pie tras el mostrador de comidas calientes.

—Un filete y puré de patatas con salsa —le pidió; luego atisbo por encima del hombro para ver si algún escritor conocido se encontraba por allí.

Abrió la puerta y miró a Kathy, que estaba sentada tras el escritorio.

—¿Llego demasiado pronto? —le preguntó.

Mientras continuaba hablando por teléfono, la muchacha le hizo señas para que entrase. Joe cerró la puerta tras sí y se dirigió hacia el escritorio al mismo tiempo que ella colgaba el teléfono.

—¿Dónde está Joanie? —inquirió Joe.

Joan era la secretaria principal.

—Ha llamado diciendo que está enferma —repuso Kathy. El teléfono volvió a sonar—. Todo está hecho un barullo aquí —añadió mientras descolgaba de nuevo el auricular. Le pasó la llamada a A. J. y luego se volvió hacia Joe—. Tendremos que cancelar la cita —le dijo—. Con Joanie ausente no tendré más remedio que quedarme a trabajar hasta tarde.

—De acuerdo —dijo él.

La muchacha lo miró fijamente.

—Verdaderamente eres un capullo. Ni siquiera pareces estar decepcionado.

—¿Y qué quieres que haga? Ya sé que cuando tienes que trabajar, tienes que trabajar.

—A. J. ha estado hablando con Laura. Quería saber si, en su opinión, tú serías la persona apropiada para el proyecto que tiene en mente.

—¿Y qué le ha dicho ella?

—Que lo harías bien. —Lo miró—. Luego la tomó conmigo. Me dijo que eres un buscavidas y que lo que tengo que hacer es mantenerme alejada de ti.

A Joe le picó la curiosidad.



—¿Por qué te diría eso?

—He sacado mis propias conclusiones —le dijo Kathy—, Creo que Laura se siente atraída por ti.

—Nunca me lo ha demostrado.

—Así es Laura —continuó ella—. Siempre esconde los sentimientos. Se pone un camuflaje para los negocios.

—No lo entiendo —le indicó Joe—. ¿Acaso está enterada de lo nuestro?

—No es eso —contestó Kathy. De pronto se tornó más fría—. Cuando A. J. termine de hablar por teléfono, le haré saber que estás aquí.

—Lo siento mucho. Al salir te dejaré la botella de vodka en el coche.

—No es necesario —dijo ella.

—Estoy tan decepcionado como tú. No ha sido culpa tuya.

La muchacha no contestó.

—¿Podremos vernos mañana? —le preguntó Joe.

—Es posible.

La luz blanca que había en el escritorio se encendió, Kathy cogió el teléfono.

—Joe Crown desea verlo, señor Rosen. —Se quedó escuchando durante un momento, luego asintió y le hizo un gesto a Joe—. Ahora mismo entra, señor.

—Gracias —le dijo Joe mientras se dirigía a la puerta del despacho de A. J.

La muchacha alzó los ojos hacia él.

—Buena suerte —le deseó sinceramente.

A. J. estaba sentado tras el escritorio. Parecía un Napoleón gordo y calvo. Tenía el sillón muy elevado para poder así mirar desde arriba a las visitas que se sentaban al otro lado de la mesa de despacho. Las regordetas mejillas le formaban arrugas al sonreír.

—Gracias por venir a pesar de haberle avisado con tan poco tiempo, Joe.

—Es un placer para mí, señor Rosen.



—Es muy posible que tenga un proyecto para usted —dijo A. J. con aire importante—. Es usted neoyorquino, ¿verdad?

—Nacido y criado allí.

—Las películas sobre Nueva York dan muy buenos resultados en taquilla —le explicó A. J. —. Primero tocaron el tema los de la «Universal» con *Dead End Kids*. Y luego, cuando se cansaron del asunto, los de «Monogram» lo convirtieron en el serial «East Side Kids».

Joe asintió con el semblante serio. Aún no comprendía de qué estaba hablando A. J.

—Pienso en una película más importante que éstas. Más del estilo de *Dead End*, la película que hizo Sam Goldwyn.

—Era realmente estupenda —comentó Joe.

—Un banquero de Nueva York me ha dado la idea —continuó A. J. — Y en realidad no es una mala ocurrencia. La cosa va de un gángster de Nueva York que se enamora de una encantadora corista y decide llevarla a Hollywood para convertirla en estrella de cine.

Joe se apresuró a manifestar el entusiasmo que la ocasión requería.

—Verdaderamente es una gran idea, señor Rosen.

A. J. sonrió.

—Imaginé que a usted le gustaría.

—Me gusta, señor Rosen —insistió Joe—. Conociéndole, seguro que ya tiene usted en mente a los actores principales.

—Ya tengo a la chica —asintió A. J. — Pero aún no he decidido quién será el protagonista masculino. Habrá que echarlo a suertes entre Bogart, Eddie Robinson y Cagney.

Joe, muy serio, hizo un movimiento de comprensión. Sabía tan bien como A. J. que no existía ni la más remota posibilidad de que aquellos actores se prestaran a hacer el papel.

—¿Y dice usted que ya ha encontrado a la chica? —le preguntó con cautela.



—En efecto —repuso A. J. al tiempo que cogía una fotografía publicitaria y se la tendía a Joe—. Judi Antoine.

Joe examinó la provocativa fotografía de la muchacha. Estaba ataviada con un vestido plateado tan ceñido que sería capaz de dejar fuera de combate a Betty Grable o a Lana Turner.

—La conozco —dijo al fin.

—Todo el mundo la conoce —afirmó A. J. con entusiasmo—. Hace seis meses que está contratada. Y cada semana recibimos mil peticiones de fotografías suyas, a pesar de que aún no ha hecho ninguna película. Ha salido en todas las revistas y periódicos del país.

—Es muy excitante —convino Joe. No quiso decirle a A. J. que en el ambiente se la conocía por el apodo de *el Grito* por la forma en que gemía al joder. Y había aceptado acostarse con Joe a cambio de que éste le presentara al director de la película en la que había estado trabajando últimamente.

—Hasta ese banquero amigo mío cree que sería la persona más adecuada para el papel —le indicó A. J. Luego, como si acabara de ocurrírsele, dijo—: Mi mujer y yo pensamos ir a cenar a «Perino's» con el banquero. ¿Por qué no va usted a buscar a Judi y se reúne con nosotros?

Joe se frotó el mentón para comprobar si le estaba creciendo la barba.

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche.

—Puede que a ella no le venga bien —sugirió.

—Le viene bien, esta noche está libre —afirmó A. J. rotundamente—. Ya lo he arreglado todo.

—Comprenderá usted que una cosa así tengo que explicársela a mi esposa —dijo Joe.

—Estoy seguro de que lo entenderá —replicó A. J. —. Se trata de un asunto estrictamente de trabajo.

Joe se quedó pensando durante un momento.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Cuándo quiere que empiece a trabajar?



—Inmediatamente. Recibirá usted dos mil quinientos dólares por el guión; si llegamos a escribir el libreto definitivo tendrá otros dos mil quinientos.

Joe hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Me parece bien.

—La cena es a las siete y media. Acabará entre las nueve y media y las diez.

—¿Y qué tengo que hacer entonces? —quiso saber Joe, que estaba seguro de que había algo más.

—Acompáñela al hotel del banquero y espere en el bar hasta que ella vaya a buscarle. Entonces la lleva a casa. Quedará usted libre a media noche aproximadamente.

Joe asintió en silencio.

A. J. lo miró astutamente. Al fin y al cabo él también estaba en contacto con los servicios de información de los estudios.

—Pero dígame que procure no gritar demasiado fuerte. Los banqueros son nerviosos por naturaleza. Podría estropearle la erección.

Joe cerró la puerta de la oficina de A. J. y clavó la mirada en Kathy.

—¿Lo sabías?

La muchacha hizo un gesto de asentimiento.

—Pero no me enteré hasta que Joanie llamó para decir que estaba enferma. Normalmente es ella la que se ocupa de estas cosas.

—Esto es una mierda.

—Sí, es un negocio de mierda —replicó ella—. Pero, ¡qué demonios!, tú vives gracias a eso. Será mejor que llames ahora mismo a Laura y le digas que has conseguido el trabajo.



17

Se dirigió al edificio de escritores y subió por la ruinoso escalera que se hallaba al lado del restaurante. La puerta comunicaba con la sala de taquigrafía, donde numerosas mesitas se amontonaban unas junto a otras. La jefe de taquígrafas estaba sentada ante un escritorio junto a la pared del fondo; parecía una profesora dispuesta a dar una clase. Sólo había dos chicas escribiendo a máquina, y mientras tanto la jefa se ocupaba de corregir las pruebas de un guión. Al oírlo entrar levantó la mirada.

—Ya me habían dicho que ibas a volver —dijo sonriendo—. Ni siquiera he quitado tu nombre de la placa que hay en la puerta del despacho.

—Gracias, Shirley —contestó él.

La muchacha abrió un cajón de la mesa y sacó una llave. Joe la cogió.

—Encontrarás allí cualquier cosa que necesites; blocs, papel, lápices. Hasta una máquina de escribir.

—Estás en todo.

—¿De qué se trata el nuevo proyecto? —le preguntó la muchacha con curiosidad.

—Es una historia que sucede en Nueva York. Todavía no sé mucho al respecto.

—Debe de ser muy interesante —dijo ella—. No es frecuente que A. J. se dé tanta prisa.

—Supongo que sí. Ahora sólo quiero hacer unas cuantas llamadas. Empezaré a trabajar mañana por la mañana.

—Si puedo ayudarte en algo, dímelo —se ofreció la muchacha—. Buena suerte, Joe.



—Gracias, Shirley —respondió él. Se encaminó pasillo adelante hacia el pequeño cubículo que hacía las veces de despacho.

Abrió la puerta con la llave. La habitación tenía la capacidad justa para albergar un pequeño escritorio y dos sillas, colocadas cada una de ellas a un lado de la mesa. Si venían más de dos personas al despacho tendrían que permanecer de pie en el umbral de la puerta o en el pasillo. Cerró la puerta y se sentó tras el escritorio. Se quedó mirando el teléfono durante un rato y en el momento en que se disponía a levantar el auricular, sonó el timbre. Descolgó.

—Joe Crown —dijo.

—Soy Judi Antoine —le susurró a través del hilo una voz femenina—. Me han dicho que tenemos una cita esta noche.

—Eso es lo que me han dicho a mí también —respondió él.

—¿Tienes los dos billetes?

—¿De qué me hablas? —le preguntó Joe.

—De los doscientos pavos que cobro por noche.

—Espera un momento —le indicó él—. Nadie me ha explicado nada de eso. Yo sólo hago el papel de intelectual en la cena que A. J. le ofrece a ese banquero. Pensaba que era el departamento de publicidad el que se ocupaba de esas cosas.

—Publicidad me ha dicho que te encargarías tú —le indicó la muchacha—. Tengo muchísimos gastos. ¿Cómo quieres que me las arregle con los ciento veinticinco pavos que cobro a la semana? Sólo el apartamento de Sunset Towers me cuesta trescientos a la semana.

—¿No te han dicho que serás la protagonista de la película que voy a escribir?

—Siempre me dicen eso —señaló ella—. Ya lo he oído por lo menos mil veces.

—Es cosa de A. J. —le comentó Joe—. Ese banquero que financia la película se ha encaprichado contigo. Se supone que tengo que dejarte en su hotel después de la cena y esperarte en el bar hasta que bajas. Creí que ya estaba todo arreglado.

—Joder por las noches es un asunto personal —le explicó ella llanamente—. En mi contrato no consta nada de eso.

—¿Y qué esperas que haga yo? —inquirió Joe.



—Conseguir el dinero. Si no, no me veréis el pelo. Comunícame el resultado. Estaré en casa hasta las cinco y media.

—Venga, Judi —dijo él en tono persuasivo—. ¿No fui yo quien te presentó a Ray Stern, el director, cuando tenías interés en conocerlo?

—No me acuerdo —repuso ella.

—Echamos un polvo rápido contra la pared de mi despacho porque aquí no hay sitio suficiente para tener un sofá —le explicó Joe en un intento de refrescarle la memoria.

—Pues no lo recuerdo —repitió la muchacha—. Todos los hombres me resultáis iguales. Así que ocúpate de conseguirme el dinero.

Y colgó el teléfono.

Joe se quedó mirando el auricular durante un momento. Luego llamó a A. J. a su despacho, Kathy contestó.

—Tengo que hablar con A. J. —le dijo Joe.

—Ya se ha marchado.

—Pues necesito hablar con él.

—Lo siento, Joe. No puedo ayudarte. Se ha marchado a su casa.

—¿Sabes si puedo encontrarlo allí?

—No antes de las seis y media —le informó ella—. ¿Realmente es tan importante?

—Bastante. La dama protagonista hace horas extras trabajando de buscona. No se presentará si no recibe doscientos dólares por anticipado.

—¡Maldición! —exclamó Kathy—. Me gustaría ayudarte, pero la oficina del cajero cierra a las tres.

Joe se quedó pensativo durante un momento.

—Vale, de acuerdo —dijo al fin—. No te preocupes. Ya encontraré una solución.

Colgó el teléfono y se quedó mirándolo fijamente. Buscó la cartera en el bolsillo de la chaqueta. Estaba abultada a causa de los setecientos cincuenta dólares



que Keyho le había dado. Sacó lentamente cuatro billetes de cincuenta dólares y se los metió en el bolsillo. Pagar dinero a una fulana era algo que iba en contra de sus principios, y más cuando ni siquiera era para él. Pero estaba en un callejón sin salida. El trabajo era el trabajo y tenía que sacar provecho de todo aquello. Descolgó de nuevo el auricular y llamó a Judi al apartamento de Sunset Towers.

Cuando Motty entró en el dormitorio, él se estaba haciendo el nudo de la corbata.

—Me dijo Rosa que esta tarde pensabas ir a los estudios.

Joe asintió mientras observaba cuidadosamente la corbata en el espejo; luego deshizo el nudo y comenzó de nuevo.

—A. J. me llamó. Ya tengo trabajo otra vez. Una película nueva.

—¿Es buena? —le preguntó ella.

—Todas son buenas al principio —dijo Joe terminando de hacerse el nudo de la corbata. Se dio la vuelta hacia ella—, ¿Te gusta?

Motty lo observó con expresión crítica.

—Te ha quedado un poco grande.

—Se supone que es así como tiene que hacerse —dijo él—. Es el nudo Windsor. Sinatra lo usa siempre.

Extendió la mano para coger la chaqueta de color azul oscuro.

—¿Qué tiene esta noche de especial para que te pongas un traje tan serio? —le preguntó Motty llena de curiosidad.

—A. J. me ha invitado a cenar en «Perino's» con un banquero de Nueva York.

—Eso es algo nuevo. Nunca había ocurrido antes. ¿Estaréis solos los tres?

—También irá la mujer de A. J. y una *starlet* con la que se ha encaprichado el banquero.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Y tú dónde encajas?



Joe sonrió.

—Yo soy el intelectual.

—¿Conoces a la chica?

—No mucho —respondió él—. Pero la película que quieren hacer sucede en Nueva York, y yo soy un escritor originario de Nueva York. Por eso me han dado el trabajo. El banquero pretende que sea ella la que haga el papel protagonista, de modo que tengo que ir a recogerla y a llevarla a casa.

—¿Cómo se llama?

—Judi Antoine.

—No he oído nunca hablar de ella. ¿En qué películas ha trabajado?

—De momento en ninguna. Pero ha estado contratada por los estudios durante los tres últimos meses. Es la número uno de las modelos que los estudios tiene para ocupar las portadas de las revistas.

—Una buscona —dijo Motty llanamente.

Joe se echó a reír.

—Por una vez tienes razón. Es la peor de todas.

Mientras las palabras le salían de los labios, se dio cuenta de que habría hecho mejor manteniendo la boca cerrada.

—¿Te ha dado A. J. el trabajo por tu experiencia como escritor o como chulo?

—le preguntó Motty con cinismo.

—Eh, no es justo que digas eso.

—Podías haberlo rechazado. No necesitamos trabajo de una forma tan desesperada. Siempre puedes seguir escribiendo el libro.

—Eso me llevará mucho tiempo —dijo Joe—, Probablemente más de un año. Y no disponemos de dinero para mantenernos durante tanto tiempo.

—Ya nos arreglaríamos. El señor Marks me ha ofrecido el ascenso. Si lo acepto ganaré ochocientos cincuenta dólares al mes, y con las primas puedo llegar hasta los mil quinientos o los dos mil.

—Algo tiene que haber para que te ofrezcan una suma tan grande de dinero.



—Desde luego. Tendré que viajar un par de veces al año durante la temporada de modas para comprar el material.

—¿Adónde? —le preguntó Joe.

—A Nueva York. Quizás a París.

—¿Sola? —quiso saber Joe, escéptico—. ¿Sin él?

—Siempre piensas lo peor —le espetó Motty.

—¿Y cómo sabes que él no lo hace también? —replicó Joe. Cogió el dinero que había encima de la cómoda y se lo metió en el bolsillo; luego se volvió hacia ella—. Si para vivir necesito hacer de chulo, prefiero hacerlo para desconocidas y no para mi propia esposa.

Se hallaba sentado en la barra, débilmente iluminada, a la entrada del «Coconut Grove». Hasta él llegaba la suave música de la orquesta que tocaba en la sala de fiestas. Mientras se tomaba la segunda copa, el camarero se le acercó.

—El espectáculo comienza de nuevo dentro de unos minutos —le dijo—. ¿Quiere que le consiga una mesa?

—No, gracias —respondió Joe.

El camarero señaló la copa con un gesto.

—¿Desea que le ponga otra?

Joe hizo un gesto negativo con la cabeza y sacó un cigarrillo.

—Dos es mi límite.

El camarero le ofreció fuego con un encendedor. Joe aprovechó la luz de aquella parpadeante llama para mirar la hora en el reloj. Eran las once menos diez. El camarero advirtió el gesto.

—¿La persona con la que se ha citado se retrasa?

—No. —Joe sonrió—. Soy yo el que ha llegado demasiado pronto.

El camarero señaló hacia una mesa situada en un extremo del salón.



—Si no se presenta —le dijo—, allí hay dos señoritas muy guapas. Puedo presentárselas.

Joe se echó a reír.

—Está usted en todo —le indicó al tiempo que colocaba un billete de cinco dólares sobre la barra.

El dinero desapareció de allí en un instante.

—Sólo intento ser útil, señor. —Un teléfono comenzó a sonar en la trasera del bar. El camarero lo cogió—, ¿El señor Crown? —preguntó mirando a Joe. Éste asintió. El empleado movió la cabeza y colgó el auricular—. La señorita que está esperando dice que se reunirá con usted en el vestíbulo.

Joe llegó al vestíbulo del hotel justo cuando la muchacha salía del ascensor.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó él.

—Perfecto —repuso la joven. Salieron en silencio y esperaron a que el encargado del aparcamiento les trajera el coche.

Joe le dio un billete de dólar y luego condujo el coche hasta la calle.

—¿Te llevo a casa? —preguntó dirigiéndole una rápida mirada a la muchacha.

—¿Te importaría dejarme en «Dave's Blue Room»?

—Como tú digas.

Judi lo miró.

—¿El tipo ése es de verdad?

Joe detuvo el coche ante un semáforo.

—¿El señor Metaxa?

—Sí. ¿Es verdad que es dueño de todos esos Bancos?

—No lo sé —respondió Joe mientras ponía de nuevo el coche en marcha—. Lo único que sé es que A. J. ha dicho que mañana por la mañana firmarán el contrato para un préstamo de dos millones de dólares.

—Me ha explicado que él pondrá el dinero para la película y que se encargará de que me hagan un nuevo contrato por quinientos dólares a la semana en vez de los ciento cincuenta que gano ahora. Eso para empezar. También quiere que me instale



en un apartamento nuevo y que me encuentre disponible siempre que él venga aquí, lo que sucederá cada dos semanas.

Joe le dirigió una rápida mirada.

— Al parecer le has proporcionado el mejor orgasmo de toda su vida.

— Eso es lo que no entiendo — dijo ella, aún perpleja —. No hemos hecho nada.

— ¿Nada? — La voz de Joe delataba sorpresa.

— Ni siquiera le he tocado la entrepierna. Yo estaba allí de pie, desnuda ante él, y el tipo seguía hablándome como si yo todavía llevase el vestido puesto. No creo que se diera cuenta siquiera de que volví a ponérmelo.

— No lo entiendo.

Judi miró durante un momento por la ventanilla del coche y luego se volvió hacia Joe.

— ¿Conoces a Mickey Cohen?

— ¿El gángster?

— ¿Quién, si no?

— Sólo por los periódicos.

— ¿Te gustaría conocerlo?

Joe la miró.

— ¿Esta noche?

— Sí. Es a él a quien voy a ver ahora.

— Me gustaría conocerlo, pero tengo que ir a casa. Mi mujer ya está bastante molesta por lo de esta noche.

— Apuesto cualquier cosa a que Mickey sabrá algo acerca del señor Metaxa — dijo Judi, pensativa.

Una bombilla se iluminó en la cabeza de Joe.

— ¿Hace mucho que conoces a Mickey?



—Lo suficiente —dijo ella—. Fue él quien me animó en Nueva York para que viniera a Hollywood; me aseguró que yo tenía todo lo necesario para convertirme en una gran estrella.

Joe detuvo el coche en otro semáforo y se quedó mirando a la muchacha.

—¿Fue Mickey quien te trajo aquí?

Judi asintió.

—Somos muy buenos amigos.

Joe tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en el tráfico. Era auténtico. Aquélla era exactamente la historia que A. J. le había contado. Detuvo el coche delante del «Dave's Blue Room». Durante un momento sintió la tentación de entrar con ella, pero luego cambió de idea. No era el momento oportuno. Antes tenía que conseguir más información sobre el banquero de Nueva York.

El portero le abrió la puerta a Judi para que bajara del coche. Ella se volvió hacia Joe.

—Gracias —le dijo educadamente.

—Ha sido un placer —dijo él igualmente cortés—. Llámame mañana a los estudios. Y dile al señor Cohen que me gustaría conocerle cuando y donde quiera, si le parece bien.

Observó a la muchacha mientras ésta caminaba hacia la entrada del restaurante. Después Joe se internó en el tráfico y se dirigió a su casa.



18

—Un gran guión el suyo —le dijo A. J. por teléfono—. Pero tenemos un problema.

—¿De qué se trata? —le preguntó Joe.

—¿Ha visto las pruebas de Judi?

—No. Nadie me ha pedido que lo haga.

—Reúnase conmigo en la sala de proyección «B». Verá con sus propios ojos lo que quiero decir.

Joe miró la copia del guión que tenía sobre la mesa del despacho. Hasta aquel instante se había sentido satisfecho del mismo. En tres meses había dejado listo un esbozo preliminar que había funcionado perfectamente y además el guión definitivo, que él sabía que era bueno, quizás el mejor que había escrito en su vida. Dudó durante un momento si llevar el guión consigo, pero decidió que no serviría para nada. Así que lo dejó donde estaba y se dirigió a la sala de proyección.

A. J. no le esperaba solo. Lo acompañaban el señor Metaxa —el banquero de Nueva York—, el director Ray Stern y otro hombre que Joe no conocía. A. J. lo saludó con la cabeza al verle entrar.

—Ya conoce al señor Metaxa y a Ray. Le presento al señor Mickey Cohen.

Joe miró al hombre bajo y de constitución maciza que tenía ante él. Le tendió la mano.

—Me alegro de conocerlo, señor Cohen.

—Yo también me alegro de conocerte, Joe —le dijo el otro con voz grave—. Me han hablado mucho de ti. Y todo cosas buenas.

—Gracias, señor Cohen.



—Llámame Mickey.

A. J. hizo una seña y Joe se acomodó en una butaca mientras se apagaban las luces de la sala. Durante los quince minutos siguientes estuvieron examinando las pruebas de Judi. Una de ellas era en color. La muchacha cantaba, bailaba, declamaba..., pero todo lo hacía mal. Solamente la prueba en color podía considerarse pasable. En ella la muchacha llevaba puesto un bañador de una sola pieza y correteaba por la playa. Corría hacia la cámara, luego hacia las rocas. Después se dirigía al agua y de nuevo se acercaba a la cámara. Esta mostraba cada uno de los secretos de aquel cuerpo, los pezones que sobresalían de los abultados pechos, los rizos de vello púbico que asomaban extraviados por el traje de baño de seda. La prueba era sin sonido y terminaba con un primer plano del rostro. Después de las carreras la muchacha respiraba entrecortadamente. Por la expresión de la cara se diría que estaba experimentando un orgasmo. Entonces la pantalla quedó en blanco y las luces de la sala se encendieron de nuevo.

Joe no dijo nada. Los demás también guardaron silencio. Todos esperaban a que el primer comentario lo hiciese A. J.

Finalmente éste dio un profundo suspiro.

—Estamos bien jodidos.

—Puede que necesite más ensayos —aventuró el señor Metaxa.

—Ha estado asistiendo a clases con los mejores profesores durante tres meses —observó A. J. —. Todos la han dejado por imposible. Nos ha jodido por completo. Ya he firmado un contrato con Steve Cochran por quince de los grandes para que haga el papel de protagonista masculino, y la «Warner» me ha prestado a Pat O'Brien por otros diez para que haga de segundo protagonista. ¿Se han fijado ustedes cómo se le notaba el coño a través del bañador? Abulta más que el paquete de un bailarín de ballet en leotardos. Si no la enfundamos en una falda corta, nunca pasará la oficina de la censura de Hays¹⁰.

—¿Cuánto dinero hemos gastado ya? —preguntó Metaxa.

¹⁰ The Hays Office Code fue una censura instituida a iniciativa de los propios productores cinematográficos y organizada por el señor Hays, a fin de evitar que el gobierno federal impusiera normas de censura en el cine. (N. del t.)



—Tengo firmado un acuerdo para hacer la película en Cinecolor por setenta y cinco mil dólares, que es la mitad de lo que costaría si la hiciésemos en Technicolor. Eso unido a los otros compromisos, da un total de casi doscientos mil dólares.

La voz de A. J. no sonaba muy feliz.

—Si ella sufriera un accidente —sugirió Cohen—, ¿lo cubrirían las compañías de seguros?

—No, a menos que ya hubiéramos comenzado la producción —respondió A. J.—. Además, ése es un riesgo demasiado grande.

—Sólo era una idea —dijo Cohen.

—Lástima —añadió Ray Stern— Joe ha escrito uno de los mejores guiones que he leído en toda mi vida. Estaba deseando llevarlo a la pantalla. A lo mejor la «Universal» nos podría ceder a María Montez o a Yvonne De Cario.

—No puede ser —observó A. J.—. Nos hemos comprometido con los distribuidores para producir una película protagonizada por Judi Antoine.

Joe lo miró.

—¿Saben de qué trata la película?

—No —repuso A. J.—. Se la hemos vendido basándonos únicamente en las fotografías de calendario y los carteles que Judi ha hecho.

—Sheena, la reina de la jungla —dijo Joe.

—¿Está usted loco? —le preguntó A. J. mirándolo fijamente—. Ya sabe que la «Monogram» posee los derechos.

—La reina de las Amazonas —continuó Joe—, Steve y Pat serían los pilotos de un avión de carga que se estrella en la jungla; los encuentra una tribu perdida de Amazonas. Ese tipo de película se ha hecho mil veces y siempre da buen resultado. Todo lo que hace falta es llenar la pantalla de chicas medio desnudas. Judi haría el papel de reina. No será necesario que diga ni una sola línea de diálogo. Será como Tarzán, pero en hembra. «Tú, Steve; yo, Judi. Nosotros joder.» A. J. se quedó observándolo. Luego miró a los demás.

—Puede que dé resultado. ¿Cuánto tiempo tardaría en tener listo el guión?

—Diez días. Dos semanas a lo sumo.



A. J. miró al banquero.

—¿Qué le parece la idea?

—Yo no entiendo nada de películas —dijo Metaxa—. Pero no me gusta perder dinero antes de empezar.

—Yo estoy de acuerdo —intervino Cohen—. Intentémoslo.

A. J. se volvió hacia Joe.

—Empiece a escribir inmediatamente.

—Pero esto ya es otro asunto distinto —dijo Joe—. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

A. J. le clavó la mirada.

—¿Cómo puede usted pensar en el dinero ante una situación como ésta?

Joe se quedó callado. En realidad no deseaba más dinero. Lo que intentaba era que le pagaran el guión anterior completo. Ya había entregado el primer borrador, y ahora se hallaba en la fase de los ajustes. Si no lo escribía de nuevo para pulirlo, no le pagarían, los últimos cinco mil dólares que estipulaba el contrato.

A. J. conocía eso tan bien como él.

—Escriba un guión nuevo y le pagaré el contrato completo; además le daré otros mil dólares cuando comencemos a rodar la película.

—De acuerdo —dijo Joe. Miró a las personas que había a su alrededor—. Si me perdonan, caballeros, me pondré a trabajar inmediatamente.

Estuvo tomando notas en un bloc de papel amarillo rayado durante casi una hora. Satisfecho, las releyó otra vez. Ya había trazado las líneas generales de la historia. Alargó una mano, cogió el teléfono y llamó a la sala de taquigrafía.

Shirley le contestó.

—Dime, Joe.

—Necesito tu ayuda, Shirley.

—Para eso estoy aquí —le indicó ella.



—¿Puedes conseguirme los guiones de esas películas de arena y tetas que han hecho la «Universal» y la «Columbia»? Necesito estudiarlos para captar el estilo.

—Ya sé a qué te refieres —le dijo ella—, ¿Te va bien mañana polla mañana?

—Estupendo.

La voz de la muchacha bajó hasta adquirir un tono confidencial. La red de información clandestina ya se había puesto de nuevo en marcha.

—¿Han ido mal las pruebas de Judi?

—De pena —respondió Joe.

—Lo siento. Me gusta mucho el guión que has escrito.

—Gracias —le dijo él.

—Espera un momento —le pidió Shirley—. Ahora vuelvo.

Poco después se ponía de nuevo al teléfono.

—Un tal señor Cohen está aquí. Dice que le gustaría hablar contigo en tu despacho.

—Que pase —le indicó Joe mientras colgaba el auricular y se ponía en pie. Casi antes de que acabara de hacerlo Shirley ya estaba abriendo la puerta. Mickey tuvo que apartarse para que la muchacha pudiera cerrarla tras él. Joe le señaló el sillón situado delante del escritorio.

Mickey se sentó y echó un vistazo en torno a la reducida habitación.

—¿A esto le llaman un despacho? —dijo—. Más bien parece un armario.

Joe se echó a reír.

—Soy un escritor de armario.

Mickey sonrió.

—Supongo que te preguntarás qué hago aquí.

—No es asunto de mi incumbencia —le dijo Joe—, No tienes que explicarme nada.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó Mickey—. Lo conozco. En Brooklyn, en los viejos tiempos, fuimos buenos amigos.



—Mi padre se encuentra bien.

—¿Todavía tiene la tienda de pollos?

Joe asintió.

—En el mismo lugar.

Mickey volvió a sonreír.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Así lo haré —repuso Joe.

Mickey lo miró.

—Ya sé que no consta en ningún sitio —dijo—, pero estoy aquí para representar a Judi.

—Muy bien —aceptó Joe.

—¿Qué te parece? ¿Crees que al final se podrá solucionar el asunto?

—Yo respondo por el guión —le dijo Joe—. El resto depende de ella.

—La situación no es muy buena —siguió diciendo Cohen—. El acuerdo con la «Warner» para que nos cediera a O'Brien ya se ha deshecho.

—De todas formas O'Brien no habría aceptado hacer esta clase de película.

—El director también se ha marchado. No quiere tener nada que ver con la nueva película.

—Hay directores de sobra —le dijo Joe—. Eso no supondrá ningún problema.

—Y A. J. ha rebajado el programa de rodaje de treinta días a doce.

—No tiene ninguna importancia. Se puede hacer perfectamente en ese tiempo.

—Metaxa está preocupado —le confió Mickey.

—No me extraña. Se trata de su dinero y de su chica.

—Te equivocas. Ni es su dinero, ni es su chica.

Joe lo miró sin pronunciar palabra.

—¿Conoces al juez de Nueva York? —continuó Mickey.

Joe asintió. El juez era el árbitro no oficial que solucionaba las disputas entre las familias de la Mafia.



—Metaxa lo representa. La razón por la que se prestan a aportar el dinero es porque suponen que es un buen negocio. Todo el asunto es limpio, perfectamente legal. Tuve que traer a Judi aquí porque la mujer del juez empezaba a tener la mosca detrás de la oreja.

Joe lo miró.

—¿Lo sabe Judi?

—Claro. Pero le da igual. Lo único que le importa es ella misma.

Joe se quedó callado durante unos instantes.

—Puedes confiar en mí —dijo al fin—. Lo haré lo mejor que pueda.

Mickey se levantó de la silla.

—Tú haz bien tu trabajo y nosotros encontraremos la forma de recompensarte. —Se dirigió a la puerta—. Mantenme informado. Si quieres verme déjame recado en el «Dave's Blue Room». A cualquier hora, de día o de noche. Yo me pondré en contacto contigo.

—De acuerdo.

Mickey hizo un gesto con la cabeza y abandonó el pequeño despacho. Joe respiró profundamente. En realidad nada había cambiado. Siempre hay alguien en alguna parte que está por encima. Miró el bloc de notas y se preguntó si A. J. se creería realmente que era él quien mandaba en sus propios estudios.

Eran casi las ocho cuando llegó a casa. Empezaba a subir las escaleras que llevaban al dormitorio cuando Rosa lo llamó desde la cocina.

—La cena estará lista dentro de media hora. ¿Le parece bien, señor?

—Muy bien.

Acabó de subir el tramo de escaleras. Motty salía del baño en aquel momento poniéndose un albornoz. La muchacha lo observó mientras él se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

—Pareces cansado —comentó ella.



—Lo estoy.

—Necesitas comer para recuperar las fuerzas. Le he dicho a Rosa que haga chuletas de ternera.

—Estupendo —dijo Joe sin gran entusiasmo.

Motty le dirigió una rápida mirada.

—¿Qué sucede?

—La película se ha ido al traste.

—¿En serio? ¿No vas a hacer el guión definitivo?

—Sí y no —dijo él. Vio la mirada de extrañeza de su esposa y siguió explicándole lo sucedido—. Las pruebas de Judi son una auténtica basura. No sabe hacer nada de nada, pero tiene muy buena presencia en pantalla. No sabe actuar, ni bailar, ni cantar... Sólo sabe estar allí, de pie. A. J. se tira de los pocos pelos que le quedan. Dice que ya se ha gastado casi doscientos mil de los grandes. No hay forma de seguir adelante con la película.

—Sigo sin entenderlo —le indicó Motty—. ¿Qué piensa hacer entonces?

—Yo le he dado una idea. Recordé aquellas historias picantes que escribía. Ya sabes, *La reina guerrera de las Amazonas*.

—¿Les has hablado de la revista?

—No, por supuesto que no. No soy tan estúpido. Hice ver que era una idea que se me acababa de ocurrir. Y se lo tragarón.

—No puedo creerlo.

Joe se hizo consciente entonces de la parte humorística del asunto. Se echó a reír.

—Yo tampoco me lo creía. Pero aceptaron y tengo dos semanas de tiempo para escribirlo.

—Entonces, ¿sigues en nómina?

Joe hizo un gesto afirmativo con la cabeza.



—No sólo eso, sino que además me pagarán uno de los grandes cuando comience el rodaje. —Se quitó la chaqueta y la arrojó sobre la cama—. En cuanto me lave podremos cenar.

Motty fue detrás de él hasta el cuarto de baño.

—¿Has leído algo sobre el nuevo estilo de moda femenina? Viene de París. Es la primera colección importante desde antes de la guerra.

—Yo no entiendo nada de eso —respondió Joe. Abrió el grifo del agua caliente y esperó a que alcanzara la temperatura conveniente—. ¿De qué se trata?

—El señor Marks quiere que seamos los primeros almacenes de Los Ángeles en ofrecerla al público. Los mayoristas de la Séptima Avenida dicen que tendrán los patrones la semana que viene. El señor Marks me ha preguntado si podría ir a Nueva York para elegir los modelos que me parezcan más convenientes.

Joe se lavó las manos sin mirar a su esposa.

—¿Y piensas ir?

—Forma parte de mi trabajo.

El permaneció en silencio mientras alcanzaba una toalla para secarse las manos.

—He hablado con tu madre —dijo Motty—. Me ha dicho que puedo alojarme en su casa y llevarme conmigo a Caroline.

Joe la miró.

—Eso sí que es una novedad.

Su madre había estado sin hablarles hasta que nació el bebé..., e incluso entonces siguió sin dirigirles la palabra hasta que le enviaron una copia del certificado de matrimonio para convencerla de que todo se había hecho según la ley judía. Pero seguía mostrándose fría y distante con Joe. Afortunadamente ya no le pasaba lo mismo con Motty. Al fin y al cabo, pensaba su madre, todo aquel asunto no era culpa de su sobrina..., era Joe quien se había aprovechado de aquella pobre chica inocente.

—¿Te ha preguntado por mí?

—Se ha quejado de que nunca la llamas.



—Lo he dejado por imposible —dijo Joe—. Siempre se apresuraba a pasarle el teléfono a mi padre o me colgaba. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Doce días más o menos. Si nos vamos el viernes llegaremos a Nueva York el domingo por la noche. Así nos quedará toda la semana para trabajar y podremos volver a casa durante el siguiente fin de semana.

—¿Él te acompaña?

Motty lo miró.

—El señor Marks se marcha el miércoles, antes que yo. Su esposa también va.

Joe asintió.

—Supongo que no hay inconveniente.

Motty sonrió.

—Será estupendo que tus padres conozcan por fin a su única nieta.

La muchacha dejó escapar un débil suspiro de alivio mientras bajaba las escaleras delante de su marido. Lo que no le había dicho era que la señora Marks volvería de Nueva York el mismo día en que ella y la niña llegarían allí. Tampoco le había contado que el señor Marks ya tenía reservada una habitación para ella en el hotel «Pennsylvania», en la calle Cuarenta y tres, por si había necesidad de quedarse trabajando por la noche hasta que ya fuera demasiado tarde para volver a su casa, en Brooklyn...



19

Nada procura tanto éxito como el éxito. Fue casi cinco meses después de que hubiera terminado el guión de *La reina guerrera de las amazonas*, un día en que se hallaba ante la máquina de escribir trabajando en la novela, cuando Joe recibió una llamada telefónica de la oficina de A. J.

—A. J. quiere invitaros a ti y a tu mujer a una cena fría que se celebra en su casa el viernes por la noche. Los cócteles serán a las siete, y la cena se servirá a las ocho en punto —le informó Kathy.

Joe se sorprendió. Aquélla era la primera vez que lo invitaban.

—¿Cómo es que A. J. ha decidido invitarme?

—¿Es que no lees las revistas de cine? —le preguntó ella—. Tienes en cartel una película de mucho éxito. Judi hizo una gira por Texas y Florida. La película ha alcanzado los seiscientos mil dólares de recaudación.

—No me lo creo —le confió Joe—. Los críticos se cebaron con ella.

—Pero al público le ha gustado. Para él ha sido una auténtica bomba, y eso es lo que cuenta. Ya hemos recibido numerosas llamadas de los distribuidores pidiéndonos otra película de Judi. Tengo la impresión de que es por eso que A. J. te ha invitado.

—Muy bien, iré —dijo Joe—, Pero Motty se halla en Nueva York. Tiene que ir allí cada tres meses a fin de comprar existencias para los almacenes.

—He estado en la tienda. Realmente la han cambiado mucho. ¿Le va bien?

—Supongo que sí. La han ascendido a jefe de compras para toda la cadena.

—¿Y tú qué has estado haciendo?



—Casi he terminado la novela. Tengo listas otras ciento cuarenta páginas, siguiendo las sugerencias de Laura. Pero es un trabajo muy duro. Mucho más que hacer un guión de cine.

—Laura me ha contado que es una de las mejores novelas que ha leído en su vida.

—Pero ella es parte interesada —dijo Joe—. Por ahora son los guiones los que pagan las facturas. Y de momento no he recibido ninguna oferta nueva. Parece que desde que escribí *La reina guerrera* todos los productores dejaron de contestar a mis llamadas. Supongo que pensarían que aquello era una mierda y no quieren saber nada de mí.

—Ya te llamarán —le animó Kathy llena de confianza—. Conozco bien esta ciudad. No se fijan en los guiones, sólo en las ganancias.

A Joe se le ocurrió una idea.

—¿Por qué no vienes conmigo a la fiesta?

—Lo siento, pero no puedo —dijo ella—. En primer lugar, porque me he ido a vivir con mi novio. Y en segundo lugar, porque a A. J. no le gusta que sus empleados sin importancia asistan a sus fiestas.

—Ese tipo no es más que un capullo de poca monta.

—Así es Hollywood —le comentó Kathy riendo—. ¿Por qué no se lo preguntas a Laura? Nunca ha asistido a una fiesta aquí, en Hollywood.

—¿Cómo quieres que se lo pida a ella? —le indicó Joe—. Está en Nueva York.

—¿No te ha llamado?

Kathy parecía sorprendida.

—No —dijo Joe—. La última vez que hablé con ella fue hace un mes, cuando me envió todas aquellas sugerencias para la novela.

—Pues está aquí —le informó Kathy—, Llegó anoche. Pensé que ya te habría llamado. Se aloja en el hotel «Bel Air», en la habitación 125.

—La llamaré. Gracias, Kathy.

—Sólo ten presente una cosa, Joe. No se te ocurra comentarle a mi hermana que he sido yo quien te ha dicho que se encuentra aquí.



—No entiendo bien por qué.

—Laura sigue molesta conmigo porque tú y yo salimos juntos unas cuantas veces.

—¿Y de dónde ha sacado eso?

—Esto es Hollywood. Aquí todo el mundo habla y ella tiene bastantes amigos.

—Muy bien, Kathy. Procuraré hacer el papel lo mejor posible, y cuando acabe con ella no se creará nada de lo que le han contado por ahí.

Estaba marcando el número del hotel de Laura cuando, al ver casualmente el reloj que tenía encima de la mesa, se dio cuenta de que eran casi las cinco. Colgó el auricular. Si estaba ocupada trabajando, no regresaría al hotel antes de las seis y media o las siete. Esa es la hora en que los del Este suelen retirarse a sus habitaciones.

Se le ocurrió una idea. Puesto que Laura no le había llamado, la sorprendería yendo a visitarla sin avisar antes. Reunió una copia a carbón de las ciento cuarenta páginas que ya tenía terminadas y las metió en un sobre. Luego llamó a la floristería y encargó una docena de rosas rojas para que las tuvieran preparadas a las seis y media.

—¡Rosa! —llamó desde el descansillo mientras abandonaba el diminuto despacho.

La muchacha salió de la cocina y lo miró desde la parte de abajo de las escaleras.

—¿Diga, señor?

—¿Sabes si está limpia alguna de mis camisas blancas de lino?

—Le plancharé una en un momento.

—Voy a darme una ducha. Súbemela en cuanto la tengas preparada.

—¿El señor va a cenar fuera? —le preguntó ella.

—No estoy seguro. Pero es lo más probable.

Entró en el dormitorio, se quitó los pantalones que usaba para trabajar y la ropa interior, y se metió en la ducha.



Eran las siete menos cinco cuando llamó a la puerta de la habitación de Laura. Llevaba en una mano la docena de rosas y un cubo de hielo con una botella de «Dom Perignon» en la otra.

Sonrió cuando Laura le abrió la puerta.

— ¡Bienvenida a Los Ángeles!

La muchacha se quedó mirándolo, sorprendida.

— ¡Son preciosas! — dijo cogiendo las rosas.

— También traigo una botella de «Dom Perignon».

— Es demasiado — afirmó ella sonriendo a su vez —. Pasa.

Joe la siguió al interior de una habitación decorada con muy buen gusto.

— ¿Te lo ha dicho mi hermana? — quiso saber Laura.

— No. No he hablado con ella desde que terminamos la película. Y de eso ya hace cuatro meses.

— Pues alguien ha tenido que decírtelo.

— Los periódicos que se ocupan del negocio. Cada día confeccionan una lista de las idas y venidas de las personas relacionadas con la industria.

— Tienes un aspecto francamente bueno — le indicó ella —. Muy californiano.

Joe se echó a reír.

— Tú también estás muy bien.

Laura negó con la cabeza.

— ¿Con este albornoz viejo?

— No me quejo. Yo siempre te encuentro estupenda.

— Concédeme cinco minutos para ponerme algo más apropiado. Mientras tanto puedes ir abriendo la botella.

— También te he traído otras ciento cuarenta páginas a punto para la imprenta — le comunicó él.

— Eso es magnífico.

— ¿Cómo es que te has decidido a venir por aquí?



—Tenía que traerle unos contratos a un cliente. Ahora permite que me vaya un momento o no me arreglaré nunca.

Entró en el cuarto de baño y cerró la puerta tras ella. Poco después Joe oyó el chapoteo de la ducha. Se decidió a abrir la botella de champán. En el cubo había dos copas junto con la botella, pero no las llenó. Vio una radio en un rincón de la habitación. Sintonzó su emisora favorita, la que emitía a los cantantes del momento —Sinatra, Crosby y otros—, y luego se sentó en el sofá de dos plazas que había al lado.

Unos quince minutos más tarde Laura salió del cuarto de baño completamente vestida y arreglada. Llevaba una blusa de seda azul que se adaptaba perfectamente a su figura.

Joe la observó.

—Se ve que guardas toda la ropa en el cuarto de baño.

—Soy muy eficiente —dijo ella sonriendo.

Joe sirvió el champán en las copas.

—Buena suerte.

Laura levantó la copa.

—Buena suerte. —Probó el champán—. Es delicioso.

—No está mal —convino él—. Ahora dime, ¿dónde te gustaría ir a cenar?

Laura lo miró detenidamente.

—Estoy citada con el cliente y con su abogado.

—Aplázalo hasta mañana.

—No puedo. La agencia lo arregló todo antes de que yo llegara.

—Bueno. ¿Quedamos para mañana?

—Me voy en avión a las siete de la mañana.

—En ese caso, ¿qué te parece una cena tardía? —le preguntó Joe mientras volvía a llenar las copas de champán.

—Vamos a ir a casa del cliente para repasar detenidamente el contrato. No sé a qué hora acabaré.



Joe la miró.

—¿Tienes que volver a Nueva York por fuerza? A. J. me ha invitado a una fiesta en su casa. Pensé que podría resultarte divertido conocer a la gente importante de aquí, directores, productores y todo eso.

Laura movió negativamente la cabeza.

—Me gustaría. Nunca he asistido a una de las famosas fiestas de Hollywood. Pero las órdenes que he recibido de la agencia son muy explícitas. Tengo que volver mañana.

—¡Mierda! —exclamó Joe—. Ni siquiera tendremos tiempo para comentar las páginas que te he traído.

—Las leeré en el avión y te llamaré en cuanto llegue. —Lo miró—. Seguro que puedes conseguir otra pareja para la fiesta. Por lo que he oído decir, te va bastante bien con las señoras.

—Quiero que seas tú la que venga. No otra.

—Se me está haciendo tarde —le indicó Laura—. Mi cliente me espera en el vestíbulo a las ocho.

Joe se puso en pie y la miró a los ojos.

—¿Qué tengo que hacer para conseguir que salgas conmigo? ¿Esperar a que se venda la novela?

—Creo que será mejor que te marches —le pidió ella con frialdad.

Joe la rodeó rápidamente con los brazos y la besó mientras la presionaba en la ingle con el falo, ya erecto. Observó que la cara de Laura se ponía pálida y luego se tornaba rosácea a causa del rubor. Finalmente lo apartó de sí.

Joe se encaminó a la puerta y, mientras la abría, se volvió hacia la muchacha.

—Para tu información, te diré que nunca me he acostado con tu hermana. Siempre ha sido a ti a quien he deseado.

Cerró la puerta de golpe y echó a caminar por el pasillo hacia el aparcamiento.



20

Todavía seguía enojado cuando entró en casa y subió por las escaleras que conducían a las habitaciones. Se quitó rápidamente la chaqueta, la corbata y la camisa.

—¡Perra! —exclamó a media voz—. ¡No es más que una perra frígida y calientapollas!

Justo entonces sonó el timbre del teléfono. La voz de Laura le llegó a través del hilo.

—Joe —le dijo—. No desearía que te enfadases conmigo.

—¿Y qué esperas que haga después de mandarme a paseo con la polla en ristre? —le espetó él.

—No tienes por qué hablar así. Yo nunca te prometí nada. Lo sabes perfectamente.

—Y nada también es lo que me has dado.

—No seas tonto —le consoló ella—. En primer lugar, eres un hombre casado y tienes una hija. Además, lo nuestro es meramente una relación profesional, y si en la oficina sospechasen que hay el menor trato personal, me despedirían. Y perderíamos nuestra oportunidad.

Joe se quedó pensativo.

—Puede que tengas razón. Pero esto no quita para que todo esto me parezca una mierda.

—Cálmate —le pidió Laura—. Leeré las páginas que me has entregado hoy y te llamaré por teléfono la semana que viene.

—De acuerdo. Supongo que no puedo elegir. Así son las reglas del juego.

—Eso ya es más sensato de tu parte. Ahora tengo que marcharme. Adiós.

Joe se quedó mirando el teléfono. Incluso el mero sonido de la voz de aquella mujer conseguía encenderle las pasiones. Maldijo para sus adentros y salió al pasillo.



—¡Rosa! —llamó.

—¿Diga, señor?—le contestó la muchacha desde el salón.

—¿Quieres hacerme un café?

—Sí, señor¹¹.

Joe la observó caminar hacia la cocina. Rosa continuaba llevando el tenue vestido de algodón de siempre; podía ver el sujetador y las bragas negras que se transparentaban a su través. Se preguntó si la muchacha sería consciente del aspecto de ramera que ofrecía al caminar.

Joe cruzó la habitación y se dirigió al cuarto de baño. Levantó la tapa del inodoro y se abrió la bragueta. No se percató de que tenía una semierección hasta que, después de terminar, se disponía a volver al dormitorio. Rosa estaba de pie junto a la cama sosteniendo en las manos una bandeja con la cafetera. Lo miraba. Notó que el pene le aumentaba de tamaño y no hizo nada por ocultarlo.

—¿Se lo dejo aquí, junto a la cama?

—Sí, ahí está bien —dijo él todavía de pie en el cuarto de baño.

—Sí, señor.

Colocó la taza de café en la mesita de noche.

—¿Necesita algo más, señor?

—No, nada.

—¿Quiere azotarme, señor?

—¿Por qué habría de querer azotarte? —le preguntó él, sorprendido.

—A veces mi papá quiere hacerlo cuando está así, excitado como usted ahora —le explicó ella.

—Yo no soy tu papá.

—Pero es un hombre —continuó Rosa—. Lleva usted cuatro noches sin la *señora*. Debe ser *mucho* difícil para usted, señor. Muchas veces mi papá se corre mientras me azota; luego se siente mejor.

¹¹ En español en el original. (N. del T.)



Joe notó que el pene se le ablandaba. La excitación le había desaparecido.

—Lo siento, Rosa —dijo con cansancio—. Márchate.

Esperó a que la muchacha se hubiera marchado antes de tumbarse en la cama.

Se quedó contemplando el techo. Estaba enfadado consigo mismo. No había caído en la cuenta de que Kathy lo llamó para decirle lo de la fiesta de A. J. Pero la verdad era que habían pasado cuatro meses sin que le llamase nadie del negocio. De no ser por el ascenso de Motty habría tenido que echar mano de los ahorros para poder vivir. A ella le iba muy bien. Ahora ya ganaba veinticuatro mil dólares al año. Era más de lo que él había conseguido en el mejor de sus años.

Se sentó en la cama y comenzó a beberse el café. Aquél era el tercer viaje que Motty hacía a Nueva York. La primera vez se había llevado con ella a la niña y se había alojado en casa de los padres de Joe; pero en las dos últimas ocasiones había decidido quedarse en el hotel «Pennsylvania». Estaba situado en medio del barrio en el que estaban las tiendas de confección, le había explicado ella. Pero a Joe le parecía que aquél no era el único motivo. Motty había cambiado... Ya no era la dependienta que él recordaba. Ahora estaba imbuida de cierto aire de determinación. El maquillaje, que se aplicaba de modo obviamente profesional, así como el peinado y la ropa que llevaba, respondían siempre a los dictados de la última moda. Pero el verdadero cambio se había producido en los ojos de Motty. Antes eran jóvenes y francos; ahora mostraban reserva y se hallaban siempre en guardia, como si ella viviera en un mundo en el que Joe no podía penetrar.

Se preguntaba si Motty se estaría acostando con su jefe, el señor Marks. Qué estúpido era. Claro que se acostaba con él. No hay forma de que una chica, por buena que sea en su profesión, consiga ascensos y mejoras económicas si no es por ese camino. Hasta en la forma de hacer el amor había cambiado su esposa. Ahora lo hacía de un modo más sofisticado y reservado. Tiempo atrás no podía parar de correrse... y ahora tenía un único orgasmo, y gracias. Después le faltaba tiempo para ir apresuradamente al cuarto de baño a fin de ducharse y lavarse el esperma que accidentalmente hubiera podido abrirse camino en su interior. Verdaderamente, era un tonto. Al gallo le había puesto los cuernos un gusano con la polla forrada de oro. Dejó de golpear en el plato la taza de café, que se derramó por toda la mesita de noche.

—¡Rosa! —llamó a gritos.



La muchacha apareció de inmediato en el umbral de la puerta con ojos espantados.

— *¿Diga, señor?*¹²

Joe le señaló con la mano el café derramado.

— Limpia esto.

Rosa asintió y regresó al cabo de un momento con una bayeta. Se arrodilló junto a él y empezó a limpiar la mesita. Todavía de rodillas, giró la cara hacia Joe.

— No hay problema —le dijo.

Joe se quitó el cinturón de los pantalones y dejó que éstos le resbalaran por las piernas hasta el suelo.

— Tendrás que lavarlos. Se han manchado de café. Rosa se quedó mirándole fijamente los genitales.

— ¿Qué miras? —le preguntó él, irritado—. Quieres tocármela, ¿no es eso?

La muchacha permaneció en silencio, quieta, sin moverse lo más mínimo.

Airado, Joe le cruzó la cara de una bofetada.

— ¡Maldita sea! ¡Querías tocármela!

Casi con reverencia, Rosa le acarició los testículos con la mano.

— *Cojones muy grandes*¹³ —susurró. Luego cerró la mano alrededor del pene.

Él la ayudó a levantarse.

— Así no —dijo con voz ronca—, ¡Desnúdate!

Sin mirarle, ella se quitó el vestido en silencio, se desabrochó el sujetador de algodón negro y lo dejó caer al suelo junto con las bragas. Luego se tapó el pubis con las manos.

— Joder no —musitó—. Soy virgen.

¹² En español en el original. (N. del T.)

¹³ En español en el original. (N. del T.)



—¡Ah, mierda! —exclamó él al tiempo que se le disipaba la ira—. Vístete. — Pasó junto a la muchacha y se dirigió al cuarto de baño—. Voy a ducharme y después saldré a dar una vuelta.

—Chaquetones de visón por doscientos dólares —decía el señor Samuel—. Auténtico visón oscuro, el más solicitado.

—¿Y dónde está la ganga? Nuestros almacenes se encuentran en Los Ángeles, no en Nueva York.

—Unos chaquetones de visón como éstos, completamente forrados, pueden ponerlos a la venta a cuatrocientos noventa y cinco dólares. Se los quitarán de las manos.

—El precio no está mal, señora Crown —intervino el señor Marks.

Motty lo miró.

—Recuerde, señor Marks, que nuestra sección de peletería siempre nos ha ocasionado pérdidas. Y el espacio que ocupa en la planta baja es demasiado grande como para permitirnos el lujo de perder dinero con ella.

—Eso se debe a que los vendedores que tienen ustedes allí no entienden de pieles —replicó Samuel—. Un buen peletero haría una fortuna en un sitio como ése.

—No quiero discutir con usted, señor Samuel —dijo Motty—. Pero comprenderá usted que no nos queda más remedio que arreglarnos con los dependientes de que disponemos. A no ser que tenga usted una idea mejor.

—Si quieren realmente que los almacenes sigan subiendo de categoría —afirmó Samuel—, lo que tienen que hacer es instalar allí un salón de peletería de prestigio.

Motty lanzó una mirada al señor Marks y luego se volvió hacia el peletero.

—¿Y si le diéramos a usted una concesión? Usted afirma que puede hacerlo mejor que nosotros, y yo le creo.



—No sé —respondió Samuel con cautela—. Ahora andamos un poco justos. Ya tenemos una concesión en los almacenes «Hudson's» de Detroit. Todo depende de la cantidad de dinero de la que estemos hablando.

—No he pensado en ello —dijo Motty. Se volvió hacia el señor Marks—, ¿A usted qué le parece?

—Yo tampoco lo he considerado. ¿Cuánto nos cuesta esa sección de la planta baja?

—En los almacenes de Beverly Hills, cerca de noventa mil dólares —respondió Motty.

—¿Y en las otras cuatro tiendas?

—Quince mil dólares cada una. Beverly Hills supone más del cincuenta por ciento de todas nuestras ventas de pieles.

—Es demasiado caro —dijo Samuel rápidamente—. Tendría que tener un cuarto de millón de dólares en mercancías almacenadas, para alcanzar el volumen de ventas que nos permitiera no perder dinero.

—Estamos condenados tanto si lo hacemos como si no —dijo el señor Marks.

Samuel lo miró con detenimiento.

—¿Hablas en serio?

Marks asintió.

—Completamente.

—Muy bien —dijo Samuel haciendo un gesto con la cabeza—. En ese caso les haré una oferta justa. Les daré cincuenta mil dólares por la concesión y el veinte por ciento de las ventas siempre que ustedes participen en los gastos de publicidad y se hagan cargo de las operaciones de crédito. Si no me equivoco, de esa forma todos saldremos ganando, pues haremos bastante dinero.

—¿Y si te equivocas? —le preguntó el señor Marks.

—Perderemos algo, pero no demasiado. Y acabas de decir que de todas formas esa sección os cuesta dinero.

Marks se volvió a Motty.

—¿Qué opina?



La muchacha miró a Samuel.

—Yo tengo fe en el señor Samuel. Creo que sabe muy bien lo que se hace.

—Gracias, señora Crown —dijo Samuel. Luego giró la mirada hacia Marks—. ¿Tú qué dices, Gerald?

—¡Adelante! —dijo éste al tiempo que le tendía la mano.

Samuel se la estrechó.

—Iré a visitaros dentro de un par de semanas y haremos los cambios oportunos en la sección. —Sonrió—. Ya puedo verlo en los anuncios: «Paul, el peletero de Beverly Hills.»

—Paul, ni hablar —dijo Motty.

—¿Por qué no? —le preguntó Samuel—. En los almacenes «Hudson's» de Detroit da muy buen resultado.

—Usted lo ha dicho, eso es en Detroit —le indicó Motty—, Pero nosotros estamos en Beverly Hills. Allí hace falta una cosa que cause mayor impresión.

Samuel se quedó mirándola fijamente.

—¿Quizá «Revillon» le gusta a usted más?

—No —dijo ella riendo—. Sólo tiene que llamarlo «Paolo de Beverly Hills. El último grito en pieles». Sí. Me gusta. Brindemos por ello.

Transcurrió casi una hora antes de conseguir que Samuel se marchase. Después Motty se derrumbó en el sofá mientras Marks se volvía hacia ella.

—Estoy agotada —reconoció la muchacha—. Pensé que no iba a marcharse nunca.

Él consultó el reloj.

—Son casi las siete. ¿Por qué no te das un baño para relajarte y luego salimos a cenar?

—¿Es necesario que salgamos? —le preguntó ella.

—No —repuso Marks—, Podemos cenar aquí mismo, en la suite.

—Lo preferiría. Estoy cansada de salir a cenar con unos y otros.



—Pues lo haremos aquí los dos solos. —Se inclinó y la besó. Luego—: Toda la tarde he deseado hacer esto.

—Yo también —dijo Motty rodeándolo con los brazos. Lo besó otra vez—. ¿Eres feliz? —le preguntó.

—Mucho —contestó él—. Formamos un buen equipo. Creo que hemos hecho un buen negocio con Samuel.

—Sí —asintió ella—. Ojalá todos nuestros problemas pudieran resolverse con tanta facilidad.

Marks sonrió mientras la miraba.

—Uno de ellos ya está resuelto —le informó.

Motty lo miró inquisitivamente.

—Soy un hombre libre —dijo él—. Me ha llamado mi abogado. Mi mujer ha cumplido las seis semanas de estancia en Reno; el divorcio ya está tramitado y ahora es mi ex mujer.

Motty, en silencio, no apartaba los ojos de él.

—No parece que te alegre mucho —continuó Marks.

—Sí que me alegra —dijo la muchacha—. Pero también me asusta.

—Tarde o temprano tendrás que decírselo.

—Ya lo sé —aceptó Motty—. Pero ahora Joe está pasando por una mala racha. Ojalá tuviera algo en que trabajar.

—Siempre existirá un problema u otro. Y a juzgar por lo que me has contado, dispone de suficientes chicas para consolarse. Y puesto que no vas a pedirle que te pase una pensión, ni propiedades, ni siquiera que se ocupe de la niña, es seguro que se repondrá con facilidad.

Motty no dijo nada.

—Y divorciarse es muy sencillo —continuó Marks—. Si tu marido firma los papeles, puedes hacerlo en Tijuana en un solo día.

Ella siguió sin pronunciar palabra.

Marks la miró a los ojos.



—Es decir, a menos que lo que suceda sea que no desees casarte conmigo.

Motty lo atrajo hacia sí y le deslizó la mano por la entrepierna. Sintió como el pene de aquel hombre aumentaba de tamaño entre sus dedos.

—Por supuesto que deseo casarme contigo —le susurró muy bajo al oído.



21

El coche que tenía Joe, un «Chrysler Airflow» de antes de la guerra, parecía fuera de lugar entre tantos «Rolls», «Cadillac» y «Continental» como había aparcados delante de la casa que A. J. poseía en Beverly Hills, en la esquina de las calles Rodeo y Lomitas. El encargado del aparcamiento, un joven que llevaba una chaqueta roja, le entregó un ticket a Joe y se llevó el coche. Joe se quedó un momento allí de pie antes de echar a andar hacia la entrada principal. Vio cómo el muchacho se llevaba el coche calle abajo, lejos de los lujosos automóviles que estaban situados delante de la casa. Sonrió para sus adentros. Hasta los coches eran víctimas del sistema de castas.

Un mayordomo chino vestido de smoking le abrió la puerta.

—¿Tiene la bondad de decirme su nombre, caballero?

—Joe Crown.

El mayordomo echó un rápido vistazo a la lista que sostenía en la mano e hizo un gesto de asentimiento. Le indicó con un gesto el salón, ya abarrotado de invitados.

Blanche Rosen, la esposa de A. J., se hallaba a la entrada de dicho salón. Era una mujer atractiva, que no aparentaba los cuarenta y tantos que ya tenía. Al verle, sonrió y le tendió la mano.

—Hola, Joe —dijo con voz afectuosa—. Me alegro de que hayas venido.

Él se la estrechó.

—Gracias por invitarme, señora Rosen.

—Llámame Blanche —le indicó ella. Luego señaló hacia el salón—. Estoy segura de que ya conoces a la mayor parte de las personas que hay aquí. Estás en tu casa. El bar lo hemos instalado al fondo.



—Gracias, Blanche —dijo. Pero la mujer ya se había dado la vuelta para recibir a otros invitados que acababan de llegar. Joe se dirigió al bar. Reconoció a muchos de los presentes, pero en realidad eran muy pocos aquellos a los que conocía personalmente o que le habían sido presentados con anterioridad. Un barman negro le sonrió.

—¿Qué desea tomar el señor?

—Un escocés con agua —pidió Joe. Cogió la copa y se marchó al otro extremo de la habitación. A. J. estaba allí de pie rodeado de varias personas; tenía al lado a Judi, que iba ataviada con un ligero vestido de lentejuelas completamente transparente. Parecía que todos los del grupo estuvieran hablando a la vez.

Un suave murmullo de excitación se propagó desde la entrada del salón. A. J. cogió a Judi del brazo y, casi a tirones, la condujo hacia aquel lugar, Joe los siguió con la mirada. Percibió el sombrero de la mujer y al momento supo de quién se trataba: era Hedda, famosa por los sombreros que tenía por costumbre utilizar. Se habían convertido en la marca distintiva de aquella mujer.

Hedda era una de las más famosas columnistas de Hollywood. En un abrir y cerrar de ojos el lugar se llenó de fotógrafos que comenzaron a disparar sus *flashes*. Hasta el mismísimo A. J. se mostraba servil con la periodista.

Ray Stern se acercó a Joe y, en voz baja, le musitó unas palabras al oído.

—Realmente metí la pata, ¿no te parece? —le dijo.

Joe se volvió hacia el director.

—¿A qué te refieres?

—Pude haber sido yo el director de esa película y lo tiré todo por la ventana.

—No es una película importante.

Stern se quedó mirándolo.

—Todas las películas que dan dinero son importantes.

—Pues yo no veo que a mí me sirva de mucho —le confió Joe—. Desde entonces no he vuelto a trabajar.



—Ahora tendrás ocasión de hacerlo, ya lo verás —le dijo Stern—. ¿Por qué crees que te ha invitado A. J. a esta fiesta? Eres el guionista que ha escrito la película más taquillera que han producido este año los estudios de A. J.

Joe lo miró y no dijo nada.

—Posiblemente —continuó Stern— al finalizar la fiesta firmarás un contrato con A. J. para hacer una película de la misma serie.

—Ni siquiera se ha percatado de que estoy aquí.

—No te lo creas —le dijo Stern—, Él se fija en todo.

Joe se encogió de hombros.

—No sé. —Miró al director—. ¿En qué estás trabajando ahora? —le preguntó.

—En nada. A. J. ha dejado que mi contrato caducase. No sé poiqué me ha invitado. Lo más probable es que se olvidaran de borrarne de la lista de invitados.

—Venga, hombre —le animó Joe—. No será para tanto.

—¡Al infierno con todo! —dijo Stern amargamente—. Voy a tomarme otra copa.

Joe observó al director mientras éste se dirigía al bar. Entonces oyó una voz femenina a sus espaldas.

—¿Es usted Joe Crown?

Se dio la vuelta. Se trataba de una chica bastante alta, con ojos azules y un pelo de color caoba que le llegaba casi hasta los hombros. Llevaba un vestido de seda azul muy ajustado.

—Sí —contestó él.

La muchacha lo miró.

—Soy Tammy Sheridan. ¿No me reconoce?

Se consideró obligado a presentarle una disculpa.

—Lo siento.

—Hice un papel secundario en la película —continuó ella—. Era la chica que peleaba con Judi.

—Ahora sí que lo siento —dijo Joe sonriendo—. No he visto nunca la película.



—¿Nunca? —repitió ella, incrédula—. ¿Ni siquiera en la sala de proyección de los estudios?

—No me invitaron —contestó Joe—. Y además, para entonces yo ya no pertenecía al equipo. Seguramente iré a verla cuando se estrene aquí, en Los Ángeles.

—Pero si me han dicho que ya estaba usted escribiendo la segunda parte. Pensé que podríamos hablar un poco acerca de mi papel.

Joe se echó a reír.

—Podemos hablar de ello, si usted quiere. Pero a mí me gustaría conseguir primero el trabajo.

La muchacha se echó a reír. Joe se dio cuenta de que no le creía.

—¿Está solo? —le preguntó ella.

—Sí.

—¿No tiene pareja?

—No.

—Es curioso. Me habían dicho que estaba usted liado con Judi y que además era un hombre casado.

—Dicen muchas tonterías —dijo él—. Estoy casado, en efecto. Lo que sucede es que mi esposa se halla en Nueva York. Y no tengo nada que ver con Judi.

—Me contaron que fue gracias a usted que a Judi le dieron el papel en la película.

—Pues no es cierto.

—¿Y entonces cómo consiguió el papel? —quiso saber la muchacha—. Como actriz no vale nada. A su lado yo, en los días malos, parezco Greta Garbo.

Joe hizo un gesto con la mano.

—No lo sé. Yo me limité a escribir el guión.

Tammy miró hacia el otro lado del salón, en dirección a los reporteros gráficos que no paraban de fotografiar a Judi y a Steve Cochran, que acababa de llegar.

—¡No es más que una vulgar puta de mierda! —exclamó la joven a todas luces celosa. Se volvió de nuevo hacia Joe—, ¿Tiene usted coche? —le preguntó.



El asintió.

—Yo he venido en taxi —le hizo saber Tammy—. A lo mejor puede llevarme a casa al terminar la fiesta.

—Claro.

—Búsqueme cuando decida marcharse —le dijo ella al tiempo que comenzaba a alejarse—. Mientras tanto intentaré enredar a alguno de esos fotógrafos a ver si consigo que me haga unas cuantas instantáneas.

La observó mientras la muchacha, con la misma actitud que un sabueso, se mezclaba con la gente; luego se acercó al bar y pidió otra copa. Empezaba a hacer calor en el salón y decidió situarse junto a una ventana para que le diera un poco de aire fresco. El señor Metaxa, el banquero de Nueva York, se le acercó.

—Felicidades, Joe —dijo jovialmente.

Éste sonrió.

—Gracias, señor Metaxa. Pero... ¿puedo preguntarle por qué me felicita?

—Por el guión, hombre. La película va a producir un buen montón de dinero. Quizá llegue a los dos millones. Estamos muy satisfechos.

—Yo también —dijo Joe.

Metaxa lo cogió del brazo.

—Ven conmigo —le pidió—. Hay un productor italiano, un buen amigo mío, que quiere conocerte.

Caminaron juntos hacia un hombre alto y bien parecido, con una cabeza distinguida y poblada de cabellos blancos. Metaxa habló con el italiano y luego hizo de intérprete para Joe.

—Joe Crown, el *scrittore*¹⁴ —dijo—. Raffaello Santini, el mejor productor italiano. El señor Santini ha conseguido un gran éxito en Roma con *La motocicletta de una sola rueda*.

¹⁴ En italiano en el original. (N. del T.)



Joe había oído hablar de aquella película. Era una de las primeras obras neorrealistas que se habían hecho en Italia. A la crítica le había entusiasmado. Había estado a punto de ganar el Óscar de la Academia a la mejor película extranjera.

—Es un honor conocerle, señor Santini —dijo.

—Y para mí es un honor y un placer conocerle a usted, señor Crown —dijo el otro con un pronunciado acento italiano—. Me ha gustado mucho la película que escribió. Es muy divertida y demuestra que usted sabe muy bien qué es lo que la gente que va al cine desea ver. Hacen falta más guionistas con su experiencia.

—Gracias, señor Santini.

Este asintió con el semblante muy serio.

—Puede que algún día le apetezca a usted venir a Italia para hacer una película conmigo.

—Me gustaría mucho —dijo Joe.

En aquel momento les llegó desde atrás la voz de A. J.

—¡Eh, vosotros, los italianos! ¿Qué estáis tramando a mis espaldas con mi guionista favorito? ¿Acaso intentáis robármelo? —La sonrisa que le cruzaba la boca contradecía evidentemente aquellas palabras.

—De ninguna manera —se apresuró a decir Metaxa—. El señor Santini estaba alabando el trabajo de Joe.

—Tengo firmado contrato con él para hacer tres películas más —dijo A. J.

Joe lo miró, sorprendido. Aquélla era la primera noticia que le llegaba al respecto. Decidió guardar silencio.

—Precisamente el lunes por la mañana tenemos una reunión en los estudios para tratar del primer guión —les informó A. J. mirando a Joe—, ¿No es cierto, muchacho?

—En efecto, A. J. —contestó Joe.

—¿Y qué título piensan ponerle a la próxima película? —quiso saber Santini.

A. J. lo observó en silencio.

—Ya puedes decírselo, Joe.



Éste, sin dudarle un momento, le respondió al italiano.

—El retorno de la reina guerrera.

—Claro —dijo el señor Santini como si aquello no se le hubiera podido ocurrir a nadie más—. ¡Qué simple! ¡Qué inteligente! Con ese título ya está vendida de antemano.

—No lo olvides, muchacho. El lunes a las nueve de la mañana —repitió A. J. antes de alejarse muy sonriente.

Los dos hombres lo siguieron con la mirada. Santini, en voz baja, le murmuró algo en italiano a Metaxa. Luego se volvió hacia Joe.

—Acuérdese de lo que le he dicho, señor Crown. Algún día haremos una película juntos en Roma.

Por el rabillo del ojo Joe vio que Tammy se les estaba acercando.

—¡Joe! —lo saludó la muchacha como si fueran viejos amigos—. Te ruego que me presentes al señor Santini. Es mi cineasta favorito.

—El señor Santini —dijo Joe haciendo las presentaciones—, la señorita Tammy Sheridan.

—Me encantó su película —le hizo saber Tammy con cara de éxtasis al italiano—. Yo voté por ella para el Oscar de la Academia. Me llevé una desilusión muy grande al ver que no ganaba.

—Gracias, señorita Sheridan —contestó cortésmente el italiano.

—Ya están avisando para la cena —continuó la muchacha—, ¿Puedo sentarme con usted? Me gustaría hacerle un montón de preguntas acerca de su maravillosa película.

—Lo siento —dijo el señor Santini en tono de disculpa—, pero no puedo quedarme a cenar. Tengo un compromiso previo en «Chasen's».

—Vaya, yo también lo siento mucho, señor Santini —dijo Tammy con sinceridad.

El italiano le cogió una mano e, inclinando la cabeza, se la besó.



— *Ciao*¹⁵ — se despidió.

Tammy dio un suspiro y se quedó mirándolo mientras se alejaba.

— ¡Qué forma de saludar tiene ese hombre! — le confió a Joe —, Cuando me rozó la mano con los labios me dio la impresión de que me acariciaba el coño con la lengua.

— ¡Mierda! — exclamó Joe —, Eso también lo sé hacer yo.

Tammy lo miró.

— ¿Besarme la mano de ese modo?

— No — precisó Joe sonriendo —. Acariciarte el coño con la lengua.

¹⁵ En italiano en el original. (N. del T.)



22

Las fiestas de Hollywood solían terminar temprano. La excusa habitual era que todos tenían que estar en los estudios a las siete de la mañana. Los actores se marchaban incluso antes, pues debían presentarse en maquillaje entre las cinco y media y las seis de la madrugada. Ya eran las once cuando Tammy se sentó en el coche junto a Joe. Éste le dio un dólar al empleado de aparcamiento y condujo el vehículo por el sendero hacia la salida.

—¿Dónde vives? —preguntó mirando a la muchacha.

—En el valle —repuso ella. Parecía tener cierta actitud de desafío.

—Muy bien. Pero explícame cómo se llega hasta allí.

—Ve por Laurel Canyon. Vivo a dos manzanas de este lado de Ventura.

—Vamos allá —dijo él girando hacia Sunset.

—Hace frío esta noche —comentó Tammy—, Estoy temblando. ¿Te importaría encender la calefacción?

En silencio, Joe hizo lo que la muchacha le pedía. El aire templado comenzó a penetrar en el habitáculo.

—Esto ya es otra cosa —dijo ella volviéndose hacia Joe para mirarlo—. ¿Por fin vas a hacer la película?

Él se encogió de hombros.

—A. J. quiere verme el lunes por la mañana —contestó.

—Eso significa que desea que la hagas —afirmó Tammy con convicción.

—Ya veremos. No lo sé. De momento todavía no hemos hablado de dinero.



—Eso no será problema. Películas como éstas significan dinero seguro en el Banco.

Joe le dirigió una sonrisa.

—Hablas más como un representante que como una actriz.

La muchacha sonrió a su vez.

—No tiene nada de extraño —dijo—. Llevo ya mucho tiempo en esta ciudad.

—No eres tan mayor.

—Tengo veintiséis años. Llevo aquí desde los dieciséis.

—Pues no los aparentas.

—Es por el maquillaje —le explicó ella medio en broma—. Puedo asegurarte que conseguirás ese trabajo.

—¿Por qué?

—He estado observando a la señora Rosen, la esposa de A. J. Se le iban los ojos detrás de ti.

—Yo no me he dado cuenta. Apenas me ha dirigido la palabra en toda la noche.

—Pero yo la he sorprendido mirándote. Y en varias ocasiones. —Hizo una pausa mientras el coche abandonaba Sunset y enfilaba hacia Laurel Canyon—. ¿Sabías que ella trabajaba como jefe de redacción para A. J. antes de que se casaran?

—No.

—Todavía es ella la que se encarga de leer los guiones. A. J. nunca lo hace. Y esa mujer tiene debilidad por los escritores. Especialmente si son jóvenes.

—No veo que eso vaya a garantizarme el trabajo.

—Mándale flores con una nota de agradecimiento —le dijo Tammy—. Un par de días después ella te llamará para invitarte a comer en la casa que tienen en Malibú. Así es como la señora Rosen actúa, todo el mundo lo sabe.

Joe le dirigió una rápida mirada.

—Verdaderamente conoces el terreno.

La muchacha asintió.



—Pero no me sirve de mucho —comentó con amargura—. Estos estudios son ya los terceros con los que firmo un contrato, y nunca he conseguido que me den un papel de protagonista.

—Dicen que a la tercera va la vencida.

—Así lo espero —dijo ella sin mucha convicción.

Permanecieron en silencio hasta que, tras una curva de la carretera, divisaron las luces de Ventura Boulevard brillando ante ellos.

—Gira por la tercera calle a la derecha —le indicó Tammy—. Es la segunda casa.

Joe maniobró con el coche y lo detuvo donde ella le había indicado. Se trataba de una casa pequeña y bien conservada.

—Parece un sitio muy agradable —comentó.

—Te invitaría a entrar, pero comparto la casa con otras dos chicas.

—No te preocupes.

Tammy le colocó la mano en la entrepierna.

—Puedo hacerte un francés aquí, en el coche —le ofreció.

—No. Gracias de todos modos —repuso Joe sonriendo.

—Lo hago muy bien.

—No lo dudo —asintió Joe—. Pero puedo esperar.

La muchacha se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por traerme a casa. Te llamaré a los estudios.

—Hazlo. Buenas noches.

La miró mientras se alejaba corriendo hacia la puerta principal. Luego dio media vuelta con el coche y se dirigió a su casa. Antes de medianoche estaba en la cama.

—Veo que te has convertido en un hombre importante —le dijo Shirley—. Ya llegó la orden. Te hemos trasladado a uno de los despachos que hacen esquina.

—Sólo han pasado veinte minutos desde que firmé el contrato con A. J.



—Pues se ve que estaba muy seguro de que llegaríais a un acuerdo —le confesó Shirley sonriendo—. Me dio la orden el viernes. —Cogió un juego de llaves que había encima del escritorio—. Vamos, te lo enseñaré.

Siguió a la muchacha hasta el final del pasillo. La puerta del despacho era de madera maciza, no una de ésas con un simple marco y cristal esmerilado que no proporcionaba ninguna intimidad. Abrieron la puerta y entraron en la habitación. El suelo estaba cubierto de moqueta y todas las paredes forradas de madera. El sofá y los sillones se veían un poco viejos, pero eran de cuero auténtico. La máquina de escribir no se hallaba sobre el escritorio, sino en una mesita auxiliar.

—¿Te gusta? —le preguntó Shirley.

Joe hizo un gesto de asentimiento.

—Aquí al menos se puede respirar —dijo.

—Bien. Ya te he traído folios, papel carbón, blocs amarillos y lápices. El teléfono está conectado directamente con la centralita; puedes llamar y recibir llamadas sin que pasen por mi mesa. Si quieres que yo conteste cuando estés ausente o trabajando, acciona ese botón que hay al lado.

—Parece que esto está bastante bien.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en hacer el guión?

—El primer borrador posiblemente me lleve un mes; y otro más para corregirlo, pulirlo y volverlo a escribir. A. J. quiere que la película esté lista en julio.

—No es mucho tiempo.

—Ya me las arreglaré.

—Bien, ahora te dejo para que te instales a tu gusto —dijo Shirley mientras caminaba hacia la puerta—. Llámame si necesitas algo.

—Gracias, Shirley.

—Buena suerte —le deseó ella cerrando la puerta al salir.

Joe se acercó al escritorio, se sentó ante él y miró a su alrededor. El despacho no estaba mal. Incluso había algunos cuadros colgados en la pared. Puso un paquete de cigarrillos sobre la mesa y encendió uno pensativo. A pesar de que le hubiese dado un despacho y un escritorio mejores, A. J. seguía siendo un mierda. En lugar de



los tres guiones que le había prometido en la fiesta, sólo lo había contratado para uno de ellos. Por contra, le había subido los honorarios a veinte mil dólares. El trato para los otros guiones quedaba pospuesto para cuando hubiera terminado éste.

Se sobresaltó al oír el timbre del teléfono. Sólo eran las once de la mañana. Lo cogió.

—Joe Crown.

—¿El señor Crown?

Era una voz femenina.

—Sí —contestó él poniéndose en guardia.

—Soy Blanche Rosen. Enhorabuena por el nuevo despacho —dijo la voz alegremente—. Te he llamado para darte las gracias por las flores. Son preciosas. Muy amable de tu parte.

—Ha sido un placer —dijo él—. Realmente lo pasé muy bien en la fiesta; te doy de nuevo las gracias por haberme invitado.

—He leído bastantes cosas tuyas —le comunicó la señora Rosen—. Incluidos varios cuentos. Eres un buen escritor, Joe. Quizá mejor de lo que tú mismo crees.

—Gracias, Blanche.

—Sé de qué estoy hablando —continuó ella—. Antes yo era jefe de redacción en «Doubleday», en Nueva York, y luego trabajé como asesora con A. J. aquí, en los estudios, antes de casarnos. Sigo leyendo todos los guiones que pasan por sus manos.

—Eso es muy interesante —dijo Joe.

—Estoy al corriente de la idea que te ha propuesto A. J. y me gustaría hacerte algunas sugerencias que estoy segura te ayudarían a evitar ciertos problemas que existen a la hora de confeccionar un guión. ¿Por qué no comemos juntos el miércoles? Tengo una casita en Malibú, nada del otro mundo, pero allí podremos hablar tranquilos.

—Estaré encantado.

—¿Te parece bien a las doce y media? —le propuso Blanche.

—Perfecto —dijo él—. Ya estoy deseando que llegue el momento.



Colgó el teléfono. Tammy estaba en lo cierto. Aquella mujer aprovechaba cualquier ocasión.

La segunda llamada que recibió era de Tammy.

— Enhorabuena. Ya te dije que conseguirías el trabajo.

— Sí, tenías razón.

— Me gustaría hacerte una visita —le dijo la muchacha—. Te he comprado un regalo para celebrar que tienes un despacho nuevo. ¿Te va bien ahora?

— Sí. Todavía no he comenzado a trabajar.

— Llegaré ahí dentro de diez minutos más o menos —dijo Tammy. Y colgó.

El teléfono volvió a sonar. Joe contestó.

— Siempre tienes la línea ocupada. Se ve que estás muy solicitado —le dijo Kathy.

— Me sorprende. No sabía que nadie estuviera al corriente de que me iba a instalar aquí.

— ¿Le comentaste a A. J. que no habías tenido oportunidad de ver la película?

— En efecto.

— Me ha dicho que esta noche a las ocho hay un pase privado en el teatro «Pacific Palisades». Ha pensado que a lo mejor te apetecía verla. Así podrás comprobar las reacciones del público mejor que si la vieras en la sala de proyecciones.

— Dile que iré.

Pocos minutos después el teléfono volvió a sonar. Esta vez era Laura, que le llamaba desde Nueva York.

— Felicidades. Me han dicho que estás escribiendo la segunda parte de esa película de Amazonas.

— Las noticias corren muy aprisa. Acabo de firmar el contrato hace un rato.

— Los estudios nos han enviado un teletipo con tu contrato. ¿Lo has aceptado?

— Desde luego —dijo Joe—. Veinte de los grandes no son moco de pavo.

— ¿Crees que eso afectará a la novela?



—La retrasará, pero sólo un mes. Este guión es pan comido.

—Eso espero. Lo que has escrito hasta ahora es muy bueno. No me gustaría que desaprovecharas esta racha de inspiración.

—No habrá ningún problema —le indicó Joe—. Ya he escrito otras cincuenta páginas desde que estuviste aquí. Te las enviaré un día de éstos.

—Sí, hazlo —convino ella—. Ya estoy ansiosa por leerlas. Si son tan buenas como las que he leído hasta ahora, ya tienes más de la mitad del camino.

—Acabaré la novela, no te preocupes. Pero en estos momentos veinte de los grandes me vienen de maravilla, francamente.

La voz de Laura se suavizó.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. Me han dicho que tienes problemas familiares.

—¿Quién te ha contado eso? Es la primera noticia que me llega.

—Ciertas personas de la costa me hablaron de que tu mujer pasa mucho tiempo fuera de casa.

—Eso no son más que habladurías. Si viaja mucho es a causa del trabajo. Es jefe de compras y no le queda más remedio que hacerlo.

—Me alegro. Lo importante es que tú estés bien.

—No te preocupes por mí.

—Si alguna vez puedo ayudarte en algo, sólo tienes que llamarme. Estoy de tu parte.

—Gracias —dijo Joe. Tras despedirse se quedó mirando fijamente el teléfono. La gente era una mierda. Parecía que lo único que desearan fuera crear problemas. ¿Qué demonios les importaba lo que hicieran los demás?

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Tammy entró y cerró la puerta tras ella. Llevaba un jersey muy ajustado de algodón y una falda corta. Lo único que Joe veía eran tetas, culo y unas largas y estupendas piernas. Lo tenía todo en la cantidad y en el sitio precisos, como en las carteleras de Sunset Strip. La muchacha le echó un vistazo al despacho.



— Es tan bonito como el despacho de muchos productores.

— Sí, no está mal — asintió Joe.

Tammy colocó delante de él, sobre el escritorio, una pequeña caja rectangular envuelta para regalo.

— Esto es para ti.

Joe se apresuró a abrirlo. Al ver de qué se trataba se echó a reír. Era una caja de doce preservativos lubricados de marca «Remeses».

— Confío en que sean de mi talla — dijo—. Normalmente me van pequeños.

— No seas presumido. Sólo hay una talla única.

— Los guardaré como un tesoro — le prometió—. Pero... ¿cuándo tendremos oportunidad de utilizarlos?

La muchacha volvió sobre sus pasos y cerró con llave la puerta del despacho.

— Me pareció que sería muy agradable que estrenaras el despacho echando en él un polvo conmigo. Después podemos ir abajo a comer.

El primer hombre que vio en el vestíbulo del teatro después del pase privado fue Mickey Cohen. Se saludaron con una inclinación de cabeza y se dieron la mano.

— Me ha gustado mucho la película — le dijo Mickey.

Joe lo miró dudando de que el otro hablara en serio, pero le pareció sincero. No dijo nada.

— Al público le ha encantado — continuó Mickey—. Todo el tiempo gritaban, especialmente esos chicos de escuela secundaria que había en el anfiteatro. Apuesto a que se masturbaron. Judi aparece en pantalla como si toda ella fuera coño.

— No lo entiendo — dijo Joe.

— Ni falta que hace — le comentó Mickey—. Sólo tienes que repetirlo de nuevo.

— No sé si lo conseguiré. Dudo que alguna vez pueda volver a escribir algo tan malo.

— Por veinte de los grandes, que es lo que te pagan, te gustará lo que escribas aunque sea una auténtica mierda.





23

Eran las once de la mañana cuando Judi, sin llamar siquiera a la puerta, entró como una tromba en el despacho de Joe.

—A. J. me ha dicho que me vas a dar muchas más líneas en esta película que en la otra —dijo sin molestarse en saludar.

Joe levantó la mirada hacia ella.

—Si A. J. lo dice, será verdad.

—Me gustaría ver esas páginas —continuó la muchacha de forma un poco brusca.

—No te pongas en plan divo, Judi —le aconsejó Joe—. Sólo hace dos días que he empezado a trabajar en el borrador. Ni siquiera he pensado en escribir los diálogos.

—No te creo —insistió ella.

—Pregúntaselo a A. J. —le contestó Joe—. Primero hago un esquema general, y luego el guión. Y entonces es cuando se escriben los diálogos.

—No me vengas con puñetas —dijo ella, airada—. Unas ganancias de cerca de un millón de dólares dejan bien claro que soy una estrella. Ahora ya no tengo que chuparle el culo a nadie para conseguir un maldito papel.

—Es cierto —convino él.

—Y tengo un contrato.

—Yo también.

—¡Puedo hacer que te echen ahora mismo de esta maldita película! —le espetó ella.



—De acuerdo. Sácame de la película. Me pagarán de todos modos. Pero te quedarás sin película donde hacer de estrella.

Judi se le quedó mirando.

—¿Es verdad eso?

—Son las normas Guild para guionistas.

La muchacha pareció calmarse de pronto.

—¿Entonces cómo voy a protegerme?

—Espera a que termine el guión. Entonces podrás hacer lo que te dé la gana.

—Te has estado acostando con Tammy y ella le cuenta a todo el mundo que vas a darle más líneas que a mí.

—Bueno. También se piensa todo el mundo que tú te acostaste conmigo para conseguir el papel en la primera película. Esto no son unos estudios cinematográficos, es un hervidero de cotillas.

Judi clavó la mirada en él durante unos instantes.

—¿Y por qué no me has invitado nunca a cenar?

Joe sonrió.

—No puedo permitirme esos lujos. La última vez que salí contigo me costó doscientos pavos, y A. J. todavía no me los ha devuelto.

—Ya no me dedico a ese tipo de negocio. Puedes llevarme a cenar gratis cuando quieras.

—En ese caso tendré mucho gusto en invitarte.

—¿Qué te parece el viernes por la noche? —sugirió la muchacha—. Podemos ir a «Chasen's» o a «Romanoff». Y después nos podemos acercar a «Mocambo».

Joe movió la cabeza negativamente.

—Esos lugares quedan fuera de mi alcance, Judi. Yo no gano tanto dinero. Lo más que puedo hacer es llevarte al «Brown Derby» —Eres un tacaño —dijo ella con desprecio.

—Trabajo para ganarme la vida —le corrigió Joe—. Nadie me paga los gastos.



—¿Y si yo consigo que lo paguen los de publicidad? Siempre están empujándome para que me haga fotografías en todos esos lugares.

—Sólo tienes que conseguir los vales y nos correremos una juerga que durará toda la noche.

—Te llamaré —dijo ella saliendo de la misma forma en que había entrado, sin saludar ni despedirse.

La puerta estaba situada en mitad de una larga verja de madera. Joe tiró de la cuerda que pendía junto a ella y oyó el sonido de una campanilla. La voz de Blanche respondió desde el otro lado.

—¿Quién es?

—Joe Crown —dijo él—. Echó una fugaz mirada en dirección al sol. Era un sol ardiente y cegador.

La puerta se abrió y la mujer se ocultó tras la misma mientras le permitía el paso. Estaba envuelta en una gran toalla de baño y tenía el cuerpo cubierto de abundante aceite bronceador.

—Llegas temprano. Sólo son las doce.

A pesar de aquellas palabras, no parecía enojada.

—Lo siento —dijo él—, Pero nunca había venido por aquí y por nada del mundo hubiera deseado llegar tarde.

—No tiene importancia —le indicó ella con afabilidad.

La siguió por el sendero que partía de la carretera y pasaba a través de un pequeño jardín; luego cruzaron el interior de la casa hasta un porche de madera construido sobre la playa. La señora Rosen se volvió hacia su invitado.

—¿Te apetece darte un baño antes de comer?

—No, gracias —repuso Joe.

—Tenemos muchos bañadores. Seguro que habrá alguno que sea de tu talla.

—Lo siento. No sé nadar —se disculpó Joe.

La señora Rosen se echó a reír.



—Al menos eres sincero. La mayoría de la gente busca otras excusas. —Miró brevemente hacia el sol—. Pero al menos deberías ponerte un bañador. Te achicharrarás al sol con toda esa ropa... e igualmente aunque te pongas a la sombra.

Joe encontró un viejo sombrero de paja para protegerse la cabeza. Los bañadores eran todos de tallas pequeñas. Finalmente encontró uno que consiguió a duras penas que le entrara por las caderas, aunque el vello del pubis le asomaba por el borde superior. Vio que ella lo miraba y se dio cuenta de que aquella mujer lo había arreglado todo previamente.

—He preparado tónica con vodka —comentó ella—. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

Blanche se sentó en una colchoneta extendida sobre el suelo de madera. Le tendió a Joe uno de los vasos.

—Bien venido a Malibú.

—Gracias —dijo él. Dio un sorbo de la bebida; estaba helada y muy buena.

Brindaron, y al hacerlo la toalla de playa que la mujer llevaba resbaló en parte dejándole al descubierto un costado, desde el pecho hasta la mitad del pubis. Este era rizado, aceitoso y brillaba a causa del sol. Ella se percató de que Joe la miraba.

—Espero que no serás un puritano —le dijo.

Él sacudió la cabeza de un lado a otro.

Blanche dejó caer la toalla del todo; luego, apoyando los brazos hacia atrás en la colchoneta, se tumbó al sol.

—Soy naturista, una auténtica fanática del sol.

—Muy interesante.

La mujer se volvió hacia Joe.

—Permíteme que te ponga un poco de crema bronceadora. Impedirá que se te quemem la piel.

—Preferiría que no lo hicieras.

—¿Por qué? —le preguntó ella.



—Tengo el punto de ebullición muy bajo. Ya me está costando bastante comportarme con formalidad.

—No estoy ciega —dijo ella mirándolo fijamente—. La polla te asoma por debajo del bañador. Debes de ser el más rápido en sacar de todo el Oeste. Sólo confío en que no seas tan rápido para disparar.

Joe se echó a reír. Blanche extendió una mano para atraerlo hacia la colchoneta y le cogió el miembro.

—Primero quiero chupártela un poco. —Lo despojó del bañador y cerró la mano alrededor del pene. Luego clavó la mirada en los ojos de Joe—. ¿Sabes qué me han contado? Por lo visto Dolores del Río tenía el cutis tan perfecto porque hacía que una docena de jóvenes se masturbasen sobre su cuerpo y le dieran friegas con el semen.

—Nunca lo había oído. —Se echó a reír—. Estás un poco loca, ¿sabes?

Blanche se unió a las risas de él.

—Pero también soy muy agradable. Al fin y al cabo, la mujer del jefe bien está que disfrute de ciertas ventajas.

—Y yo que creía que íbamos a vernos para cambiar impresiones sobre el guión.

—¿Acaso no te gusta este guión? —dijo ella al tiempo que atraía el pene hacia el interior de su boca.

Motty atravesó el salón de la *suite* y se abrió camino entre las hileras de vestidos. Se los habían traído para que seleccionara los que más le gustasen. Calculó a simple vista que habría al menos doscientas prendas. Miró a Gerald.

—Es imposible que tengamos esto terminado para mañana.

—A lo mejor sería conveniente que nos quedáramos otra semana —sugirió él.

—No podemos. Paul el peletero va mañana a Los Ángeles.

—Quizá si nos damos prisa podamos tenerlo terminado para el sábado —apuntó él.



—Aunque así fuera, no podríamos coger el tren hasta el domingo, lo que significaría que llegaríamos a Los Ángeles el miércoles por la mañana. Y eso nos ocasionaría problemas. Ya conoces a Paul. Empezaría sin nosotros y nos quedaríamos atrapados.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo Gerald.

Motty lo miró.

—Iremos en avión —continuó él—. «TWA», «United» y «American» tienen todos los vuelos a Los Ángeles desde Nueva York. Salen a las nueve, hora de Nueva York, hacen sendas paradas en Chicago y Denver, y aterrizan en Los Ángeles a las once de la noche del mismo día. Podemos marcharnos el domingo.

—No sé —dijo ella—. Me da un poco de miedo. Nunca he montado en avión.

—Dicen que es estupendo. Ofrecen un servicio muy bueno, y la cena y las bebidas son gratis. Al parecer es exactamente igual que si estuvieras en el salón de tu casa. Y sólo son catorce horas de vuelo en total... estarás metida en tu propia cama a medianoche.

Motty lo miró.

—Preferiría verme metida en tu cama en vez de en la mía. A fin de cuentas no me esperan en casa hasta el lunes por la mañana.

—A mí también me gustaría. Pero en los aeropuertos, como en las estaciones de tren, siempre hay periodistas. La noticia saldría en la Prensa. Y eso podría traerte problemas, porque ya se ha publicado lo de mi divorcio.

La muchacha se quedó pensando durante un momento.

—Supongo que tienes razón —dijo al fin con evidentes signos de depresión.

—Sería conveniente que aclararas las cosas con Joe nada más llegar a casa. Mientras no lo hagas no tendremos libertad para actuar como queramos.

Motty asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Tienes razón. —Hizo una pequeña pausa—. ¿De verdad piensas que los aviones son seguros?

—De no ser así no te lo hubiese sugerido —contestó él.

La muchacha miró con aire fatigado las hileras de prendas.



— Está bien. Saca los billetes.

— Me ocuparé de ello. — La miró—. ¿Piensas cenar con tus suegros?

Motty asintió.

— Se lo he prometido.

— Si no queda otro remedio, de acuerdo. Pero procura volver temprano. Te voy a echar de menos.

— Me encantan los bollos de *matzo*, tía — dijo Motty—. Y sigues haciendo el mejor pollo a la cazuela del mundo.

Marta asintió, satisfecha.

— Hay que saber elegir los pollos apropiados, aquellos que no tienen demasiada grasa.

Phil, que siguiendo su costumbre permanecía en silencio, eructó.

— Ya no es tan fácil — dijo después—. Durante la guerra el pollo era el rey; ahora todo el mundo quiere carne, y el bistec se ha convertido en el nuevo rey. Ya no es fácil comprar pollos de calidad.

— Pero no nos quejamos — dijo Marta—, Nuestros clientes se mantienen fieles. No olvidan que les tratamos bien durante la guerra, cuando cualquier cosa era difícil de conseguir.

— Ya lo sé — dijo Motty al tiempo que apartaba de sí el plato medio vacío.

Marta notó el gesto.

— ¿No te encuentras bien?

— Estoy un poco cansada — repuso la muchacha.

— A lo mejor no deberías seguir trabajando — le indicó Marta—. Cuidar de una niña ya es bastante fatigoso.

— Rosa es la que se encarga de Caroline — reconoció Motty—. Yo no tengo que ocuparme de nada.

Marta la miró con suspicacia.



—¿Y Joe? ¿Trabaja ahora?

—Acaba de empezar un nuevo guión.

—¿Y cómo va el libro? —preguntó Marta—. Ese que siempre decía que iba a escribir.

—No ha tenido tiempo de ponerse a ello —dijo Motty—. Se pasa la mayor parte de los días intentando que lo contraten para escribir guiones.

—Pues no debería hacer eso. El motivo por el que tú empezaste a trabajar fue para que él dispusiera de más tiempo para escribir.

—Pero las cosas han ido por otro camino —dijo Motty.

Marta le escudriñó el rostro.

—¿Sigue yéndose por ahí de juerga?

Motty se quedó callada sin mirarla.

Su tía recogió los platos de la mesa. Mientras los colocaba en el fregadero de la cocina, habló por encima del hombro.

—Nunca cambiará —dijo—. Nunca crecerá lo bastante como para hacer frente a sus responsabilidades de hombre casado.

—Eso no es cierto —intervino Phil en defensa de su hijo—. Lo que pasa es que no es como los demás muchachos. Pero eso es algo que siempre hemos sabido.

—Los muchachos aún no son hombres —dijo Marta—. Mi Stevie sí que es ahora un hombre. Ha terminado la especialidad y pronto abrirá su propia consulta particular.

—Estupendo —dijo Phil—, Pero eso no tiene nada que ver con Joe. El es creativo, no una persona práctica.

Marta regresó a la mesa llevando tres tazas de té oscuro. Colocó una de ellas delante de Motty.

—Hagas lo que hagas —le dijo—, no se te ocurra tener otro hijo.

Motty la miró a los ojos.

—No tengo intención.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Phil.



Motty no contestó.

Marta, que era muy lista, decidió intervenir.

—Motty tiene un empleo muy bueno. Ya gana más dinero que Joe. No necesita el dinero de él. A lo mejor se divorcia y se busca otro hombre que le convenga más.

Phil se enfadó.

—¿Qué manera de hablar es ésa? Los judíos no se divorcian. Sería un *shanda*.

Marta era lista. Miró a Motty directamente a los ojos.

—No en California —dijo—. Muchos judíos se divorcian en California. No hay más que ver los periódicos. Todo el mundo se divorcia en Hollywood. Hasta el jefe de Motty, el señor Marks, ha visto su nombre publicado en los periódicos a causa de su divorcio.

Phil miró alternativamente a una y a otra y bajó los ojos hacia la taza de té. Habló en voz baja.

—Recuerda únicamente una cosa —dijo tranquilamente—. No tires el agua sucia hasta haber conseguido otra nueva.



24

El cartero se hallaba de pie ante la puerta. Le entregó a Joe un paquete que, como siempre, tenía las palabras «Manuscrito rechazado» escritas en él. Luego le tendió el libro de entregas para que lo firmase.

—Otra vez será, señor Crown —dijo con evidente simpatía—. Lo siento.

—Los escritores estamos acostumbrados a que nos rechacen los originales —le confesó Joe filosóficamente al tiempo que le devolvía el libro de entregas.

Se sentó ante la mesita del salón para abrir el paquete. Esta vez Jamaica había añadido algún extra. Junto con los habituales cuarenta sobrecitos de cocaína, había una bolsa de papel de estaño con marihuana de Jamaica, de olor fuerte y penetrante. Movi6 la cabeza de un lado a otro. De nuevo se le había olvidado alquilar un apartado de correos.

Rosa vino desde la cocina trayendo una taza de café. La colocó sobre la mesita, delante de él, y dirigió una mirada fugaz al paquete.

—Marihuana —dijo sonriendo.

Joe levantó la mirada hacia ella.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Sí, sí. —Se echó a reír—. Marihuana mexicana es la mejor'.

—¿Tú fumas? —le preguntó él con curiosidad.

La muchacha asintió.

—Lo hacen hasta los niños desde que tienen cinco o seis años. *Para tranquilidad.* Es bueno para dormir.

—¿Quieres un poco? —le ofreció Joe.



—Ya tengo —repuso Rosa—. Si usted lo desea, mi familia puede traerle toda la que quiera. *Tengo mucha.*

Él se echó a reír.

—Gracias. Puede que algún día te tome la palabra. —Cogió uno de los sobrecitos blancos y lo abrió para que ella pudiera observar bien el polvo blanco. — ¿Sabes qué es esto?

—*Cocaína.*

—¿También la usas?

—No, *señor.* Demasiados nervios, no duermo.

Joe se echó a reír.

—Eres lista —le confesó—. Pero dicen que a veces es muy buena para el *amor.*

—Para el *amor*—le confió ella—, en México hacemos un té mezclado con peyote y marihuana. Proporciona bellos sueños.

—No lo sabía —dijo Joe.

—Es una antigua *medicina* india. Mi padre la usa siempre. *Muy bueno.*

—¿Cuántos años tiene tu padre? —le preguntó Joe.

—*Cuarenta y tres años* —dijo ella—. Tiene muchas amigas, como usted.

—¿Y tu madre qué dice?

—Nada. Los hombres *son así.*

Él levantó la taza y bebió un sorbo de café.

—¿*Desayuno, señor?* —le preguntó la muchacha.

—Creo que no. Tengo que ir a los estudios.

—¿Volverá la *señora* este fin de semana?

—No, no regresa hasta el lunes.

—¿Cenará usted en casa estos días?

—Sí —dijo él—. Este fin de semana pienso trabajar aquí, en casa.

—*Bueno, señor*— asintió ella.



Un rayo de sol que penetraba por la ventana caía directamente sobre las espaldas de la muchacha.

—Te di dinero para que te compraras ropa interior y te la pusieras bajo el vestido.

—Tenía intención de hacerlo en cuanto le trajera el café, *señor* —dijo ella con voz inexpresiva.

Joe la miró fijamente.

—¡Eres una perra provocativa!

—No, *señor* —le contradijo ella con cortesía—. De verdad que iba a ponérmela.

El estaba seguro de que la muchacha mentía.

—Vuélvete de espaldas —le dijo un poco enfadado.

En silencio, ella se dio media vuelta. Joe le levantó la parte de atrás de la falda hasta más arriba de las caderas y le propinó un par de azotes, uno en cada nalga. La muchacha no se quejó a pesar de la marca, primero blanca y luego rosácea, que la mano de él produjo en la piel.

—A ver si esto te ayuda a recordarlo.

Rosa giró la cabeza y lo miró por encima del hombro. No tenía expresión alguna en el rostro, y mantenía la falda subida por encima de las caderas.

—Es usted igualito que mi padre, *señor* —dijo con toda tranquilidad—. Pero él me pega más. Y más fuerte.

Joe la miró fijamente.

—¡Te gusta, perra!

—Es algo que forma parte de las obligaciones de una mujer, *señor* —dijo ella.

Joe no tenía ninguna respuesta para darle. Se trataba sólo de un estilo de vida diferente.

Keyho entró en el despacho y echó una mirada en torno suyo.



—Muy lujoso —dijo para cumplir—. Te estás convirtiendo en un personaje importante. Vas ascendiendo de posición.

Joe se echó a reír.

—Está lleno de mierda.

—Venga —dijo el otro—. Éste es uno de los mejores despachos del departamento de guiones.

—He tenido suerte.

—Ésta es una de las ventajas que se consiguen por hacer que una película produzca un millón de dólares —dijo Keyho.

—Prefería que me hubieran dado dinero —apuntó Joe—. Puedo pasar perfectamente sin el despacho.

—Con el tiempo también te llegará el dinero —afirmó Keyho—. Lo único que has de hacer es jugar bien las cartas que tienes en la mano.

—Tonterías —dijo Joe. El teléfono sonó y lo descolgó.

La metálica voz de Judi resonó en su oído.

—Los de publicidad no acceden a darme los vales. Dicen que tu nombre no significa nada para los periodistas ni para los fotógrafos. Prefieren que se me vea con otras estrellas. Ya sabes, gente como Van Johnson, Peter Lawford o Mickey Rooney.

—Eso también te lo podría haber dicho yo —le indicó Joe—. Entonces, ¿te han conseguido una cita con alguno?

—Me han dicho que se están ocupando de ello —le respondió Judi.

—Bueno, otra vez será.

—¿No estás enfadado conmigo? —le preguntó la muchacha—. No me queda otra opción. Tengo que proteger mi imagen como estrella. Lo entiendes, ¿verdad?

—Desde luego —dijo él. Luego colgó el teléfono y miró a Keyho, que seguía sentado al otro lado de la mesa—. Era Judi —le explicó—. Ahora que es una estrella sólo quiere citas con otras estrellas. La muy zorra.

—Así es Hollywood. Es lo que estaba diciendo. Tienes que jugar bien las cartas.



Joe lo miró.

—Te escucho —dijo.

—Tendrías que contratar a alguien que se ocupara de tus relaciones públicas.

—¿Para qué? —preguntó Joe—. Soy escritor, no una estrella de la pantalla.

—Los escritores también pueden convertirse en estrellas. Piénsalo. Dashiell Hammett, Faulkner, Scott Fitzgerald, Hemingway, todos son escritores que han logrado convertirse en estrellas.

—Yo no tengo aún tanta categoría —dijo Joe—. Esas personas tienen un gran bagaje a sus espaldas.

—¿Y qué? —inquirió escuetamente Keyho—. Unas buenas relaciones públicas te harán tan famoso como cualquiera de ellos. Éste es un negocio que se basa en las fanfarronadas, pero que eso no te haga subestimarlos. Precisamente los que más fanfarronean son los que mejor se dejan impresionar. Si te ven en letras impresas con la frecuencia suficiente, se creerán que eres la mismísima reencarnación de Shakespeare.

—No sé —dijo Joe, dudando—. Además, no conozco a ningún agente que pueda encargarse de eso.

—Yo sí —dijo Keyho—. Mi sobrino, el hijo de mi hermana. Trabaja en los estudios «Columbia», en el departamento de publicidad. Al mismo tiempo, y por su cuenta, se encarga de otros clientes. Piensa abrir pronto su propia oficina como independiente.

—¿Es caro?

—Depende de lo que quieras que haga. Cinco artículos a la semana, veinticinco pavos; diez artículos, cincuenta dólares; ilimitado, cien a la semana.

—Eso es mucho dinero —dijo Joe—. ¿Cómo puedo estar seguro de que va a cumplir?

—¿Qué te parecería unas líneas en la columna de Winchell el lunes?

—Si es capaz de hacer eso, le besaré el trasero en los escaparates de «Macy's».

—No hace falta. Y si además intercala algunas palabras en la emisión de Winchell del domingo, ¿te parece bien cien por adelantado?



—Lo has conseguido —dijo Joe. Colocó el paquete postal sobre el escritorio—. Y cambiando de tema, ¿qué me dices de la mercancía?

—El mismo precio que la última vez. Me cobraré de ahí los cien pavos de mi sobrino.

—Te daré además una bolsa de marihuana lo suficientemente grande como para hacer cien bolsitas de cinco dólares. Tú me das lo mismo que la otra vez y de ese modo todos salimos ganando algo.

—¿Es buen costo? —le preguntó Keyho.

Joe abrió la bolsa de papel de estaño.

—Te colocarás sólo con olería.

Keyho la olfateó.

—Trato hecho. —Extendió la mano para coger el paquete.

—¿Cuándo voy a conocer a ese sobrino tuyo?

—¿Te parece bien el lunes a la hora de comer? Te traeré aquí al muchacho. Se llama Gene. Te gustará.

—Si no cumple lo acordado no hace falta que lo traigas. Me pagas entonces los cien dólares extras y ya está.

—Cumplirá —dijo Keyho con determinación—. Otra tía suya es la secretaria personal de Winchell.

—A. J. desea hablar contigo —le dijo Kathy por teléfono—. Espera un momento, te pongo con él.

Por la voz se notaba que A. J. estaba muy satisfecho de sí mismo.

—¿Cómo va el trabajo, Joe? ¿Cuándo voy a poder ver algunas páginas?

—Pronto, A. J. —repuso Joe—. Sigo trabajando en ello.

—Ya lo sé. Pero no es por eso por lo que te llamo. Acabamos de recibir una remesa de *delicatessen* neoyorquinas directamente de Barney Greengras, de Manhattan. He pensado que a lo mejor te gustaría venir a nuestra casa de Malibú el



domingo sobre las doce del mediodía para una comida ligera. Habrá allí gente muy interesante.

—Gracias A. J. —respondió Joe—, Iré con mucho gusto.

—Kathy te dará la dirección. Hasta entonces. A lo mejor tenemos ocasión de hablar un poco sobre el guión. Se me han ocurrido algunas ideas nuevas.

—Eso me resulta aún más atractivo que las *delicatessen*. Hasta el domingo.

Colgó el teléfono y miró el reloj. Eran las doce y media, hora de ir a comer. Se dirigía hacia la puerta cuando el sonido del teléfono lo detuvo. Lo cogió.

—Joe Crown.

—¿Qué haces en el despacho? —le preguntó Blanche.

—Trabajar —respondió Joe—. Se supone que es para eso que vengo aquí.

—Pensé que a lo mejor estabas haciendo algo más interesante —apuntó ella—. Como toquetearte el pene, por ejemplo.

—No en esta pecera. Escucha, tengo la impresión de que todos los teléfonos que pasan por la centralita están intervenidos.

—Imposible —dijo ella—. ¿Te ha invitado A. J. para que vengas a casa el domingo?

—Sí.

—¿Dónde vas a comer hoy?

—Pensaba bajar al restaurante.

—¿Por qué no vienes a comer conmigo?

—No me daría tiempo de volver a los estudios.

—No seas tonto. Hoy es viernes —le recordó ella—. Nadie va a los estudios el viernes por la tarde. Joe notó cierto apremio en la entrepierna. —Estaré ahí dentro de una hora —dijo.



25

Eran las tres de la tarde y A. J. iba ya por la segunda botella de whisky escocés. Si no hubiera sido porque levantaba la voz un poco más de lo habitual y porque comenzaba a repetir las frases varias veces, nadie se habría dado cuenta de que estaba borracho. Se encontraba recostado en una tumbona de la terraza y desde allí contemplaba la playa.

Joe se hallaba sentado en la barandilla, a su lado. Justo debajo de ellos, en la playa, había unas cuantas mesas resguardadas por sombrillas y ocupadas por invitados. Éstos hacían frecuentes viajes al agua para darse un baño, pues el sol aún calentaba con fuerza.

—Buena fiesta —le dijo A. J. señalando hacia la playa con un gesto de la mano en la que sostenía el vaso—. Buena fiesta.

—Sí, muy buena —convino Joe.

—Y además es gente agradable —dijo A. J. —. Gente muy agradable.

Joe asintió con la cabeza. Había reconocido a varios ejecutivos de los estudios y otros personajes del mundo del cine, actores, actrices, un par de directores y algún productor. Aunque A. J. le había dicho que Errol Flynn acudiría al almuerzo, Joe no lo había visto por ninguna parte.

A. J. se levantó de la tumbona y se apoyó en la barandilla al lado de Joe.

—¿Has visto a Blanche? —le preguntó—. ¿Sabes dónde está Blanche?

Joe bajó la mirada hacia la playa.

—La acabo de ver hace sólo unos instantes. Pero ahora no la localizo.

A. J. dio un sorbo de whisky.

—¡Zorra! —exclamó—. ¡Es una zorra!



Joe prefirió permanecer callado.

A. J. escudriñó la playa con la mirada.

—No se la ve por ninguna parte —dijo—. Siempre ocurre lo mismo con estos almuerzos en la playa. Desaparece de pronto. Siempre desaparece de pronto.

Joe continuó en silencio.

A. J. lo miró fijamente.

—Se cree que no sé lo que está haciendo. Pero claro que lo sé. ¡La muy zorra! —Bebió otro sorbo—. Habrá arrinconado por ahí a algún tipo y se la estará chupando. Es una puñetera ninfómana. —Miró a Joe directamente a la cara—. ¿Lo sabías, Joe? Es una ninfómana recalcitrante.

Joe no sabía qué decir. No creía que fuera apropiado mostrarse de acuerdo.

A. J. movió la cabeza con un gesto de tristeza dibujado en el rostro.

—No te haces idea de lo que siente un hombre cuando sabe casi a ciencia cierta de que su esposa se ha acostado con la mayoría de los hombres presentes en una fiesta, y no puede decir una palabra al respecto. —Volvió a mirar a Joe—. Tú todavía no te has acostado con ella, ¿verdad? Claro que no —se contestó a sí mismo—. Todavía hace poco que has llegado aquí. Pero dale tiempo, ya verás cómo antes o después se acerca a ti.

Volvió a hundirse en la tumbona, llenó de nuevo el vaso y bebió, taciturno.

—Lo más jodido del asunto es que no puedo hacer nada al respecto —siguió diciendo—. Ni siquiera divorciarme, porque casi todo lo que tengo está a su nombre a causa de los impuestos. Si me divorcio soy un hombre acabado. No me quedará ni un penique. Ni un solo penique.

Joe se sintió obligado a ofrecerle a aquel hombre un poco de consuelo.

—No será para tanto, A. J.

—Tú no eres más que un muchacho idiota —le dijo A. J. arrastrando las palabras—. No te enteras de nada.

Joe prefirió guardar silencio de nuevo.



—Todo el mundo en los estudios lo sabe —continuó A. J. —. Toda la puñetera ciudad está al corriente. Pero a nadie le importa un carajo. Todos piensan que yo también saco mi tajada. ¿Qué saben ellos? A mí ni siquiera se me empina.

—No puedo creerlo, A. J. —dijo Joe intentando darle ánimos—. Todavía es usted un hombre joven. ¿Ya ha ido a ver a algún médico?

—He consultado con una docena —confesó A. J. con disgusto—. Nada. Todos me dijeron lo mismo. Se debe a unas fiebres que tuve hace siete años, cuando una ramera china me pegó una gonorrea. Ese ha sido el resultado.

—¡Jesús! —exclamó Joe—, Nunca había oído nada igual. Pero desde la guerra han descubierto un gran número de nuevos medicamentos.

—Ninguno para lo que yo tengo. Además, no es ése el motivo por el que ella actúa así. Lo ha hecho siempre. Los hombres la vuelven loca. Cuando yo estaba en plenas condiciones, era algo estupendo. Hasta hacíamos juntos reuniones, *ménages à trois*¹⁶ y todas esas cosas. Ahora lo único que consigo son disgustos.

Joe, todavía sentado en la barandilla, vio aparecer a Blanche por un lado de la casa. Se había cambiado el traje de baño por un caftán de playa.

—Ahí está —dijo—. Sólo había ido a quitarse el bañador. Se ve que tenía frío. El sol ya está bajando.

A. J. se acercó a la barandilla y, situándose al lado de Joe, miró hacia abajo.

—No es el sol el que ha bajado —comentó con sarcasmo—. La que ha bajado hasta tumbarse ha sido ella.

Joe lo miró en silencio.

—No estoy loco —continuó A. J. con vehemencia—. Observa esa mirada tan sofisticada. Conozco bien esa mirada. Le aparece siempre que consigue un trofeo. —Regresó a la tumbona. Se quedó un momento allí tendido y luego se volvió hacia Joe—. No me hagas mucho caso —le dijo—. Estoy borracho.

—Eso nos sucede a todos de vez en cuando —dijo Joe.

—No se lo contaremos a nadie, ¿eh? —le sugirió A. J. ligeramente avergonzado.

¹⁶ En francés en el original. (N. de T.)



—No —convino Joe—. No es asunto mío.

—Buen chico —dijo A. J. Luego, con voz dura y enojada, añadió—: Pero si por casualidad tienes ocasión de jodértela, échale un buen polvo de mi parte. ¡Rómpele el culo!

Joe no dijo nada.

A. J. se levantó.

—Estoy cansado —le indicó con voz súbitamente fatigada—. Creo que me voy a ir adentro a echar una siestecita.

—Yo ya me voy a casa —dijo Joe.

—¿Has trabajado en el borrador durante este fin de semana? —le preguntó A. J.

—Sí. En casa.

—Bien —asintió A. J. Le estrechó la mano a Joe—. Te veré mañana en los estudios.

Caroline estaba cenando cuando Joe entró por la puerta.

—¡Papi! —gritó agitando el tenedor y esparciendo los *spaghetti* sobre la mesa—. ¡Pagueti! —exclamó.

Él se echó a reír. Caroline nunca conseguía pronunciar bien aquella palabra.

—¿Están buenos? —le preguntó.

—Muy buenos —repuso la niña muy seria—. Pero me gustan más los caramelos.

—Después de cenar te daré caramelos —le prometió Joe.

—¡Qué bien! —Levantó otra vez el tenedor cargado de *spaguetti*—. ¿Cuándo vuelve mamá a casa?

—Mañana.

La niña sonrió.

—Mami siempre me trae regalos.

—Sí.



—Me gustan los regalos de mami.

Joe pensó que aquello era cierto. Se preguntó por qué a él no se le ocurriría nunca llevarle un regalo a Caroline. Y es que, aparte de los caramelos, no sabía qué comprarle. Observó a su hija mientras comía. Era extraño. Él sabía que era su hija, desde luego. Pero otros hombres siempre estaban hablando de sus hijos, y llevaban encima fotografías de ellos, cosa que Joe jamás hacía. En cierto modo, nunca pensaba en Caroline como en una hija. La consideraba más bien como una muñeca o un juguete. Quizá fuera porque no encontraba el modo de comunicarse con ella. A lo mejor cuando la niña se hiciera mayor y supiera decir más cosas, a lo mejor entonces la entendería mejor. La quería, de eso estaba seguro. Pero no sabía bien por qué. Puede que aquélla fuera una de las facetas que trae consigo el ser padre. No entender los sentimientos, pero hacerse consciente de la responsabilidad que los hijos significan.

—He estado en el parque con Rosa —le dijo la niña.

—¿Lo has pasado bien?

—Hemos estado viendo los peces del estanque.

—¿Son bonitos? —Miró a Rosa, que estaba sentada a la mesa frente a Caroline—. ¿Se ha distraído la niña? Rosa asintió.

—*Mucho*.

—*Mucho* —repitió Caroline. Señaló con el tenedor hacia el plato vacío—. No he dejado nada. —Rió—. ¿Me das ahora los caramelos?

Joe sacó unos cuantos del bolsillo, donde siempre llevaba alguno. Colocó tres de ellos sobre la mesa.

—Uno de propina.

—¡Qué bien! —dijo ella riendo al tiempo que empezaba a desenvolver el primero.

—¿Qué se dice?

Caroline lo miró.

—Gracias, papi.



—De nada, cariño —dijo Joe agachándose para darle un beso en la mejilla. Se incorporó y miró a Rosa.

—Cenaré a las ocho, cuando la niña ya esté en la cama.

—Sí, señor.

Le dio otro beso a Caroline.

—Papá se va a echar una siestecita. Que duermas bien, preciosa.

—Buenas noches, papi —respondió la niña masticando ya un caramelo y quitándole la envoltura al segundo.

Joe subió al pequeño despacho y revisó las hojas escritas a máquina donde tenía el borrador del guión. Treinta páginas. No estaba nada mal. Ahora que ya iba entrando en el asunto, le resultaba más fácil. Posiblemente lo terminaría antes de dos semanas.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió al dormitorio. Rápidamente se quitó la ropa y se dio una ducha. El hecho de pasar toda la tarde al sol le había producido cansancio. Era agradable sentir el agua sobre la piel. Se secó con una gran toalla de baño y se tumbó en la cama. Hacía calor. Arrojó al suelo la toalla, se puso boca abajo y se quedó dormido.

Luego se vio en medio de un extraño sueño. Primero Blanche le chupaba los testículos y se los metía enteros en la boca; luego él la penetraba con fuerza como un animal salvaje. Y todo el rato A. J. estaba de pie a su lado, animándolo.

—¡Rómpele el culo! ¡Rómpele el culo a esa zorra!

Una mano suave y cautelosa le rozó el hombro. Se despertó. Rosa estaba de pie, mirándolo.

—Ya son las nueve, señor —dijo con suavidad—. ¿No le apetece cenar?

Joe se sacudió las telarañas de los ojos e hizo ademán de levantarse, pero se detuvo. Había notado contra el vientre la fuerza de una erección.

—Tráeme antes una toalla —le dijo al tiempo que le señalaba hacia el suelo.

La muchacha se la tendió en silencio. Él se la enrolló en la cintura, consciente todo el tiempo de la presión que notaba contra la toalla.



—El señor tiene muchos sueños de amor —dijo Rosa esbozando una tenue sonrisa.

Joe hizo caso omiso del comentario.

—Conecta la radio de abajo —le dijo—. Cenaré en la mesita del salón. Ahora mismo bajo.

—Sí, señor —respondió la muchacha antes de salir de la habitación.

Joe entró en el cuarto de baño y se metió otra vez en la ducha. En esta ocasión utilizó agua fría. Se secó rápidamente, se puso el albornoz y bajó.

El programa de Walter Winchell ya había comenzado cuando Joe se sentó ante la mesa. Se mantuvo en silencio mientras Rosa colocaba la ensalada ante él.

—¿Quiere cerveza, señor? —le preguntó.

—Sí, está bien. —Dirigió la atención al rápido discurso de Winchell. El efecto era excitante, como si todo lo que aquel hombre decía tuviera una importancia capital.

Justo antes de poner punto final al programa, Winchell tocó la nota que Joe estaba esperando.

«Desde los estudios "Triple S", conocidos como productores de películas apresuradas de la clase B, nos llega el éxito del año, *La reina guerrera de las amazonas*, protagonizada por Steve Cochran, el Clark Gable de los pobres, y Judi Antoine, conocida estrella de calendario. *La reina guerrera* ha recaudado un millón y medio de dólares en sólo dos semanas... un millón y medio de dólares, señoras y señores, que no es moco de pavo... El genio que hay escondido detrás de esta película es un joven escritor desconocido hasta ahora, Joe Crown... Joe Crown, que ya había escrito dos relatos para la colección "Foley", es el autor del guión de esta película, una mezcla de fantasía y aventura que los entendidos comparan a producciones tan importantes como *King Kong*... *El mundo perdido*... *Tarzán de los monos*... Aunque ayudado sin duda por la presencia de las bellas señoritas que vemos en la pantalla, el triunfo hay que achacarlo únicamente al genio de Joe Crown... Con seguridad oirán ustedes hablar



de él... En estos momentos todos los estudios de Hollywood tratan a toda costa de que Joe firme con ellos un contrato de millones...»

Casi en el mismo momento en que el locutor dejó de hacerse oír por las ondas, el teléfono comenzó a sonar. La primera llamada fue de A. J.

—Recuerda solamente una cosa, Joe. Tenemos un contrato. No dejes que nadie te complique la vida metiéndote cosas raras en la cabeza.

—Cierto, A. J. Ya sé que puedo confiar en que usted siempre estará de mi parte.

—Puedes apostarte el culo, hijo —contestó A. J. —. Mañana por la mañana quiero verte en mi despacho a primera hora.

—Allí estaré, A. J.

Nada más colgar el teléfono, éste sonó de nuevo. Al parecer A. J. había olvidado decirle algo.

—Se me pasó una cosa, hijo... Quise hablarte de ello esta tarde en la playa... Voy a doblar la cantidad de tu contrato. Cuarenta mil dólares en vez de veinte mil.

—Gracias, A. J. —dijo Joe. Colgó el teléfono de nuevo. Keyho estaba en lo cierto. Los fanfarrones son los primeros que se creen las baladronadas.

Durante las dos horas siguientes, el teléfono no paró de sonar. Casi todos los que lo conocían y muchos que no lo conocían se pusieron en contacto con él para felicitarle. Cuando finalmente las llamadas cesaron, ya eran más de las once. Joe no había tenido tiempo de tomarse la cena. Se encaminó al sofá y se derrumbó sobre él.

—No ha cenado, *señor* —le dijo Rosa.

Joe se volvió hacia ella.

—Ha sido para volverse loco —dijo. Se incorporó y la miró—. No te gusta llevar ropa interior, ¿verdad?

—No, *señor* —repuso ella mientras una sonrisa le asomaba por las comisuras de los labios—. Me disponía a irme a la cama, *señor*'.

—Muy bien. Tráeme una taza de café y vete a la cama.



— *Sí, señor* — Volvió a mirarlo. — Tengo *cigarrillos mexicanos, señor*. A lo mejor si se fuma uno se tranquiliza y duerme mejor.

— ¿Marihuana? — preguntó él.

La muchacha asintió. Joe se quedó dudando durante un momento.

— ¡Qué diantres! — dijo—. De acuerdo.

A lo mejor funcionaba. Se sentía aún demasiado nervioso para marcharse a dormir.

Rosa regresó al cabo de un momento trayendo una taza de café y un cigarrillo toscamente liado.

— Gracias — dijo él mientras lo encendía. Aspiró el humo con fruición. Era dulce y suave, no como la marihuana jamaicana, que solía ser basta y amarga. Volvió a aspirar el humo. Casi inmediatamente comenzó a sentirse mejor.

— *¿Es bueno, señor?* — le preguntó ella.

— Muy bueno, gracias — contestó Joe—, Ya puedes irte a la cama.

— Yo puedo tranquilizarle todavía más *señor*.

— Estoy perfectamente tranquilo — dijo él sintiéndose un poco tonto.

La muchacha se echó a reír a carcajadas.

— *Mire, señor* — le indicó la muchacha apuntando con el dedo.

Joe se miró a sí mismo. Nunca habría creído que pudiera tener el miembro tan grande. Era algo asombroso. Se echó a reír él también.

— Es ridículo — dijo. Intentó ocultarlo bajo el albornoz aunque a cada momento le saltaba golpeándole el vientre. Las risas aumentaron. Levantó la vista hacia Rosa—. Tengo una terrible erección — reconoció.

— *Sí, señor* — convino ella sonriéndole.

— Será mejor que te vayas a la cama cuanto antes — le aconsejó Joe en un intento de actuar razonablemente—. Si no a lo mejor acabo metiéndotela por el culo.

Se estaba divirtiendo de verdad. No podía parar de reír.

— Por el culo, de acuerdo — aceptó la muchacha—. Pero por aquí, por el otro sitio, ni hablar. Seguiré siendo virgen hasta que me case.



Joe continuaba riéndose.

—Eso me parece bastante sensato.

Rosa se quitó el vestido y se puso de espaldas.

—Primero hay que humedecerlo —dijo escupiéndose la mano y comenzando a frotar el pene con la saliva—. ¿Ya está bien así? —le preguntó mirándole por encima del hombro.

—Muy bien —asintió él mientras aspiraba el cigarrillo de nuevo—. Verdaderamente bien —dijo riendo.

Con delicadeza, la muchacha le quitó el cigarrillo de los dedos y lo depositó en un cenicero. Luego, con ambas manos, se separó cuidadosamente las nalgas y se recostó contra él. En el último momento sujetó el pene con una mano y lo guió hacia su interior.

—¡Ay! —gritó mientras se dejaba caer por completo y se sentaba sobre Joe.

—¡Fantástico! —exclamó él.

Rosa tenía el ano tan suave como un guante de terciopelo.

La muchacha comenzó a moverse arriba y abajo. Joe la sujetó por las caderas.

—¡Estate quieta! —le gritó—. ¡Vas a atravesar el techo!

Se oyó el sonido de una llave en la cerradura de la puerta principal. Rosa se quedó petrificada. Un instante después ya subía las escaleras a toda carrera. Motty estaba de pie ante la puerta, paralizada a causa de la impresión.

Joe consiguió ponerse en pie. Se esforzaba por mantenerse serio.

—¡Motty! —exclamó—. ¿Qué haces aquí? No te esperaba hasta mañana.

Ella cerró de un golpe la puerta de entrada.

—Ya lo veo —dijo con voz gélida.

Joe la apuntó con el dedo índice.

—No te creerás lo que voy a contarte —comenzó poniéndose muy serio.

Motty seguía de pie, en silencio.

Entonces Joe se miró a sí mismo. El pene erecto apuntaba en la misma dirección que el dedo índice. Aquello era demasiado... realmente demasiado



divertido para creérselo. Empezó a reírse de forma descontrolada. Cayó al suelo, retorciéndose. Le dolían los costados a causa de la risa. Intentó con todas sus fuerzas sentarse, pero no lo consiguió. No podía parar de reír. Las lágrimas le caían de los ojos.

—¡Es tan divertido! —acertó a decir entre los espasmos de risa.

Luego empezó la pesadilla.



26

—¿Ése va a ser mi nuevo papá? —preguntó Caroline con más curiosidad que preocupación.

Joe miró a su hija, que estaba de pie delante de él. Los niños siempre van derechos al grano. Quieren saber qué parte les toca jugar y dónde encajan exactamente. Echó una fugaz mirada en torno a la habitación en la que Motty, el señor Marks y los dos abogados se hallaban sentados ante una mesa intentando ponerse de acuerdo. Varios hombres de una empresa de mudanzas acarreaban hasta el camión aparcado en la calle las maletas y cajas que contenían las pertenencias de Motty y Caroline. No supo qué contestarle a la niña.

—Supongo que sí —dijo al fin con voz dubitativa.

Caroline estaba hecha un lío.

—¿Tú ya no quieres ser mi papá?

—Claro que quiero ser tu papá —le aseguró Joe en tono tranquilizador—, Pero mamá se cambia de casa, y las niñas pequeñas tienen que vivir con sus mamás.

Caroline hizo un gesto con la cabeza para indicar que no estaba convencida del todo.

—Echo de menos a Rosa —continuó diciendo—. Mami no sabe hacer *huevos rancheros*.

—Seguro que encontrará otra chica que sepa hacerlos —le contestó él.

—Eso espero. ¿Y podrá también llevarme al parque?

Joe asintió.

Caroline lo miró fijamente.



—¿Te gusta dormir en el sofá, papi?

Joe se echó a reír.

—No mucho.

—Entonces, ¿por qué estos días no has dormido en la cama con mamá?

Joe hizo un gesto de contrariedad. Estaban a viernes. Desde que Motty llegara a casa el domingo, él había tenido que dormir en el sofá. La semana había sido un auténtico infierno. El lunes a primera hora de la mañana Motty le había dicho que deseaba el divorcio.

—Eso es una tontería —le había contestado él—. Es verdad que tenía una erección, pero no me estaba acostando con nadie ni nada parecido.

Pero Motty se había mostrado muy testaruda.

—No es sólo por lo de Rosa. Siempre ha habido una chica u otra.

—¡Mierda! Nunca han significado nada para mí. Si me he acostado con ellas sólo ha sido en plan amistoso. Para ser sociable.

—No te entiendo y no te entenderé nunca —le había dicho Motty—, Siempre has actuado de la misma forma. Creí que, una vez que nos casáramos, cambiarías. Pero no ha sido así.

—Lo he intentado.

—Pero no lo suficiente. Continuamente andas por ahí de juerga, incluso lo hiciste mientras yo estaba embarazada. Desde el mismo momento en que comenzaste a trabajar en los estudios.

—¿No hay nada que pueda convencerte?

—No.

—Tendrás que buscarte un abogado —le había aconsejado él—. Todo este asunto resultará bastante complicado.

—Ya tengo abogado —le había dicho Motty—, El mismo que se encargó del divorcio del señor Marks.

—¿Qué tiene que ver Marks en todo esto?

Motty había guardado silencio.



Joe la había mirado y, de repente, una luz se le había encendido en la cabeza.

—¿Vas a casarte con él?

Ella se ruborizó.

—¡Mierda! Verdaderamente he sido un imbécil. ¡Te has estado acostando con él todo este tiempo!

Motty había mostrado su enojo.

—Haces que todo parezca sucio.

—Has sido *tú* la que lo ha hecho sucio. Yo al menos no me hacía el bendito.

Motty había cambiado de tema.

—¿Piensas ir al despacho esta mañana?

—No me queda otro remedio. Tengo concertada una reunión con A. J.

—Yo me quedaré en casa con Caroline. Le diré al abogado que te llame a los estudios.

—Vendré a casa esta tarde. Puede hablar conmigo entonces.

—No pienso dejarte entrar en el dormitorio.

—Pues dormiré en el sofá. Pero no veo ninguna razón para irme de casa. No soy yo el que quiere divorciarse.

—Me iré yo a finales de semana —le había comunicado ella escuetamente mientras se alejaba.

A. J. lo observó detenidamente desde el otro lado de la mesa.

—No sé cómo lo has conseguido —le dijo—. El hecho de que Winchell tocara la tecla en el programa supone medio millón de dólares más en taquilla.

—He tenido suerte —le indicó Joe.

—Eso es más que suerte. Nuestro departamento de relaciones públicas nunca ha conseguido influir en Winchell.



Joe permaneció callado. Ya no sentía tanto regocijo como la noche anterior, cuando escuchaba a aquel hombre por la radio. Lo que había venido a continuación había sido un desastre.

A. J. lo escudriñó con la mirada.

—No parece que estés muy contento. Da la impresión de que te haya pasado un camión por encima.

—Tengo problemas con mi mujer.

—¿Es algo serio? —le preguntó A. J.

—Quiere divorciarse.

—¿Has intentado convencerla?

—Hasta que ya no he podido más —dijo Joe—. Pero parece que la cosa va en serio. Piensa casarse con su jefe.

A. J. se quedó mirándolo.

—¿Con Gerald Marks, el de los grandes almacenes?

Joe asintió.

—¿Lo conoce usted?

—Sí. Me han llegado noticias de que acaba de divorciarse.

—¿Qué clase de hombre es? —quiso saber Joe.

—Creo que es un buen hombre —le respondió A. J. —. No es como nosotros, la gente del cine. Es serio, muy formal. Y tiene un montón de dinero. Es el heredero único de la familia. Algún día toda la cadena de grandes almacenes será suya. Tu mujer es muy lista.

—Es un coñazo —dijo Joe amargamente—. Ya se ha puesto en contacto con un abogado. El mismo de Marks.

—Eso es grave —dijo A. J. —. Van a dejarte limpio.

—¿Por qué? —inquirió Joe—. Marks tiene mucho dinero. Ella tendrá todo lo que necesite, no le hace falta nada de mí.

—Eres un ingenuo —le corrigió sabiamente A. J. —. Esas cosas no funcionan como tú te imaginas. El abogado le aconsejará que se te tire a la garganta. Será mejor



que te busques tú otro abogado que sea experto en divorcios si quieres salir bien librado de todo este asunto.

—No hay prácticamente nada que pueda llevarse —insistió Joe—. Los muebles no valen gran cosa. Y en el Banco hay veintiséis o veintisiete de los grandes, eso es todo.

—Pues se lo llevarán. Y además te pedirán una pensión para mantener a la niña. Y espera a que se enteren de que vamos a firmar un nuevo contrato. Entonces te darás cuenta de que todo es una auténtica mierda.

Joe se quedó mirándolo.

—¿Y qué puedo hacer?

—En primer lugar, buscarte un abogado. Yo conozco uno muy bueno que no es demasiado caro. Luego te aconsejo que pospongamos la firma del contrato hasta que se haya resuelto el divorcio. De otra forma te dejarán completamente limpio.

—Motty no es capaz de eso.

—No tiene donde elegir. Yo te asignaré un salario de setecientos cincuenta dólares a la semana, y sin garantías. Así, si se ponen excesivamente duros, sólo tendremos que simular tu despido.

Joe no dijo nada.

—Más adelante, cuando todo haya pasado, podremos firmar el contrato —dijo A. J. Miró a Joe, que seguía callado—. Puedes fiarte de mí, Joe. Estoy de tu parte, recuérdalo. No me agrada la idea de ver cómo hacen polvo a un muchacho de tanto talento como tú.

—¿Realmente crees que ella será capaz de hacer una cosa así? —le preguntó Joe.

—Todas las mujeres al final resultan ser unas zorras —repuso A. J. Clavó la mirada en Joe—. ¿Tenéis alguna cuenta de Banco conjunta?

Joe hizo un gesto afirmativo.

—Será mejor que saques todo el dinero antes de que lo haga ella.

—Motty nunca haría eso.



—¿Ah, no? —dijo A. J. con intención—. Llama al Banco y di que te den el estado de la cuenta. Utiliza este teléfono si quieres.

Joe descolgó el aparato y marcó el número del Banco. Le respondió un apoderado. Joe le pidió el estado de la cuenta y esperó durante unos momentos.

Poco después el empleado del Banco le daba el resultado.

—Lo siento, señor Crown —le informó—. La señora Crown ha venido hace un rato y ha retirado todos los fondos. En realidad ha cancelado la cuenta.

Joe colgó el auricular y se quedó mirando fijamente a A. J.

—Ha sacado todo el dinero —le dijo, atónito.

A. J. movió la cabeza de un lado a otro.

—Ya te lo decía yo.

—¡Todo el dinero! —repitió Joe.

—Es lo que te decía —continuó A. J. —. Cuando se trata de dinero, todas las mujeres se convierten en unas zorras.

—¿Y qué hago yo ahora?

—Te arreglaré una cita con un abogado. Será mejor que vayas a verlo cuanto antes.

Joe sacó dos caramelos del bolsillo y se los dio a Caroline; luego dirigió la mirada hacia la mesa ante la que Motty y Marks estaban sentados juntamente con los dos abogados. Don Sawyer, un hombre joven, sobrino de A. J., era el abogado de Joe. Éste no podía juzgar si aquel hombre era un experto o no, porque al parecer todo aquello no salía de los límites de la rutina. Al final Joe no tuvo donde elegir. Motty disponía de todas las cartas, había ido muy bien preparada.

El abogado de Joe reunió un montón de papeles y se los mostró a éste, que los puso encima de la mesa.

—Es muy sencillo —le explicó el abogado—. Sólo tiene que aceptar estas cuatro condiciones. Fírmelas y asunto concluido.



Joe miró los documentos mientras Don situaba una silla frente a él.

—¿Qué condiciones? —le preguntó sintiéndose un poco estúpido.

Don se las fue aclarando.

—En primer lugar, está usted de acuerdo en no impugnar el divorcio realizado en México. En segundo lugar, acepta el destino que se les dé a los bienes comunes. La tercera condición es que usted renuncia al derecho que le asiste de visitar a su hija, a cambio de no pagar asignación alguna para su mantenimiento. Por último, conviene usted en que se le devuelvan diez mil dólares del dinero que anteriormente se hallaba depositado en la cuenta bancaria conjunta. Los muebles y accesorios de la casa pasan a ser propiedad de usted y le serán entregados cuando finalice todo el proceso de divorcio, lo que sucederá la semana entrante.

—¿Y qué pasa si ella decide no continuar adelante con el divorcio? —quiso saber Joe.

—Descuide, llegará hasta el final —le aseguró Don. Bajó la voz para que los demás no pudieran oír lo que decía—. Tienen más ganas de que se resuelva este asunto que usted.

—¡Mierda! —exclamó Joe. Examinó por encima los papeles durante un rato—. Creo que no me queda otro remedio.

—A no ser que prefiera pelear —le informó Don—, Pero si lo hace, sepa usted que tiene las de perder. Los tribunales y leyes de California están en contra suya.

Joe miró a Motty, que estaba en el otro extremo de la habitación, de espaldas a él. Luego volvió la mirada hacia Don.

—Déjeme una pluma —le dijo.

Firmó rápidamente el pliego de condiciones. Don le entregó los papeles al abogado de Motty. Ésta lo miró y se puso en pie.

—¿Puedo marcharme ya? —le preguntó.

Su abogado echó un rápido vistazo a los papeles.

—Todo está en orden. Puede marcharse cuando guste.

Motty atravesó apresuradamente la habitación y cogió de la mano a Caroline.

—Venga, Caroline. Ya nos vamos.



La niña, que tenía la cara manchada de chocolate, miró a su padre.

—Adiós, papi —le dijo con la mayor tranquilidad.

Joe se levantó.

—Adiós, preciosa. —Se le quebraba la voz al hablar. Luego se volvió hacia Motty—. ¿Ya estás contenta? —le preguntó con amargura.

Ella se ruborizó y no contestó. Se dirigió a la puerta llevando a la niña prácticamente a rastras.

Joe la observó con atención. Había algo extraño en la cara y en el modo de caminar de su esposa. Aquello no era nuevo. Él ya lo había visto antes. Entonces cayó en la cuenta.

—¡Estás preñada! —le dijo a voz en grito.

Motty se apresuró a salir por la puerta llevándose a la niña. Joe se volvió para mirar a Marks, que salía precipitadamente tras ella.

—¡Cretino! —le gritó—. ¡Al menos ya no soy yo el único cretino del mundo! ¡También a mí me enganchó con ese sistema!

Pero Marks ya había traspasado la puerta. Joe se volvió hacia su abogado.

—No me extraña que tuvieran tanta prisa —le indicó—. Hemos sido unos estúpidos. ¡Debía habérmelo imaginado! —Luego la ira se le disipó tan de prisa como le había venido. Sonrió tristemente—. Me la han pegado y me han jodido a conciencia. Pero a lo mejor al final resulta que a pesar de todo puedo considerarme un hombre afortunado. Don asintió.

—Habría podido ser peor.

—Sí —dijo Joe—. Podría haber peleado por dos niños en vez de hacerlo por uno. ¡Y el niño ni siquiera sería mío!



27

Eran cerca de las seis cuando el abogado recogió todos los papeles relativos a los acuerdos y se dispuso a guardarlos en el portafolios.

—Me voy ya —dijo—. Mis suegros vienen esta noche a cenar.

Joe asintió.

—Muy bien.

Don le dirigió una mirada llena de simpatía.

—¿Le gustaría acompañarnos?

—Francamente, no. Pero gracias de todas formas.

—Debería usted salir a cenar por ahí, o a ver una película. No creo que lo pase muy bien si se queda aquí sentado usted solo. La primera noche tras la firma de los documentos para el divorcio suele ser una tortura.

Joe lo miró con curiosidad.

—¿Usted ya sabe lo que es?

Don hizo un gesto afirmativo.

—He pasado por ello. Éste es mi segundo matrimonio.

Joe se quedó pensativo durante un momento.

—Supongo que cada cual cree que estas cosas sólo le suceden a él.

Don sonrió.

—Aquí el divorcio es casi un estilo de vida.

Joe asintió y le estrechó la mano.

—No creo que tenga ningún problema —le dijo—. Gracias por todo.



—Le llamaré a principios de semana, tan pronto como me devuelvan el acuerdo oficial.

Joe cerró la puerta tras el abogado y decidió descorchar una botella de «Scotch». Se bebió tres grandes tragos seguidos. Sintió que el licor le quemaba al pasar por la garganta y le hacía toser.

—¡Mierda! —exclamó. Luego conectó la radio y se desplomó en el sofá. Giró el dial hasta que encontró una emisora que ponía música exclusivamente. No estaba de humor para escuchar las noticias que se emitían a aquella hora. Se tomó otra copa y recostó la cabeza hacia atrás, sobre el almohadón. De pronto se sintió agotado. Los ojos le ardían, por lo que se los frotó lenta e insistentemente. No eran lágrimas lo que tenía; él no solía llorar. Después se quedó dormido.

Le pareció oír el llanto de un bebé y abrió los ojos. La habitación se encontraba a oscuras. Lo que oía era el zumbido de la radio, pues la emisora ya había dejado de lanzar sus ondas al aire. La desconectó y encendió la lámpara situada en una mesita, junto al sofá. La botella medio vacía de «Scotch» parecía mirarle fijamente. Sacudió la cabeza en un intento por aclararla. No se había dado cuenta de que hubiese bebido tanto. Ya era más de la una de la madrugada. Dejó vagar la mirada por la habitación. Era extraño, pero nada le resultaba familiar. Luego se percató de que aquella sensación era debida al silencio. Antes siempre había ruidos en la casa. Ahora no. Encendió un cigarrillo. El chasquido de la cerilla le resonó con fuerza en los oídos. Aspiró profundamente el humo y lo expulsó muy despacio por la nariz. Se miró las manos, que le temblaban. Continuó fumando. Además del temblor en las manos, tenía un dolor de cabeza de padre y muy señor mío.

Lentamente y con grandes esfuerzos consiguió ponerse en pie y se dirigió a la cocina. Sacó del frigorífico una botella de «Pepsi» y cogió un frasco de aspirinas «Bayer» de un estante. Se metió en la boca tres tabletas y se las tragó ayudándose con la «Pepsi». Se acabó la botella y subió las escaleras hacia el dormitorio.

Encendió la luz y se quedó en el quicio de la puerta contemplando el interior de la habitación. Todo estaba hecho un auténtico desorden. Los armarios de Motty se encontraban abiertos de par en par. Las perchas estaban desparramadas por el suelo, los cajones de la cómoda y los del armario se veían vacíos. Al mirar hacia el cuarto de baño, observó que las puertas del armario que había en él se hallaban abiertas. Sólo



quedaban en su interior la espuma de afeitar y la maquinilla. De forma inexplicable, habían desaparecido hasta el cepillo de dientes y la pasta dentífrica.

Se dio la vuelta y se encaminó al cuarto de Caroline. La cuna y el resto del mobiliario ya no estaban allí; la habitación parecía completamente vacía sólo con la estrecha cama y el diminuto armario que Rosa utilizaba para guardar sus escasas pertenencias. Se preguntó si Rosa habría tenido tiempo de llevarse sus cosas al salir apresuradamente de la casa aquella noche. No se molestó en comprobarlo abriendo el armario. De todas formas le era indiferente. Desde aquel día la muchacha no había vuelto por allí.

Cerró la puerta y se dirigió al despacho. Se acercó al escritorio. Las hojas del manuscrito seguían pulcramente amontonadas encima de la mesa. Había una hoja de papel sobre la máquina de escribir. La cogió. La letra era de Motty.

¡Jódete!

No eres más que un farsante de mierda. No sabes escribir. Todo lo que has hecho es una auténtica basura. No eres capaz de escribir ni una miserable tira de cómic. Y no sólo escribes mal, sino que tampoco sabes joder. Ahora que tengo un hombre de verdad, me he dado cuenta de lo que es realmente joder. Te costará cien años aprender lo que él es capaz de hacer en un minuto. Y si crees que tienes una polla fuera de lo común, olvídale. La suya es el doble de grande que la tuya y él sabe hacer más cosas con ella de las que tú nunca podrías imaginar. Eres un niño, no un verdadero hombre. Para lo único que sirves es para masturbarte.

Te quiere,

Motty.

Airado, Joe arrugó el papel y lo arrojó al otro extremo de la habitación.

—¡Zorra! —exclamó. Luego recogió el papel del suelo, lo alisó y lo colocó delante de él sobre el escritorio. Se quedó mirándolo y empezó a sonreír. Aquella mujer era idiota, pensó. Firmaba la nota poniendo «Te quiere».

Cogió la fotografía de su esposa que tenía en un marco sobre la mesa y la contempló. Rápidamente sacó el cristal del marco y luego, con cuidado, dobló la nota



de modo que tapase la parte inferior de la fotografía; la colocó de forma que los ojos de ella, que miraban hacia abajo, parecieran estar leyendo la hoja de papel. Sonrió mientras ponía de nuevo el cristal en su lugar y depositaba el marco sobre el escritorio. Si alguna vez necesitaba algo que le recordase lo que era capaz de hacer una mujer, aquello le serviría perfectamente.

Empezaba a sentir hambre. No había tomado nada desde la hora de comer del día anterior. Volvió a la cocina. La nevera estaba vacía. Una botella empezada de leche, algunas de «Pepsi» y un par de cervezas era todo lo que había. Nada más. Se rascó la cabeza. Al día siguiente tendría que ir al mercado para comprar provisiones.

Salió de la casa, subió al coche y condujo hasta un restaurante, un *drive-in* situado entre Sunset y Cahuenga, que estaba abierto toda la noche. Ya eran más de las dos de la madrugada, y el establecimiento se hallaba casi vacío. Manióbró con el coche hasta acercarse al bordillo, apagó el motor y bajó el cristal de la ventanilla.

Poco después una monada rubia ataviada con una gorra de marinero francés —tenía incluso la borla roja— y una camisa de algodón de manga corta que a duras penas le cubría hasta los ajustados pantalones cortos, se dirigió hacia él caminando encaramada a unos zapatos rojos de tacón alto. Ajustó una bandeja de pinza en la portezuela del coche.

—¿Café? —le preguntó al tiempo que le ofrecía un vaso de papel lleno de dicha bebida.

—Sí, por favor.

La muchacha depositó sobre la bandeja el vaso, dos terrones de azúcar y una cucharilla de madera.

—El plato especial de esta noche consiste en dos salchichas de buey con un panecillo, chiles y patatas fritas.

—Parece apetitoso. ¿Y si añadimos una cerveza?

—Lo siento, son más de las dos —le indicó ella—. La ley nos prohíbe servir vino o cerveza después de esa hora.

—¿Podría traerme entonces un vaso de agua?

—Desde luego. Pero si desea un refresco, tenemos de todas clases.



—Me he traído un amigo —dijo Joe levantando la botella de «Scotch» para que ella pudiera verla—. Se llama Johnnie.

La muchacha se echó a reír.

—Johnnie Walker es un amigo de todo el mundo. Hasta mío.

—Traiga un vaso más y haremos las presentaciones.

—No puedo beber en horas de trabajo. Me echarían de aquí si lo hiciera.

—Podemos disimular. Usted traiga un vaso de más.

Joe la observó mientras la camarera se dirigía a la barra. Encendió la radio del coche. La única emisora que seguía en antena difundía música mexicana. No estaba mal; iba bien para comer chiles. La muchacha regresó con la bandeja y dos vasos de agua. También traía, en un plato de papel, las salchichas con chiles y un tenedor de madera; las patatas fritas estaban en un recipiente cuadrado igualmente de papel. La mostaza y el tomate se servían en sobres de aluminio.

Joe echó whisky en uno de los vasos. Al intentar ponerlo en la bandeja volcó el recipiente de patatas fritas.

—Lo siento —se disculpó mientras sostenía la botella de «Scotch» fuera del coche y señalaba las patatas fritas.

La camarera sonrió y se arrodilló para recoger el recipiente. Al mismo tiempo cogió la botella y bebió un buen trago. Luego se puso en pie.

—No se preocupe, señor —dijo con la cara sonrosada por el licor—. Le traeré otro.

Joe se había comido media salchicha cuando la muchacha regresó con las patatas.

—Es usted muy hábil —le dijo ella sonriendo.

—Cuando uno se empeña, siempre se encuentra la forma.

—Me estaba haciendo falta.

—¿Cuánto tiempo dura su turno?

—Seis horas —respondió la muchacha—. Dentro de quince minutos terminaré la jornada.



—¿Se irá usted a su casa?

—Al menos eso es lo que debería hacer. A mi marido le gusta encontrarme en casa cuando llega. Trabaja en «Hughes Aircraft», en el turno de noche, y suele llegar a casa alrededor de las cinco.

—Eso nos deja dos horas y media —observó Joe—. Johnnie tiene un hermano gemelo en mi casa que está por abrir.

—No sé —dijo ella, dudando—. No tengo coche. Vivo a dos manzanas de aquí. Por eso cogí este trabajo.

—Yo la llevaré a casa a tiempo —le prometió él—. Tú, Johnnie y yo haremos un estupendo *ménage à trois*¹⁷.

—Ni siquiera sé cómo se llama usted —dijo la muchacha.

—Yo tampoco sé cómo te llamas tú —replicó Joe—. Pero, ¿qué más da? Dejémoslo tal como está.

—¡Qué malo eres! —dijo la muchacha sonriendo. Miró hacia el interior del local y luego a Joe. Sin pronunciar palabra, colocó el ticket sobre la bandeja. Joe se apresuró a sacar un billete de cinco dólares.

—Quédate con el cambio —le dijo.

La muchacha cogió el ticket y el dinero. Miró a Joe durante un momento.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó.

—Escribo guiones de películas.

—¿En unos estudios?

—En la «Triple S».

—A lo mejor podrías conseguirme una entrevista —dijo ella—. Yo actuaba en todas las representaciones del colegio.

—Es posible.

La camarera lo miró fijamente.

¹⁷ En francés en el original. (N. del T.)



—Voy a quitarme el uniforme. Otra chica vendrá a llevarse la bandeja. Recógeme en la manzana siguiente.

Joe se quedó mirando cómo la muchacha entraba en el local y se dirigía a la parte de atrás. Ya había dado cuenta de la segunda salchicha cuando vio salir a la rubia por una puerta lateral. Hizo sonar el claxon y casi de inmediato salió otra chica a recoger la bandeja. Joe condujo con cuidado marcha atrás hasta la calle y siguió los pasos de la rubia. La encontró esperando justo en la mitad de la manzana siguiente. Detuvo el coche junto al bordillo y abrió la puerta.

La muchacha se instaló junto a él en el asiento. La botella de «Scotch» estaba entre ambos. Ella la cogió y se echó a reír.

—Si eres tan duro como nuestro amigo Johnnie —le dijo—, vamos a correr una juerga de miedo.

Él vio cómo la muchacha destapaba la botella y se la llevaba a los labios.

—Buen whisky —afirmó ella pasándole la botella—. Etiqueta negra. El mejor.

Joe hizo un gesto negativo con la mano.

—No me gusta beber mientras conduzco.

—Muy prudente —dijo ella. Se llevó de nuevo la botella a la boca. Cuando llegaron a casa la botella estaba completamente vacía, y la muchacha se había cogido una buena borrachera. Joe le abrió la portezuela para ayudarla a salir del coche, pero a ella le cedieron las piernas y se cayó en la pequeña superficie de césped que había un poco más allá de la acera.

Joe la levantó sosteniéndola por las axilas y volvió a meterla en el coche.

—Será mejor que te lleve a tu casa —le dijo.

—Me pondré bien —repuso ella—. Lo único que necesito es comer algo. En el restaurante nunca tomo nada, me horroriza la basura que sirven allí.

—Pero es que no tengo nada en casa. Por eso he tenido que ir al *drive-in*.

—Lástima —dijo ella—. Lástima.

—¿Dónde vives? —le preguntó Joe.

—A un par de manzanas del restaurante.



Joe subió de nuevo al coche y encendió el motor. No tardaron mucho en llegar a casa de la muchacha. Le costó casi diez minutos trasladarla desde el vehículo hasta la puerta.

Ella se apoyó contra el quicio, tambaleándose.

—Gracias por esta velada tan agradable —le dijo educadamente.

—No hay de qué —contestó Joe. Y se marchó a su casa.

Ésta continuaba tan silenciosa como cuando salió de ella. Parecía cosa de locos. Jamás imaginó que pudiera sentirse tan solo. Se tomó otras tres aspirinas y un par de copas más y subió al dormitorio. Entró un momento en el despacho, cogió la fotografía donde había colocado la nota de Motty y la llevó hasta la mesita de noche.

La miró mientras se desnudaba y, siguiendo la rutina, guardaba pulcramente la ropa. Luego se metió en la cama y apagó la luz. Pero el sueño le rehuía. Empezó a dar vueltas. Aquel extraño silencio era demasiado para él.

Puso la radio, pero sólo encontró la misma emisora mexicana de un rato antes. Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo mirando obsesivamente la fotografía. Lo apagó al poco rato y extendió la mano para hacer lo mismo con la lámpara. La fotografía parecía mirarlo fijamente. De repente Joe se enfadó sobremanera.

—¡Puñetera! —gritó al tiempo que lanzaba la fotografía al otro lado de la habitación. El ruido del cristal al romperse le disipó la ira. Era prácticamente el mismo sonido que había escuchado al romper el vaso con el pie el día de su boda. Era justo, pues, que el matrimonio terminase con la misma ancestral ceremonia. Se quedó dormido de inmediato.

Le pareció oír que el teléfono sonaba a lo lejos. Se dio la vuelta en la cama y abrió los oídos. Eran las nueve de la mañana. Se incorporó y levantó el auricular.

—¿Diga?

—¿Joe? Soy Laura Shelton. Te llamo desde Nueva York.

—Buenos días —dijo él.



—¿Te he despertado? Siento mucho lo de tu divorcio. Pero si ello te ha deprimido, es posible que unas cuantas buenas noticias te levanten el ánimo.

—Las buenas noticias me ayudarán —repuso él encendiendo un cigarrillo. Le pareció notar un aroma de café que llegaba desde el piso de abajo. No podía ser más que una ilusión.

—Santini, el productor italiano, te necesita para que hagas dos películas en Europa. Te garantiza treinta y cinco mil dólares por cada una. Ya me ha enviado el contrato y un cheque de diez mil dólares como depósito.

—Creí que en la fiesta sólo lo había dicho por hablar de algo.

—Pues es evidente que lo decía en serio. Ponte al habla con él. Está en Roma. Se muestra ansioso por que empieces cuanto antes.

El aroma del café no era una ilusión. Rosa apareció en la puerta del dormitorio llevando en las manos una bandeja con la cafetera y algunos bollos dulces. Joe la miró en silencio mientras la muchacha depositaba todo aquello sobre la cama, a su lado, y salía de la habitación. Él dio un sorbo de café. Estaba caliente y resultaba reconfortante.

—¿Cuanto antes? —le dijo a Laura—. ¿Y qué pasa con el contrato que tengo con A. J?

—Me da la impresión de que A. J. va a dejar correr todo ese asunto —le confió Laura—. Me ha dicho Kathy que Steve Cochran no quiere hacer la película y que Judi le ha asegurado a A. J. que tampoco la hará a menos que le firme otro contrato más sustancioso. A. J. ya le ha rescindido el que tenía.

—¿Y eso en qué situación me coloca a mí? Ya tengo el borrador prácticamente a punto.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en acabarlo?

—Una semana.

—Todavía no has firmado ningún contrato —le indicó Laura—. Puedes entregar el borrador y seguir tu camino tranquilamente. No sé por qué, pero tengo la sensación de que para A. J. supondrá un gran alivio.



Joe tomó otro sorbo de café. Si deshacía el trato con A. J. no quedaba nada que le atara a aquel lugar. Toda su vida allí giraba alrededor de la industria cinematográfica. No tenía amigos de verdad.

—Al parecer estás muy enterada de todo —le dijo—. ¿Has hablado ya con A. J.?

Laura vaciló un momento antes de responder.

—Soy un buen agente —le dijo—. No deseo que te hagan la puñeta. A. J. me ha dicho que no se interpondrá en tu camino.

Joe se quedó callado.

—Y otra cosa —añadió ella—. He hablado con el editor jefe de «Rinehart». Tienen interés en publicar tu novela.

—Te has movido mucho.

—Soy tu agente —repuso ella—. He probado suerte con «Rinehart». El manuscrito está en estos momentos en «Doubleday». Pueden hacer que la novela produzca más a causa de esos clubs de lectores que tienen en marcha.

—Ya me siento mejor, Laura. Lo que estás haciendo va más allá de tus obligaciones.

—Nada de eso, Joe. —Hizo una pausa—. Creo que te encuentras ante dos buenas oportunidades. Puedes aprovecharlas las dos, ¿no te parece?

Joe lanzó un suspiro.

—De acuerdo. Hagámoslo.

—Bien, ya te tengo preparado el contrato y los billetes. Puedes firmarlo cuando pases por aquí camino de Europa.

—Te veré entonces. Dentro de una semana, digamos. ¿Te parece bien?

Hubo otra pausa.

—La oficina se hará cargo de todo, Joe. Sólo hay que firmar un papel. Estará todo preparado.

—¿No *quieres*¹⁸ estar presente?

¹⁸ En español en el original. (N. del T.)



—No es cuestión de querer o no, Joe. Tengo unos sentimientos muy confusos hacia ti, y no sé bien cómo manejarlos. Trabajo para ti, pero, sinceramente, creo que me sentiría mejor si no nos viéramos en estos momentos.

Joe fijó la mirada en el teléfono durante unos instantes.

—Me asustas, Laura.

—Tienes un buen director con quien trabajar, nuevos horizontes en el mundo del cine. También hay un editor dispuesto a invertir dinero en tu novela. Es todo un mundo nuevo. Lo suficiente para asustar a cualquiera. Así que, ¿para qué mezclar además una mujer en todo eso? Ya has tenido bastante por ahora, ¿no? Lo que te conviene es ponerte a trabajar y no andarte con romances.

—Ahora hablas realmente como un agente.

—Como un agente no, Joe. Me importas de verdad. No es sólo por el talento y por el dinero que vas a ganar, sino por ti mismo. Y ahora adiós, Joe.

Éste colgó el teléfono.

—¡Rosa! —gritó.

Oyó los pasos de la muchacha en las escaleras; luego apareció en la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscar la ropa, *señor* —le comunicó ella—. Cuando vi que seguía dormido y que no había nada para desayunar en la cocina, fui al mercado para comprarle algo.

—Gracias. —La miró de cerca. La muchacha tenía en la cara algunas pequeñas magulladuras y señales de un ojo amoratado—, ¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—Mi papá me pegó por quedarme sin empleo —repuso ella—. Tengo que conseguir otro trabajo o me mandará a México con mi madre.

—Lo siento —dijo Joe.

—Usted no tiene la culpa, *señor*. —Lo miró—. Quizá yo pueda hacer de ama de llaves para usted. Cocinaría y limpiaría lo mismo que antes y sólo le cobraría veinte dólares al mes.



Joe la miró fijamente. Eran diez dólares menos al mes de lo que le había estado pagando hasta entonces.

—No podría bajarte el sueldo —le dijo—. Pero no me quedaré aquí mucho tiempo. Pronto me iré a trabajar a Europa.

—Aunque sólo sea una semana, trabajar me servirá de mucho, *señor* —le pidió ella—. Quizás en ese tiempo consiga encontrar otro empleo.

Joe pensó durante unos instantes. La muchacha le sería de gran ayuda. Él solo no podría ocuparse de la casa.

—De acuerdo —dijo al fin.

Rosa se le acercó y le besó apresuradamente la mano.

—*Gracias, señor. Mil gracias.*

—De nada —dijo él.

—Siento todo lo que ha sucedido, *señor*.

—Aquello ya ha pasado. Ahora ambos debemos esperar el mañana con ilusión.



TERCERA PARTE

1949



28

—*Belle Star y Annie Oakley* —dijo Santini—. Sólo el título vale ya un millón de dólares.

—Todavía no puedo creerlo —afirmó Joe mientras salían de la sala de proyecciones—. La película no está nada mal.

—Es un trabajo de genios —continuó Santini con la exageración y el entusiasmo italiano que le eran habituales—. Y todo ha sido idea tuya. Fuiste tú el que convenció a Judi Antoine para que viniera a Europa a protagonizar un *western* juntamente con Mara Benetti. No sé cómo se te pudo ocurrir reunir a esa pareja.

—Es como si John Wayne y Gary Cooper fueran *travesties* —dijo Joe riendo—. Y ha funcionado. Pero usted es el verdadero genio. Nunca pensé que dos pares de tetas como ésas cupieran en la pantalla al mismo tiempo.

—Somos italianos —afirmó Santini—, Estamos acostumbrados a las tetas grandes. Todas las italianas las tienen así. —Se volvió hacia un hombre bajito que siempre le iba detrás, Giuseppe. Era el más servil de los recaderos—. Giuseppe, *il caro*¹⁹ —dijo chasqueando los dedos.

—*Sí, maestro* —Giuseppe hizo una reverencia y salió corriendo.

Santini se dio la vuelta hacia Joe.

—Y ahora, amigo mío, ¿cuál es el próximo proyecto que tu incomparable genio va a proponerme?

—Había pensado que quizás fuera conveniente tomarme un des canso en esto del cine para poder trabajar en alguna novela —dijo Joe—. Espero que pueda usted saldarme los honorarios de la película.

¹⁹ En italiano en el original. (N. del T.)



Santini sonrió.

—No hay ningún problema —se apresuró a decir—. Dentro de una semana firmaré el contrato para la distribución de la película en los Estados Unidos. Entonces te mandaré el dinero.

Joe lo miró fijamente. Aquello era lo mismo que le había dicho cuando terminaron el rodaje de la primera película, *Shercules*²⁰. No era más que un plagio de *La reina guerrera*. Pero la actriz italiana que Santini había descubierto era aún más excitante que Judi. La película había gozado de un gran éxito en los cines al aire libre de los Estados Unidos, y preparó a la muchacha para la segunda película. A pesar de ello, Joe no había recibido las ganancias de la primera película hasta que empezó a trabajar en la segunda. En cuanto al porcentaje en los beneficios... cero. La contabilidad italiana era todavía peor que la norteamericana.

—En estos momentos me vendrían muy bien cinco mil dólares —dijo Joe diplomáticamente—. Tengo que pagar un montón de facturas.

Santini, en un gesto floreado, sacó el talonario y una pluma.

—Eso se arregla ahora mismo. —Garabateó en un cheque y se lo entregó.

Joe lo examinó. Estaba extendido por la cantidad de cinco mil dólares. Mantuvo la cara inexpresiva. Ambos sabían que aquel cheque no servía.

—Gracias, *maestro*²¹ —dijo educadamente.

—¿Qué piensas hacer en agosto? —le preguntó Santini—. ¿Lo pasarás en el Lido, la playa de Venecia, como el año pasado?

—Aún no lo he decidido —le indicó Joe—. En la situación en que me encuentro resulta demasiado caro. Además, el año pasado conocí a aquella muchacha tan guapa, algo increíble. Se quedó conmigo las tres semanas. Pero cuando me disponía a marcharme apareció el padre y me sacó un montón de pasta. Yo creía que la chica tenía por lo menos veinte años... pero resultaba que tenía catorce. Y encima me pegó una gonorrea.

Santini se echó a reír.

—Amores de verano. Siempre sucede lo mismo. Primero el amor, luego la desilusión. —Miró a Joe—. ¿Al menos era buena en la cama?

²⁰ Juego de palabras

²¹ En italiano en el original. (N. del T..)



Joe se echó a reír a su vez.

—Inmejorable.

—Entonces no estuvo tan mal. —Santini miró hacia la calle a través de las puertas de cristal y vio que su coche se detenía junto al bordillo—. Tengo una cita —le comunicó a Joe saludándole con la mano—. Te llamaré a principios de semana. *Ciao*'.

—*Ciao* —repitió Joe. Observó cómo se alejaba el automóvil y miró el cheque. Lo dobló cuidadosamente y lo metió en la cartera. Ya conocía la rutina. El Banco se lo devolvería. Y entonces tendría que ponerse en contacto con «Metaxa», en Nueva York, para conseguir que se lo pagaran. Si tenía suerte, a lo mejor lo cobraba dentro de tres o cuatro meses. Salió lentamente del edificio y se dirigió a la Via Veneto por una calle lateral.

Eran las seis de la tarde y el sofocante y húmedo calor de Roma se extendía sobre las aceras. Los turistas ya regresaban de sus visitas a los museos, al Vaticano y a otras atracciones turísticas. Ahora se dedicaban a mirar los escaparates o se sentaban en las terrazas de los cafés para tomarse un helado, un café o unos pasteles. Joe alcanzó la terraza del «Café Doney» y ocupó la mesa de costumbre. Echó una rápida ojeada al vestíbulo del hotel «Excelsior» y después se giró para observar el otro extremo de la calle, lugar en el que, en la acera de enfrente, estaba situado el quiosco de Prensa donde vendían toda clase de revistas, periódicos y libros extranjeros. Alguien dijo una vez que si uno se sienta durante el tiempo suficiente en aquel lugar, acaba viendo pasar a todas las personas que conoce en el mundo. Quizás no en todo el mundo, pero sí a todos los conocidos que estén en Roma.

Apareció el camarero que solía atenderle. Era un hombre viejo, con poco pelo y unas gafas de montura dorada. Colocó en la mesa, delante de Joe, el *espresso*' que éste tenía costumbre de tomar y quitó la tarjeta que rezaba «Reservada».

—*Buon giorno, signor*²² Joe. —Sonrió enseñándole los dientes deteriorados y manchados de nicotina.

—*Buon giorno, Tito* —contestó Joe.

—Me han dicho que ha ido usted a ver la nueva película. ¿Es buena?

²² En italiano en el original. (*N. del t.*)



Joe lo miró. En aquella ciudad no había secretos. Especialmente para los camareros. Se encogió de hombros.

—Cosí, cosà.

Tito hizo un gesto de asentimiento.

—Tengo un amigo que trabaja en el laboratorio. Dice que hay una escena en la que las dos chicas se pelean en el fango de la calle, y es como si estuvieran desnudas.

—Es verdad, Tito —le dijo Joe. Se puso un cigarrillo entre los labios. El camarero le dio fuego—. Las dos tienen un cuerpo soberbio.

Tito hizo chascar la lengua.

—Me gustaría verla.

—En cuanto las copias estén listas te invitaré a un pase privado —le aseguró Joe—. Pero no será hasta setiembre. Todos los laboratorios cierran durante el mes de agosto.

—Italia, Italia —suspiró Tito—. Nadie quiere trabajar. Pero me lo tomaré con paciencia, *signor Joe*, y le agradezco mucho la invitación.

Joe le metió en la mano al camarero un billete de mil liras.

—Gracias a ti, Tito.

Un grupo de turistas se acercó para sentarse en la mesa que había al lado de la de Joe. El camarero se apresuró a trasladarlos a otra más apartada.

—*Scusi, reservato, reservato* —les dijo Tito; luego, cuando se habían sentado en otro lugar, les tomó nota de los pedidos.

Joe echó una fugaz mirada al vestíbulo del «Excelsior». Allí, de pie, se hallaban los guías y las busconas de siempre, pero también habían varios *paparazzi* con la cámara colgada al cuello. Uno de ellos, un hombre joven, miró un instante por encima del hombro hacia Joe. Éste le hizo una seña con el brazo invitándole a que se acercara.

El *paparazzo* asintió y se encaminó hacia el lugar donde se encontraba Joe.

—*Ciao, Joe* —dijo.

—*Ciao, Vieri*. Siéntate a tomar algo.

El joven fotógrafo se giró y miró hacia la entrada del hotel, pero no pudo resistirse a la invitación. Se dejó caer en una silla.



—Un coñac *francese* —pidió.

Joe asintió. Aquello era lo normal. Se trataba de la bebida más cara que se podía pedir. Le hizo una seña al camarero, que ya lo había oído.

Luego se volvió hacia Vieri.

—¿A qué viene tanto ajetreo?

—¿No te has enterado? —le preguntó el otro—. Ingrid Bergman y Rossellini acaban de regresar de Stromboli, donde han rodado una película, y se alojan en el hotel.

—¿Los has visto? —quiso saber Joe.

—Todavía no —contestó Vieri. El camarero le puso la copa de coñac en la mesa junto con un vaso de agua. El fotógrafo hizo girar la copa y se la acercó a la nariz. Olfisqueó el delicado aroma—. Perfume de dioses —dictaminó.

—*Salute* —dijo Joe.

—*Salute* —repuso Vieri mientras se disponía a dar un sorbo de coñac—. Un amigo mío los ha visto en el aeropuerto. Dice que ella está preñada, que tiene una barriga enorme.

Joe no entendió la sonrisa del otro.

—Creía que Rossellini tenía casa en Roma.

—Y la tiene —dijo Vieri—. Pero es su mujer la que vive en ella.

—¡Ah! —asintió Joe.

—Hoy has visto la película, ¿verdad? —le preguntó Vieri; luego, sin esperar respuesta, prosiguió con sus indagaciones—. ¿Ya te ha pagado Santini?

Joe se echó a reír.

—Por supuesto que no.

—Es un capullo —dijo el otro—. A mí todavía me debe unas fotografías que le hice hace cinco meses.

—Ésa es su forma de vivir —dijo Joe.

—La suya y la de todos los directores y productores italianos —continuó Vieri con sarcasmo—. Se creen que están por encima de esas cosas. Pero no por encima del dinero que les toca recibir a ellos. Ésos se dan mucha prisa en cobrarlo.



Joe se encogió de hombros y dio un sorbo de café.

—¿Qué vas a hacer este verano? —le preguntó Vieri.

—No lo sé. He pensado en volver a los Estados Unidos para trabajar en un libro. Por aquí no encuentro nada de nada.

—Ah, los americanos —dijo Vieri—, Las grandes compañías proyectan hacer películas importantes aquí. Están edificando mucho en Cinecittá y el dinero llega de los Estados Unidos. También he oído decir que muchas estrellas americanas van a venir a trabajar por estos lares. Audrey Hepburn, Gregory Peck, Elizabeth Taylor, Robert Taylor. Los costos de producción son mucho menores aquí que en Hollywood.

—Eso no me sirve de nada. Nadie me ha llamado.

—Puede que lo hagan —insistió Vieri—. Al fin y al cabo, ya llevas aquí casi dos años. Tienes experiencia, conoces la forma en que se hacen las cosas en este país.

—No puedo vivir sin dinero —dijo Joe—. Y para ello necesito producir.

—¿Vas a ir esta noche a la fiesta que da la *Contessa* Baroni? —le preguntó el fotógrafo.

—Aún no lo he decidido —repuso Joe—. No me apetece vestirme de smoking con este calor.

—Pues deberías ir. Es el acontecimiento anual. Siempre se celebra el último viernes de julio. Todo el mundo estará allí. Después ella se va a pasar el mes de agosto a la villa que posee en Cap Antibes, en la Riviera francesa. Suele invitar a cinco o seis personas para que la acompañen.

—A mí no me ha invitado.

—Nunca lo hace hasta la noche de la fiesta. Me han dicho que celebran grandes bailes allí. Y por lo visto ahí es donde está el movimiento. Tiene un yate y cada noche da una gala en él. Montecarlo, Niza, Cannes, Saint-Tropez. Las chicas más hermosas de toda Europa acuden a esos lugares el mes que viene. Y todas ellas desean de pasarlo bien y de encontrar un lugar donde alojarse.

—Eso me excluye a mí —dijo Joe—. La condesa es demasiado posesiva.

—Hace a pelo y a pluma, según creo.

—¿Y qué? —inquirió Joe encogiéndose de hombros—. Entonces buscará a las chicas, no a mí.



—Pero tú puedes conseguirlas de rebote. Lo que no estaría nada mal.

Joe se echó a reír.

—Nunca me invitará. No me considera importante.

—Has salido con ella varias veces —observó Vieri—. Supongo que te habrás acostado con ella, ¿no?

—Esa mujer se ha acostado con todo el mundo. Eso no quiere decir nada.

—Tiene de todo. Dinero, drogas, champán, fiestas. Deberías ir esta noche. Puede que tengas suerte.

—¿Tú vas a ir?

—A mí no me han invitado, pero allí estaré. A la puerta. Intentando sacar algunas fotografías. Si vas, te haré unas cuantas.

—No desperdicies carrete —le aconsejó Joe—. No conseguirás vender ni una.

—Tú quédate revoloteando por allí hasta que aparezca una chica guapa o alguna estrella; entonces te acercas a ella, y yo os hago la foto.

—Ese no es mi estilo —apuntó Joe.

—De todos modos ve a la fiesta —le aconsejó Vieri al tiempo que se ponía en pie—. Ahora tengo que volver al trabajo. Gracias por el coñac. *Ciao*.

—*Ciao* —dijo Joe sin dejar de mirarlo mientras el otro caminaba hacia la entrada del hotel. Se llevó la mano a la cartera para buscar el cheque. Luego regresó al hotel, que quedaba al lado de Spanish Steps.

La pequeña *suite* de que disponía era fresca, pues estaba protegida del calor exterior por las contraventanas de madera. Joe se quitó rápidamente la camisa, completamente empapada a causa de la transpiración, y arrojó los pantalones a una silla. Se inclinó sobre el lavabo y se remojó la cara y la cabeza con agua; luego respiró profundamente y se secó con una toalla áspera. Se miró en el espejo y movió la cabeza.

No era de extrañar que la gente huyera de Roma durante el mes de agosto. Aquello era un verdadero infierno.

El teléfono sonó. Se acercó al pequeño escritorio de la sala y descolgó.

—*Pronto*.

Era Laura Shelton, que le llamaba desde Nueva York.



—¿Cómo estás? —le preguntó ella.

—Muerto de calor.

—Aquí también hace bastante.

—Pero no hay nada tan caluroso como el verano de Roma —le aseguró Joe.

—¿Has visto la película? —quiso saber Laura.

—Sí. Hoy mismo.

—¿Qué te ha parecido?

—No está mal. Siempre que te guste ver unas tetas enormes en pantalla panorámica.

—Creía que eso era lo tuyo —dijo Laura echándose a reír.

—Pero no en una película. Ver no es creer. Le falta un poco de consistencia argumental.

—¿Te ha pagado Santini?

—Me ha dado un cheque por cinco mil dólares, pero ya sabes que nunca tiene fondos. Y dice que me pagará el resto en cuanto firme el contrato para la distribución de la película en los Estados Unidos. Está seguro de que la película conseguirá llegar al millón de dólares.

—Me han llegado noticias desde la costa de que hay varias compañías a las que le interesa. Al parecer envió aquí un par de copias antes de exhibirla en Italia. Kathy me ha contado que a lo mejor A. J. se hace cargo.

—Bueno, a ver si de esa forma consigo cobrar todo lo que me deben.

—Cobrarás, no te preocupes —dijo ella llena de confianza—. Voy a entregarle tu saldo a Paul Gitlin, un abogado que también será tu agente a partir de ahora. Hace mucho que lo conozco y es realmente bueno.

—Y entonces, ¿qué piensas hacer tú? —le preguntó Joe, sorprendido.

—Ya te había dicho que lo que yo quería es ser directora de edición, y por fin lo he conseguido. En «Doubleday». De modo que seguiremos en contacto, sólo que a partir de ahora ya no seré tu agente.

—¿Y qué le parece todo esto a la agencia?



—Le parece bien. Además, nunca les gustaste demasiado como escritor. No eres lo bastante fino para ellos.

—¿Y cómo te las has arreglado para conseguir al fin ese empleo?

—A «Doubleday» sí que les gustas. Quedaron muy satisfechos con las ventas de tu primer libro. Me han dicho que piensan sacar entre treinta y cuarenta mil ejemplares. El Club de lectores de «Doubleday» ha vendido ciento cincuenta mil, y además han hecho un contrato con «Bantam» para publicar la edición de bolsillo, por lo que han conseguido otros cuarenta mil dólares. No está nada mal. Ellos se quedarán con la mitad, o sea con veinte mil dólares.

—¿Y dónde encajas tú en todo esto?

—Tú eres uno de los autores de cuya edición me voy a encargar. Lo único que tienes que hacer es sacar otro libro dentro de un año más o menos. Ya están dispuestos a firmar el contrato por el segundo libro.

—Todavía no he empezado a escribirlo.

—Pues empieza ahora que tienes tiempo —le indicó Laura—. Ya me dijiste que tenías alguna idea sobre cuál iba a ser el argumento.

—Necesitaré ayuda —dijo Joe—. Ahora eres mi directora de edición... reúnete aquí conmigo y podremos hacer juntos el esquema de la novela.

Ella se echó a reír.

—Todavía me queda mucho trabajo por hacer.

—¿Qué clase de trabajo?

—Tardaré un par de semanas en dejar en orden mi despacho aquí. Y «Doubleday» quiere que empiece a trabajar con ellos el uno de setiembre.

—Pero puedes pasar las dos últimas semanas de agosto aquí, conmigo. Alquilaré un coche y recorreremos la Riviera francesa. Me han dicho que es algo fantástico.

Ella se echó a reír de nuevo.

—Estás como una cabra. ¿Sabes lo que costaría eso?

—Yo puedo permitírmelo. Y además, me apetece mucho estar contigo.

—No sé... —dijo Laura dubitativa.



—Mira, ahora ya no tienes que preocuparte constantemente por el maldito espionaje de la agencia. Ahora eres el jefe. Lo pasaremos muy bien, de verdad. Te enviaré los billetes.

Laura se quedó callada durante un momento.

—¿Me das un poco de tiempo para pensármelo? —le preguntó finalmente.

—¿Cuánto tiempo?

—Llámame el día diez. Quizás entonces me encuentre en mejor disposición.

—Te llamaré el día diez, pero te enviaré los billetes mañana mismo —dijo Joe.

—¿Dónde estarás?

—De viaje, pero con billete abierto. Estaré donde tú quieras en el momento en que consentas.

—No me mandes los billetes. Puedo pagármelo yo. Y llámame a casa, no a la oficina.

—Entendido. ¿Has venido a Europa alguna vez?

—Pasé dos años estudiando en la Universidad de París.

—¿Entonces hablas francés?

—Sí —repuso ella.

—En ese caso no te queda más remedio que venir. Así me harás de intérprete.

Laura se echó a reír.

—Tú llámame el día diez y mientras tanto ve pensando en el libro.

—Puedo pensar en cosas más divertidas que el libro.

—No hagas el tonto conmigo —le advirtió ella—. Soy una persona seria.

—Yo también lo digo en serio. Lo único que tienes que decirme es que aceptas reunirme conmigo y comprobarás lo serio que puedo ser.

Después de colgar, Joe se quedó un rato mirando el teléfono. Luego pidió la conferencia que mensualmente les ponía a sus padres. Colgó el auricular y consultó el reloj. En Nueva York era más pronto que en Italia, seis horas exactamente. Existía cierto número de posibilidades de que no contestaran. Pero se equivocó. Milagrosamente, le concedieron la conferencia al cabo de diez minutos.

Fue su madre la que contestó.



—¿Diga?

—Hola, mamá. ¿Cómo te va? —preguntó Joe.

—¿Dónde estás? —preguntó la mujer asaltada por la sospecha—. Te oigo como si estuvieras a la vuelta de la esquina.

—Sigo en Roma. ¿Cómo está papá?

—Bien. Se cuida mucho y se encuentra bien. ¿Cuándo piensas venir a casa?

—No sé. Tengo otro trabajo en perspectiva y voy a irme un mes de vacaciones a Francia.

—¡A Francia! —dijo ella—. Veo que te estás volviendo muy caprichoso. Lo único que tiene Francia son las fulanas más caras del mundo.

Joe se echó a reír.

—Nunca cambiarás, mamá.

—¿Y por qué tengo que cambiar? Cuando se publicó tu libro pensé que merecías cierto respeto por ello. Pero todos los amigos nuestros que lo leyeron me explicaron que nunca habían leído nada tan marrano como aquello. Y sin embargo estuvo durante quince semanas en la lista de los libros más vendidos. No consigo entenderlo.

—¿Tú lo has leído?

—¿Cómo quieres que lea una marranada así? —le preguntó su madre—. Ni siquiera me atrevo a decir a nadie que eres hijo mío; me da vergüenza.

—Nunca cambiarás —repitió Joe—, ¿Está papá en casa?

—No. Hoy ha ido un rato a la tienda.

—Pues no se te olvide decirle que he llamado.

Y colgó el teléfono. Era inútil. Con ella nunca podría ganar.



29

Dejó abierta la puerta del cuarto de baño a fin de poder oír el timbre del teléfono y se dejó caer dentro de la confortable bañera italiana, grande y profunda, que había llenado previamente de agua templada. Encendió un cigarrillo y se recostó en un extremo de la bañera. Ya eran casi las nueve de la tarde, y sin embargo aún era completamente de día. Aún no había tomado una decisión en lo referente a la fiesta de aquella noche. No tenía ninguna prisa. Las fiestas italianas nunca empezaban antes de la medianoche.

Oyó que llamaban a la puerta de la sala. Contestó levantando la voz desde el cuarto de baño.

—¿Quién es?

—Marissa. —La voz de la chica le llegó a través de la puerta—. Te he traído las carpetas del despacho.

Marissa era una muchacha negra que había hecho las veces de secretaria de Joe mientras éste trabajaba en los guiones de Santini. Su padre, cónsul italiano en Nueva York, se había casado con una americana negra y, al volver a Italia en mil novecientos cuarenta, se había llevado a su mujer y a Marissa, su hija, que entonces contaba quince años de edad. La muchacha había estado trabajando de intérprete para el ejército americano cuando éste ocupó Roma durante la guerra; más tarde había ido probando diversos empleos hasta acabar finalmente como secretaria e intérprete para distintos productores de cine italianos.

—¡Adelante! —dijo él a gritos desde la bañera—. La puerta está abierta.

Joe se asomó a la salita. La muchacha traía un macuto de lona del Ejército, de color oliva, que se apresuró a dejar en el suelo.

—¿Qué demonios traes ahí? —le preguntó.

—Mi ropa —contestó ella—. Necesito un lugar donde alojarme unos días.



—¿Qué ha pasado?

—Santini ha cerrado la oficina durante el mes de agosto, y se ha largado sin pagarme. En la *pensione*²³ donde me alojo son muy estrictos en lo que se refiere al alquiler. Estoy sin blanca, así que he pensado que sería mejor sacar mis cosas de allí antes de que me cierren la puerta en las narices y me quede sólo con lo puesto.

—Veo que ese tacaño hijo de puta también te la ha jugado a ti —exclamó Joe.

—¿A ti no? ¿Te ha pagado? —inquirió la muchacha.

—Supongo que estás de broma —dijo él—. Me ha explicado que me pagará en cuanto firme el contrato de distribución para los Estados Unidos.

—También te he traído las carpetas —le indicó Marissa.

—Gracias.

La muchacha se asomó a la puerta del cuarto de baño.

—¿Tienes un cigarrillo?

Joe señaló con un gesto hacia el lugar donde se hallaban.

—En la repisa que hay debajo del espejo. —La observó mientras ella encendía un cigarrillo. Tenía manchas de humedad bajo las axilas a causa de la transpiración, y la blusa de seda parecía estar pegada a aquellos potentes pechos—. ¿Cuánto tiempo necesitas quedarte aquí?

—Sólo durante el fin de semana —repuso la muchacha—. Una amiga mía va a dejarme su apartamento todo el mes de agosto. Se va a Ischia con su novio.

Joe la miró.

—Está bien. De acuerdo.

—¡Eres maravilloso! —le halagó Marissa. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. No te molestaré en absoluto —añadió—. Si quieres traer a alguien aquí, dormiré en el sofá.

—No tengo nada previsto —dijo Joe mientras le dirigía una mirada fugaz al escote de la muchacha. Los pezones resaltaban como lavanda oscura contra la suave piel, más clara, de los pechos. Gotas de sudor rodaban por el valle que éstos formaban—. Estás sudando —añadió—. ¿Por qué no te metes en la bañera conmigo?

²³ En italiano en el original. (*N. del t.*)



Marissa aspiró el humo del cigarrillo.

—¿Tan mal huelo?

—No es eso —dijo él riendo y mostrándole el pene erecto que sobresalía por encima del agua—. Lo que pasa es que me apetece joder un poco.

Ella empezó a quitarse la ropa.

—¡Estupendo! —le indicó—. Yo siempre estoy dispuesta. —Se quedó desnuda en un instante y se metió en la bañera, situándose de pie frente a Joe. Comenzó a frotarse rápidamente la vulva y se abrió la vagina con los dedos para que el pequeño clítoris de color púrpura asomase entre los labios—. ¿Qué te parece esto? —le preguntó a Joe, mirándolo.

—¡Fantástico! —Sostuvo con la mano el falo erecto y arqueó la espalda para salir al encuentro de ella—. Móntate.

—Ahora mismo —dijo ella alargando la mano para coger una pastilla de jabón. Enjabonó y frotó apresuradamente el miembro de Joe hasta que éste notó que todos los nervios desde los testículos le ardían. Luego la muchacha lo sostuvo con firmeza y, sentándose en cuclillas, lo atrajo hacia su interior.

Joe boqueaba para coger aliento. Aquello le producía la misma impresión que si se hubiese sumergido en una tinaja de aceite hirviendo. Sujetó con fuerza a la muchacha por las nalgas para atraerla más hacia sí mientras ella se inclinaba hacia delante y le acariciaba el rostro con los pechos.

Joe advirtió que comenzaba a resbalar en la bañera; el agua ya le llegaba a la cara.

—¡Acabarás ahogándome, maldita sea!

—No te apures —dijo Marissa echándose a reír—. Te rescataré. Tengo diploma de salvavidas. —Empezó a retorcerse para que Joe entrase más profundamente en su interior, sin permitirle que se deslizase fuera.

Él la miró.

—Nunca imaginé que supieras joder así cuando te veía en el despacho.

—Los polvos de oficina nunca son buenos —afirmó ella—. Siempre son una cosa rápida, para cumplir. No queda lugar para la imaginación. Sólo sirven para desahogarse a toda prisa.

—¡Aleluya! —gritó Joe.



La muchacha lo sujetó de repente para que se mantuviera quieto.

—¡No te muevas! —le ordenó.

Joe la miró rápidamente.

—¿Qué sucede?

—Nada —repuso ella—. Estoy a punto de orinar. Ooh —jadeó en éxtasis mientras lo hacía—. Ahora te toca a ti. Orina dentro de mí.

—Yo soy incapaz de orinar cuando tengo una erección —le indicó él.

—Sí que puedes —le corrigió la muchacha al instante—. Te lo demostraré. —Rápidamente le puso una mano debajo de los testículos e hizo presión sobre determinado nervio. El chorro de orina manó con fuerza hacia delante. En ese instante, mientras Joe orinaba, Marissa sacó el falo y se lo acercó al rostro hasta metérselo por completo dentro de la boca. Cuando la orina dejó de salir lo volvió a colocar dentro de ella. Acercó el rostro al de Joe—, Me encanta el sabor que tiene tu orina —le dijo—. Es dulce como el azúcar.

Joe sintió de nuevo que la muchacha empezaba a retorcerse de aquella forma tan excitante.

—¿Dónde has aprendido todo esto? —le preguntó casi sin habla.

—En la guerra, con los soldados americanos —contestó Marissa con voz ronca—. Todos eran muy aficionados a la lluvia dorada, y acabó por gustarme de verdad.

—¡Cristo! —exclamó él.

—Y eso no era todo —continuó explicándole ella—. Los americanos eran mucho más divertidos que los alemanes. Los boches se limitaban a joder y a chupetearme un poco. A los americanos hasta les gustaba meterme chocolatinas y otros dulces por el ano o por la vagina.

—¿Y qué hacíais después? —quiso saber Joe.

—O se las comían ellos, o me las comía yo.

—¡Vaya una mierda!

—Eso a veces también —precisó la muchacha—. Cuando estás del lado de los vencidos no te queda más remedio que hacer lo que te digan. De otro modo te quedas fuera. Sin comida, sin trabajo y sin favores.



—¿Y ahora también es así?

—En cierto modo —dijo ella—. Si no estás dispuesta a joder no es fácil encontrar trabajo.

—Pues conmigo no tuviste que acostarte para conseguir el empleo.

—No fuiste tú quien me contrató —le recordó Marissa—. Lo hizo Santini. —Miró a Joe—. Se te está marchando la erección —le dijo—. Eso te pasa por pensar y hablar demasiado.

Él se quedó mirándola en silencio.

—No te preocupes —le animó ella—. En un momento conseguiré que te vuelva.

Se apartó ligeramente a un lado y alargó el brazo hasta alcanzar las nalgas de Joe. Poco después ya le había metido los dedos en el interior del ano y le presionaba ligeramente la próstata. La erección resucitó al instante.

—¡Ahora, desgraciado! —le gritó la muchacha—. ¡Venga! ¡Dale fuerte!

Cuando el teléfono comenzó a sonar Joe se encontraba tendido encima de la cama, medio adormilado. Miró a Marissa, que estaba en el otro extremo de la habitación. Iba desnuda de un lado a otro mientras sacaba la ropa del macuto. Le dirigió a Joe una mirada inquisitiva.

—Contesta tú —le pidió él.

La muchacha descolgó el teléfono.

—*Pronto.*

Él alcanzó a oír una voz femenina que hablaba en italiano por el auricular. Marissa escuchó durante unos momentos y luego miró a Joe.

—Es Mara Benetti —le dijo—. Quiere saber si vas a ir a la fiesta de la *contessa*.

—Todavía no lo he decidido —le indicó él.

—Ya son más de las diez —le recordó la muchacha.

—¿Y qué? Nadie llega antes de medianoche.



Marissa habló en italiano con la actriz, que como respuesta la inundó con un chorro de palabras.

—Quiere que la acompañes —le informó la muchacha a renglón seguido.

—¿Qué le ha pasado a Santini? —le preguntó Joe—. Era él quien iba a acompañarla.

Se oyeron más palabras por el teléfono.

—Santini la ha dejado plantada —le explicó Marissa—. Al parecer va a ir con esa actriz americana en vez de llevarla a ella. Su novio le ha prometido que le prestará la limusina si tú accedes a acompañarla.

—¿Y por qué no la lleva él?

—Es un mafioso —dijo Marissa con la mayor naturalidad—. A lo mejor tiene otras cosas que hacer.

—Ese tipo es capaz de volarme la cabeza después de la fiesta —dijo Joe con desconfianza.

—No lo hará si también me llevas a mí —precisó Marissa astutamente—. Eso le indicará a las claras que merece todo tu respeto.

—¿Te apetece ir? —le preguntó él con curiosidad.

—Claro —repuso ella—. Es la mejor fiesta de la temporada. Y he robado un vestido del guardarropa de los estudios para poder utilizarlo en ocasiones como ésta.

Joe se encogió de hombros.

—Pregúntale si le importa que tú también vengas.

—Se lo explicaré —dijo la muchacha—. Al fin y al cabo, tú no hablas italiano. Yo soy tu secretaria y es natural que me necesites para que te haga de intérprete. Además, ella ya me conoce.

—Muy bien.

Marissa volvió a ponerse al teléfono y habló rápidamente en italiano.

—Dice que está de acuerdo. El coche pasará a recogernos.



30

Joe estaba sacando el smoking blanco del armario cuando la muchacha salió del cuarto de baño. Se dio la vuelta para mirarla detenidamente.

Ella sonrió.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Es precioso —dijo él—. Pero parece que vayas desnuda bajo el vestido.

—Es que estoy desnuda —le aclaró ella—. Es puro chifón de color carne con algunas cuentas; se adapta perfectamente a las curvas.

—Se te ve con toda claridad el coño y la raja del culo cuando te das la vuelta. Hasta se distingue el color púrpura de los pezones.

La muchacha se echó a reír.

—Eso es el maquillaje. También me he puesto polvos de purpurina plateada. Resulta muy excitante.

Joe la examinó atentamente. La muchacha estaba maquillada por completo. Llevaba pestañas postizas y sombra de ojos de colores azul y oro; el colorete rosa le iluminaba los pómulos y tenía los labios pintados de rojo escarlata. Se había puesto una peluca de suaves rizos negros que le ocultaba su propio cabello, tremendamente ensortijado.

—Te pareces a una ramera de Harlem que conocí tiempo atrás.

—¿Me encuentras sexy?

—Muchísimo —respondió él—. Mara se va a tirar de los pelos cuando te vea. No creo que se espere una competencia de esta clase.

La muchacha se echó a reír.



—Ya le expliqué por teléfono lo que pensaba ponerme. Le pareció bien. Ella va a llevar un vestido negro, de encaje, con un escote que por delante le llega hasta el coño y por detrás hasta la mitad de la raja del culo. Dijo que entre las dos dejaríamos a esa actriz americana fuera de combate.

—Nunca entenderé a las mujeres —observó Joe.

—Ni falta que hace. Límitate a pasarlo bien con ellas.

Los *paparazzi* llevaban todo el día como si estuviesen de maniobras. Vieri se acercó a Joe.

—¿Cómo te las has arreglado?

Joe hizo un gesto extendiendo los brazos.

—Ha sucedido, eso es todo.

—¿Te acuestas con las dos? —le preguntó el otro.

Joe sonrió y no contestó.

—Eres el hijo de puta con más suerte que conozco —dijo Vieri—. Éstas van a ser las mejores fotografías de toda la noche. Las venderé en toda Europa.

—Pues qué bien —le animó Joe—. ¿Ya ha venido Santini?

—Sí. Hace media hora más o menos. Esa chica americana parece un poco idiota. Lleva un simple vestido blanco de organza. Sólo tiene culo y unas tetas enormes; no resulta nada sexy, y además el blanco no sale bien en las fotografías.

Joe se echó a reír.

—¿Ya sabe el novio de Mara que la has traído tú? —quiso saber Vieri.

—Lo ha arreglado él mismo en persona —le informó Joe—. El coche en el que hemos venido es suyo.

Vieri hizo un gesto de asentimiento.

—Bien —dijo—. Temía que fueras a meterte en problemas. Es un tipo duro.

—No te preocupes —le indicó Joe. Echó a caminar hacia las chicas que continuaban de pie en las escaleras posando para los fotógrafos—. Creo que es hora de entrar.



—Párate un momento cuando llegues al último escalón —le pidió Vieri—. Así podré haceros una foto con el coño de las chicas transparentándose a través del vestido.

—Concedido —dijo Joe. Subió hasta el final con las dos muchachas, se detuvo allí un momento con ellas y luego se dio la vuelta al mismo tiempo que el portero les abría la puerta.

La sala de la mansión era casi tan grande como un salón de baile y se hallaba completamente abarrotada de gente. Joe creyó reconocer a muchos de los presentes, pero no recordaba sus nombres. En un susurro, y tapándose disimuladamente la boca con la mano, Marissa se los fue identificando uno a uno. Joe la miró, agradecido. Aquella chica era la secretaria perfecta.

Avanzaron con parsimonia hacia la sala; todo el mundo les besaba la mano a las muchachas. Joe le entregó la invitación al mayordomo con el nombre de las dos chicas escritos debajo del suyo.

El lacayo los anunció en voz alta.

—El *dottore* Joseph Crown, la *signorina* Mara Benetti y la *signorina* Marissa Panzoni.

Bajaron por las escaleras hasta la sala de baile. Un camarero se acercó a ellos con una bandeja en las manos repleta de copas de champán. Joe se apresuró a coger sendas copas para sus acompañantes y otra para él.

—Salute.

Mara sonreía. Allí se encontraba a sus anchas. Sabía perfectamente que todos los presentes las miraban.

—*Salute* —le contestó a Joe. Y añadió en aquel su inglés con fuerte acento italiano—. ¿Has localizado ya a ese grandísimo hijo de perra?

—Aún no —dijo Joe con la sonrisa en los labios.

—Voy a sacarle los ojos —dijo Mara dulcemente—. Y también a esa *putaña*¹ que lo acompaña.

Joe se echó a reír.

—No te preocupes. Nadie se acuerda de ellos. Todos están cegados por el resplandor de tu belleza.

Mara asintió con el semblante muy serio.



—¿Crees que soy más hermosa que ella?

—Sin duda alguna —se apresuró a decir Joe—. Eres la más hermosa de la fiesta.

Marissa también se mostró de acuerdo.

—Si yo fuera un hombre me arrojaría ahora mismo a tus pies.

—Eres encantadora —dijo Mara sonriendo—. Y Joe también. Me alegro mucho de haberos invitado a la fiesta.

Marissa y Joe cambiaron una rápida mirada. ¿Quién había invitado a quién? ¿Quién había sido invitado por quién? Sonrieron ligeramente.

—Yo también me alegro —dijo Joe.

En un extremo del salón había una orquesta, a cuyos sonos la gente había empezado a bailar. El fresco aire de la noche penetraba por los grandes ventanales. En la habitación contigua había un *buffet* rebotante de comida y un gran número de invitados que hacían cola para cenar.

Un sirviente de uniforme se acercó a Joe.

—¿El *dottore* Crown?

Joe asintió.

El sirviente le habló en italiano. Joe le dirigió una rápida mirada de auxilio a Marissa, que se apresuró a traducir.

—Dice que a la *contessa* le gustaría que tú y tus invitadas fuéramos a sus habitaciones privadas.

Joe asintió de nuevo. Siguieron al sirviente a través del comedor hasta que llegaron a un estrecho pasillo. Luego subieron por unas escaleras al final de las cuales se hallaba otro corredor. El sirviente abrió una gran puerta de doble hoja y la cerró una vez que ellos la hubieron traspasado.

La *contessa* se hallaba sentada en un sillón muy grande, parecido a un trono, a la cabecera de una mesa que, como la del piso inferior, estaba muy bien surtida de comida. Era una mujer hermosa de modales imperiosos.

Le hizo una seña a Joe para que se acercase.

—¡Joe! —le saludó riendo—. El más brillante escritor americano y mi favorito.

Joe besó la mano que la mujer le tendía.



—*Eccellenza* —murmuró. Después se incorporó—. Ya conoce a mis amigas. La *signorina* Mara Benetti, una de las actrices de mi película, y mi ayudante, la *signorina* Marissa Panzoni.

La *contessa* asintió.

—Unas niñas muy guapas —dijo; luego se volvió de nuevo hacia Joe—. ¿Te acuestas con las dos?

El se echó a reír.

—No te avergüence decirlo —continuó la condesa—. Deberías sentirte orgulloso. Me encantaría veros a los tres haciendo el amor. Tiene que ser muy excitante. —Se echó hacia delante y acarició con las manos el cuerpo de las dos chicas—. Preciosos, preciosos —murmuró—. Son firmes, fuertes y sexuales.

Las dos muchachas ya estaban acostumbradas a aquello... conocían a la *contessa* mejor que Joe.

—Gracias, *Eccellenza* —respondieron al unísono.

La *contessa* chasqueó los dedos. Un sirviente se acercó con un pequeño azucarero de plata, que abrió ante ellos. Rápidamente aquella mujer cogió una pequeña cucharilla de oro y aspiró una buena cantidad del contenido por cada uno de los orificios nasales. Luego les ofreció a ellos.

Joe fue el primero en decidirse. La coca le estalló en la cabeza. Era de primera calidad. La que él solía comprar en las calles de Roma era una porquería al lado de aquélla. Producía el efecto de un auténtico cañonazo.

Mara tomó un poco con cautela, pero Marissa parecía un aspirador. Repitió hasta cuatro veces en cada orificio. Los ojos se le encendieron como potentes reflectores.

—*Mamma mia!* —exclamó riendo—. Creo que ya estoy a punto de correrme.

La condesa se echó a reír y le metió la mano por debajo del vestido.

—¡Es cierto! —gritó al tiempo que sacaba los dedos y se los chupaba golosamente—. ¡Estás empapada!

Mara miró a la *contessa*.

—Perdone, *Eccellenza*. ¿Ha visto al maestro Santini esta noche?

La condesa hizo un gesto vago con la mano.



—Está abajo, con esa chica americana. Una mujer sin clase, muy vulgar. Se han quedado en el salón, con los demás. —Se volvió hacia Joe—. ¿Crees que la película que ha hecho ese hombre dará algo de dinero? —le preguntó con interés—. He invertido cien mil dólares en ella.

—Creo que ha aprovechado usted una buena oportunidad —dijo Joe lealmente. Al fin y al cabo, él también tenía algo que ver con aquella película.

—¿Ya te ha pagado? —le preguntó ella con intención.

—Todavía no —contestó Joe.

La condesa se echó a reír.

—Es un mangante. Ni siquiera es un sinvergüenza con gracia. Me dijo que había saldado las cuentas con todo el mundo.

Joe guardó silencio.

La mujer se volvió entonces hacia Mara.

—¿Y a ti? ¿Te ha pagado ya?

—Mi novio se encargó de ello. —Asintió Mara.

—Santini ha hecho bien —dijo la condesa asintiendo con la cabeza—. Es la mejor manera de evitar tener problemas con tu novio.

—Pues a mí también me debe dinero. Veinte mil liras —le hizo saber Marissa.

—¡Tacaño! —exclamó la condesa—. No es más que un tacaño. —Se volvió hacia el lacayo—. Dale inmediatamente a la *signorina* diez mil liras.

—No, *Eccellenza* —protestó Marissa—. Usted no tiene la culpa, no es responsabilidad suya.

—Eres amiga mía —dijo con firmeza la condesa—, Y además tienes el coño muy dulce.

Un servidor trajo una bandeja con champán y todos cogieron una copa; otro sirviente se acercó con una bandeja de cigarrillos. Cuando Joe encendió el primero, el denso perfume del aceite de *haschis* mezclado con tabaco se esparció por la estancia.

La condesa se echó a reír.

—Es una fiesta encantadora. —Se volvió hacia uno de los sirvientes—. Cierra con llave la puerta de mis habitaciones. Nosotros vamos a organizar nuestra propia fiesta.



—*Eccellenza*, le ruego que me perdone. Pero mi novio nunca aprobaría que yo hiciese esto —dijo Mara vacilante.

La condesa se echó a reír.

—No pondrá ninguna objeción, querida, te lo aseguro. Al fin y al cabo yo soy su madrina aquí, en Roma. Está al corriente de que venías a mi fiesta. Incluso ha sido él quien te ha ofrecido la limusina.

Mara se quedó mirándola fijamente.

La condesa sonrió.

—Fúmate un cigarrillo y relájate. Luego cenaremos todos juntos. De postre, yo me comeré tus pechos. Los lameré como si fueran nata dulce de Devonshire.

Joe echó un vistazo en torno a la habitación. De momento sólo ellos y la condesa se encontraban en aquellas habitaciones privadas. Poco después, por una puerta lateral, entraron dos parejas. Los hombres llevaban turbantes indios, chalecos cortos de brocado y pantalones sueltos de algodón, de estilo árabe, sujetos a la cintura por medio de un cordón. Las muchachas se habían puesto sujetadores de odalisca ribeteados y una falda de mucho vuelo a través de la cual se les transparentaba el cuerpo hasta la cintura. Una suave música se dejó oír; procedía de algún lugar tras las cortinas. Las luces de la estancia comenzaron a atenuarse.

—Podemos cambiarnos de ropa aquí mismo —dijo la condesa con voz ronca—. Hay disfraces para todos. —Miró a Mara y a Marissa—. Esos hombres tienen un miembro que mide más de veinte centímetros, y todos, hombres y mujeres, son diestros en las artes orientales del placer.

Alcanzó el azucarero y, cogiendo la cucharilla de oro, aspiró dos veces más. Luego se levantó del sillón que ocupaba. Llevaba el vestido desabrochado, por lo que se le cayó al suelo en cuanto comenzó a caminar. Aquella mujer tenía un cuerpo grande y firme. Lentamente uno de los hombres se dispuso a ayudarla a ponerse el disfraz.

Joe se dio la vuelta para mirar a las dos chicas, que le devolvieron la mirada en silencio. Luego cogió el azucarero y aspiró de nuevo antes de empezar a desnudarse. Marissa lo imitó de inmediato y, un momento después, Mara permitía que el vestido le resbalase poco a poco de los hombros.

La condesa levantó la copa de champán.

—¡Por la *dolce vita*! —brindó.





31

Eran casi las ocho de la mañana cuando abandonaron el *palazzo* de la condesa y subieron al coche.

—Podemos desayunar en mi hotel —propuso Joe—, La cocina ya debe de estar abierta a esta hora.

Mara lo miró.

—Creo que será mejor que yo me vaya a casa directamente.

—A todos nos vendrá bien un poco de café —insistió Joe.

—Os acompañaré a casa —dijo ella—. Ha sido una noche muy larga.

—Como gustes —convino Joe.

—No le diréis a mi novio lo que hemos estado haciendo, ¿verdad?

—Yo ya no me acuerdo de nada —dijo Joe—. Y además, ni siquiera lo conozco.

—Es muy celoso —les confió Mara—. Si se enterase de que he estado con otro hombre, me mataría.

—¿Y qué me dices de la *contessa*? —inquirió Joe.

—Él ya la conoce. Y las mujeres no cuentan.

—Muy bien.

La limusina se detuvo ante la puerta del hotel; Joe y Marissa se apearon.

—Gracias —dijo Joe dirigiéndose a Mara.

—De nada —respondió ésta—. ¿Vas a quedarte en la ciudad este mes?

—Todavía no lo he decidido.

—Te llamaré —le prometió ella—. *Ciao*. —Volvió la cabeza hacia la otra muchacha—. *Ciao*, Marissa.



La limusina se alejó y Joe y Marissa entraron en el hotel. Le encargó el desayuno al conserje antes de subir a la *suite*. Marissa se sacó el vestido y se enfundó una camiseta del Ejército antes de que a él le diese tiempo siquiera de quitarse la chaqueta.

—¡Madre mía! —exclamó ella—. Esa condesa es demasiado.

Joe se quitó la camisa y la arrojó encima de una silla.

—Es algo fuera de serie.

—No sabía que nadie fuera capaz de comerse un coño de esa manera —dijo la muchacha—. Hubo un momento en que creí que iba a atravesarme la vagina hasta el agujero del culo.

Joe la miró.

—Pero bien que te gustaba.

—Esa mujer es la mejor. Había oído que las lesbianas lo hacían muy bien, pero no me lo había creído hasta hoy.

Llamaron a la puerta y el camarero entró trayendo una bandeja con café y algunos bollos. Marissa aguardó hasta que el hombre se hubo marchado.

—Me dio cuarenta mil liras en lugar de veinte mil.

—No está mal —dijo Joe.

—A ti también te dio algo —le comentó Marissa—. Yo vi cómo lo hacía.

Joe se echó a reír y sacó del bolsillo un sobrecito de papel encerado.

—Cocaína.

—Es toda una dama —dijo Marissa. Llenó las dos tazas de café—. ¿Sabe joder bien?

—No puedo quejarme —contestó él.

—Tengo la vagina dolorida —le confesó Marissa—. Siento quemazón al orinar.

Joe soltó una carcajada y después dio un sorbo de café.

—Ya se te pasará.

La muchacha lo miró.

—¿Quieres que duerma en el sofá?



—Por mí puedes hacerlo en la cama —le ofreció él—. Con tal de que no me despiertes al darte la vuelta.

—Procuraré estar me quieta y no molestarte. ¿Tienes algún plan para mañana?

—Es posible que por la tarde vaya a comprarme un coche. Hay un «Alfa» descapotable al que le tengo echado el ojo.

—Será mejor que vaya contigo —se ofreció ella muy seria—. Eres americano y querrán robarte hasta los ojos. Déjame hablar a mí y te saldrá más barato.

—Ya lo decidiremos al despertar —dijo él. Dejó caer al suelo el resto de la ropa y se arrastró desnudo hasta la cama.

Marissa lo miró.

—¿Te importa que me dé una ducha? Tengo que quitarme el maquillaje y la purpurina o mancharé toda la cama.

—Haz lo que gustes —dijo él—. Pero apaga esta luz. Quiero dormir.

—De acuerdo —dijo ella. Apagó las luces del dormitorio y cerró la puerta del cuarto de baño tras de sí. Poco después Joe oía el tenue sonido de la ducha. Cerró los ojos.

La *dolce vita*, pensó. La *contessa* tenía razón al llamarlo así. Era un título magnífico para una película, pero él no podría hacerla. Aquello era realmente otro mundo. Podía pasárselo bien en él, pero no podía alcanzar a comprenderlo. Luego se quedó dormido.

El sonido de unas voces le llegó a través de la puerta cerrada del dormitorio. Abrió los ojos lentamente. Marissa ya no se encontraba en la cama. La oyó hablar en la sala. Se incorporó y se puso el reloj de pulsera. Eran ya las cuatro de la tarde. Encendió un cigarrillo y prestó atención a las voces... Eran voces de un hombre y una mujer.

Sin hacer ruido entró en el cuarto de baño, se lavó la cara con agua fría y se echó encima un albornoz. Todavía descalzo, abrió la puerta del dormitorio.

Marissa, Mara y un hombre que Joe no conocía estaban sentados alrededor de la mesita. El camarero acababa de traerles café.



—*Buon giorno* —saludó.

El hombre se levantó de un salto. Era de mediana estatura y de complexión fuerte. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, según era moda en aquella época. Tenía los ojos de color marrón oscuro, una gran nariz romana sobre labios carnosos, y el mentón cuadrado. Saludó a Joe con una inclinación de cabeza y sonrió.

—*Signor dottore* —dijo.

Él lo miró; luego se volvió hacia Marissa. Mara se apresuró a intervenir.

—Éste es mi novio, Franco Gianpietro. Para él es un honor conocerte y siente un gran placer por ello.

Joe asintió y le tendió la mano.

Se la estrecharon al estilo europeo, moviéndolas dos veces arriba y abajo. El hombre habló rápidamente en italiano. Marissa tradujo aquellas palabras.

—El señor Gianpietro se disculpa por la intrusión. Si deseas seguir durmiendo, él tendrá mucho gusto en volver cuando tú estimes pertinente.

—Está bien —dijo Joe. Le hizo un gesto con la mano—. Por favor, siéntese.

El italiano asintió.

—Mi inglés no es muy bueno —comenzó a decir—, Pero, con su *permesso*, lo intentaré.

Joe sonrió.

—No, habla usted muy bien. —Cogió el café que Marissa había puesto ante él y se recostó en el respaldo del sofá. Era café negro, muy cargado. Sirvió para acabar de despertarlo—, ¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó al otro hombre.

—Usted es un *scrittore* muy importante —comenzó a decir Gianpietro—. Mara me ha informado de que es usted el mejor de América.

—Mara es muy amable.

Ella sonrió.

—*Vero*. Cierto.

—Santini es un capullo —dijo Gianpietro.

—No voy a discutir eso —le indicó Joe echándose a reír.



—Mara ha pensado que quizás usted podría escribir un guión para ella. Opina que Santini la ha perjudicado mientras hacían esta película, pues todas las escenas buenas se las dio a la chica americana.

Cuando acabó de hablar Gianpietro se quedó mirando a Joe.

—Sería un honor para mí —dijo éste—, Pero existen varios problemas. En primer lugar, no tengo productor; y en segundo lugar, de momento no se me ocurre ningún argumento apropiado para Mara.

—El productor puedo conseguírselo yo —le ofreció al instante Gianpietro—, Y ella cree que cierto relato que ha salido publicado en una revista podría servir para hacer una película. Es una historia famosa aquí en Italia, donde ha gozado de gran aceptación. Se titula «*La ragazza sulla motocicletta*».

—Yo conozco el relato —le informó Marissa—. Es bastante bueno. Trata de una muchacha de familia humilde que roba una motocicleta y recorre en ella toda Roma jodiendo y robando para poder dar de comer a su familia. Tiene un final muy emocionante. La Policía persigue a la chica por las calles de la ciudad, y ella se mata al evitar atropellar a un niño que cruza la calle.

—Parece interesante —dijo Joe—, Pero yo no lo he leído. ¿Sabéis si está traducido al inglés?

—Yo puedo traducírtelo en un día.

Gianpietro hizo un gesto de asentimiento.

—Conmigo puede usted estar seguro de que cobrará todo su dinero. Yo soy un hombre de palabra, no como Santini. Además, me han dicho que a usted le gustaría pasar el mes de agosto en el sur de Francia. Yo poseo una villa a las afueras de Niza donde nos alojamos Mara y yo. Hay también una casa para invitados muy bonita. Podría usted instalarse allí cómodamente. Incluso tendré mucho gusto en poner un coche a su disposición.

—Eso suena muy bien —dijo Joe—. Pero primero tendré que leer la historia. Puede que yo no sea el escritor idóneo para hacer el guión. No sé gran cosa sobre la gente de aquí.

—Mara y Marissa pueden asesorarle en todo lo que le haga falta —dijo Gianpietro—. Y ya estoy al corriente de cuáles son sus honorarios. Le pagaré los treinta y cinco mil dólares y todos los gastos cuando haya terminado el guión. No necesita esperar a que se ruede la película.



—Es usted más que generoso —dijo Joe—. Pero, sinceramente, creo que debería leer antes el relato. No quiero engañarle y decirle que puedo hacerlo si no es así.

Gianpietro lo miró durante unos instantes y sacó un fajo de billetes del bolsillo. Fue contando uno a uno los billetes de mil dólares.

—Esto son veinte mil dólares —dijo al terminar de contar, mientras se metía el resto del fajo en el bolsillo.

—¿Y para qué son? —le preguntó Joe—. Todavía no he aceptado hacerme cargo del guión.

—No tiene nada que ver con el guión. Éste es el dinero que le debía Santini. Se lo he cobrado yo por usted.

Joe lo miró fijamente.

—No piense mal —añadió Gianpietro—. La *contessa'* me ha pedido que me encargase de ello.

—Pero si Santini me dijo que no podía dármelo, que en estos momentos no disponía de dinero suficiente.

Gianpietro sonrió.

—Es sorprendente lo aprisa que un hombre recuerda que sí tiene dinero cuando se le aprietan un poco las pelotas.

Joe lo miró. Luego cogió el dinero y se lo guardó en el bolsillo del albornoz.

—Gracias.

Gianpietro hizo una inclinación de cabeza.

—Le he dado una copia del relato a Marissa. El martes por la noche, cuando usted ya lo haya leído, podríamos cenar juntos y discutirlo.

—Será un placer —dijo Joe.

Gianpietro se puso en pie y Mara lo imitó. La muchacha miró a Joe.

—Tienes que hacer de mí una gran estrella. Más grande que esa *putana*.

Joe le dio un beso en la mejilla y le estrechó la mano al italiano.

—El martes por la noche para cenar —dijo.

Cuando la pareja se hubo marchado, Joe se volvió hacia Marissa.



—¿Sabías tú algo de todo esto?

—Oí que Mara hablaba con la *contessa*, pero estábamos todos bastante colocados y no me fijé demasiado. —Se echó a reír—, A lo mejor hemos tenido suerte.

Joe la miró en silencio durante un largo rato.

—¿Seguro que no has sido tú la que los has metido en este asunto?

—Yo no soy más que una secretaria negra. Nadie me haría caso.

—Yo no estaría tan seguro.

Marissa cambió de tema.

—La oficina de «American Express» todavía está abierta —le dijo—. Será mejor que nos acerquemos allí para cambiar el dinero por cheques de viajero. Es una cantidad demasiado grande para llevarla encima en metálico.

Marissa tardó casi dos días en traducir el relato, y Joe sólo dos horas en leerlo. Cuando terminó, arrojó el manuscrito sobre la mesa y se quedó allí, contemplándolo. Luego miró a Marissa.

—Es una auténtica basura —dijo—. No hay forma de escribir un buen guión con eso.

Marissa encendió un cigarrillo.

—Debe de haber algún modo de sacarlo a flote.

Joe movió negativamente la cabeza.

—No hay forma. Es una porquería. Y encima, ni siquiera es entretenido. Resulta infantil.

—Gianpietro va a llevarse una desilusión.

—Prefiero que se lleve el desengaño ahora. No quiero intentar liarlo. Él no es tonto. Antes o después se enteraría de que había aceptado sólo por el dinero. Y no me gustaría nada que se enfadase conmigo. No me haría gracia que me apretara un poco las pelotas.



—Tendrás que decírselo con diplomacia —le indicó Marissa—. Está decidido a hacer de Mara una estrella.

—Ya se lo explicaré. Tendremos que buscarle a Mara algo mejor.

—Tú sabrás lo que haces —dijo la muchacha, desilusionada—. Adiós al magnífico mes que podríamos pasar en la Riviera francesa.

—Yo iré de todos modos —le indicó Joe—. Mi agente llega dentro de un par de semanas.

—Pues yo tendré que quedarme sudando aquí, en la ciudad —le comentó ella mirándole a los ojos.

Joe le sonrió.

—Eres una puñetera embaucadora. Supongo que pretendes que me apiade de ti.

—¿Y no es así? ¿Ni siquiera un poquito? —Marissa tenía los ojos abiertos de par en par—. ¿Cómo te sentirías tú si tuvieras que pasar aquí todo el mes sin poder moverte?

—No quieras embaucarme.

—Tengo una idea —sugirió la muchacha.

Él la miró.

—¿Por qué no les dices que pasaremos las dos semanas con ellos para ver si conseguimos dar con una historia que nos convenza a todos?

—Eso sería un verdadero timo —dijo Joe.

—O no. ¡Quién sabe! A lo mejor encuentras algo que funcione de verdad.

—Supongo que estás de broma. Sabes perfectamente que esa chica no sabe actuar. Es imposible encontrar algo que funcione con ella.

—Me dijiste que ahora no te hacía falta el dinero —comentó la muchacha—. Pues bien, diles que es gratis, que lo único a lo que te comprometes es a intentarlo durante esas dos semanas. A él sólo le costará los gastos de la casa, y eso tiene que pagarlo de todas maneras.

—Y de paso tú consigues irte de vacaciones gratis.

—Claro —dijo ella—. Y a ti tampoco te costarían ni un céntimo. Y además no tendrías que pagarme sueldo.



Joe se echó a reír.

—¿Tantas ganas tienes?

Marissa lo miró a los ojos.

—Sí. Para una chica como yo la Riviera francesa es la cima del mundo. Quién sabe las oportunidades que puedo encontrar en ese lugar. Todos los hombres ricos están allí en este mes. A lo mejor tengo suerte.

Joe la miró muy serio. Después habló.

—De acuerdo. Se lo sugeriré. Pero si no sale bien, no me eches a mí la culpa.

La muchacha le dio un beso en la mejilla.

—No te la echaré. Y al cabo de las dos semanas te verás libre de mí, pero tendrás que andarte con cuidado.

—¿Cuidado? ¿De qué?

—De Mara —le confió ella—. Se ha encaprichado contigo y Gianpietro siempre tiene que quedarse en Roma los días laborables. Sólo va a la villa los fines de semana.

—¿Qué te hace pensar eso? —le preguntó Joe, sorprendido— Ella no es tonta. Sabe bien de qué lado untan el pan.

—Cierto —aceptó Marissa—. Pero eso no le impide correrse una juerguecita de vez en cuando.



32

Era una villa típica mediterránea que estaba situada en la cima de un promontorio que se alzaba ante el mar, en Villefranche. Delante del edificio principal se hallaba la pequeña casa de invitados que Gianpietro le ofreciera a Joe. No estaba decorada con el mismo estilo que la casa principal. Joe pensó que en tiempos pasados debía de haber estado destinada a los criados. Pero, a pesar del reducido tamaño de las habitaciones, era cómoda, y estaba lo suficientemente alejada como para que no llegaran hasta allí los ruidos procedentes de la villa. Una escalera conducía a la playa de guijarros.

Joe colocó la máquina de escribir sobre una mesa, delante de un gran ventanal. Desde allí se podía ver toda la bahía de Villefranche hasta St. Jean Cap Ferrat. Miró en dirección a la villa. Se distinguía una esquina de la escalinata que los moradores de la casa principal utilizaban para bajar a la playa. También había un embarcadero, amarrada al cual se hallaba una pequeña «Riva».

La misma tarde en que habían llegado, a última hora, Gianpietro bajó a la casa de invitados.

—¿Le gusta la casa? —le preguntó a Joe.

Éste sonrió.

—Es perfecta. Gracias.

El italiano sonrió a su vez.

—Me imaginé que le gustaría. Aquí tiene toda la intimidad necesaria para trabajar. No le molestará nadie.

—Gracias de nuevo.

—Tengo que pedirle un favor —comenzó Gianpietro.



—Usted dirá.

—Mara quiere hablar inglés americano. Aquí es difícil encontrar un profesor sólo para un mes, por lo que Marissa se ha ofrecido a ayudarla. Está dispuesta a quedarse aquí el mes completo, incluso después de que usted se vaya.

—No veo ningún inconveniente.

—Gracias, Joe —dijo Gianpietro sonriendo. Hizo un gesto con la mano, señalando hacia la bahía—, ¿Qué le parece la *Côte d'Azur*?—Lo que he tenido ocasión de ver hasta ahora me parece realmente precioso.

—Es el jardín del mundo —afirmó Gianpietro—. Instálese aquí como mejor le convenga y suba a la villa a las seis. Tomaremos una copa allí y cenaremos en el «Hotel de París», en Monte Carlo. Después iremos al casino y remataremos la noche en una sala de fiestas.

Joe se echó a reír.

—Veo que no pierde usted el tiempo.

—Sólo dispongo del fin de semana para distraerme; luego tengo que ir a Roma a trabajar. Volveré todos los viernes por la noche.

—Debería usted quedarse más tiempo —le dijo Joe.

—Imposible. —Se encogió de hombros en un movimiento muy expresivo—. Hasta los fines de semana, cuando estoy aquí, me veo obligado a atender algunos negocios. Esta noche, por ejemplo, vendrán a cenar con nosotros unos socios franceses que llegan de Marsella.

Joe asintió.

—Comprendo.

El italiano lo miró.

—¿Cree que Mara tiene talento suficiente para llegar a ser una estrella?

Joe le dirigió una mirada franca.

—Nadie lo sabe. Tiene presencia, pero el resto está en manos de los dioses. En cualquier caso, hay una cosa a su favor: no le teme al trabajo.

Gianpietro asintió con el semblante muy serio.

—Eso es cierto. Pero yo preferiría que se lo tomase con más calma para poder así tener un hijo. Es lo que más deseo en el mundo.



—¿Y Mara no está de acuerdo?

—Dice que hasta que no estemos casados no quiere ni oír hablar de ello. No desea que la tachen de *putana*, como a otras muchas actrices que conocemos.

—Pues cácese con ella —le sugirió Joe.

—Para los americanos eso es muy fácil, pero no para los italianos. Yo ya estoy casado, y aunque hace más de diez años que no vivo con mi mujer, no puedo divorciarme.

—Lo siento —dijo Joe sintiendo una repentina simpatía por aquel hombre.

Gianpietro se echó a reír.

—No es una situación tan mala. Al estar casado es evidente que no puedo volver a hacerlo. Y en los últimos diez años me he enamorado de varias chicas; Mara es la cuarta. Es más fácil quitarse de encima a una novia que a una esposa.

—No se me había ocurrido —dijo Joe—. Pero supongo que tiene usted razón.

—Claro —afirmó Gianpietro—, Piense en todos los problemas que han tenido Rossellini y la Bergman. Y ahora Ponti y la Loren. Su mujer nunca le concederá el divorcio. O Vittorio De Sica, que tiene dos esposas, una legal y la otra no, que viven muy cerca la una de la otra. Las casas se hallan casi al lado, y cada mujer vive con sus propios hijos.

—¿Y están enteradas de que existe otra mujer?

El italiano se encogió de hombros.

—¡Quién sabe! Posiblemente sí, pero nunca hablan de ello. No es de extrañar que él a veces parezca a punto de volverse loco y se pase el tiempo jugándose el dinero en el casino.

—¿Conoce usted a De Sica? —le preguntó Joe.

—Muy bien.

—¿Cree usted que estaría dispuesto a hacer una película con Mara?

—Ese hombre siempre anda necesitado de dinero —dijo Gianpietro.

—Si a mí se me ocurriera un argumento —insinuó Joe—, no un guión... sólo el argumento, de forma que él pudiera elegir a sus propios guionistas... ¿estaría usted dispuesto a dárselo a De Sica?

Gianpietro asintió.



—Desde luego. Y si le gusta, puedo asegurarle que haría la película con Mara.

—¿Está usted seguro? —le preguntó Joe.

Gianpietro se echó a reír.

—Hay muchas maneras de apretarle las pelotas a un hombre. De Sica me debe casi setenta mil dólares. —Hizo una pausa—. ¿Se le ha ocurrido a usted alguna idea?

—No estoy seguro —repuso Joe—. De Sica es un director de categoría. No sé si se avendría a trabajar con un escritor como yo.

—Me debe setenta mil dólares —repitió Gianpietro—. Por ese dinero estará dispuesto a trabajar hasta con un mono del zoológico.

—Se me está ocurriendo una historia de amor, pero diferente a las demás. Normalmente el soldado americano deja embarazada a la chica, ésta tiene el hijo y luego él los abandona a ambos. El protagonista de mi historia, que es un cretino, se empeña en quedarse con el bebé y se lo lleva a los Estados Unidos. La muchacha, a fin de seguirle los pasos, se abre camino en la vida mediante el robo y la prostitución, hasta que se encuentran en una pequeña ciudad del medio oeste americano. Finalmente la chica, al ver que el niño goza de todas las comodidades, más de las que ella misma habría podido darle, deja al niño con el padre y se vuelve a su casa, a Italia.

—De Sica lo hará. Desde luego, querrá que usted colabore con otros guionistas, pero eso no tiene importancia. Él se sentirá más a gusto con gente que escriba en italiano. Dentro de unos días concertaré un encuentro entre ustedes.

—¿Y si no le gusta?

—Que se joda. Siempre quedan Ponti o Rossellini, y una docena más. Todos me deben dinero. —Se encaminó hacia la puerta—. Déjelo todo en mis manos. Lo único que tiene que hacer es vestirse para la cena de esta noche.

El restaurante del «Hotel de París» tenía abiertos los ventanales y había situado en la calle una terraza con suelo de madera que llegaba casi hasta el borde de la acera. Las paredes exteriores estaban formadas por un seto de preciosas flores que impedía que los turistas y viandantes se detuvieran a observar a los numerosos clientes, en general señoras esculturales y hombres que transpiraban riqueza y poder por todos sus poros. Cada mesa estaba dispuesta con bellos manteles y preciosas vajillas, y, como adorno, contaban también con bellos y artísticos centros de flores.



Gianpietro había reservado una mesa para diez en un rincón, un lugar apartado. Además de Mara, Marissa, Joe y él, había invitado a tres hombres franceses y a sus respectivas damas. Por desgracia ninguno de ellos hablaba inglés, o al menos fingían no hablarlo. Le dieron los habituales apretones de mano al estilo francés en el momento de las presentaciones, y después actuaron como si Joe no existiera. Los hombres hablaban siempre en un tono monótono, y las mujeres no abrían la boca para nada. Nadie reía, y Joe no tardó mucho en darse cuenta de que aquello era una reunión de negocios, no una cena de placer. Le dirigió una sonrisa a Marissa y se concentró en la comida, que era magnífica. Joe no se sentía en absoluto incómodo.

La cena se sirvió en silencio y con rapidez. Joe tenía la impresión de que todo había sido arreglado de antemano, pues en cuanto terminaron de cenar, los franceses y sus damas se despidieron.

Gianpietro se quedó de pie ante la mesa hasta que los invitados hubieron salido; luego volvió a sentarse.

—Los franceses son todos iguales. No tienen modales.

Mara le dijo algo en italiano. Parecía enfadada.

Gianpietro inclinó la cabeza hacia un lado.

—Se trata de negocios —se disculpó.

La muchacha seguía enojada.

—No pensarás dejarme aquí sola este verano mientras andas por ahí de un lado a otro.

—Sólo son dos semanas —dijo el italiano—. Luego regresaré. —Llamó al camarero para pedir la cuenta y se volvió de nuevo hacia Mara—. Podemos hablar en el coche de camino a casa. Éste no es el lugar apropiado. Podrían oírnos.

—Creí que iríamos al casino —dijo ella.

—Ahora no tengo tiempo para eso —repuso rotundamente Gianpietro—. A las seis de la mañana salgo desde Niza en el expreso de Roma.



33

Joe y Marissa siguieron el sendero que conducía a la casita en la que se alojaban. Era casi la una y media de la madrugada cuando cerraron la puerta tras ellos. Entonces Joe le pidió a Marissa que le explicara lo que había ocurrido.

La muchacha empezó a despojarse del vestido.

—Eran asuntos de negocios, simplemente —le indicó—. Los franceses quieren que Gianpietro se encargue de traer doscientas toneladas de heroína sin refinar y que se las entregue a ellos en Marsella, donde acaban de instalar un laboratorio clandestino. Si puede hacerlo en menos de dos semanas, le corresponderá una parte de las ganancias que asciende aproximadamente a dos millones de dólares.

—¿Y por qué está Mara tan enfadada? Debería saber que Gianpietro no se olvidará de ella. Seguro que también saldrá beneficiada.

—Pero lo que ella quiere es exhibirse por la Riviera presumiendo como una gran estrella. Y puesto que él va a estar ausente, ¿quién se va a encargar de llevarla por ahí? Lo que sucede es que Mara no es más que una zorra egoísta.

Después de quitarse la chaqueta, Joe arrojó la corbata negra y la camisa encima de una silla. Entonces alguien llamó a la puerta de la casa.

—Adelante —dijo él.

Marissa tuvo el tiempo justo de ponerse una bata antes de que Gianpietro entrara en la habitación. Sin mirar apenas a la muchacha, le habló a Joe.

—Necesito que me ayude, amigo mío —le dijo.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó Joe.

—Como seguramente usted ya sabe, tengo que ausentarme durante unas semanas por un asunto de negocios. Mara se ha enfadado mucho por ello, pero finalmente he conseguido que se calme. Lo primero y más importante es que ella



desea que continúe usted adelante con el guión. Y lo segundo, que no quiere quedarse sola en la casa principal. Me ha dicho que se sentiría más segura si Marissa se trasladara allí con ella. Ya he hecho los arreglos pertinentes a fin de que Mara disponga del dinero suficiente para comprar lo que necesite y para salir a cenar o a divertirse varias veces a la semana. Además, ella pretende hablar con Marissa sólo en inglés con el propósito de adquirir mayor fluidez y experiencia.

Joe lo miró.

—Me parece muy bien, naturalmente. Pero... ¿no cree que sería más prudente que yo regresara con usted a Roma? Mara es una mujer muy atractiva, y mi presencia aquí podría suscitar algunos comentarios. Ya sabe usted lo malpensadas que suelen ser algunas personas.

—Que piensen lo que quieran y que se jodan. Usted es mi amigo, y además un caballero. Estoy seguro de que entre usted y ella nunca existiría relación alguna que pueda considerarse inconveniente.

Joe se dirigió a Marissa.

—¿Tú qué opinas?

—Yo estoy de acuerdo con Franco —afirmó la muchacha—. Ésa es, sin duda, la manera más acertada de enfocar el asunto.

Joe le tendió la mano al italiano.

—En ese caso, así se hará.

Gianpietro lo abrazó.

—Gracias, amigo mío. Gracias.

A pesar del calor que reinaba en la pequeña habitación, Joe dormía como un tronco. Entre sueños le pareció notar un nuevo aroma, desconocido para él, en las fosas nasales. No era el perfume de Marissa, con el que ya se había familiarizado. Abrió un ojo lentamente y consultó el reloj de pulsera. Era la una de la tarde. Luego abrió el otro ojo y miró hacia un lado, más allá de la cama.

Mara se hallaba sentada en una butaca, desnuda y con las piernas separadas. Le dirigió una sonrisa a Joe.



—Creí que no ibas a despertarte nunca.

Él se quedó mirándola durante un rato.

—¿Qué has hecho? Parece que te hayas afeitado el noventa por ciento de los pelos del coño.

Mara se echó a reír.

—Tienes buena vista. Pero esto es lo que está ahora de moda en el sur de Francia. Los nuevos bikinis de esta temporada son tan pequeños que, si no te depilas, el vello asoma por los muslos como si fuera una barba.

De pronto Joe se despertó por completo.

—¿Estás hablando en inglés? Creí que sólo sabías unas cuantas palabras.

Ella lo miró a los ojos.

—Es más sensato que la gente lo crea así. De ese modo piensan que soy estúpida y dicen cosas confiando en que yo no voy a entenderlas.

Marissa entró en la habitación. Venía del cuarto de baño y se estaba secando el cuerpo desnudo con una toalla. Se rió al ver a Joe.

—¿Qué te parece? —preguntó—. ¿Verdad que le he hecho un buen trabajo a Mara? A lo mejor tendría que dedicarme a trabajar de peluquera de coños.

—Yo puedo hacerlo mejor —comentó Joe riendo—. Y sin tijeras. Sólo mordisqueando con los dientes.

—No presumas —le dijo Marissa—. Date una ducha y mete un poco de ropa en la maleta. Nos vamos a pasar unos cuantos días a Saint—Tropez.

—¿Saint—Tropez? ¿Dónde demonios cae eso? —les preguntó Joe a las muchachas.

—Está en la costa, a unos ochenta kilómetros de aquí —le explicó Marissa—. Es el lugar más animado de toda la Riviera. Allí no hay gente vieja, como sucede en Monte Cario, sino gente joven, rica y divertida. Todo el día en la playa y fiestas que duran toda la noche.

—Y Franco me ha dado bastante dinero —añadió Mara—. Ya está enterado de que ese amigo mío nos ha invitado a la casa que tiene en la playa. Es una de las mansiones más grandes que hay por allí.



—No sé —vaciló Joe con cautela—. Franco no me ha hablado en absoluto de eso.

—No tiene nada de malo —dijo Mara—. Él sabe que mi amigo es de confianza. Con tal de que Marissa continúe conmigo para enseñarme inglés y de que tú no dejes de escribir, todo irá perfectamente. Además, nosotros volveremos a casa mucho antes que él.

Joe la miró.

—¿Y cómo vas a explicarle lo del vello púbico?

—A mí el pelo me crece enseguida —le indicó ella—. Y por otro lado, Franco es un italiano de pies a cabeza. No se atrevería a mirarme el coño aunque tuviera la nariz tan larga como Pinocho.

—Todo esto no me convence —dijo Joe, vacilando—. No me haría ninguna gracia que Gianpietro se enfadase conmigo. Es un tipo duro.

Mara se echó a reír.

—Eso no es más que una pose. En realidad es un hombre muy dulce.

Joe la miró sin acabar de comprender.

Mara se levantó del sillón, se acercó a la cama y, cogiendo a Joe de la mano, comenzó a tirar de él en dirección al cuarto de baño.

—Métete en la ducha —le dijo—. Te sentirás mejor. Especialmente después de que te haya lavado el pene y las pelotas con jabón perfumado.

Tras un viaje de dos horas en el pequeño Renault, llegaron a Saint-Tropez. Mara y Marissa se habían ido turnando para conducir mientras Joe, rodeado de maletas, descansaba en el asiento de atrás. Había encontrado el recorrido bastante interesante, sobre todo cuando pasaron, siguiendo la RN7, por Niza, Antibes y Cannes. Después la carretera se hacía algo incómoda —parecía un sendero cubierto de asfalto—, pero era la única existente entre tierra firme y la península donde se hallaba Saint-Tropez. Aquella carretera era el único acceso que existía por tierra. No había ferrocarril, ni autobús, ni taxis, aunque durante el día, desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche, varios *ferrys* con capacidad para sesenta pasajeros hacían viajes continuamente. Saint-Tropez estaba en pleno proceso de



transformación; de un pueblecito rodeado de viñedos que producía vinos de mesa baratos, se había convertido en el lugar de moda para los jóvenes franceses adinerados y otros europeos de renombre.

Mara se alejó del puerto con el coche; las luces que se veían en la aldea les hicieron saber que mucha gente seguía en las calles y que los restaurantes aún se hallaban muy concurridos. Condujo el coche por una carretera polvorienta y, finalmente, giró por un sendero que llevaba a la villa, cuyas luces permanecían encendidas.

Joe bajó del coche sintiéndose como una sardina al salir de la lata. Mara los guió hasta unas puertas grandes abiertas de par en par. La casa estaba silenciosa y parecía solitaria, pero casi de inmediato apareció un mayordomo.

Les hizo una cortés reverencia.

—Lo siento, *Mademoiselle*, pero *monsieur* Lascombes y sus invitados han salido.

—Tenía que habérmelo imaginado —dijo Mara en francés—. Pero mis amigos y yo también somos invitados suyos. Quedamos en reunimos aquí, en la villa.

El mayordomo consultó rápidamente una hoja de papel y leyó en voz alta el nombre de Mara.

—Exacto —asintió ésta—. Y la señorita y este caballero son mis invitados. Ya lo arreglaré mañana personalmente con el señor Lascombes.

—*D'accord, mademoiselle* —repuso el sirviente—. De momento asignaré la habitación número doce para las señoritas, y el caballero puede ocupar la número nueve, al otro extremo del pasillo. Ambas están en el segundo piso.

—Gracias —le dijo Mara.

—Les pido disculpas —continuó el mayordomo—, pero la servidumbre ya se ha retirado. A primera hora de la mañana les subiremos el equipaje.

—Comprendo —asintió ella—. De momento cogeremos sólo lo más necesario; ya nos arreglaremos. —Abrió el bolso y le tendió al mayordomo un billete de quinientos francos—. Mientras tanto nos conformaremos con que sea usted tan amable de enseñarnos el camino hasta las habitaciones.

Para llegar al segundo piso en una casa francesa hay que subir dos tramos de escaleras —es el equivalente al tercer piso en los Estados Unidos—. La habitación de las chicas no estaba mal; había en ella una cama grande y un cuarto de baño privado.



Pero la de Joe era horrible. Con toda seguridad la habitación pertenecía a alguna doncella. Una cama pequeña e incómoda y, en un rincón, el bidet y un lavabo, eran todas las comodidades que había en ella. Sin embargo Joe se sentía demasiado cansado para expresar cualquier queja. Se quitó la ropa de inmediato y se tumbó en la cama completamente desnudo.

Le pareció que aún no había dormido una hora, cuando Marissa le tocó ligeramente en un hombro.

—Joe —le dijo en voz baja—. Despierta.

—Estoy durmiendo —protestó él—. No me despiertes hasta la mañana.

—*Ya es* por la mañana —le aclaró la muchacha—. Levántate. Tenemos un problema.

Joe abrió los ojos y se los frotó al mismo tiempo que se sentaba en la cama. La luz grisácea de la mañana penetraba a raudales por la ventana.

—¿Que sucede?

—Tienes que marcharte de aquí —le dijo ella.

Joe la miró fijamente.

—¿Y cómo quieres que lo haga?

—Yo te llevaré en el coche hasta Saint-Tropez. Allí podrás coger un taxi para regresar a la villa de Gianpietro.

—Pero esto no tiene sentido. Mara dijo que estaba todo arreglado.

—Pero al final ha organizado un buen lío —le confesó Marissa.

Joe bajó de la cama y se puso los pantalones.

—Deja que hable yo con ella.

—No servirá de nada. Se ha tomado dos tabletas de «Nembutal» y no se despertará hasta media tarde.

—¿Y por qué tengo que marcharme?

—Lascombes ha entrado en nuestro dormitorio. Dice que esta habitación ya está comprometida. Mara no le había dicho que tú ibas a acompañarnos. Y él no quiere tener problemas con Gianpietro, así que tienes que marcharte en seguida.



—¡Mierda! Debía haberme dado cuenta de que esa mujer está chiflada. Yo ya quería quedarme allí, en la villa. Lamento haberme dejado convencer. —Miró a Marissa—. ¿No puedo alojarme en algún hotel de Saint-Tropez?

—Ya he preguntado en todos. Están llenos. No hay ni una sola habitación libre en todo el pueblo.

Joe la miró.

—¿Entonces tú te quedas?

—Si no te parece mal —repuso ella—. Gianpietro me paga para que acompañe a Mara todo el mes. Pero si lo deseas, volveré a la villa contigo.

Joe se quedó pensando durante un instante.

—No, ya me arreglaré.

—De todos modos, estarás más cómodo que aquí.

—Seguro —dijo él—. ¿Cuánto tardarás en estar preparada para llevarme?

—Ya lo estoy.

Joe asintió lentamente.

—Dame diez minutos. Me reuniré contigo abajo.

Marissa levantó los ojos hacia él.

—Lo siento, Joe.

Éste sonrió tristemente.

—Así son las cosas. No se puede ganar siempre.



34

Cuando días más tarde Joe se hallaba en el aeropuerto de Niza esperando a Laura, que llegaba en un vuelo que hacía escala en París. La campanilla resonó en los altavoces del aeropuerto antes de que una voz femenina, primero en francés y luego en inglés, se hiciera oír por ellos. El avión de Laura traía dos horas de retraso a causa de las malas condiciones climatológicas reinantes en el aeropuerto de París.

Joe levantó la vista hacia el panel horario situado debajo de un gigantesco reloj. Eran las nueve. La llegada del vuelo, prevista para las nueve treinta, se posponía ahora hasta las once treinta. Lanzó una maldición para sus adentros. Se dirigió al bar-restaurant y se sentó a una mesa. Con cuidado colocó sobre ella las dos docenas de rosas que le había comprado a Laura y miró al camarero.

—Un whisky escocés con agua.

El camarero movió la cabeza en sentido negativo.

—En las mesas hay que pedir comida, señor.

—Pero yo ya he desayunado —le indicó Joe—. ¿Qué me sugiere que haga?

Y le dio al camarero un billete de cien francos.

—En vista de las circunstancias, señor —dijo éste—, le traeré dos «Scotch» dobles con agua.

—Estupendo.

Miró al exterior del aeropuerto. Había ya un buen número de personas esperando el vuelo que llegaba de París. Al parecer estaban acostumbrados a los retrasos, pues se lo habían tomado con mucha paciencia.

El camarero le llevó los dos whiskies con agua y los puso sobre la mesa. Joe se quedó mirándolos. Levantó uno de los vasos y probó el contenido. El whisky era muy fuerte. A ese paso, cuando Laura llegase él ya estaría borracho como una cuba.



Decidió dar cuenta de las copas y se puso a meditar acerca de lo sucedido en los últimos días.

A las dos de la tarde había llegado a la villa de Gianpietro de regreso de Saint—Tropez. El hombre que se encargaba de la casa salió a recibirle al verlo bajar de un taxi.

—*Bon jour, monsieur Crown* —le había dicho a modo de saludo—. *Monsieur Gianpietro* está al teléfono. Pregunta por usted.

Joe pagó al taxista y siguió a aquel hombre hasta un teléfono situado en el vestíbulo principal.

—¿Franco? —dijo Joe.

—Joe, amigo mío —le contestó Gianpietro—, El encargado me ha dicho que se había ido a Saint-Tropez con las chicas.

—Sí, pero aquel sitio no era para mí —le explicó Joe—. No había forma de poder trabajar.

—Estará mucho más cómodo ahí, en la villa —le aseguró Gianpietro.

—Probablemente —dijo Joe—. He estado recapacitando" sobre su amable ofrecimiento y he llegado a la conclusión de que no puedo proporcionarle la clase de argumento que usted desea para Mara. Así que he decidido marcharme y empezar a trabajar en mi próxima novela.

—Es posible que tenga usted razón —convino Gianpietro con un manifiesto alivio reflejado en la voz—. Mara se comporta a veces como un auténtico coñazo. Y además no se toma el trabajo con seriedad. Lo único que quiere es que los demás se lo den todo resuelto.

—No parece estar usted muy contento con ella —apuntó Joe—. Espero que yo no tenga nada que ver con esa actitud.

—En absoluto —le dijo el italiano, tranquilizador—. De hecho, ya hace bastante tiempo que tengo puesto el ojo en otra chica. Creo que Mara va a llevarse una buena sorpresa a no tardar.

—Lo siento —dijo Joe—. ¿Me da usted permiso para llamar por teléfono a mi director de edición, a los Estados Unidos? Mañana pienso irme de la villa.

—Todo lo que quiera, amigo mío, ya lo sabe —le dijo el italiano—, Y, por favor, si necesita cualquier cosa, no dude en acudir a mí.



—Gracias, Franco. Lo tendré en cuenta. *Arrivederci*. —Joe colgó el teléfono y se volvió hacia el hombre que se cuidaba de la casa—. *S'il vous plaît* —le pidió utilizando todo el francés que sabía—, ¿podría usted pedir por mí una conferencia con Nueva York?

El encargado asintió.

—*Avec plaisir* —le contestó al tiempo que le entregaba a Joe un pequeño bloc y un lápiz—. Escriba aquí el número, por favor —dijo mientras descolgaba el teléfono.

Joe escribió en el bloc el número de Laura y se lo devolvió. El hombre habló rápidamente con la telefonista y esperó un rato hasta recibir la respuesta. Joe oyó una aguda voz femenina que sonaba a través del hilo.

—Las líneas están ocupadas en este momento. Tardarán un par de horas en darle la conferencia.

—Está bien —dijo Joe—. Esperaré.

El hombre añadió algunas palabras por el auricular, y luego lo colocó de nuevo en su sitio.

—¿Desea usted algo más, *monsieur*.

—Me marcho mañana de la villa —le comunicó Joe—. ¿Cuál es el mejor hotel de Niza?

—El «Negresco», *monsieur*.

—¿Cree usted que podría conseguir allí una habitación doble para unos cuantos días?

—Será difícil, *monsieur*. Estamos en plena temporada y suele estar completo.

—¡Maldición! —dijo Joe—. ¿Y no sabe usted ninguna forma de arreglarlo?

—Mi cuñado trabaja en la conserjería. A lo mejor él puede hacer algo.

—Hable con su cuñado —le dijo Joe—. Dígame que le daré cincuenta dólares si me consigue una habitación.

—Haré todo lo que esté en mi mano, *monsieur* —le prometió aquel hombre.

—Gracias —le dijo Joe al tiempo que le ponía en la mano un billete de diez dólares—. Estaré en la casa de invitados haciendo el equipaje. Cuando den la conferencia con Nueva York, pásamela allí.



Nada más entrar en la casa de invitados sonó el teléfono. Era el hombre que cuidaba de la villa.

—He hablado con mi cuñado y ya tiene hecha la reserva a su nombre.

—Estupendo —dijo Joe—. Muchas gracias.

—Ha sido un placer para mí, *monsieur*. Y también tendré mucho gusto en llevarle mañana en coche al hotel.

—Gracias de nuevo —dijo Joe. Y colgó el teléfono.

Se acercó al armario y sacó la maleta. La colocó sobre la cama y se quedó mirándola fijamente. De repente se sintió muy cansado.

El viaje desde Saint-Tropez había sido bastante largo y el calor había estado a punto de aniquilarlo. De forma casi automática se tendió en la cama y se quedó dormido.

El sol entraba a raudales por la ventana que quedaba justo enfrente de la cama. Se despertó y miró el reloj. Había dormido durante casi una hora y media. Se refrescó la cara con agua y empezó a sentirse mejor. Cogió el teléfono. El encargado de la villa contestó.

—¿Todavía no se sabe nada de mi llamada a Nueva York? —le preguntó.

—No, señor —El hombre se mostraba muy educado—. ¿Le apetece a *monsieur* comer algo?

De repente Joe se dio cuenta de que no había tomado ni un bocado a la hora de comer.

—Sí, me gustaría tomar algo.

—He preparado unos bocadillos de pollo y otros de *rosbif*. ¿Qué prefiere para beber, vino o cerveza?

—¿Tiene usted «Coca-Cola»?

—Claro, señor —La voz de aquel hombre denotaba que se había quedado un poco sorprendido por la petición.

—Pues eso quiero —dijo Joe—. Que esté muy fría. Y póngale una buena cantidad de hielo.

—Ahora mismo se lo llevo, *monsieur*.

Joe colgó el teléfono y empezó a desabrocharse la camisa.



Estaba empapada de sudor. Antes de que acabara de quitársela, sonó de nuevo el teléfono.

—La condesa Baroni, *monsieur* —le dijo el encargado.

Joe se quedó extrañado.

—¿Es para mí?

—Ha preguntado por usted, *monsieur*.

—Muy bien —dijo Joe. Oyó un ruido por el auricular que indicaba que le estaban pasando la llamada—. ¿Diga?

—Aquí Anna Baroni —resonó en su oído la voz de la condesa—. ¿Qué haces ahí viviendo con ese gángster?

—Quería que le diera alguna idea. Pretende hacer una película con su novia como protagonista —le explicó Joe—. Pero no puedo hacer nada, así que he decidido marcharme mañana por la mañana. Voy a reunirme con mi director de edición para empezar a trabajar en el próximo libro.

La condesa se echó a reír.

—Tu director de edición, ¿es hombre o mujer?

—Mujer —repuso Joe esbozando una sonrisa.

—Tenía que habérmelo imaginado —comentó la condesa—. ¿Es guapa?

Joe se quedó pensando durante unos instantes.

—No es eso exactamente —dijo al fin—. Además de ser guapa, tiene estilo.

—Hablas como un escritor. A propósito, y por si no lo sabías, te comunico que yo soy tu editora en Italia. La editorial italiana que va a encargarse de publicar tu novela es de mi propiedad.

—¿Ha leído usted el libro? —le preguntó Joe.

—No —respondió ella con toda franqueza—. No tengo la paciencia suficiente. Pero el motivo de mi llamada es para invitarte a pasar el fin de semana en mi yate.

Joe vaciló.

—Me encantaría acompañarla, pero mi director de edición es una mujer muy conservadora.

La condesa se echó a reír de nuevo.



—El grupo de personas que habrá en el yate son gente bastante tranquila. A lo mejor esa mujer incluso se lo pasa bien allí. El director de mi editorial y su esposa también se encontrarán a bordo.

—Se lo agradezco —dijo Joe—. Pero es que aún no conozco la fecha exacta de su llegada. A lo mejor no nos da tiempo. La espero mañana o durante el fin de semana.

—De todos modos, llámame —dijo la condesa—. Siempre podéis alcanzarnos en el yate. Sólo tienes que llamar por teléfono a la oficina del práctico del puerto de Antibes. Él me pasará la llamada al barco.

—De acuerdo —convino Joe—. Tendrá noticias mías el viernes. Y gracias otra vez.

—*Ciao* —se despidió ella riendo. Y colgó.

Tardaron dos horas en darle la conferencia con Laura. Para entonces Joe ya había guardado todas sus cosas en la maleta y la había cerrado. La voz de Laura sonaba medio dormida.

—¿Te he despertado? —le preguntó él.

—Sí. Aquí es más de medianoche. —Ahora ya se había despertado del todo. Un matiz de preocupación se reflejó en la voz—. ¿Pasa algo malo?

Nada —respondió Joe—. Mejor dicho, sí. Todo está mal mientras tú no vengas.

—Aún no estamos a día diez. Te dije que no me llamaras hasta entonces.

—Ya lo sé. Hoy es día cinco. Pero seguro que ya has decidido lo que piensas hacer. Estoy en Niza. He tenido que esperar seis horas para que me dieran esta conferencia. Quiero que vengas a la mayor brevedad posible. El día diez se habrá convertido en el quince cuando llegues aquí, y antes de que nos demos cuenta se habrán terminado las vacaciones.

—¿Has empezado a trabajar en el libro?

—No —respondió Joe—. He andado por ahí tirándome pedos con un productor italiano. Finalmente he llegado a la conclusión de que el asunto no me conviene. Prefiero trabajar en el libro, pero necesito tu ayuda para ponerme en marcha.

Laura se quedó callada.



—Y además, quiero estar contigo —añadió Joe.

La muchacha lanzó un suspiro.

—No deseo ser una chica más para ti.

—No eres sólo una chica más —le aseguró Joe—, Para mí tú eres algo muy especial. Ahora estoy seguro de ello. Todas las demás ya pertenecen al pasado. He estado engañándome a mí mismo. Te he llamado porque te necesito. No sé qué haré, pero lo que sí puedo asegurarte es que no quiero escribir más guiones. Deseo ser un escritor de verdad. Y no sólo te necesito como persona, sino también para que me ayudes a trabajar.

—¿Lo que dices es en serio? —le preguntó Laura con voz dulce.

—Sí.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—Me gustaría que lo hicieras mañana mismo.

—Hoy es martes —le recordó Laura—. ¿Qué te parece el viernes?

—Lo tendré todo arreglado para entonces. Iré a esperarte al aeropuerto de Niza. Llámame al hotel «Negresco» cuando tengas los billetes. Date prisa.

—Joe —le dijo ella—. No querría arrepentirme.

—No te arrepentirás —repuso él—. Te lo prometo.

El cuñado del hombre que se encargaba de cuidar la villa de Gianpietro tenía buena mano en el hotel. A Joe le dieron una de las mejores habitaciones. Estaba situada en el quinto piso y tenía dos amplias puertas de cristal que se abrían a una terraza sobre la inmensa explanada que son las playas del Mediterráneo. Joe se fijó en las dos camas gemelas.

El empleado que le acompañó hasta la habitación sonrió.

—*A l'americaine* —dijo—. La mayor parte de nuestros clientes americanos prefieren camas separadas.

Joe sonrió a su vez.

—A mí me da igual.



Le entregó al empleado cien francos de propina y asintió cuando aquel hombre le dio las gracias. Poco rato después llegó el mozo con las maletas, y tras él otro empleado que le deshizo el equipaje y colocó la ropa en el armario. Joe se dio cuenta de que los billetes de veinte francos se le marchaban volando como aviones de papel. Pero la impresión era buena. El servicio era excelente aunque resultara muy caro.

Abrió la máquina de escribir portátil y la colocó sobre la mesa que había al lado de la ventana. Sacó varias hojas de papel del portafolios. Se le había ocurrido una idea para la novela. No le importaba que todo el mundo dijese que ya había demasiadas novelas sobre Hollywood; ésta sería una historia como nadie había escrito antes, una historia de alcohol, drogas y prostitución. No tendría nada que ver con el mundo del cine.

El teléfono sonó. Era Laura.

—¿Te va bien el viernes por la mañana? —le preguntó.

—Perfecto.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió la muchacha después de darle los detalles del vuelo.

—Estoy intentando emborronar algunas cuartillas para enseñártelas cuando llegues. No quiero que dé la impresión de que intento engañarte.

—Eso está muy bien —comentó Laura.

—Ahora aquí estamos en plena temporada —dijo él— y todos los hoteles se encuentran llenos. Pero he tenido suerte. He logrado que me dieran una de las mejores habitaciones con vista al mar.

—Debe de ser muy bonito.

—Sólo hay un problema. Tiene camas gemelas.

Laura se quedó callada durante un momento.

—Recuerda que yo pasé dos años en Francia. Sé cómo arreglármelas en esas circunstancias.

Joe se echó a reír.

—Confío en que yo también sepa. Iré a esperarte al aeropuerto. Estoy realmente emocionado.



—Yo también —le confesó ella.

Joe colgó el teléfono y luego se quedó contemplando la máquina de escribir. Ya había escrito cuatro páginas. Miró el reloj. Eran las ocho de la tarde y aún brillaba el sol. De pronto se sintió hambriento. No había comido nada al mediodía. Llamó al conserje.

Éste le reconoció enseguida por la voz.

—Soy Max, señor Crown. Nos hemos conocido cuando mi cuñado lo trajo a usted aquí.

—Ah, sí, Max. ¿Qué restaurante me sugiere para cenar?

—El restaurante del hotel es muy bueno, *monsieur*— le contestó el otro.

—Estupendo —dijo Joe—. ¿Puede reservarme una mesa para las nueve?

—Por supuesto, *monsieur*. ¿Para usted solo?

—Sí —contestó Joe.

—Muy bien, *monsieur*. Gracias.

El auricular produjo un chasquido al cortarse la línea. Joe colgó el aparato. Se duchó, se vistió, y ya se disponía a marcharse cuando el teléfono volvió a sonar. Era Marissa.

—¿Joe?

—Sí —respondió éste.

—Mara quiere que vuelvas a la villa.

—Dile que se vaya a la mierda.

—Asegura que Gianpietro se enfadará cuando se entere —le explicó Marissa.

—Miente —dijo él llanamente—. Ayer hablé con él y no tuvo ningún inconveniente en que me marchase.

La muchacha se quedó callada durante unos momentos.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

Joe decidió mentir un poco.

—Mi director de edición llega mañana por la mañana de Nueva York. Luego empezaremos a trabajar los dos juntos en un libro nuevo.



—Lo siento Joe —dijo la muchacha—. Me gustas de verdad. Lamento que todo esto haya terminado así.

—A mí también me gustas mucho —le comentó él—. Nos lo hemos pasado muy bien. Quizá tengamos otra ocasión.

—Eso espero —dijo Marissa sinceramente—. Te deseo buena suerte.

Joe se fue a cenar.

La campanilla de los altavoces del aeropuerto sonó de nuevo. Joe pagó apresuradamente los whiskies. El avión de Laura acababa de tomar tierra.



35

Laura atravesó la habitación del hotel y se asomó a la terraza mientras el mozo colocaba las maletas en la banqueta para equipajes y se marchaba. Joe se quedó de pie en medio de la estancia, contemplando a la muchacha, que poco rato después se volvía hacia él.

—Aún no acabo de creerme que sea verdad que estoy aquí —le comentó ella.

—Pues créetelo —dijo Joe acercándose a la mesita sobre la que, en un cubo de hielo de plata, había dispuesta una botella de champán. La descorchó en un instante y sirvió una copa para cada uno—. Bienvenida a la Riviera —bromeó.

Ella probó el champán.

—Es delicioso —afirmó. Miró a Joe directamente a los ojos—. Te has ocupado de que no falte ningún detalle. Rosas en el aeropuerto, champán en la habitación... ¿Sabes que eres un romántico?

Joe se echó a reír.

—No se me había ocurrido considerarlo así. Es que me siento muy feliz con tu llegada.

—Yo también me siento feliz —le confesó la muchacha. Se acercó a él y lo besó sin rozarle apenas—. Gracias.

Él movió la cabeza hacia ambos lados y no contestó.

—Necesito darme una ducha —le dijo ella—. Tengo la sensación de estar toda pegajosa. Dieciocho horas en avión no es el modo más cómodo de viajar, aunque sea el más rápido.

Joe levantó la copa.

—Por la rapidez del mundo moderno. Ve a ducharte ahora. Después te sentirás mejor.

Laura miró las camas.

—¿Cuál es la mía?

—Elige la que más te guste —le indicó él—. A mí me da lo mismo.



—Entonces me quedaré con la que está más cerca del cuarto de baño —decidió ella. Dejó la copa de champán sobre la mesa; luego abrió una de las maletas y sacó un pequeño neceser—. ¿Hay algún albornoz de sobra?

Joe asintió.

—Bien —dijo ella mientras entraba en el cuarto de baño—. No tardaré mucho.

—Aquí me encontrarás cuando salgas —le hizo saber Joe medio en broma.

Se sentó ante el escritorio y comenzó a examinar las páginas que había escrito. En total eran veintisiete, y a un solo espacio. No estaba nada mal. Laura podía sentirse contenta. Oyó correr el agua de la ducha y cerró los ojos. En su imaginación creyó ver el cuerpo desnudo de la muchacha y el agua que le resbalaba por encima. Notó que se excitaba inmediatamente y que el pene se le ponía erecto. Se apresuró a salir al balcón y se puso a mirar el mar. Maldijo para sus adentros el patrón por el que los italianos solían cortar los pantalones; bastaba con tener una media erección para que el bulto del miembro se le notase a través del tejido.

Pocos minutos después Laura se situaba a su lado en la terraza.

—¿Qué miras?

—Nada —repuso él—. Es que hace mucho calor en la habitación; no hay ventilador.

—Pues a mí este calor me resulta muy agradable —observó Laura—. En Nueva York no ha hecho más que llover durante las últimas semanas.

Joe se volvió hacia ella. La muchacha se había puesto el albornoz de felpa que proporcionaba el hotel.

—¿Qué tal te ha sentado la ducha?

—Ahora me encuentro mucho mejor —dijo ella—, Pero todavía estoy bastante cansada.

—Eso es normal. ¿Por qué no te echas un rato? No tenemos ninguna prisa.

Laura lo miró.

—¿Tú qué piensas hacer?

—Lo mismo —repuso Joe—. Anoche estaba demasiado nervioso para dormir bien.



Siguió los pasos de Laura hasta el interior de la habitación. Luego abrió la puerta de la misma y colgó el cartel de «No molesten» en la parte de fuera. Acto seguido quitó de un tirón la colcha de la cama que la muchacha había elegido y la arrojó encima de un sillón.

—*Voilà* —dijo.

—Qué buen aspecto tiene —comentó ella mientras apartaba la manta. En un instante se tendió en la cama y se cubrió con la sábana.

Joe se sentó en la parte de abajo de la otra cama y se quitó los zapatos.

—Si no te importa —le dijo—, me desnudaré y me quedaré en calzoncillos.

—No seas tonto —le indicó ella—, claro que no me importa. Hace demasiado calor para dormir vestido. —Se movió ligeramente bajo la sábana y un momento después sacaba el albornoz y lo colocaba a los pies de la cama. Entonces miró a Joe—. Sólo necesito un ratito para descansar. Más tarde podremos charlar con calma.

Joe se desnudó de espaldas a ella. La erección todavía le duraba y no deseaba que la muchacha reparase en las manchas húmedas que se le habían formado en los calzoncillos. Corrió las cortinas de la ventana y la habitación quedó prácticamente a oscuras. Se tendió en la cama y cerró los ojos. Pero no consiguió dormir; escuchaba la suave respiración que le llegaba desde la otra cama. Se enfadó consigo mismo a causa de la erección, pues no conseguía que acabase de ceder. Se volvió de un lado, dándole la espalda a Laura, e intentó poner la mente en blanco. Y entonces sonó el teléfono.

Se dio la vuelta rápidamente y levantó el auricular para evitar que sonase otra vez y despertase a la muchacha.

—¿Diga?

—¿Joe? —Era la condesa—. ¿Ha llegado ya tu director de edición?

—Acaba de hacerlo, *contessa* —contestó él.

—Quería recordarte otra vez que estáis los dos invitados a pasar el fin de semana en mi yate. Zarparemos mañana a mediodía, seguramente antes de comer.

—¿Puedo llamarla esta tarde a las siete? —le preguntó Joe—. Entonces ya podré decirle lo que hemos decidido.

—Muy bien —dijo ella—. *Ciao*.



Cuando colgó el auricular Laura encendió la lámpara de la mesita de noche que había situada entre ambas camas. No se percató de que la sábana, que había resbalado, sólo la cubría a medias.

—¿Quién era? —le preguntó a Joe.

—La *contessa* Baroni —dijo él—. Nos ha invitado a los dos a pasar el fin de semana en su yate. —Notó que la erección le aumentaba y se situó boca abajo para ocultarla.

—¿La *contessa* Baroni? —Laura reflexionó durante unos instantes—. Me suena ese nombre.

—Baroni es como se llama la editorial que ha comprado los derechos de mi libro para publicarlo en Italia. Ella es la propietaria; de eso y de otras muchas cosas de las que no tengo ni idea. —Joe intentó hundirse aún más en la cama—. También ha financiado la última película que he hecho para Santini y se ha encargado de arreglarlo todo para— que yo cobrara el dinero que éste me debía.

—¿Cómo la conociste? —quiso saber Laura— ¿En alguna fiesta? Tiene fama de ser una gran anfitriona.

—Nos presentó Santini, y parece que le caí bastante bien. Me da la impresión de que ha sido ella en persona la que le ha dado orden a la editorial para que comprara los derechos de mi libro. Me ha dicho que el director de la editorial y su esposa estarán también en el yate durante el fin de semana.

Laura lo miró a los ojos.

—¿Has tenido alguna aventura con ella?

—¡Jesús! —exclamó Joe al tiempo que se sentaba en la cama—. Yo no soy exactamente su tipo. Esa mujer se dedica más bien a las jovencitas.

La muchacha lo observó fijamente con los ojos clavados en la erección; Joe tenía la parte delantera de los calzoncillos abultada y una gran mancha de humedad le cubría la mitad de la bragueta.

—¿Y ha logrado ponerte en esas condiciones sólo con dejarte oír su voz por teléfono?

—No digas tonterías —dijo él con brusquedad—. Estoy así desde el preciso momento en que bajaste del avión. Y además, el hecho de verte ahí medio desnuda no lo hace precisamente más fácil.



—Ya notaba yo que algunas veces parecías sentirte bastante incómodo.

—Pues estabas en lo cierto —dijo Joe.

—Quítate los calzoncillos —le pidió ella súbitamente—; si no acabarás con una hernia.

Joe se precipitó fuera de la cama y dejó caer los calzoncillos al suelo. El falo erecto le golpeó contra el estómago.

Laura lo examinó atentamente.

—Tienes un miembro bastante grande. Te llega casi hasta el ombligo —comentó con voz suave—. Unos veinte o quizá veintidós centímetros.

—Nunca lo he medido —dijo él.

La muchacha lanzó un profundo suspiro.

—Me encantan los penes grandes. Por eso he querido mantenerme alejada de ti todo este tiempo. No quería que nuestra relación se extendiese más allá de los negocios. No sé por qué me daba la impresión de que tendrías un miembro así.

—¿Y eso es también lo que deseas ahora? ¿Que sólo tratemos de negocios? —le preguntó él.

Laura lo miró y se echó a reír.

—Ahora eres tú el que al parecer se ha vuelto loco. No he volado a través de medio mundo sólo para ayudarte a escribir un libro.

—No lo entiendo. —La sorpresa se reflejaba en la voz de Joe—. Siempre te mostraste muy fría conmigo. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Ocho años en esa maldita agencia aceptando sus estúpidas normas. —Levantó los ojos hacia él—. ¿Sabes?, en el nuevo empleo todo iba a ser igual que en el otro, así que lo he dejado antes de empezar.

—¿Y qué vas a hacer?

Laura alargó una mano y le cogió el falo.

—Esto —dijo—. Quiero vivir libre. Como tú. Tú siempre haces lo que se te antoja. Parece que siempre estés de juerga. A juzgar por lo que leo en los periódicos, siempre te las arreglas para estar presente allí donde haya acción. Gente. Fiestas. Mi vida ha sido un soberano aburrimento.

Joe se sentó al borde de la cama y deslizó una mano entre las piernas de Laura.



—Estás empapada —le dijo con voz ronca.

—Quiero que me lo beses —afirmó ella—. Durante casi seis años estuve prometida con un abogado y nunca hizo otra cosa conmigo más que joder, y para eso siempre con preservativo. Nunca un hombre me ha besado ahí.

—Pues has dado con la persona adecuada —dijo Joe—. Comer coños es mi especialidad. —Inclinó el rostro hacia la muchacha. La oyó gemir mientras la acariciaba con la lengua. Notó que el clítoris aumentaba considerablemente de tamaño dentro de la boca—. ¡Dios mío! —exclamó—. Tienes el clítoris más grande que he visto en mi vida. Es como un pene en pequeño.

Laura le tiró del pelo a fin de obligarlo a hundirse más en su interior.

—¡No me hables mientras me estás haciendo correr con la boca! —le pidió jadeando y sacudiendo con furia la cabeza de un lado a otro.

Joe le dirigió una mirada fugaz. La muchacha tenía los ojos cerrados, los apretaba con fuerza. Rápidamente le empujó las piernas hacia atrás y le puso las manos bajo las rodillas hasta conseguir que Laura estuviera por completo abierta. Entonces la penetró de un golpe, hasta el fondo. Ella abrió la boca y estuvo a punto de gritar.

—¿Te parece que tengo el miembro lo bastante grande? —le preguntó Joe.

—¡Lo noto en la garganta! —gritó ella—. ¡Me encanta! ¡Te quiero! ¡Ámame así para siempre jamás!



36

El suave ronroneo de las máquinas del barco le despertó. Consultó el reloj de pulsera. Eran poco más de las siete de la mañana. Bajó de la cama de tamaño tres cuartos que había en el camarote y miró durante unos segundos a Laura, que estaba profundamente dormida y tenía la cabeza tapada con la sábana. Se puso apresuradamente unas bermudas y una camisa. Salió del camarote procurando no hacer ruido y cerró la puerta con suavidad tras de sí.

Subió por la escalera de caracol hasta la cubierta principal y se dirigió al comedor, donde ya estaba dispuesto un *buffet* con el desayuno. Cogió un zumo de tomate y se lo fue tomando a pequeños sorbos. A través de las ventanas del barco podría ver la tierra que se deslizaba ante él.

—Esa muchacha va a casarse contigo —le comentó la *contessa* que se hallaba detrás de Joe.

Éste se volvió, sorprendido. La condesa llevaba puesta una bata de seda encima de un traje de baño muy ajustado.

—¿Qué le hace pensar así? —le preguntó.

—Hay ciertas cosas que yo sé. —Le ofreció la mejilla a Joe para que le diese un beso—. *Buon giorno!*

—*Buon giorno* —repuso él al tiempo que la besaba—, ¿Es usted psicóloga?

—No. Pero ya llevamos tres días juntos. Es más que suficiente para darse cuenta. Sin embargo, no te asustes. Será una buena esposa para ti.

Joe se quedó callado.

—¿Que tal es en la cama? ¿Lo hace bien? —le preguntó la condesa.

Joe asintió.

—Muy bien.



—Me lo parecía. Da toda la impresión de ser una mujer que ha tenido el sexo bloqueado durante mucho tiempo. Y ahora es la primera vez que se permite a sí misma comportarse con libertad.

—¿Qué más tiene que decirme, oh, sabia señora? —dijo Joe sonriendo.

—Que me gustaría lamerle el coño —dijo la condesa—. Y presiento que no podré hacerlo nunca. Esa clase de sexo no está hecho para ella. Te quiere, Joe. Es la pura verdad.

—¿Dónde está su amiguita danesa?

—Aún duerme. Pero ya estoy cansada de ella. No tiene imaginación. También me he aburrido ya de tener aquí a Enrico y a su mujer. Las conversaciones de negocios no ayudan a pasarlo bien. Pero de vez en cuando hay que hacerlo, al menos una vez al año. Es importante no perder de vista los negocios.

—Por lo visto posee usted muchos —apuntó Joe.

—Mi padre no tuvo hijos varones, así que cuando murió no me quedó más remedio que encargarme de todos sus asuntos. —Tiró del cordón de una campanilla para llamar al camarero—. ¿Te gustaría tomarte un buen desayuno americano? —le preguntó la *contessa*—. ¿Huevos con *bacon*? —Sería magnífico.

En ese momento apareció el camarero, que llevaba una chaqueta inmaculadamente blanca. Ella le dijo unas palabras en italiano y el hombre se retiró del salón. La condesa hizo una seña a Joe a fin de que éste le siguiera hasta la mesa dispuesta para desayunar. Se sentó a la cabecera de la misma y situó a Joe a su derecha. En silencio, sirvió una taza de café de una jarra de plata y llenó otra para Joe. Lentamente, comenzó a beber el líquido.

—Insípido —comentó—. Este café es completamente insípido.

Joe no dijo nada.

Ella lo miró. Sacó del bolsillo de la bata una cajita con cocaína y una cucharilla de oro.

—Necesitas algo que te anime —le dijo mientras inspiraba dos veces profundamente y se lo ofrecía a Joe.

Éste lo rechazó moviendo la cabeza.

—Me volvería loco a estas horas de la mañana.

La *contessa* se echó a reír.



—Entonces deja que te ponga un poco en los dedos, y méteme la mano en la vagina.

Joe tuvo un ataque de risa.

—Anna —dijo entre carcajadas y utilizando por primera vez el nombre de pila—. Realmente eres demasiado. Nos encontramos en el comedor. El camarero está a punto de traernos el desayuno y Dios sabe quién más puede hacer acto de presencia aquí.

—Aunque vengan, nadie se dará cuenta de nada —dijo ella. Levantó el borde del mantel y separó las piernas—. Sólo es un momento. Tengo la vagina escocida. Un poco de cocaína me la refrescará.

—¿Y el bañador? ¿No puedes quitártelo?

—Ya me encargaré de eso —afirmó ella cogiendo la mano de Joe y espolvoreándole los dedos con cocaína—. Ahora mete la mano debajo del mantel.

Joe la miró e hizo lo que la mujer le indicaba. Notó que ella le sujetaba la mano y se la llevaba hasta la vagina. Se sorprendió al darse cuenta de que la parte inferior del bañador podía abrirse. La condesa se deslizó un poco hacia delante en la silla y atrajo con fuerza la mano de Joe hasta introducírsele en la ya empapada vagina.

—Eso es —dijo ella, jadeante—. Ahora dale dos vueltas y sácala.

Al retirar la mano Joe advirtió que los jugos le corrían por ella. Miró a la condesa, que se sonrojó unos instantes mientras la frente se le perlaba de gotas de sudor. Dejó escapar un largo suspiro y esbozó una sonrisa.

—Lávate en el lavamanos que hay ahí a tu lado, en la mesa. Está perfumado con limones frescos.

Joe se lavó los dedos despacio y luego se secó con la servilleta.

—¿Te sientes mejor ahora? —le preguntó a la condesa.

Esta se enjugó el sudor de la frente con una servilleta.

—¿Se me ha estropeado el maquillaje?

—Estás perfecta —le aseguró Joe.

La mujer se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—Eres un hombre encantador —le dijo—. Créeme, esa chica tiene mucha suerte.



Joe aún la miraba sin salir de su asombro cuando el camarero entró en el comedor llevándoles el desayuno. Esperó a que el hombre se retirase y luego le habló a la condesa.

—Dime, Anna. ¿Por qué?

La mujer tenía una cierta expresión de tristeza en el fondo de los ojos.

—La vida es tan aburrida, querido —le comentó como si estuviera enfadada consigo misma—. A veces hay que cometer alguna locura.

La última jornada de fin de semana a bordo del yate terminó el martes por la noche con una exhibición de fuegos artificiales en la bahía de Cannes. El yate de la *contessa* estaba rodeado de otras embarcaciones, grandes y pequeñas, mientras los cohetes estallaban por encima de ellos. Joe y Laura habían subido a la cubierta que normalmente se utilizaba para tomar el sol, a fin de ver mejor los fuegos. Los demás se habían quedado en la cubierta de popa, cerca de una larga mesa en la que se había dispuesto el *buffet* para la cena. La condesa había invitado a unas treinta personas al yate.

—Nunca había visto unos fuegos artificiales como éstos —dijo Laura mientras miraba las numerosas luces que explosionaban en el cielo nocturno.

—Ni yo —convino Joe—, El verano pasado estuve en el Lido, la playa de Venecia. Allí también hicieron fuegos, pero no eran tan bonitos como éstos.

La muchacha, asomándose a la barandilla, dirigió una rápida mirada a la cubierta de la popa.

—Parece que los dos de ahí abajo no demuestran mucho interés. Ni siquiera los miran.

—Les gusta más comer y beber —dijo Joe.

—He creído notar cierto tufillo de marihuana en algunos invitados —comentó Laura.

Joe se echó a reír.

—No es marihuana, es hachís. Aquí no hay mucha hierba. Pero la *contessa* consigue de todo: cocaína, absenta, hash, opio. No tienes más que pedirle lo que desees.



—Kathy me dijo que tú siempre tenías coca y hierba —dijo Laura.

—En Hollywood sí que tenía. Pero aquí carezco de los contactos necesarios.

—Yo he fumado con Kathy unas cuantas veces. Pero no he probado nunca la cocaína. Me gustaría hacerlo alguna vez. ¿Qué efectos produce?

—Es muy fuerte —dijo él—. Va directa a la cabeza. Pero hay que tener cuidado y no abusar de ella. Si lo haces te entra una fuerte depresión.

—A lo mejor sería divertido que lo tomáramos nosotros dos juntos.

—Se lo diré a la *contessa*. Es posible que nos proporcione un poco.

Laura miró hacia abajo inclinándose por encima de la barandilla.

—No sé cómo la *contessa* consigue reunir tanta gente importante al mismo tiempo. —Se volvió hacia Joe—. He visto a Alí Khan, a Rita Hayworth, a Rubirosa y a Zsa Zsa Gabor. También hay un montón de caras que me resultan familiares, pero no he logrado recordar los nombres.

—La *contessa* reúne a toda la gente que desea. Puede permitírselo.

Una explosión de luces romanas convirtió de repente la noche en día.

—¿Te gusta mi vestido? —le preguntó ella.

—Es precioso —repuso él. El vestido negro de seda que llevaba la muchacha se adaptaba perfectamente a su exuberante figura.

—Lo he comprado hoy en una tienda de la *Rue d'Antibes* —le hizo saber ella—. Cuando me dijeron que esta noche había una fiesta me di cuenta de que no tenía ningún vestido apropiado para ponerme de noche.

—Éste es fantástico.

—Me ha costado doscientos dólares —le comunicó Laura—. Nunca me había gastado tanto dinero en un vestido.

Joe se echó a reír.

—Yo te lo pagaré. Merece la pena hacerlo sólo por verte con él puesto.

Laura se apresuró a darle un beso.

—Mientras paseaba por Cannes se me ocurrió una idea. Cannes es una ciudad mucho más pequeña y tranquila que Niza. He encontrado un apartamento de una sola habitación en La Croisette, justo enfrente de la playa. El hotel nos costaría unos



cincuenta o sesenta dólares el día. Puedo conseguir el apartamento durante dos semanas por sólo doscientos dólares. Tiene de todo. Baño, cocina...

—¿Piensas cocinar?

—Soy una buena cocinera —le indicó ella—. Y así podremos ahorrar dinero mientras tú te dedicas a trabajar.

Joe no dijo nada.

—Ya he leído las veintisiete páginas que has escrito. Ahí tienes ya prácticamente el libro entero. Puedo ayudarte a separarlo por capítulos, y luego haremos un esbozo para que tú escribas cinco capítulos siguiendo esas directrices. Sé que puedo vender el libro por una buena cantidad.

Joe la miró fijamente.

—¿Y nos quedará tiempo para joder?

Laura se acercó más a él. Le abrió rápidamente la bragueta y le cogió el miembro, que se puso duro casi al instante. La muchacha se lo apretó.

—Yo siempre sé dónde puedo encontrarlo —dijo echándose a reír.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—Tú ganas. Le diré a la *contessa* que nos marchamos mañana por la mañana.

Laura le cogió el pañuelo del bolsillo de la americana. Se limpió la mano y luego se lo tendió a él.

—Será mejor que te seques —le dijo—. El pene te gotea igual que un grifo.

**37**

Eran casi las dos de la madrugada cuando Joe terminó la última página del capítulo tres. La sacó de la máquina de escribir y se puso a leerla; luego dirigió una mirada a la mesa que usaba como escritorio y examinó el esquema por capítulos que habían hecho entre Laura y él. Necesitaba dos capítulos más para presentárselos al editor de Nueva York. Laura había terminado la reseña del libro y a Joe no le había quedado más remedio que admitir que la muchacha, con su experiencia como agente y como redactora, había escrito la reseña mejor de lo que lo hubiese hecho él mismo.

Un rápido vistazo a aquella última página le bastó para darse cuenta de que el asunto iba viento en popa, aunque no tan aprisa como a él le hubiese gustado. Los dos capítulos que aún le faltaban por hacer no los podría escribir de ninguna manera en los dos días que quedaban de alquiler. Les habían avisado previamente de que el apartamento no estaría libre una vez expirase el contrato de arrendamiento.

Se levantó de la mesa y apagó la luz. Caminó a oscuras a través de la habitación y se puso a mirar por la ventana. Al otro lado de La Croisette distinguió a la gente que entraba y salía del casino. Cerca de la esquina unas cuantas prostitutas ofrecían su mercancía. El negocio no iba muy bien, pues se aproximaba el final de la temporada.

Oyó un roce de seda y se dio la vuelta. Laura salía del dormitorio. Llevaba puesta una bata corta de dicho tejido y se acercó para reunirse con él en la ventana.

—¿Has terminado el capítulo? —le preguntó.

Joe asintió.

—Pero es el tercero —dijo—. No conseguiré tener acabados los cinco capítulos en los dos días que nos quedan de estancia en el apartamento.

—Pues buscaremos otro —sugirió Laura—. Ahora que se termina la temporada hay muchos vacíos.



Él movió la cabeza de un lado a otro.

—Ya estoy harto de esta clase de sitios. Los franceses no son demasiado considerados con sus inquilinos. Además de la renta, te hacen pagar las sábanas, las toallas y un depósito por las llamadas telefónicas, depósito que estoy seguro nadie ha podido recuperar jamás.

—¿Y entonces qué quieres hacer? —le preguntó ella—. ¿Volver a Roma?

—Eso no serviría de mucho. Allí no tengo nada más que unos cuantos baúles.

Laura lo miró.

—Te conozco —le dijo—. Algo te ronda por la cabeza.

Joe asintió.

—El contrato de alquiler expira el miércoles. Todos los miércoles hay un barco que hace escala en Cannes y recoge pasajeros con destino a Nueva York. El viaje dura ocho días. Puedo terminar los dos capítulos que me faltan en el barco. Y después estaremos en casa.

—Un viaje por el océano es algo muy romántico —observó Laura—, pero también muy caro. ¿Podemos permitirnoslo?

Joe se echó a reír — —Si es bueno, por fuerza tiene que ser caro.

—Pero cada día, para cenar, hay que ponerse un traje de noche diferente. Y yo sólo tengo el que me compré para la fiesta de la *contessa*.

—Pues cómprate alguno más. Ahora que se acaba la temporada deben de ser muy baratos.

—¿Seguro que podrás trabajar en el barco?

—Claro —contestó él—. Hay que tenerlo todo a punto para que tú y el abogado os encarguéis de conseguir un buen contrato por el libro.

—¿Y luego qué piensas hacer? —quiso saber Laura.

—Escribir el libro y hacerme rico.

Ella lo miró.

—Y para mí, ¿qué planes tienes?

Joe la rodeó con los brazos y se inclinó para besarla.

—Tú vienes conmigo —le dijo.



—No me lo puedo creer —le comentó ella enfadada—. Dicen que el barco está todo reservado, que no queda ni un solo camarote. Y que no saben si la semana que viene habrá sitio.

Joe consultó el reloj. Eran poco más de las once de la mañana.

—¿Con quién has hablado? —le preguntó a la muchacha.

—Sólo hay dos personas en las oficinas. El director y una secretaria. Se mostraron muy amables conmigo, pero no ha habido forma de conseguir nada.

—El dinero habla por sí solo —le dijo él—. ¿Les has ofrecido una propina?

—Claro que lo he hecho. No soy tonta. Pero no ha servido de nada.

—Muy bien —comentó Joe—. Tenemos unos cuantos amigos aquí. Veamos si pueden hacer algo. Voy a llamar a la *contessa* por teléfono.

Laura descolgó el auricular y le dio a la telefonista el número de la condesa. Habló rápidamente en francés y luego colgó el teléfono.

—La *contessa* está en el yate camino de Capri y no se puede comunicar con ella.

—Aún me queda otra posibilidad —dijo Joe. Cogió el teléfono y llamó a la villa de Gianpietro. El hombre que se encargaba de la casa lo fue a avisar.

—Joe, amigo mío —le saludó Gianpietro—, Me alegro de oírle. ¿Está usted bien?

—Muy bien —dijo Joe—. ¿Y usted?

—Mucho mejor. Ahora tengo una chica nueva. Es una modelo sueca, y lo mejor del caso es que ésta no tiene interés en ser artista de cine.

—¿Qué ha sido de Mara?

—La he enviado a Roma con tu antigua secretaria. Mara lloró mucho, pero en cuanto le di algo de dinero se le secaron las lágrimas de repente. —Gianpietro se echó a reír—. He tenido suerte..., todo ha ido bien.

—Enhorabuena —le dijo Joe—, Me preguntaba si tendría usted algún buen contacto en «Italian Lines». Quiero marcharme el miércoles a Nueva York, pero me dicen que no hay sitio, que está todo reservado.



—¿Qué necesita, amigo mío?

—Un buen camarote doble. Grande, a ser posible, pues tengo que trabajar durante la travesía.

—¿Su director editorial está con usted?

—Sí. Alquilamos un apartamento en Cannes.

—Deme el número de teléfono —le pidió el italiano—. Le llamaré antes de media hora.

—Gracias —dijo Joe.

—*Ciao* —se despidió Franco.

Laura miró a Joe cuando éste colgó el auricular.

—¿Quién era ese hombre?

—Gianpietro —le explicó él—. Digamos que es algo así como un banquero. Ha financiado muchas películas italianas y era socio de la *contessa* en la película que escribí para Santini. De hecho fue él quien se encargó de cobrarle a Santini el dinero que me debía.

—¿Por qué ha hecho todo eso por ti? —le preguntó Laura.

—Se empeñó en que escribiera un guión para su novia. Me ofreció por ello una buena suma de dinero, pero no se me ocurrió nada. Además, yo deseaba estar contigo.

—Todo eso suena a Mafia —dijo Laura.

—Es muy probable que pertenezca a ella —convino Joe sonriendo—. Pero es que a mí todos los italianos me parecen de la Mafia.

—¿Y si no podemos conseguir sitio en el barco?

—Pues nos vamos en avión —dijo Joe—. Ya estoy harto de estos apartamentos franceses. Podemos alquilar una buena *suite* en un hotel de Nueva York y trabajar allí.

Laura lo miró.

—¿Qué tiene de malo mi apartamento?

—¿Y tu madre?

—Hace dos años que murió.



—Lo siento, no lo sabía.

—Me quedé yo con el apartamento —le explicó ella—. Hay sitio de sobra para los dos.

—Entonces iremos allí —convino él. Sonó el teléfono y lo cogió—. ¿Diga?

—Joe —le dijo Gianpietro—, ya tiene usted el camarote. Es muy bueno, de primera clase. Vaya en seguida a las oficinas de «Italian Lines». Todo está arreglado.

—Eso es estupendo, Franco. Estoy seguro que nadie más que usted puede hacer una cosa así. No sé cómo agradecerse.

—Usted es mi amigo —afirmó el italiano—. Y para eso están los amigos. Para ayudarse.

—No sé qué decir.

El italiano le habló en tono tranquilizador.

—No tiene que decir nada. Buena suerte, Joe. Y *bon voyage*.

Joe colgó el teléfono y alzó la mirada hacia Laura.

—Ya tenemos hechas las reservas para el barco. Hay que pasar por las oficinas de «Italian Lines» cuanto antes.

Laura lo miró fijamente.

—No puedo creerlo.

Joe se echó a reír.

—Mueve el culo y vayamos antes de que alguien se nos adelante.

El segundo turno para cenar era a las nueve. Era el de los pasajeros de primera clase. A los de segunda se les servía en el mismo comedor, pero en el turno de las siete. El *maître* se acercó a Joe y a Laura en cuanto los vio aparecer por la puerta del comedor. Les saludó haciendo una inclinación de cabeza.

—¿Los señores Crown?

Joe sonrió.

—En efecto.



El personal de aquel barco lo tenía todo muy bien organizado. El *maître* sabía perfectamente que no estaban casados, pero era un hombre de la antigua escuela.

—Tenemos varias mesas disponibles. Pueden ustedes elegir la que más les guste —continuó el *maître*—. Una mesa para dos, o una de las dispuestas para seis personas, que compartirán con otros pasajeros.

—Una para dos —le dijo Joe al tiempo que le tendía un billete de diez dólares.

—Buena elección —comentó el *maître* haciendo una reverencia—. Tenemos una mesa encantadora para ustedes. —Le hizo una seña a un camarero—. La mesa sesenta y nueve.

Siguieron al camarero por un lado del comedor hasta llegar a una de las amplias portillas. El empleado retiró la mesa. Con gesto solemne les colocó las servilletas y les entregó el menú. Luego hizo una inclinación de cabeza.

—Me permito aconsejarles el caviar —dijo—. Es «*Malossol*» *gros grain*, y lo servimos acompañado de vodka ruso.

Joe se volvió hacia Laura.

—Me encanta el caviar —dijo ésta.

Él le hizo un gesto de aprobación al camarero que, tras hacer otra inclinación de cabeza, se retiró.

Joe se volvió de nuevo hacia la muchacha.

—A mí esta mesa me resulta muy agradable —dijo—. El sesenta y nueve es mi número preferido.

Transcurrió más de hora y media antes de que se levantaran de la mesa. Cuando, al salir, se detuvieron un momento delante de la puerta del comedor, Joe se volvió hacia la muchacha y le habló.

—¿Volvemos al camarote o te apetece más dar un paseo por cubierta?

—Demos un paseo, por favor. En mi vida había comido tanto como hoy.

Al parecer a muchos pasajeros les sucedía lo mismo, pues la cubierta se hallaba muy concurrida. Joe y Laura se acercaron a la barandilla de la cubierta de popa y se acodaron en ella para contemplar el agua que resplandecía a la luz de la luna.

Laura miró hacia el cielo.



—Hay luna llena.

Joe asintió.

—Dicen que la luna llena hace más ardientes a las mujeres.

Ella se echó a reír.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No me acuerdo —repuso él.

—Te lo acabas de inventar —le acusó la muchacha.

—Es posible —aceptó Joe—. Pero prefiero eso a pensar que te lo produce todo lo que has comido. Caviar, pasta, pescado, sorbete, *scaloppine* de ternera al limón, tarta de chocolate y helado.

—No me lo recuerdes. Ésta es la primera noche a bordo y nos quedan aún siete por delante. A este paso engordaré veinte kilos.

—Tendrás que hacer ejercicio —le indicó Joe—. Hay un gimnasio a bordo.

—Nunca me ha gustado la gimnasia, ni siquiera cuando iba al colegio.

—Pues quedémonos en el camarote. Puedo sugerirte otra clase de ejercicio que quizá te gusta más.

Joe abrió la puerta del camarote y la sostuvo para que la muchacha entrase primero.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Laura cuando él cerró la puerta.

—¿El qué? —preguntó él haciéndose el inocente.

—Mira la cama. La camarera ha colocado en mi lado un camisón negro. No tengo ningún camisón negro.

—Te lo compré ayer y se lo entregué a la camarera al subir a bordo.

Entonces Laura señaló hacia la mesa.

—¡Champán y rosas! Nadie podrá discutirme nunca que eres un romántico de pies a cabeza. ¿Te portarás así cada vez que vayamos de viaje?

Joe le mostró un pequeño sobre.

—Cocaína —dijo sonriendo—. Me dijiste que te gustaría probarla conmigo.

La muchacha se le quedó mirando.



—¿Me pondré como una loca?

—Loca de contento —asintió él, riendo. Llenó las copas de champán—. *Bon voyage*, cariño.

—*Bon voyage*, querido.

Laura dio un sorbo de champán y luego dejó la copa sobre la mesa.

—Voy a cambiarme ahora mismo. No puedo esperar más sin ponerme el camisón nuevo.

—Primero esto —le indicó Joe enseñándole una diminuta cuchara—. Se hace así.

Inspiró rápidamente una vez por cada orificio nasal y luego se la tendió a ella.

Laura lo miró con cierta aprensión.

—No te hará daño —le aseguró Joe—. Aspira fuerte.

La muchacha hizo exactamente lo que él le decía. Luego estornudó.

—Quema.

—Dale un poco de tiempo —le pidió Joe. Luego los ojos de la muchacha empezaron a brillar—. ¿Qué tal ahora?

—Maravilloso. De repente ya no me siento llena ni cansada.

—Entonces vamos a desnudarnos.

Se quitó la chaqueta, la camisa y la corbata y se volvió hacia Laura.

El vestido se encontraba ya en el suelo y la muchacha, desnuda, estaba tendida en la cama sosteniendo el camisón entre los pechos y las piernas.

—¡Jesús! —exclamó Joe, sorprendido—. Pareces una auténtica puta francesa.

Laura se echó a reír.

—Eso es lo que siempre he querido ser —le dijo—. Ahora quítate los pantalones y ven aquí.



38

—La reseña y los cinco capítulos del libro son realmente muy interesantes. Seguro que podremos conseguir una buena cantidad. Conozco personalmente a varios editores que se mostrarán dispuestos a adquirirlo. —El abogado asintió juiciosamente mientras hablaba—. Debo felicitarle.

Joe le dirigió una rápida mirada a Laura.

—No soy yo el único responsable —afirmó—. De no haber sido por los consejos de Laura, el libro no sería ni la mitad de bueno.

La muchacha sonrió.

—Gracias, Joe. Pero no olvides que has sido tú el que lo ha escrito. Yo no soy escritora.

—Formáis un buen equipo —comentó el abogado sonriendo. Luego se puso repentinamente serio y le habló a Joe—. Pero tenemos un problema importante. He estado revisando todos sus papeles y veo que no ha pagado los impuestos federales durante los dos últimos años.

—Creí que no tenía que hacerlo —dijo Joe—, He estado trabajando en Europa todo ese tiempo.

—Pero eso no quita para que siga usted obligado a hacer la declaración de renta.

—¿Me han requerido ya de Hacienda?

—Todavía no —repuso el abogado—. Pero lo harán pronto. Sé muy bien cómo actúan.

—¿Por qué no esperamos a ver si dicen algo?



—Porque cuando lo hagan ya será demasiado tarde. Se nos echarán encima como buitres. Le dejarán a usted sin un céntimo. No pagar los impuestos es un delito. Declarar y no pagar es simplemente un problema de recaudación.

—Entonces, ¿qué cree usted que debo hacer?

—Yo prepararé las declaraciones y las enviaremos ahora con la excusa de que usted se hallaba trabajando fuera del país y no sabía que tenía obligación de declarar. De ese modo todo se resolverá con el pago de algunos intereses y una pequeña multa en proporción directa al monto de los impuestos.

Joe miró fijamente al abogado.

—¿Cuánto tendré que pagar en total?

—Treinta y cinco o cuarenta mil dólares —repuso el otro.

—¡Mierda! —dijo Joe con disgusto—. Eso me dejará limpio. Es más del sesenta por ciento de lo que tengo en el Banco.

—Es mejor hacerlo ahora que esperar a que le avisen. Entonces se harán cargo de todo lo que usted posee; no sólo de las cuentas bancarias, sino también de aquello que le deban los editores en concepto de derechos de autor. —El abogado hizo un enfático gesto de asentimiento—. Límitese a pagar ahora el par de dólares que debe.

Joe se echó a reír. Por primera vez se daba cuenta de que aquel hombre tenía sentido del humor.

—De acuerdo —dijo—. Lo dejo todo en sus manos. Pero será mejor que nos demos prisa en conseguir un buen contrato por el libro.

—Lo importante es que el contrato sea sustancioso —convino el abogado.

Joe se giró para mirar a Laura.

—¿Qué opinas tú?

—Que tiene razón, Joe. Déjale que haga su trabajo y tú sigue con el tuyo. Escribe el libro.

—No te preocupes, cariño; lo escribiré. Sólo espero que al final consigamos venderlo tan bien como nos gustaría. —Le echó un vistazo al reloj—. Cielos, ya son más de las dos. Les prometí a mis padres que iría a buscarlos a la tienda antes de las tres. Mi padre va a vender esta tarde su parte del negocio y le aseguré que yo estaría presente a la hora de cerrar la operación. Ya han vendido la casa, y el próximo



sábado se van de la ciudad. Mi hermano ha montado una consulta en Fort Lauderdale y les ha buscado un apartamento en Miami.

—¿Se van en avión? —preguntó Laura.

Joe se echó a reír.

—Se nota que no conoces a mi madre. Le da pánico volar. Ni siquiera le gusta coger el tren. Van a ir en coche.

—¿Y ya es conveniente, teniendo tu padre el corazón delicado?

—Por lo visto se lo van a tomar con calma. Sólo cinco horas al día en la carretera, y probablemente será mi madre la que conduzca la mayor parte del trayecto. —Se levantó de la silla—. Me voy corriendo.

—¿Vas a cenar con ellos? —quiso saber Laura.

—No —contestó Joe—, Mi madre me ha dicho que estaba demasiado atareada para ocuparse de otra cosa que no fuese hacer maletas. Lo más probable es que llegue al apartamento a las siete y media o las ocho.

—Te tendré preparado un poco de cena —dijo ella.

—No te molestes. —Le dio un beso en la mejilla—. Iremos a cenar fuera.

El abogado esperó a que Joe hubiera salido y entonces miró a Laura.

—Todavía no me has contado tus proyectos.

—No tengo ninguno.

—¿Y te parece prudente? —le preguntó el otro—. Puede dejarte plantada en cualquier momento. No es lo mismo que si estuvierais casados.

Una secreta sonrisa asomó al fondo de los ojos de la muchacha.

—Eso no me preocupa en absoluto. Un pedazo de papel nunca ha podido retener a nadie, hombre o mujer, que haya decidido marcharse.

—Pero tú realmente *deseas* casarte con él, ¿no?

La muchacha se echó a reír.

—Hasta los hombres más listos se comportan como unos tontos cuando se trata de mujeres. Me sorprendes, Paul. Puede que él no lo sepa todavía, pero acabará casándose conmigo. No porque yo quiera que lo haga, sino porque *él* deseará hacerlo.



Eran algo más de las tres y media cuando Joe salió a toda prisa de la boca del Metro. Las calles y las tiendas se veían abarrotadas de gente; giró por la esquina de la manzana en dirección a la tienda de su padre.

El coche de éste se hallaba delante de la puerta, y el socio italiano había aparcado el camión en el callejón. Joe abrió la puerta de la tienda y entró en ella. Sus padres estaban cerrando un sobre marrón y atando otros en fajos.

Su madre alzó la mirada al verle entrar.

—Llegas tarde. Tu padre y yo estamos aquí desde las seis de la mañana.

—Pero ya estoy aquí —dijo Joe a modo de excusa—. ¿Qué queréis que haga?

—Coge esos sobres y ve poniéndolos en el maletero del coche —le indicó su madre.

—De acuerdo. —Advirtió que su padre se sentaba en la silla del escritorio—. ¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Es que estoy un poco cansado —repuso su padre—. Pero me encuentro bien.

—¿Cuándo va a traerte el italiano el dinero?

—Él también va a dejar el negocio —le explicó su padre—. La Mafia así lo quiere. Van a convertir este lugar en un aparcamiento y taller mecánico.

—Pensaba que lo iba a comprar él.

—Y así era. Pero los otros tienen los contactos adecuados. Ahora mi socio está cargando los pollos para trasladarse al puesto que su cuñado tiene en el mercado de la avenida Atlantic. Va a dedicarse exclusivamente al negocio de venta al por mayor. Saldrá adelante sin problemas.

Joe no dijo nada. Empezó a cargar cosas en el coche. Al cabo de media hora ya habían acabado de sacarlo todo. Entonces miró a su padre.

—¿Y qué vas a hacer con los muebles y las instalaciones? —le preguntó.

—No es más que chatarra —dijo Phil—, Que se lo queden. —Sacó el reloj del bolsillo y lo consultó—. Ya deben estar a punto de aparecer. Llegarán de un momento a otro. Se supone que habían de llegar aquí a las cuatro.

—¿Tienes todos los papeles?

—Están listos para la firma —asintió Phil—. Me entregarán el dinero en el mismo momento de la firma. En metálico..., nada de cheques.



—Eso hace que me sienta algo más cómodo —observó Joe.

Los compradores llegaron justo a la hora en punto. De los tres hombres, dos tenían aspecto realmente duro; el otro se presentó como su abogado. Rápidamente firmaron los papeles y uno de los hombres le entregó un sobre a Phil. Éste lo abrió de inmediato y contó los billetes. Luego levantó la mirada hacia aquellos individuos.

—Se suponía que iban a pagar cinco mil dólares. Y aquí sólo hay cuatro mil quinientos.

—Los quinientos dólares que faltan son los honorarios del abogado —le explicó uno de los hombres.

—No me habían dicho nada de eso —protestó Phil empezando a enfadarse.

—Es lo habitual —dijo el otro hombre—. El vendedor es el que se encarga siempre de pagar las costas.

Joe lo miró y luego volvió los ojos hacia su padre.

—Es cierto, papá —dijo—. Déjalo correr. Ya está hecho. Has firmado los papeles.

Phil guardó silencio durante unos momentos.

—De acuerdo.

Luego, sin pronunciar palabra, salió de la tienda y subió al coche.

Joe se quedó de pie junto a la ventanilla del vehículo. Miró a su padre.

—¿Te importa que conduzca yo?

—No —dijo Phil.

Joe abrió la portezuela de atrás para que subiera su madre. Ella lo miró.

—Antes de ir a casa —le dijo—, detente en la sucursal que el «East New York Savings Bank» tiene en la avenida Pitkin. Quiero meter este dinero en el Banco cuanto antes.

—De acuerdo —convino Joe. Se sentó ante el volante, puso el coche en marcha y se adentró en el tráfico.

Una vez que su madre regresó del Banco, Joe les hizo una pregunta.

—¿Qué me decís de vuestros proyectos para Florida?



—Hemos aceptado la oferta de vender la casa por treinta y cinco mil dólares, pero ya conoces a tu padre. Dice que habríamos podido sacar cuarenta mil.

Joe miró a su padre.

—Treinta y cinco mil dólares no está nada mal.

—Llevar los muebles hasta allí nos va costar al menos cinco mil dólares; y habrá otros muchos gastos a los que hacer frente —afirmó Phil.

—¿Es que pensáis ir a vivir a una casa de ocho habitaciones? —preguntó Joe.

Fue su madre la que habló desde el asiento de atrás.

—No. Stevie nos ha encontrado un apartamento de cuatro habitaciones cerca de la playa. Mi amiga Rabinowitz, que se fue a vivir allí hace seis meses, me ha dicho que todo es baratísimo. Se puede amueblar un apartamento entero por mil quinientos dólares.

—Entonces no me parece lo más acertado que acarreéis todos los muebles —dijo Joe—. Llevad sólo la ropa de casa y los utensilios de cocina. Si vendéis los muebles aquí, probablemente os darán por ellos más de mil dólares.

Joe detuvo el coche a causa del tráfico de la avenida Pitkin antes de girar hacia el callejón. Echó un rápido vistazo por el espejo retrovisor y vio el letrero situado en la valla que circundaba la tienda de su padre. Ya lo estaban quitando. Miró a Phil, que tenía el semblante triste. Joe creyó advertir algunas lágrimas en aquellos ojos. Extendió la mano y cogió la de su padre. Estaba temblando.

—No te preocupes, papá —le dijo—. Has hecho lo que tenías que hacer. La vida os resultará mucho más cómoda de ahora en adelante.

—Todavía recuerdo el día que pusimos ese letrero. Hace casi treinta años, justo después de que tú nacieras. Teníamos entonces tantas esperanzas... —dijo Phil.

—Y las has visto todas cumplidas, papá. Dispones de bastante dinero en el Banco como para vivir cómodamente. Ya ha llegado el momento de que descanses y te lo tomes todo en la vida con más tranquilidad.

—A eso me refiero —gruñó Phil—. No sé en qué pasar el tiempo.

Joe miró a su padre y sonrió.

—¿Qué hace Rabinowitz?



—Va a la playa a mirar a las chicas.

Joe se echó a reír.

—Pues no me parece mala idea.

—Si se atreve a hacerlo, lo mataré —dijo su madre. Pero también se reía.

Apretó el timbre del apartamento de Laura. La muchacha le abrió la puerta. Joe traía dos cajas de cartón, que depositó en el suelo del vestíbulo. Se inclinó para besarla.

—¿Qué hay en esas cajas?

—Libros —contestó Joe—. Mi madre me los acaba de dar ahora mismo. Los tengo desde que aprendí a leer. Los ha guardado durante todo este tiempo porque pensó que a lo mejor me gustaría conservarlos.

Laura levantó los ojos y le miró a la cara.

—¿Están bien tus padres?

Joe asintió. Tenía el rostro tenso y con cierta expresión de dolor.

—Necesitas una copa —le dijo ella rápidamente.

Joe siguió a la muchacha hasta el cuarto de estar y se hundió en el sofá. Laura le sirvió rápidamente un whisky con hielo.

—Bébetelo —le ordenó.

En silencio, Joe se bebió de un trago la mitad del contenido de la copa; luego levantó los ojos hacia ella.

—¿Sabes? A veces miras a la gente, pero en realidad no los ves. Es como si hubieran estado ahí desde siempre. Y con el mismo aspecto.

Laura no dijo nada.

—De pronto he mirado a mi padre y me he dado cuenta de que nunca lo había visto antes. Y a mi madre tampoco. De repente, en una noche, se han vuelto viejos. Ya no son aquel matrimonio joven que yo había conocido, siempre enfadados el uno con el otro. Ahora son dos personas viejas y aprensivas a punto de irse a un mundo completamente desconocido para ellos y dispuestos a enfrentarse a peligros que



jamás imaginaron. —Notó que las lágrimas se le agolpaban en los ojos y se esforzó por reprimirlas—. Dudo que en realidad sepan lo mucho que les quiero. Es posible que en todos estos años no se lo haya dicho con la frecuencia suficiente. Solíamos estar tan ocupados peleándonos que no nos quedaba tiempo para nada más.

Laura le habló con suavidad.

—Ellos lo saben igual que tú. A veces no hace falta decirlo con palabras. El amor está ahí, se siente.

—Vi los ojos de mi padre mientras arrancaban el letrero de la tienda. El mismo lo había instalado allí cuando yo nací. Y he visto también cómo se evaporaban de golpe treinta años de su vida. —Levantó la mirada hacia ella—. ¿Siempre tiene que ser así? ¿Dentro de treinta años veré del mismo modo cómo se evapora mi propia vida?

Laura se arrodilló ante él y le puso las manos en las mejillas.

—No —le dijo con dulzura—. Dentro de treinta años el libro que ya has escrito, el que estás haciendo ahora y todos los que vendrán en el futuro seguirán ahí. De la misma forma que tu padre siempre vivirá en su mundo, tú, que eres escritor, siempre vivirás en el tuyo.

Atrajo a Joe hacia sí y le apretó la cabeza contra los pechos.

—No tengas miedo de llorar, amor mío —le susurró la muchacha—. Las lágrimas también forman parte de la vida.



EPÍLOGO

Cuando se abrió la puerta del «747» para que desembarcasen los pasajeros, yo estaba el primero en la cola. Tuve que esperar un momento a que el oficial de inmigración cogiera la lista de pasajeros que le entregó la azafata, y luego salí a la rampa. Un jefe de servicio de la compañía «Air France» se me acercó.

—Bien venido a casa, señor Crown —dijo sonriendo al tiempo que me cogía el portafolios de la mano y me guiaba hacia la terminal—. ¿Ha tenido un buen vuelo?

Yo le estreché la mano, aunque ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—Muy bueno, gracias.

Lo seguí apresuradamente sin hacer uso del bastón que siempre llevaba conmigo. Había pasado más de un año desde que yo ingresara en el hospital con una cadera rota.

—Si tiene la bondad de entregarme el resguardo del equipaje —me dijo—, le conduciré en seguida hasta la Aduana. El coche y el chófer ya le están esperando.

—No traigo equipaje —le indiqué—. Tengo un guardarropa completo aquí y otro en Francia. Ello me hace ahorrar mucho tiempo.

—Muy sabio —asintió él—. En ese caso iremos directamente a la Aduana.

El oficial de aduanas que me tocó en suerte era una mujer. Le mostré la tarjeta de inmigración y el pasaporte. Ella me echó una rápida ojeada.

—¿Es usted Joe Crown, el escritor?

—En efecto —le dije.

—Me alegro de conocerle, señor Crown. Acabo de leer su último libro. Ya ocupa uno de los primeros puestos en la lista de ventas.

—Se echó a reír—. Es una historia fantástica, realmente salvaje —añadió.



—Un poco —le respondí yo.

La mujer se puso más seria.

—¿Dónde está su equipaje?

Deposité el portafolios sobre el mostrador y lo abrí.

—Aquí.

—¿Nada más trae esto? —me preguntó.

—No, nada más —le indiqué yo—. Tengo todo lo que necesito aquí, en mi casa.

Se quedó callada durante un momento; luego apretó varias teclas de la computadora que tenía delante.

—¿Algo que declarar? —inquirió aquella mujer—. ¿Regalos, joyas, perfumes?

—Nada —dije. Viajo ligero de equipaje.

La mujer apretó otra vez las teclas de la computadora; luego se volvió hacia mí, me entregó el pasaporte y firmó la tarjeta de inmigración.

—Entregue la tarjeta al salir. Me gustan mucho sus libros, señor Crown, se lo digo en serio. Son muy excitantes.

—Gracias —contesté yo.

Ella me miró.

—He leído en los periódicos que esta noche da una fiesta para celebrar sus bodas de plata. Veinticinco años en la lista de los libros más vendidos.

—En efecto, así es.

—Tiene que ser maravilloso —dijo ella—. Usted siempre va por el mundo asistiendo a todas las fiestas y acontecimientos importantes.

—Podría ser peor —le comenté riendo.

—Buena suerte —me deseó.

—Gracias de nuevo —le dije mientras me iba. Le di las gracias al jefe de servicio de la compañía «Air France», y luego me puse á buscar el coche con la mirada. El aire de aquella parte del país no era precisamente de lo mejor; puede que, en los días buenos, tuviera el ochenta por ciento de monóxido de carbono. Pero aquél era un buen día. Sólo me atraganté un poco.



El «Rolls» descapotable de colores azul y plata se abrió camino entre el tráfico hasta detenerse delante de mí. Larry se apeó de un salto y dio corriendo la vuelta al coche para abrirme la puerta.

—Bienvenido a casa, jefe. —Sonrió—, Le estaba esperando aquí mismo, pero uno de esos policías me obligó a marcharme. De todas formas, no ha ido tan mal. Sólo he tenido que dar un par de vueltas al aeropuerto.

Me senté en el asiento delantero, junto al conductor.

—Echa la capota y enciende el aire acondicionado —le dije—. El aire apesta y hace un calor de mil demonios.

Larry hizo todo lo que le había dicho en un momento; luego nos adentramos en la vorágine del tráfico. Me miró.

—Tiene usted muy buen aspecto —me comentó—. ¿Qué tal se las arregla para caminar?

—Lo voy haciendo mejor poco a poco —le dije—. Ya no tengo demasiados problemas.

—Eso está bien.

—¿Dónde está la señora Crown? —le pregunté.

—En el restaurante, muy ocupada con los últimos toques para la fiesta. Luego irá a casa. Espera al peluquero y al maquillador a las cinco y media.

—Ah, muy bien —dije yo.

—Le ha llamado el médico. Quiere que se ponga usted en contacto con él en cuanto llegue —dijo Larry.

—Muy bien. —Cogí el teléfono y lo llamé. La enfermera contestó—. Soy Joe Crown. Creo que el doctor está esperando mi llamada.

Se oyó un ruido y Ed se puso al aparato.

—¿Cómo diantres estás? —me preguntó.

—Vivo. No sé cómo, pero lo he conseguido.

—¿Ya estás en casa?

—No. Te llamo desde el coche. Acabamos de salir del aeropuerto.



— Iré a verte a tu casa dentro de media hora — me comunicó—. Quiero echarle un vistazo lo antes posible.

— Me parece muy bien. Allí estaré.

— A propósito — dijo—. Felicidades por el último libro. Ya está el número uno en las listas.

— He tenido suerte.

— Estupendo. Hasta luego.

Colgué el teléfono y miré a Larry.

— ¿Qué tal ha ido todo por aquí?

— Bien — repuso el chófer—. En general no hay gran cosa de particular cuando usted no está. — Me dirigió una fugaz mirada al mismo tiempo que situaba el coche en el carril de adelantar—. He leído en el *Enquirer* que las chicas que bailan en las discotecas de Francia van todas con las tetas al aire. ¿Es cierto?

— Sí — dije yo.

— ¡Jesús! — exclamó Larry—. ¿Cómo pueden soportarlo? Si yo me pusiera a bailar en la pista y viera a las chicas de esa guisa tendría una erección capaz de reventar la cremallera de los pantalones.

Me eché a reír.

— ¿Ves? Yo no tengo ese problema. No olvides que, aunque me las arreglo bastante bien para caminar, aún no estoy en condiciones de bailar.

Había mucho tráfico en la autopista, por lo que Ed llegó a casa antes que yo. Lo encontré en el bar, dando buena cuenta de un whisky escocés con agua. Me miró mientras me acercaba caminando hacia él.

— Ya veo que caminas realmente bien, muchacho — dijo poniéndose en pie y abrazándome.

Yo también lo estreché entre mis brazos.

— Sí, me encuentro bastante bien.

— ¿Para qué llevas ese bastón? — me preguntó al tiempo que lo cogía y lo examinaba.

— Es que cuando me canso me duele un poco la pierna.



— Eso es normal — comentó. Tocó la empuñadura del bastón—. ¿Oro de ley?
Asentí.

— ¿Qué esperabas de mí? ¿Acero inoxidable? Echaría a perder mi reputación.

— ¿De dónde lo has sacado?

— Me lo regaló cierta chica en Francia — le dije.

— ¿Laura? — me preguntó.

— ¿Qué otra podría ser?

Me devolvió el bastón. Me situé detrás del bar y me serví un whisky con agua. Luego me senté frente a Ed, que seguía al otro lado de la barra.

— Salud — dije.

— Salud — repuso—. ¿Qué tal ha ido el verano en Francia?

— Muy bien. Pensé que irías a vernos.

— No he podido. He estado muy ocupado.

— Me han contado que te has divorciado — le dije—. Deben de ser los divorcios los que te mantienen ocupado.

— Mierda — dijo—. No tengo suerte con las mujeres.

— A lo mejor has tenido suerte al librarte de ésta. Míralo desde ese punto de vista.

— Me gustaría encontrar una buena mujer y ser feliz.

— Eso es muy fácil — le dije—. Pero no hace falta casarse con ella.

— Sin embargo tú sigues casado. ¿Cómo te las arreglas? No haces más que meterte en un lío u otro.

Sonreí.

— Pero siempre vuelvo a casa con mamá — le comenté—. Y ella lo sabe.

— Respiras con dificultad.

— Dieciocho horas en avión y esta mierda que aquí llaman aire son suficiente para destrozarse a cualquiera. Sobre todo cuando se tiene asma.

Ed sacó el fonendoscopio del bolsillo.

— Quitate la camisa y deja que te ausculte.



—¿Otra vez jugando a los médicos? —gruñí.

—Es que soy médico —contestó poniéndose muy serio—. Así que haz lo que te digo.

Me quité la camisa y comenzamos la consabida rutina de inspirar y espirar.

—Por cierto —me dijo—. No me cansaré nunca de decirte que lo que tienes no es asma, sino enfisema. Y que no mejoras en absoluto. ¿Sigues fumando?

—Sí.

—Déjalo ahora y ganarás cinco años de vida. Te lo puedo asegurar.

—¿Cinco años o cincuenta mil kilómetros? —le pregunté riendo.

—Hablo en serio. De momento vas tirando, pero más adelante la cosa puede empeorar.

—Lo tendré en cuenta —le dije mientras me ponía la camisa—, Pero en cuanto me siento ante la máquina de escribir, extiendo la mano para buscar un cigarrillo.

—Relájate. Trabaja menos. No tienes necesidad de trabajar tanto. El dinero ya no es tan importante para ti. Sé que tienes la vida resuelta.

—No lo entiendes —le dije—. No hay manera de que un escritor pueda dejar de trabajar... al menos mientras le quede una idea en la cabeza. Y nunca viviré lo suficiente como para escribir todo lo que me gustaría. Ni siquiera aunque viviera ciento cincuenta años.

A Ed se le suavizó el semblante.

—Sabes que estás un poco chalado, ¿verdad?

—Sí. Pero siempre me queda alguna montaña por escalar. De todas formas, gracias por intentarlo.

—Pásate el viernes por mi consulta. Sólo para un chequeo de rutina.

—De acuerdo.

—Nos veremos esta noche —dijo mientras se levantaba—. Intenta echar un sueñecito antes de la fiesta. Has tenido un día muy ajetreado.

Me asomé a la ventana y vi cómo se alejaba por el sendero con el coche. Luego subí al dormitorio, me tendí en la cama y cerré los ojos. Dormir no estaría mal, pero aún podía oír el zumbido de los motores del avión rugiéndome en los oídos.



Noté que una mano me rozaba el hombro.

—Hola, nena —dije sin moverme—. Estoy durmiendo.

Ella colocó delicadamente una mejilla contra la mía.

—Lo siento, amor mío. No quería despertarte, pero son las seis y llevas durmiendo ya cuatro horas. El peluquero y la manicura te están esperando. Tenemos que estar en el restaurante antes de las ocho, que es la hora a la que los invitados empezarán a llegar.

—Que se jodan —dije. Entonces me llegó el aroma de un perfume desconocido para mí—. ¡Cielos! —exclamé—. Debo haberme equivocado de casa.

Ella se echó a reír.

—He probado un perfume nuevo. Y ahora deja de remolonear y saca ese culo de la cama. —Me cogió una mano y se la puso entre las piernas—, Dime si te parece ahora que te has equivocado de casa.

La atraje hacia mí y la besé.

—Hola, mamá.

—¿Ya estás despierto del todo? —me preguntó.

—Sí.

Se levantó.

—Entonces ponte en marcha. Al fin y al cabo, la fiesta es tuya.

La seguí hasta el cuarto de baño. Estaba desnuda. Me quedé observándola detenidamente.

—¿Qué has hecho? —le pregunté—. Sólo hace tres días que te vi en Francia y de repente te has quedado en los huesos.

—No estoy en los huesos —me corrigió ella riendo—. En Francia engordé mucho. Siempre comía y bebía demasiado. Así que he tomado unas cuantas saunas. Es estupendo... Casi mágico. He sudado lo mío hasta perder algunos kilos. ¿Te gusta?

—¿Nos da tiempo de irnos a la cama un rato? —le pregunté.

Ella se echó a reír.



—Después de la fiesta. Ahora vete a tu cuarto de baño y deja que el peluquero y la manicura hagan su trabajo.

En el piso superior del restaurante «Bistro» todo era de colores blanco y plata. Hasta las flores estaban pintadas con purpurina plateada. Las tarjetas que indicaban el puesto que cada cual ocuparía en la mesa estaban impresas con letras en relieve de color plata, y el techo se hallaba cubierto de cintas blancas y plateadas. En el gran salón —que al mismo tiempo servía de bar— contiguo al comedor había unas enormes letras plateadas pintadas en el espejo instalado detrás de la barra.

«BODAS DE PLATA - JOE CROWN - 25 AÑOS EN LAS LISTAS DE ÉXITOS.»

Gene, que era quien se encargaba de mis relaciones públicas, me sonrió.

—Ésta va a ser la mejor de todas sus fiestas. Hemos contratado dos bandas de música, una de ellas de rock, la otra más tranquila. Después de la cena habrá un espectáculo con una docena de chicas que hemos traído del «Casino de París» de Las Vegas. Y hemos hecho la mejor lista de invitados de la ciudad. Son todos de primera. Desde personalidades del cine y de la televisión, hasta políticos y personajes de la alta sociedad. Cien invitados en total. E incluso he instalado dos mesas para los chicos de la Prensa. Vienen de todas las partes del mundo para cubrir el acontecimiento. Prensa, Radio y Televisión. Laura y yo nos hemos roto la cabeza para colocar las tarjetas de la forma más adecuada en las mesas. ¿Le gusta?

Me eché a reír y lo abracé.

—¿Ni siquiera me saludas?

Él me miró y se echó a reír también.

—Tiene usted un aspecto estupendo —me dijo—, ¿Qué ha hecho para conseguirlo?

Sonreí.

—Un poco de maquillaje —le confié—. Pero tienes razón. Esto es estupendo.

Cuando ya habían transcurrido tres cuartas partes de la cena, miré hacia el otro lado de la habitación. Gene tenía razón. Todo el mundo estaba allí. Y yo me sentía afónico y casi sin voz después de tantos saludos y entrevistas por las que había



tenido que pasar. Me encontraba bastante fatigado. El día había sido muy largo y el cansancio empezaba a hacer sentir su efecto.

Al otro lado del comedor distinguí a Kurt Niklas, quien le estaba diciendo algo al oído a Gene; luego éste se me acercó. Se inclinó y me habló en voz baja.

—Me dice Kurt que abajo hay un anciano negro con un aspecto muy distinguido. Dice que es un antiguo amigo suyo. Por lo visto el viejo lleva un smoking precioso, varios anillos y los gemelos de diamantes más grandes que ha visto en su vida después de los de Sammy Davis. Dice que viene de Jamaica, o algo así.

—¿Jamaica? —le pregunté lleno de curiosidad.

Gene hizo un gesto afirmativo.

—Hazlo subir —le dije.

—Trae con él a una chica negra impresionante.

—Tráelos a los dos y dile al camarero que coloque dos sillas aquí, a mi lado.

—¿Qué sucede? —me preguntó Laura una vez que Gene comenzó a alejarse.

—Abajo hay un amigo mío de mucho tiempo atrás —le dije—. No recuerdo si te he hablado de él alguna vez.

Los camareros estaban sirviendo los postres y el café cuando Gene condujo a Jamaica y a la chica hasta mi mesa. Yo ya me había puesto en pie. Nos dimos un fuerte abrazo. Le miré a la cara. Aquel hombre apenas había cambiado, no se le veía ni una sola arruga. Pero la ensortijada cabellera se le había vuelto blanca. Le miré a los ojos. El viejo estaba llorando.

—Jamaica...

—Joe —dijo él lentamente—. Joe, hombre, ni siquiera sabía si te acordarías de mí.

—Eres un loco hijo de puta —le dije—. ¿Cómo no voy a acordarme de ti? —Me volví hacia Laura. Realmente me encontraba casi sin voz—. Laura, éste es Jamaica, un viejo amigo. Jamaica, te presento a mi esposa Laura.

Ella se puso en pie y le tendió la mano. Jamaica la tomó entre las suyas y se inclinó para besarla.



—Laura, gracias por haberle hecho tanto bien a este hombre. Era un buen chico y yo lo quería de verdad.

—Me alegro mucho de conocerle —dijo Laura—. Por favor, siéntese con nosotros.

—No, no —se excusó rápidamente Jamaica—. No quiero ser el intruso de la fiesta. Sólo quería ver a este hombre una vez más y decirle lo orgulloso que me siento de él.

—Por favor, siéntese con nosotros —insistió Laura—. Además, ya están apagando las luces; el espectáculo va a empezar de un momento a otro. Siéntese ahí, al lado de Joe.

Jamaica hizo una inclinación de cabeza.

—Gracias, Laura. —Señaló a la chica que lo acompañaba—. Ésta es Lolita, mi chica más joven.

—Hola —saludó la muchacha.

Yo recordaba aquel tono en la voz de Jamaica. El tiempo no lo había transformado.

—Ahora, Lolita —le indicó con suavidad—, vas a saludar a mis amigos como una chica educada. Exactamente de la manera en que te ha enseñado tu mamá.

—Encantada de conocerla, señora Crown. Y a usted también, señor Crown —dijo Lolita haciendo una ligera inclinación.

No pude evitar sonreír mientras se sentaban. Todas las luces de la estancia se apagaron. Entonces un joven vestido con un frac blanco y plateado subió al escenario.

—Señoras y caballeros —comenzó—, puesto que el señor Crown ha llegado en el día de hoy de Francia, el «Casino de París» de Las Vegas tiene el placer de presentarles esta noche a sus chicas para que les ofrezcan a todos ustedes una de las más auténticas versiones del can—can.

La orquesta empezó a sonar y las chicas salieron volando al escenario. Joe le habló a Jamaica en un susurro.

—¿Dónde demonios has estado metido?

—Me retiré. Ahora vivo en Cleveland —contestó el viejo también en voz baja—. Tengo un apartamento en Honolulu para pasar el invierno. Estos viejos



huesos ya no pueden soportar el frío. Me enteré casualmente de lo de tu fiesta al oír la noticia por televisión, en el hotel. Estaba aquí de paso, en una escala del avión.

—Me alegro de verte —le dije.

—He leído todos tus libros. Cuando me jubilé tuve tiempo para leerlos todos. Hasta el primero, aquel que escribiste sobre mí.

—Mira el espectáculo —le dijo Joe riendo. Buscó la mano de Laura y la apretó con fuerza—. Yo trabajaba para él cuando tú vendiste mi primer relato corto —le dijo al oído.

—Entonces él es...

—Sí —le susurró Joe—. El que salía en el libro.

Justo entonces sonó la fanfarria y empezó el paso final de la danza. Las muchachas entrelazaron los brazos en el escenario y levantaron la pierna con precisión doce veces; luego, de repente, le dieron la espalda al público y se subieron las faldas para enseñar el trasero. Los presentes comenzaron a aplaudir con entusiasmo. Los traseros desnudos llevaban impresa una letra en cada nalga, y en el último de ellos había un enorme signo de admiración de color plateado, por supuesto. Todas juntas formaban las siguientes palabras: ¡FELICIDADES, JOE CROWN! Luego el escenario quedó a oscuras al tiempo que las chicas hacían mutis por el foro.

El aplauso continuaba cuando las luces se encendieron de nuevo. Joe se inclinó y besó a Laura.

—Gracias —le dijo. Luego se volvió hacia Jamaica, pero el viejo ya se había marchado.

Empezó a levantarse dispuesto a ir tras él. Laura lo sujetó con la mano.

—Deja que se vaya —le dijo suavemente—. Quería compartir un recuerdo contigo, y ya lo habéis hecho.

—Pero...

Laura lo interrumpió.

—Aquél era otro mundo. No se lo estropees. Éste no es su mundo.

Joe se quedó callado.

—¿Acaso es el mío? —le preguntó por fin él al cabo de unos instantes.



—Tu mundo, amor mío, está donde tú quieras que esté.



Fin

LTC JULIO 2011